



Ganar a toda costa

ELSIE SILVER



Phoebe

ELSIE SILVER

Ganar a toda costa

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Off to the Races*

Primera edición: agosto de 2023

Copyright © 2021 by Elsie Silver

© de la traducción: María José Losada Rey, 2023

© de esta edición: 2023, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-61-1

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: Vihatran/freepik y Surangastock/depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

A mis padres, que se pasaban horas y horas llevándome y trayéndome de los establos.

«—No me gusta la gente —dijo Velvet—, solo me gustan los caballos».

National Velvet, de Enid Bagnold

PRÓLOGO

DIEZ AÑOS ANTES

BILLIE

Los *flashes* parpadean a mi alrededor y me obligan a taparme los ojos con el antebrazo. Mientras avanzo, puedo oír el estallido de los focos de las cámaras. El estruendo de los cuerpos a mi alrededor me asfixia. Amenazan con encerrarme.

Tengo que llegar al coche.

—¡Wilhelmina! ¡Wilhelmina!

Acelero y choco con los guardias de seguridad al avanzar a ciegas hacia la limusina que me está esperando. El refugio donde por fin podré relajarme, donde podré dejar caer la máscara, esconder la cabeza entre las manos y llorar.

Veo la puerta abierta, llamándome para que vaya hacia ella y escape.

Estoy tan cerca...

Me cogen por el hombro y siento que me ponen contra los labios algo de frío metal entrecruzado. Me zafo como puedo y me enfrento a un par de ojos ansiosos y a unos dientes demasiado blancos.

—Wilhelmina, ¿puedes confirmarnos si has visto los vídeos de tu padre?

Solo puedo oír el constante latido de mi corazón en los oídos; siento la imperiosa necesidad de desaparecer dentro del coche que me está esperando: puedo verlo tras ese pelo rubio perfectamente peinado.

Me impulsa un instinto visceral: luchar o huir.

—¿Qué tal si te vas a la mierda? —suelto, mirando directamente a la cámara.

Un coro de jadeos responde a mi comentario.

Elijo luchar.

1

VAUGHN

Gimo y hundo la cabeza entre las manos, derrotado.

—Dios...

Los correos no paran de llenar la bandeja de entrada. Son periodistas lanzándome preguntas..., preguntas interminables.

Llevo horas sentado ante este escritorio escuchando el incesante sonido de los mensajes entrantes mientras pongo patas arriba el despacho de mi abuelo en busca de *algo*. Reviso página tras página del libro de contabilidad del rancho y hurgo en los archivadores, esperando encontrar alguna pista. Incluso he llegado a golpear las paredes interiores de los cajones del escritorio, como si esto fuera una película y no la vida real, y pudiera abrirse un compartimento oculto donde se encontrara exactamente lo que estoy buscando.

¿Qué estoy pasando por alto?

Tengo que demostrar su inocencia. No puedo dejar que ese sea su legado.

Soy el genio del marketing de la empresa familiar, así que sé que ahora me toca limpiar un montón de mierda. Y eso es lo que debería estar haciendo en este momento: poner mi mejor sonrisa y calmar los ánimos; trazar un plan para seguir adelante; transmitir calma a los medios de comunicación; pedir disculpas a todos los compañeros del sector y hacerles la pelota a nuestros accionistas.

No puedo dejar que un escándalo aquí, en el rancho, ponga en duda el trabajo de Gold Rush Resources. Claro, los dos negocios son nuestros, pero con uno ganamos dinero, mientras que el otro solo alcanza a cubrir gastos. En el fondo, sé que la única manera de inspirar confianza en la empresa minera es echar a los leones a mi abuelo, uno de los hombres más importantes e influyentes de mi vida.

Con un suspiro, hago clic en el ratón para abrir la bandeja de entrada.

«Solicitud de declaración RE: Carreras amañadas».

Cuando me rasco la cara, la barba incipiente me araña los dedos. No quiero responder, pero ya han pasado dos semanas. Tengo que dejar de esconderme en el rancho y de darme cabezazos contra la pared.

Hace dos semanas, mi abuelo, Dermot Harding, el hombre que prácticamente me educó cuando todos los demás se habían rendido, murió de un infarto fulminante. Se desplomó aquí mismo, en este despacho, y un día después los periódicos de todo el país publicaron en primera plana el apellido familiar con su foto para ilustrar un artículo sobre cómo había sido el cabecilla de uno de los mayores escándalos de amaños de apuestas en la historia de las carreras de purasangres.

Un puto desastre, sin duda.

De forma racional soy consciente de que el hombre tenía ochenta años, una edad normal para morir. Pero su repentina pérdida me ha conmocionado hasta lo más profundo de mi ser. Quizá su muerte aún no me haya afectado, porque solo puedo pensar en limpiar su nombre. Han enfangado todo su legado y ni siquiera está presente para defenderse. Es imposible que el hombre que prácticamente me crio haya hecho eso. No puedo aceptarlo.

El teléfono vibra y desvío la atención del correo que tengo delante para mirar cómo baila sobre la superficie brillante del escritorio. El nombre de Cole parpadea en la pantalla con la imagen de un muñeco de G. I. Joe, algo que un día normal me habría hecho sonreír. Pero hoy no. Hoy no estoy de humor para hablar con mi hermano mayor.

No puedo apartar los ojos del teléfono, pero tampoco me animo a cogerlo. Dejo que la llamada vaya al buzón de voz y, unos instantes después de que la pantalla se apague, vuelve a encenderse con otra llamada. Cole es implacable, y yo soy demasiado transigente con mi familia como para ignorar dos llamadas seguidas. Puede haber pasado algo.

Pulso el botón para responder y me acerco el móvil a la oreja.

—¿Qué?

—¿Ya has terminado de jugar a *La casa de la pradera*?

Pongo los ojos en blanco; Cole es un capullo.

Todos tienen sus propias ideas acerca de cómo debería comportarme después de la muerte de mi abuelo y de la revelación del escándalo. Mi hermano, mi madre, la junta directiva...

—¿Necesitas algo o solo quieres burlarte de mí?

—Tienes que volver. No estás dando la cara, Vaughn —refunfuña, aunque sabe que por ese camino no va a conseguir nada.

Acostumbro a ser el rostro visible de la empresa, pero en esta ocasión necesitan que ofrezca un espectáculo totalmente distinto al habitual, y supongo que no estoy cumpliendo sus expectativas. Quieren sangre salpicada de una pizca de vergüenza, y la quieren públicamente, donde todo el mundo pueda verla.

Pero esta vez no estoy por la labor.

—Sé cuáles son las expectativas, Cole. Pero no me importan.

Le oigo protestar al otro lado de la línea. Soy el único al que no puede tachar de su lista sin más, y eso debe de robarle el sueño. No le preocupa cómo estoy, sino mantener todo limpio y en orden. Como a él le gusta.

—¿Cuánto va a durar esta escapada tuya?

Tenso la mandíbula mientras pienso en la mejor manera de responder a esa pregunta.

A él y a todos los demás implicados les inquieta que los haya dejado en la estacada y haya huido de Vancouver a las tranquilas montañas y valles de Ruby Creek. Debería estar sobrellevando el luto con solemnidad, siguiendo el protocolo de la empresa sobre cómo mostrarme conmocionado, decepcionado y «reconociendo mis sentimientos» de la forma adecuada. Lo que, al parecer, se hace celebrando ruedas de prensa, desfilando de forma concertada, como si yo fuera una especie de escolta glorificado, y luego escribiendo un emotivo editorial para que lo publiquen los periódicos.

Lo lamento por ellos, porque aún no estoy triste.

Estoy enfadado. Cabreado porque el hombre al que quiero más que a nadie murió solo en su despacho tras recibir un impacto tan fuerte que su corazón se rindió.

Y toda esa ira hace que la gente que me rodea se sienta incómoda, y si algo he aprendido en mis veintiocho años de vida, es que la mayoría de los seres humanos son capaces de hacer casi cualquier cosa para mantenerse en su zona de confort. Se aferrarán a ella hasta tener los nudillos blancos y las palmas de las manos sudorosas, con una desesperación frenética. Destrozarán las relaciones familiares, soportarán matrimonios de mierda, apuñalarán a amigos por la espalda... Lo que sea. La comodidad es lo que prima.

Y a mí, por el momento, me importa una mierda lo que piensen los

medios de comunicación o lo que mi silencio signifique para la empresa. He sido su niño mimado durante años. Recibí la educación adecuada y luego dejé que me sacaran a pasear como un poni de feria.

—Todo el tiempo que haga falta —respondo antes de colgar. Estoy harto de hacer lo imposible para complacer a los demás. Necesito tiempo para mí.

He sufrido al tener que aguantar a gente a la que no soporto, me he reído de chistes que no tenían gracia y me he codeado con algunas de las personas más influyentes de Vancouver con el único objeto de cumplir con mis obligaciones hacia el negocio familiar. Llevo años siendo el hombre que salía en todas las portadas, el soltero más codiciado de los círculos elitistas de la ciudad sin quejarme. Así que, por lo que a mí respecta, que se jodan todos y que aguanten mis nervios durante unas semanas.

El mundo no va a detenerse si dejo de sonreír unos días. O si me tomo un tiempo lejos de Gold Rush Resources para salvar el rancho.

Sin embargo, el mero hecho de plantear esa idea ha caído como un jarro de agua fría en el núcleo familiar. Cole ha puesto el grito en el cielo. Ha dicho algo sobre que estaba tirando mi carrera y mi futuro a la basura, para después ofrecerme algunos consejos que, en resumidas cuentas, implicaban que dedicarme al rancho no es beneficioso ni productivo para «*el negocio principal*». Según él, después del funeral del abuelo, debería centrarme en mi trabajo y pasar algún tiempo con la familia para sobrellevar el duelo.

Resoplo. Es una ironía viniendo de él, el hombre que desapareció la última vez que ocurrió una tragedia, como le recordé justo antes de añadir que, de hecho, me iba a tomar una excedencia para dirigir el rancho. Luego me di media vuelta y abandoné lleno de furia nuestras lujosas oficinas en el corazón financiero de la ciudad.

¡A la mierda la jungla de asfalto!

Ese mismo día hice las maletas y me mudé al rancho de mi abuelo. Cuando llegué me sentí reconfortado por el sentimiento de cercanía y me inundaron los recuerdos felices de mi infancia.

El Gold Rush Ranch pertenece a nuestra familia desde hace generaciones. En su momento, fue el rancho ganadero de la familia de mi abuela Ada, y hoy en día es una de las principales instalaciones de cría de caballos de carreras del oeste de Canadá. Este lugar era el sueño de mi abuela, o al menos eso era lo que Dermot me decía siempre. Ella murió cuando yo era pequeño, y mis recuerdos no son muy vívidos, pero me consta que fue la

razón por la que mi abuelo se quedó aquí y se centró en el rancho mientras dejaba que otras personas sacaran adelante la compañía minera. Y sé que el amor que se profesaban era digno de un cuento de hadas.

Que mi hermano y mi madre no entiendan mi apego por este lugar no significa que no sea auténtico. Ninguno de ellos me conoce bien, de todos modos, ni siquiera lo han intentado. Nunca se han desvivido por mí. Hablamos, por supuesto, pero a menos que estemos tratando de cómo llevar los negocios familiares, nuestras conversaciones son breves y superficiales. Solo tolero las intromisiones de mi madre porque es la única atención que recibo de ella. Suena patético, lo sé: creo que tengo un problema no resuelto de abandono materno.

Además, si Cole pudo largarse y meterse en el Ejército después de la muerte de nuestro padre, yo puedo recluirme en el rancho. Lo que es justo es justo.

No me importa lo que piense al respecto. A diferencia del resto, no le tengo miedo. Su actitud prepotente, típica del que se cree mejor que los demás, no me asusta. Nunca se ha preocupado por mí antes, y no voy a dejar que lo haga ahora.

Mi abuelo se pasó décadas levantando su imperio de la nada, así que se lo debo. Dedicó sangre, sudor y lágrimas —y un poco de suerte también— a las dos empresas y así construyó el legado familiar. El abuelo Dermot consagró toda su atención al rancho en lo peor del luto, y este ha cosechado elogios, prestigio y muchas victorias bajo su dirección; este lugar es una oda viviente a su difunta esposa y a su hijo.

Un recuerdo de la historia de mi familia... Muevo la cabeza y estiro los brazos hacia delante. No es productivo dejarse llevar por el pasado.

Regodearse en la compasión es de tontos.

Me estiro las mangas, me ajusto los gemelos, me echo hacia atrás y dejo escapar un hondo suspiro. Últimamente hago muchas cosas así. Emito grandes suspiros, que suenan trabajosos y desesperados. Incluso el sonido me molesta.

Al mirar por la ventana del despacho, me siento... abrumado. Admiro las vallas blancas perfectamente alineadas, que forman cuadrados precisos; cada uno es el hogar de un caballo. Me gusta lo organizado que se ve el diseño, como un objeto colocado con precisión dentro de una caja. Parece sencillo. Lógico. Y esa sencillez me tranquiliza mientras me repito las

palabras de mi abuelo como un mantra: «Solo puedes controlar lo que tienes delante, Vaughn».

Dios. Parece que hubiera estado leyendo absurdos libros de autoayuda. Algo que me recomendó mi madre, bendita sea, justo antes de ofrecerse a concertarme otra cita. Como si casarme y darle nietos me hiciera tan feliz como a ella. Era una chica rica de ciudad de pies a cabeza, que se enamoró de un ranchero, y creo que por eso Cole y yo nunca hemos sabido bien cuál es nuestro lugar. Me quiere, pero no me entiende en absoluto, y lo peor es que ni siquiera lo intenta.

—Tiene buenas intenciones, pero no da una.

—¿Qué ha sido eso, hijo? —ladra Hank, jadeante, haciéndome girar de repente en la silla. Tiene la mano en el marco de la puerta y asoma la cabeza como si hubiera estado a punto de pasar sin oírme.

Tengo que dejar de hablar solo.

—Nada —respondo, con más desprecio del que pretendía. Para ser sinceros, es mi actitud habitual últimamente.

—¿Seguro que estás bien? —Es difícil que esos viejos ojos de águila pasen algo por alto.

—Sí. Nos vemos a las once. —Intento compensar el tono ofreciéndole un saludo y una sonrisa forzada, pero no estoy convencido de que haya funcionado. Seguramente ha sido poco natural y ha hecho que parezca que estoy pirado. Me siento... muy entumecido.

Hank sonrío, me guiña un ojo y sigue su camino, impertérrito ante mi actitud de mierda. No entiendo cómo es capaz de estar siempre de tan buen humor. Se muestra tan imperturbable que roza lo antinatural.

Necesito un poco de lo que sea que se esté tomando.

Lo primero que hice al llegar al rancho fue *limpiarlo* a fondo. Quizá haya quien diga que lo tiré todo abajo, pero no podía reconstruir la reputación del lugar rodeado de gente que no me ofrecía confianza, que incluso estaban encantados de mirar a otro lado.

El Gold Rush Ranch tiene ahora una nueva dirección, y con ella viene también un nuevo código moral.

Mi prioridad fue localizar y contratar a Hank Brandt, el mejor amigo de Dermot cuando se mudó a Ruby Creek hace años. Un hombre que conoce y ama este valle, y que también sabe de caballos de carreras. Dirigió en la costa este uno de los programas de carreras y cría de caballos que más éxito

ha cosechado, para después jubilarse prematuramente y volverse a vivir aquí.

Cuando me puse en contacto con él para intentar convencerlo de que abandonara su retiro, estaba deseando regresar al lugar donde empezó y, todo hay que decirlo, ni siquiera le desanimó el declive del rancho a ojos del hipódromo y su mala reputación actual.

Por el contrario, me dijo que estaba «*deseando afrontar el reto*» y me mostró su característica sonrisa incombustible, como si supiera algo que yo ignoraba.

Hank y yo acordamos una asociación en la que él llevaría las riendas, por así decirlo, de todas las tareas relacionadas con los caballos, mientras que yo gestionaría la parte empresarial. Convinimos en que nos pondríamos de acuerdo para contratar a los empleados. Quería asegurarme de que estábamos creando un entorno de trabajo en el que ambos nos sintiéramos a gusto. No estaba dispuesto a renunciar al control del legado de mi abuelo.

Al menos, sin antes restaurarlo de forma adecuada.

Por eso vamos a entrevistarnos con un nuevo entrenador esta mañana. Un tipo llamado Billy Black al que Hank conoce desde hace tiempo y con el que trabajó en el este, del que me ha contado maravillas por su juventud y perspectiva vanguardista. Dice que es una persona profesional que se ha formado en Reino Unido bajo la tutela de alguien con mucho renombre, a quien yo no conozco de nada, y que está rebosante de nuevas ideas y estrategias.

Aunque no me parece la elección más segura y fiable para mis fines, le he seguido la corriente al viejo. Una entrevista no le hace daño a nadie, y contratar a una persona completamente desconocida en este ámbito podría ser el nuevo comienzo que necesitamos.

Que yo necesito.

Por la ventana del despacho veo el camino de entrada perfectamente pavimentado. Un poco más allá, una fuente lanza chorros arqueados de agua frente a la estatua de bronce de mi padre, quien, vestido con ropa de montar, galopa sobre un caballo.

Aquí hay demasiados recuerdos; demasiados lugares por los que mi mente puede vagar, en los que puede caer y dejarme soñando despierto. Demasiada nostalgia.

El sonido de las llantas al rodar sobre el pegajoso asfalto me saca de mi

ensoñación; una suerte, porque ahora mismo no tengo tiempo para ponerme melancólico. Dentro de veinte minutos entrevistaremos al nuevo entrenador, y no necesito ninguna distracción.

Veo entrar un todoterreno negro en el aparcamiento y la frustración me quema el pecho. Ahora mismo no me apetece tratar con nadie.

Cuando se abre la puerta del conductor, aparece un mocasín negro muy brillante. Le sigue una pierna larga y delgada enfundada en un pantalón ajustado de color burdeos. Recorro esa pierna con la mirada y veo que es una mujer quien sale del vehículo. La brillante luz del sol primaveral resplandece casi cegadora en la espesa trenza castaña que le cuelga a la espalda.

Se estira y se coloca con movimientos suaves el cuello de la blusa negra, se lleva una mano a la frente y se gira despacio para contemplar el paisaje. No puedo evitar que mis ojos se detengan en el punto donde la cintura hace resaltar sus curvas.

Una sonrisa nostálgica se dibuja en esos labios exuberantes mientras permanece allí de pie, con los ojos entornados y la mirada serena.

Parece una muñeca; y también demasiado engreída. Como si estuviera aquí para tener la oportunidad de pescar a Vaughn Harding. He visto esa mirada miles de veces antes; en las arribistas sociales cuando están en su elemento; en las buscadoras de oro dispuestas a todo por lograr su objetivo. Las mujeres me miran así constantemente, y es algo que ya ha perdido su atractivo.

Es hermosa. Claro que lo es, siempre lo son. Pero esta es atractiva de una manera clásica y pura, lo que me parece todo un cambio de estrategia.

Niego con la cabeza y noto la frustración que me sube por el pecho de forma rápida y ardiente. Estos juegos y pantomimas son lo último que necesito en este momento. ¿Por qué nadie me escucha? Tengo la mecha corta y estoy a punto de estallar.

Esta vez no sonreiré ni asentiré. Esta vez voy a enviar un mensaje alto y claro.

Esta vez mi madre ha llegado demasiado lejos.

2

BILLIE

Este.

Este es un lugar donde ser feliz.

Sin dramas. Sin fingimientos. Solo los caballos y yo.

No veo ningún ser humano hasta donde alcanza la vista. Justo como me gusta.

Siempre he considerado cualquier sitio con caballos como un santuario, y esta propiedad no es una excepción. Está inmaculada. Idílicas vallas blancas perfilan los prados perfectos y verdes que se extienden ante mí; cada cuadrado de madera es el hogar de un hermoso y brillante caballo.

Y todo está envuelto en ese reconfortante aroma a rancho que tanto me gusta.

Cierro los ojos e inspiro hondo. Por muy impoluto que esté un rancho, no puedes escapar de este olor, ni siquiera al aire libre. Puedes gastarte todo el dinero del mundo en mantener impecables las instalaciones, pero seguirán oliendo a mierda de caballo.

Y eso siempre me hace sonreír. Caballos 1, humanos 0.

Estoy regodeándome con ese resultado cuando se cierra una puerta a mi espalda. Pego un brinco, sobresaltada, y me giro, esperando que sea Hank para darme el mejor abrazo del mundo. Miro a través de la fuente, situada en el centro del camino de entrada, esperando ver la figura familiar de Hank, pero no es él. Me encuentro con una imagen de perfección que resulta mucho mejor en persona que en cualquiera de las fotos que he encontrado en internet.

¿Alto? Sí.

¿Moreno? Sí.

¿Guapo? Sí.

¿Parece que quiere matarme? Pues mira, también.

Me paso los dientes por el labio inferior mientras ese hombre alto y ágil, vestido con un traje oscuro y entallado, avanza hacia mí. El pelo del color

del chocolate negro, más largo en la parte superior y un poco revuelto, como si se lo hubiera estado despeinando con los dedos, enmarca su rostro enfadado. La barba incipiente le cubre los pómulos afilados como cuchillas y la nariz recta es casi demasiado masculina para esos labios torneados y fruncidos. Se detiene frente a mí y me observa.

Menos mal que soy de las que no se acobardan, porque calculo que mide un metro noventa y resulta imponente.

Clava en mí sus ojos color caoba.

—Vas a mover ese culo respingón, vas a entrar en el coche y te vas a largar. Ahora mismo.

¡Vaya, menudo recibimiento!

Ladeo la cabeza y busco en su rostro algún rastro de humor. Al no encontrarlo, suelto una carcajada. Porque quién habla así a una persona a la que acaba de conocer.

Vale, en realidad lo suyo ha sido más bien un resoplido, pero los resoplidos hacen reír a la gente normal, ¿verdad? Incluso, mientras me río un poco de mí misma, pienso que a lo mejor se une a mí. Pero no, no, este dragón escupe fuego. Cruza los brazos sobre un pecho muy ancho y sigue mirándome como si solo fuera tierra bajo sus caros zapatos.

Qué típico...

—Guapa y lenta para seguir instrucciones, como todas las chicas que me ha servido en bandeja mi madre últimamente. Lo de la naturalidad es nuevo —dice, moviendo el brazo de arriba abajo como si yo fuera una yegua de cría—, lo reconozco. Felicita a mi madre de mi parte cuando la informes de este intento fallido de empujarme a una relación concertada impresionantemente aburrida. Prefiero salir con una muñeca hinchable.

Me echo un poco hacia atrás al oír lo último. ¿Salir con una muñeca hinchable? Uf. ¿De verdad acaba de decir eso? Acaba de ponérmelo en bandeja: podría hacer un montón de bromas al respecto, pero me recuerdo a mí misma que debo comportarme de forma profesional. Me armo de valor e inspiro hondo, porque la situación se va a poner más incómoda. Está claro que no sabe quién soy, pero yo he hecho los deberes y sé exactamente quién es él.

Vaughn Harding.

He echado mucho de menos a Hank. Cuando aparecí en su puerta buscando trabajo hace diez años, me acogió y me dio mucho más que

empleo: trabajo, consejos, un lugar donde vivir, incluso una buena charla cuando la necesitaba. Fue la figura paterna con la que siempre había soñado. Así que cuando me enteré de que podía trabajar a su lado en la costa oeste de Canadá, me faltó tiempo para subirme a un avión. Mi visado de trabajo en Irlanda estaba a punto de vencer, así que, de todos modos, tenía que dejar mi puesto de formación en la Isla Esmeralda. Al menos estaba al tanto del lugar adonde iba y del nombre del rancho para poder investigar un poco.

Tengo buena mano para buscar información en internet, tanta que casi añado esas habilidades en la sección correspondiente de mi currículum. Al ponerlas en práctica, encontré dos tipos de fotos de este hombre: la mitad de las imágenes eran del Vaughn profesional, con un aspecto prolijo y serio, que gestiona los negocios de su familia. Las otras eran del Vaughn fiestero, con un aspecto encantador y refinado, normalmente en algún evento glamuroso con una mujer hermosa colgada del brazo.

Por lo que he podido encontrar, nunca repite mujer. Y he buscado a fondo.

Un gruñido brutal me arranca de mis pensamientos.

—Te he dicho que te vayas.

¿De qué va este tío? Por regla general, mi filtro cerebro-boca es bastante flexible. He buscado bronca desde la infancia y estoy bien versada en enfrentarme a situaciones en las que alguien está cabreado. Pero ¿esto? Esto es nuevo. Probablemente por eso me quedo ahí plantada, en silencio y estupefacta, mirándolo como una idiota...

Antes de que pueda decir algo educado para calmar la situación, abre los brazos y me mira con esos ojos como miel derretida como si me preguntara qué coño estoy haciendo.

Y luego..., da una patada en el suelo como un niño pequeño.

Se me escapa la risa. Ni siquiera intento contenerla. Conozco bien a los hombres como Vaughn Harding. Hay pocas cosas seguras en esta vida, pero que los niños de papá con fondos fiduciarios son gilipollas es una de ellas.

Levanto una mano para detenerlo.

—En primer lugar, me fascina su preferencia por las muñecas hinchables, pero ¿podemos hablar de eso en otro momento? —Sus labios dibujan una mueca. Ja, no le ha gustado la respuesta—. En segundo lugar, soy una mujer; no me trate como a un niña. Y en tercero, cuando haya puesto fin a esa épica crisis de niño malcriado —muevo la mano arriba y abajo por su

cuerpo como él ha hecho conmigo—, ¿podría, por favor, decirle a Hank que Billie Black está aquí para la entrevista de trabajo?

Y, a continuación, lo miro con una sonrisa enorme y muy cursi.

En su defensa, debo decir que palidece de forma visible mientras se estira la chaqueta del traje y se pone más derecho.

—¿Billie Black? —repite.

—La misma.

—Pero... —Mueve la cabeza—. Pero ¿no eres un hombre?

—Una observación muy sagaz, señor Harding —respondo con una sonrisa burlona.

Estoy acostumbrada a esta reacción. Mi nombre llama a engaño, y no me molesta. Es un apodo, y podría elegir otro si quisiera, pero me divierte ver cómo la gente se confunde con él. Y este encuentro no es una excepción.

—¡Eh, Billie, niña! —dice una voz grave y familiar a mi espalda—. ¡Por fin!

Hank Brandt. Joder, es oír su voz y ponerme a sonreír. Me doy la vuelta de inmediato, dejando a Vaughn allí boquiabierto, para contemplar el rostro del hombre más cálido y amable que conozco. Se precipita hacia mí con sus anchos hombros, el pelo corto algo canoso y la cara rubicunda y muy arrugada, típica del que se ha pasado décadas trabajando al sol.

Lo he echado de menos. A veces naces en una familia y otras veces la eliges. Y cuando la eliges, sabes en el fondo de tu corazón que es la adecuada para ti. Y eso es Hank: la familia que he elegido.

Casi trotando, Hank llega junto a mí y me da un abrazo fortísimo. Y se lo devuelvo.

—Estás aún más guapa que la última vez que te vi —dice, sujetándose por los hombros antes de abrazarme de nuevo.

Me ruborizo y pongo los ojos en blanco.

—Deja de hacerme la pelota, viejo. Ya me tienes aquí. Ahora enséñame este lugar.

Hank ha sido mi pilar, tanto en mi infancia como en mi carrera profesional; un amigo, una figura paterna y, con suerte, ahora me dará trabajo.

Suponiendo que no la haya cagado del todo con el gilipollas que sigue ahí detrás. La ansiedad me hace sentir un cosquilleo en el estómago. Tengo mucho trabajo por delante y habré de superar esa incómoda presentación si

de verdad quiero el empleo.

—Nunca pierdas las agallas, niña —me dice; sacude la cabeza y me pasa un brazo por encima del hombro.

Hank me lleva hasta el Señor Guapito de Cara, que parece haber recuperado la compostura.

—Billie, te presento a Vaughn Harding, el nuevo propietario y director del Gold Rush Ranch. Es un hombre muy ocupado, que divide su tiempo entre el rancho y el negocio minero de su familia, pero estará por aquí en un futuro próximo dirigiendo nuestras operaciones comerciales. —Vaughn me mira ahora con una expresión ilegible—. Va a asistir hoy a la entrevista para que tengamos una segunda opinión. Espero que te parezca bien.

No puedo ni tragar. Es genial, simplemente genial.

Me zafo del brazo de Hank y le tiendo la mano a Vaughn. Busco algún signo de vergüenza por su parte, pero no encuentro ninguno. Su expresión se ha vuelto pétrea y ahora mismo parece cerrado en sí mismo: cualquier rastro de la ardiente pasión que escupía unos instantes antes ha desaparecido por completo.

Por supuesto, taneo el terreno lanzándole un rápido guiño mientras correspondo a su firme apretón de manos. Y por firme apretón, quiero decir que es brutal. Le respondo apretándole muchísimo la mano. Que me haya pasado años entrenando y montando purasangres significa que soy más fuerte de lo que parezco.

Creo que incluso le oigo gruñir por lo bajo cuando le estrujo los dedos.

—Cuanto más, mejor —digo—. Es un placer conocerle, señor Harding.

Asiente, me suelta la mano de golpe y luego mira a un punto por encima de mi cabeza.

—Estaré en mi despacho cuando estés listo —le dice a Hank antes de volverse y alejarse con la cabeza alta, como si no acabara de hacer el ridículo.

Cuando vuelvo a mirar a Hank, veo que le brillan los ojos y una lenta sonrisa se dibuja en su cara.

—Billie..., Billie..., Billie..., ¿qué le has dicho a ese pobre chico? —pregunta, dándome una palmadita.

Ante eso, echo la cabeza hacia atrás y me río. ¿Pobre chico? Conozco bien a los hombres como Vaughn Harding. Me he criado en ese mundo. Los hombres ricos y mimados como él nunca superan la arrogancia de creer que

tienen más derechos que los demás. Al contrario, la lucen como una especie de insignia.

Mi padre es la prueba viviente de ese tipo de comportamiento, igual que todos los chicos del internado y los hombres que alternaban en nuestros círculos. Copias idénticas unos de otros. Impolutos, calculadores e insensibles.

Por no decir aburridos.

Y falsos, falsos, ¡muy falsos!

Tienen sonrisas falsas, amistades falsas, familias falsas. Y esto último fue el auténtico problema. El que hizo que mi estupenda y perfectamente planificada vida se derrumbara a mi alrededor.

Para mi sorpresa, que mi padre fuera un gilipollas y un capullo no fue suficiente para que dejara de quererlo. Aunque sí le perdí el respeto. Y menuda combinación desgarradora..., querer a alguien a quien no puedes respetar.

Incluso una década después, ya en la edad adulta, me hace tanto daño que no me permite respirar.

Puede que la palabra de mi padre ya no signifique nada, pero la mía sigue siendo de fiar. Cumplí la promesa que me hice a mí misma de marcharme y no volver a ese estilo de vida.

Me marché por la puerta grande y desde entonces estoy en modo reconstrucción. Mi único objetivo es mi carrera, y esta oportunidad es el paso perfecto.

Mientras miro cómo Vaughn —la encarnación viviente de todo aquello de lo que he huido— entra en el edificio, admiro su cuerpo perfecto, que llena el traje hecho a medida. Cintura estrecha. Culo increíble. Un diez.

Pero no pienso hacer nada más al respecto. Porque conozco bien a este tipo de hombres. Interactuar con ellos es una auténtica pesadilla e involucrarse, peligroso. Pero aun así es divertido comérselos con los ojos. Después de todo, soy humana, y ese hombre es pecaminosamente sexy.

Sí, disfrutaré al máximo estudiándolo, pero desde una distancia segura. Porque los hombres como Vaughn son una trampa en la que jamás voy a caer.

3

VAUGHN

Qué puto desastre.

Me reclino en la silla del escritorio y miro al techo, deseando que me trague la tierra.

No puedo evitar negar con la cabeza.

¿Por qué me he dejado llevar como si no tuviera autocontrol? ¿Por qué me he comportado como un crío petulante? ¿En qué estaba pensando? La creciente intromisión de mi madre en mi vida amorosa me ha convertido en una puñetera apisonadora.

No para de poner mujeres ante mí como si fuera mi cumpleaños y ellas, regalos perfectamente presentados para que yo los desenvuelva. Sé que estar casada con mi padre la hizo muy feliz, y que solo quiere eso para mí. También sé que mi hermano Cole es una causa perdida en ese aspecto, lo que significa que tengo que asumir yo solo toda esa estupidez de las citas.

Vaya suerte la mía.

Incluso si hubiera sido una mujer enviada por mi madre en uno de sus locos tejemanejes, mi comportamiento habría estado fuera de lugar. La forma en que me he conducido ha quedado todavía más en evidencia por el entusiasmo que ha mostrado Hank ante la posibilidad de contratar a esa chica... A esa mujer.

Curvo los labios al recordar la forma en que ha protestado cuando la he tratado como a una cría.

Da lo mismo. Parece muy joven y, definitivamente, no tiene nada que ver con el hombre al que esperaba entrevistar.

Y es Billie, no Billy.

¿Quién lo habría imaginado?

Supongo que, si hubiera leído su currículum, habría notado esa pequeña diferencia. Tampoco es que Hank me haya dado ninguna pista; podría haberme avisado. Pero no, me dijo que conocía a un profesional que deberíamos entrevistar. Alegó que tenía experiencia internacional, pero que

no se ha acomodado. Por tanto, podría ser una buena opción. Se las había arreglado para conseguir que un criadero en Irlanda pasara de ser relativamente desconocido a convertirse en un pilar en el círculo de criadores del país.

Se mostró muy ilusionado y su descripción me convenció. Además, por encima de todo, confío en él, así que le di el visto bueno para concertar una entrevista sin preguntar mucho más.

Pensándolo bien, casi me da la impresión de que omitió intencionadamente mencionar si estábamos hablando de un hombre o de una mujer. Tampoco me importa. No tengo ningún problema en contratar a mujeres. Aunque esta me ha parecido muy joven, lo que significa que será inexperta. Demasiado inexperta para lo que nos jugamos.

Y demasiado bocazas.

Pero qué boca... Seductora, suave, con forma de corazón.

Sí. No es lo que necesito.

Me hace falta alguien en quien pueda confiar, alguien organizado con quien pueda contar para llevar el Gold Rush Ranch al éxito. Esto no es un juego.

La forma en que me ha dejado seguir hablando como un idiota cuando debía de saber exactamente quién soy...

Y luego ha tenido el descaro de reírse de mí.

Increíble.

Me excito solo con repasar el momento en la cabeza.

A lo largo de los años he provocado muchas respuestas en las mujeres: deseo, lujuria, gemidos y quejidos, e incluso enfado cuando ponía punto final a lo nuestro. Pero nunca me había mirado alguien a los ojos para reírse de mí.

No, esto es nuevo.

Esos brillantes ojos color ámbar se han abierto de forma muy expresiva cuando le he dicho que se marchara. Sus carnosos labios rosados se han curvado de medio lado, y algunos mechones de pelo castaño oscuro se han deslizado por sus mejillas con la brisa.

Parecía salvaje e indómita en ese momento. Todo un desafío.

En otras circunstancias, me habría gustado aceptar ese reto, agarrarla por la gruesa trenza y demostrarle quién manda en realidad. Le habría echado la cabeza hacia atrás y habría deslizado los dientes por la parte inferior de su

mandíbula, susurrándole todas las guarradas con las que pensaba borrarle esa sonrisa condescendiente de la cara.

Dejo escapar una risa ahogada y me recoloco los calzoncillos.

Algo me dice que lo único que conseguiría en esa situación sería una rápida patada en las pelotas. Es audaz, lo reconozco.

Y es impredecible como una carta marcada, lo último que necesito en mi vida ahora mismo.

La temporada de carreras está a punto de entrar en su apogeo, y nos han obligado a retirar todos los caballos de las pistas, a recluirnos en el rancho, deshonorados, sin poder participar en ningún evento porque nos ha caído una sanción de tres meses. No correremos hasta la mitad de la temporada por lo menos.

No necesito cartas marcadas; necesito un puto milagro.

Una suave risa femenina se filtra desde el pasillo hasta mi despacho, arrancando mi atención de la bandeja de entrada de mi correo, llena, que tengo abierta en la pantalla. Me he pasado la última hora mirándola sin solucionar nada, ensimismado en mis pensamientos.

Un lugar en el que nadie querría entrar en este momento.

—Las damas primero —anuncia Hank cuando Billie dobla la esquina.

Pongo los ojos en blanco. Eso sí que es exagerar.

Me doy la vuelta para coger los archivos que necesitaremos para la entrevista, suponiendo que hayan terminado ya con el *tour*.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, rebuscando en el cajón de las carpetas.

—Muy bien —responde Billie con entusiasmo—. Las instalaciones son una auténtica pasada, señor Harding.

Mi erección da un salto contra mi voluntad al ver que dice «señor Harding» con tanta admiración.

Vaughn, eres un puto desastre, colega.

Esta vez consigo no reprenderme en voz alta, la pequeña victoria del día. Pero cuando miro de nuevo a Billie Black, por poco me quedo sin aliento. Está tan radiante y emocionada que casi salta en su asiento.

La miro con intensidad, impresionado por lo auténtica que es. Lo abiertas y sinceras que resultan sus emociones. ¿Cómo lo consigue?

Rebusco en mi cerebro, pero no recuerdo la última vez que fui tan feliz como Billie en este momento. Me siento como si hubiera vuelto el rostro

hacia un sol cegador, pero tan deliciosamente cálido que cierras los ojos y disfrutas de su resplandor.

—Sí, bueno, gracias. Mis abuelos tenían un rancho de ganado y lo transformaron en el lugar que ves ahora. Guarda mucha historia familiar — digo, bajando la mirada.

—Permítame darle el pésame por lo de su abuelo. Ha debido de ser una pérdida terrible... —añade con una expresión amable.

—Sí, gracias. Sigamos. —Cambio de tema con más brusquedad de la que pretendía.

Estoy preparado para discutir con esta mujer, no para el decoro y las miradas inocentes. Me está dando dolor de cabeza. Por fortuna, Hank elige este momento para intervenir y salvarme.

—De acuerdo, Billie. Empecemos.

Reclinado en mi sillón, cruzo los dedos y estudio cómo interactúan. Hank hace preguntas precisas y Billie responde con elocuencia, aunque agita las manos como si quisiera levantar el vuelo.

Por supuesto, habla también con las manos.

Enumeran técnicas de entrenamiento, estrategias de carrera, líneas de pedigrí y Dios sabe qué más. La verdad es que todo me suena a chino. De niño me pasaba el tiempo en los establos hablando con la gente, echaba una mano en las tareas del rancho y hacía los deberes en la sala, pero era solo el telón de fondo, la forma que tenía mi abuelo de mantenerse a mi lado después de que perdiera a mi padre.

Por eso Hank está aquí. Necesito su experiencia porque es uno de los gestores más reconocidos del negocio, y puedo decir por la mirada orgullosa que veo en su rostro que prácticamente ya ha contratado a esta mujer.

Tengo que jugar bien mis cartas. No ser diplomático sería como quitarle los juguetes a un niño la mañana de Navidad. No soy estúpido, tengo claro que no puedo permitirme enfadar a Hank rechazando a Billie. Hank no me había contado lo unidos que estaban. Ahora que lo pienso, hay más cosas que Hank no me ha contado sobre ella, pero ya lo hablaremos él y yo en otro momento.

En cualquier caso, no voy a dejar que esta situación se me escape de las manos. Si Hank cree que puede engañarme y si esta mujer cree que puede reírse en mi cara y conseguir un trabajo fácil, ambos están equivocados.

Sigue siendo mi rancho. Yo tomaré la decisión final.

—¿Por qué quiere este trabajo? —ladro.

Me mira con intensidad, con un matiz rosado en sus pálidas mejillas. Puedo ver cómo se lo piensa. Casi espero a que me regañe por interrumpirla, así tendré una buena razón para mandarla a paseo.

En lugar de eso, se reclina, se pasa las manos por los delgados muslos y se muerde el labio inferior. Joder, ojalá no hiciera eso.

—Para ser franca, señor Harding...

Y ahora eso otra vez. ¿Cómo se supone que voy a dirigir un interrogatorio intimidante si ella está llamándome «señor Harding» mientras se muerde el maldito labio con ese gesto inocente?

—Llámame Vaughn.

—De acuerdo, Vaughn. Para ser franca, me he ganado el puesto de entrenadora jefa. —Hago un gesto burlón—. No. Mira, no quiero decir que me lo merezca. Quiero decir que me lo he ganado. Empecé por mi cuenta, sin absolutamente nada, y he aprovechado todas las oportunidades que se me han presentado con una sonrisa. —Suspira y continúa, gesticulando con las manos de nuevo—. Me dejé la piel en los ranchos más modestos con caballos sin pretensiones hasta que fui lo bastante buena como para trabajar en ranchos mediocres con caballos algo mejores, y me mantuve firme hasta que conseguí hacer prácticas como estudiante en un rancho de primer nivel al que había planeado presentarme desde que tenía quince años. Lo conseguí. Trabajé con lo mejor de lo mejor en Reino Unido, aprendí el oficio y luego me perfeccioné lo suficiente como para que quisieran ofrecerme puestos bien remunerados. He derramado sangre, sudor y lágrimas para convertirme en una de las mejores y poder aplicar esos conocimientos aquí, en mi tierra.

Se lleva las manos al pecho y me mira con tanta seriedad que casi no puedo sostenerle la mirada.

—Dame una oportunidad. Puedo llevar este rancho donde se merece, sé que puedo.

Tengo que reconocerlo: ha sido una respuesta excelente. No he notado ni una pizca de artificio en la historia que ha desgranado, rebotante de orgullo y valor.

Junto los dedos índices y la evalúo. En ningún momento rehúye el contacto visual. Mi plan de ponerle la zancadilla ha salido mal porque me

ha sorprendido al mostrar tanta confianza en el trabajo duro, en su propia capacidad, cuando al principio me ha dado la impresión de que se lo tomaba todo a broma.

La confianza y la dedicación son probablemente dos de las cosas que más respeto en una persona. Yo también me he dejado la piel en mis negocios. No seré yo quien tenga que trabajar con ella todos los días, así que si es buena en lo que hace, ¿qué importa que también sea irritante?

—Eres muy joven —arguyo.

—Pero estoy llena de energía —replica.

—No tienes experiencia.

—Pero sí ganas de probarme a mí misma. —Sonríe.

¿Está llenando sus respuestas de insinuaciones a propósito? Esta mujer está loca de remate. Me echo hacia delante y dejo frente a ella las carpetas que he amontonado en el escritorio.

La última prueba, cariño.

—Bien, Billie, tengo cinco carpetas. Una por cada caballo que debutará en Bell Point Park, la pista de Vancouver, esta temporada. ¿Por qué no las miras y eliges a tu favorito?

Me mira con desconfianza.

—Bueno, tendría que verlos correr para tomar una decisión. A pesar de lo que algunos piensan, las estadísticas y el linaje no lo son todo. Un caballo necesita corazón para ganar. Debe tener la mentalidad correcta.

Chica lista.

—Para esta prueba, elige basándote en lo que ves en el papel.

Responde a mi mirada desafiante con una de su propia cosecha. Sé que intuye que la estoy llevando al matadero. Lo veo escrito en su cara. Tiene sus sospechas, pero va a seguirme el juego de todos modos porque, si algo puedo adivinar de Billie Black, es que es terca de narices.

—Vaughn, creo que... —empieza a protestar Hank, que se da perfecta cuenta de lo que ocurre.

Billie levanta una grácil mano en su dirección mientras acerca las carpetas hacia sí.

—Hank, por favor. Puedo arreglármelas.

Se acoda en el escritorio y abre la primera carpeta.

Todas contienen el registro en el Canadian Racing Club de un caballo, que desglosa varias generaciones de sus líneas de sangre y apunta información

física, como la altura y el sexo. También he incluido datos sobre la madre y el padre de cada caballo, que a menudo son importantes para predecir su aptitud para alcanzar el éxito. La genética y todo eso.

La parte que he omitido es el informe inicial de Hank con la puntuación de cada caballo. Le hice llevar un pequeño equipo al establo y crear un perfil de cada animal. Para ser sincero, la información que le he proporcionado a Billie es bastante escasa. Soy consciente de que es una prueba algo injusta.

Pero todo eso forma parte de mi plan.

La examino. Tiene el ceño fruncido en señal de concentración y su mirada revolotea de un lado a otro, absorbiendo cada línea de las páginas. Unas pestañas oscuras enmarcan unos iris dorados con motas más oscuras, como esas piedras de ojo de tigre. El color le da un aspecto casi felino. Me fijo en que lleva máscara de pestañas y quizá un poco de colorete, pero por lo demás solo luce una nube de pecas en la nariz, de las que solo se consiguen cuando pasas mucho tiempo al sol.

Al mirarla ahora, no entiendo cómo he podido confundirla con una de las mujeres que mi madre elegiría para mí. Es imposible que ninguna de ellas salga de casa con la nariz cubierta de pecas.

Billie Black no es una mujer atractiva, es... seductora de forma natural. Estoy seguro de que los hombres se paran a mirarla, pero no saben por qué. A riesgo de sonar como un imbécil de la *New Age*, percibo mucha energía en ella; algo que me atrae.

Se pone a tararear por lo bajo mientras organiza las carpetas en tres montones diferentes. Me doy cuenta de que me he movido hacia delante en la silla, intentando comprender lo que está haciendo. Con los codos apoyados en el escritorio, me acerco a ella como un perverso.

Me lo reprocha sin siquiera dedicarme una mirada.

—¿Estás intentando copiarme el examen, Vaughn?

Me aclaro la garganta y me incorporo. Cuando miro a Hank, este arquea una ceja en mi dirección como diciéndome que soy patético.

Mis fosas nasales se dilatan cuando inspiro hondo, pero Billie sigue concentrada. Está ensimismada y se pasa el dedo índice por los labios.

Ya me he cansado de esperar.

—Vale. Se acabó el tiempo —suelto.

Billie me mira con la misma ceja arqueada de Hank, y ya sé que tener a

estos dos trabajando juntos va a ser un coñazo.

—Bueno... —comienza—. He separado los expedientes en tres categorías. En el primer montón, he puesto a tres purasangres buenos, de alta calidad, que están preparados para empezar su trayectoria este año. Van a tener éxito, y probablemente consigamos que tengan en su haber unas cuantas carreras para luego vender a un par de ellos como futuras promesas por una buena cantidad de dinero sin invertir demasiado.

Sí. Me gusta cómo suena eso.

—En la segunda categoría está la yegua, Brite Lite. Me gustan sus características físicas; es joven y pronto cumplirá años, lo que le dará un poco más de madurez cuando llegue el momento de la carrera. También tiene buen pedigrí y en su historial aparecen algunos de los mejores reproductores; y, en el futuro, podría llegar a ser una de las yeguas principales del programa de cría.

—Estoy de acuerdo —dice Hank, asintiendo.

Billie vuelve a mirarme.

—Puede que sea mi favorita.

La miro fijamente, sin querer revelar nada.

Sin romper el contacto visual, Billie tamborilea con dos dedos en la última carpeta.

—¿Qué le pasa a Double Diablo? —pregunta, con expresión incisiva.

Le dedico una mirada inexpresiva.

—No sé a qué te refieres.

Hank gime por lo bajo. *Maldito traidor.*

—Me refiero a que tiene tres años y no ha corrido nunca. Su pedigrí es de lo mejorcito. Mirar su línea de sangre es como leer la lista de los caballos de carreras más famosos del mundo. Sé lo que cuesta criar un caballo así. Debes de haber invertido en él al menos un cuarto de millón de dólares.

Billie gruñe y sacude la cabeza, como si no pudiera creérselo.

—Incluso si hubiera participado en una sola carrera y hubiera logrado un éxito moderado, podrías cobrar un montón de dinero por cederlo como semental algún día. Ya debería haber corrido este año, pero no ha hecho nada. —Se reclina en el asiento y clava en mí una mirada inteligente—. Así que, dime, ¿qué le pasa?

Qué mujer más lista.

Me mira como si esperara una respuesta. Pero esta es mi prueba, y me

niego a dar pistas.

—No voy a responder a eso. He dicho en el papel; ¿cuál es tu favorito? Por lo que me acabas de decir, la respuesta es obvia.

Vuelve a echar un vistazo a la última carpeta y se coloca los mechones de pelo sueltos detrás de las orejas, nerviosa.

—¿Está lesionado? —pregunta en voz baja, mientras vuelve a hojear las páginas que tiene delante. Como si buscara más información y esta pudiera aparecer en el papel por arte de magia.

—No —respondo con sinceridad.

Me gusta mucho ver cómo se retuerce. Parece insegura, y disfruto bajándole los humos.

Exhala un suspiro dramático, como si estuviera haciéndole perder la paciencia, y me mira, decidida.

—Vale, Double Diablo es mi favorito —declara; me devuelve la carpeta con el mismo ímpetu con el que se la he dado y cruza los brazos a la defensiva.

Juego. Set. Partido.

No puedo contener la sonrisa socarrona que se dibuja lentamente en mi rostro.

—Excelente elección, señorita Black.

Hank me hace un gesto con la cabeza. Sé que me lo va a echar en cara más tarde, pero no me importa.

Es mi rancho y yo pongo las reglas.

—Supongo que tengo la bendición de Hank si digo que me gustaría ofrecerte el puesto de entrenadora jefa en el Gold Rush Ranch. Puedes empezar tan pronto como quieras. Tómate unos días para instalarte. La oferta incluye el alojamiento; puedes ocupar la cabaña del camino. La suspensión de tres meses en las competiciones con la que nos han penalizado termina el uno de julio, y eso te da... —Me detengo y miro el calendario que tengo sobre la mesa— unos tres meses.

—¿Tres meses para qué? —pregunta cabizbaja.

—Para poner a Double Diablo en forma para que gane su primera carrera de la temporada. Si gana, tu contrato pasará a ser indefinido. Si pierde, te daré buenas referencias y sumarás un párrafo a tu currículum.

Billie parpadea.

—Tal vez deberíamos comentarlo primero, Vaughn —dice Hank,

apresurándose a tratar de salvarla.

Me consta que esta no es la elección conjunta que habíamos acordado, pero es la mejor manera de apaciguarlo y de asegurarme de que no tendré que lidiar con la actitud impredecible y la cara provocativa de Billie Black durante mucho tiempo. También me da meses de margen para investigar a otros candidatos y encontrar al más adecuado para cuando termine el veto.

Lo hará bien hasta entonces.

—No, Hank, es una oferta bastante justa. Aún no me he puesto a prueba en muchos aspectos, y esta será una oportunidad perfecta para demostrar lo que soy capaz de hacer —comenta con resolución.

Hank suspira de forma ostensible y yo sonrío, triunfante. Una auténtica sonrisa.

Dios, me encanta ganar.

—Bueno, decidido entonces. Bienvenida al equipo, Billie. Pásate mañana por la mañana y revisaré el contrato contigo. —Me levanto y echo los hombros hacia atrás. El subidón que supone cerrar un buen negocio siempre me hace sentir genial.

Billie me mira a los ojos y me estrecha la mano con la misma firmeza que la última vez.

—Gracias por darme esta oportunidad, señor Harding.

—Billie, no tienes ni idea de lo que has aceptado —le advierte Hank.

Se gira para estrecharle la mano después que a mí.

—Hank, no soy idiota. Puedo sumar dos y dos y suponer que ese caballo va a ser todo un reto.

Ja. Decir que será un reto es quedarse corto.

Observo a Billie mientras salen de mi despacho. Es una auténtica descarada. Tengo que admitir que la vista desde atrás es igual de seductora que desde delante. La emoción de la victoria me excita y no puedo evitar pensar en lo bien que le quedaría a ese culo respingón y perfecto la huella rosada de una palmada.

La huella de mi mano.

Me la imagino haciendo que se incline sobre mi escritorio, controlándola por completo, bajándole los pantalones por los muslos, subiéndole la parte de atrás de la blusa y sujetándole el pelo con el puño para darle unas cuantas palmadas mientras gime y se retuerce debajo de mí.

Ella disfrutaría, me aseguraría de ello. Mi erección aumenta. *Santo Dios.*

¿Qué me pasa? Necesito sacármela de la cabeza.

Me vuelvo hacia la pantalla del ordenador, decidido a trabajar de verdad, cuando veo por el rabillo del ojo que su melena color caramelo vuelve a entrar por la puerta con un brillo travieso en los ojos.

—Siento interrumpir, jefe —dice Billie—. Me he olvidado el bolso.

¿Jefe? Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

¡Qué irritante! Aunque a mi polla no parece importarle.

Coge el puñetero bolso y se da la vuelta para marcharse, sin embargo; se detiene en la puerta y mira por encima del hombro para lanzarme una sonrisa llena de arrogancia.

—Aprovecho para mencionar que me gustaría hacer una enmienda en mi contrato.

Me paso las manos por la cara. Esta mujer me va a dar mucho trabajo.

—Tú dirás...

—¿Qué te parece un diez por ciento extra en mi salario base por mi..., cómo lo llamaste..., culo respingón?

¡Hay que joderse...! Estos tres meses van a ser muy largos.

4

BILLIE

Esto va a ser divertido.

Salgo del despacho de Vaughn apretando los labios para intentar contener la risa. Ese hombre es demasiado fácil de irritar. Y no, probablemente no debería provocar a mi nuevo jefe. Pero no puedo evitarlo. Los ricachones estirados como él lo van pidiendo a gritos.

Me he dado cuenta en su despacho de que nuestra relación es totalmente simbiótica. Me necesita tanto como yo a él. Le hace falta un entrenador desconocido en el mundillo, y yo preciso un trabajo como entrenadora jefa en el que pueda demostrar que soy tan buena como sé que soy.

O eso creo.

Supongo que podría fracasar. Pero pensar eso no me llevará a ninguna parte. Es mejor tirar para adelante. Si presto atención y pongo el corazón en ello, no puedo perder, ¿verdad? En cualquier caso, estoy emocionada. Las instalaciones son excepcionales. Hank es posiblemente mi ser humano favorito. Mi jefe es un regalo para la vista. Y me toca entrenar un caballo que, por lo que sé, es posible que esté loco.

La vida es maravillosa.

Entrecierro los ojos bajo el brillante sol primaveral. En esta época del año está bajo, así que me cubro la frente con la mano y miro al exterior en busca de Hank. Nunca he vivido en el Lower Mainland de Vancouver, pero sé que debería esperar mucha lluvia. Pero en días como este... Dios, Ruby Creek es impresionante. El aire fresco se mezcla con el aroma a pino y el olor del río que corre cerca, y los exuberantes valles verdes se topan con el inicio de la cordillera de las Cascadas del Norte en la Columbia Británica. Me siento como en un libro ilustrado.

Alguien me da un empujón en el hombro y, cuando me giro, veo a Hank junto a mí, entrecerrando los ojos para protegerse también del sol.

—Hermoso lugar, ¿eh?

Ladeo un poco la cabeza y me encojo de hombros en señal de acuerdo. La

propiedad en sí está inmaculada, arbolada y bien cuidada. Casi parece un campo de golf. Pero nada de eso importa si no pueden disputar carreras. Así que, sí, es bonito, pero tiene problemas.

—Bueno —digo, mirando al frente—, ¿por qué no me presentas al nuevo hombre de mi vida?

Se vuelve hacia mí despacio, con una mirada grave.

—Te va a dar mucho trabajo, Billie.

—Por supuesto, Hank. Los hombres siempre lo dan.

Al oír eso, resopla y niega con la cabeza.

Avanzamos por los caminos que separan los prados mientras Hank me va señalando los caballos. Algunos están retirados, otros son reproductores y otros, crías. La mayoría de los caballos de carreras permanecen en sus picaderos, pero hacen ejercicio a diario, a veces incluso dos veces al día.

—Cuando dictaron la suspensión, obligaron a Vaughn a retirar todos los caballos que tenía estabulados en el hipódromo, así que por aquí hay más trabajo de lo normal.

Asiento. Ahora mismo hay muchos caballos aquí.

—He leído lo esencial en las noticias. ¿Hay algo más que deba saber?

Hank deja escapar un suspiro entrecortado.

—Dermot Harding era uno de mis mejores amigos cuando era más joven. Este rancho era de la familia de su mujer, Ada. Nunca he visto a dos personas tan enamoradas como ellos dos. Dermot era un buen hombre que se vio envuelto en algo que no debía. —Se interrumpe—. Vaughn quiere luchar por él. Su padre era *jockey*. Uno de los mejores.

Niego con la cabeza y continuamos el paseo.

—No lo conozco.

—Murió en la pista. Su caballo cayó en medio del pelotón. Vaughn solo tenía diez años. —Vacío mis pulmones con una sola exhalación. Este deporte no está exento de riesgos, está claro—. Dermot prácticamente lo crio. En aquel momento acababa de enviudar y yo pensaba que perder a su hijo sería más de lo que podría soportar. Pero cuando todo el mundo abandonó a Vaughn, Dermot se volcó en darle a ese chico la mejor vida posible. Esto es más que un rancho para Vaughn. Es un legado.

Parpadeo con rapidez. No quiero sentirme mal por el hombre que acaba de enfrentarse a mí.

—Entendido —digo, y agradezco que Hank no añada nada más.

Llegamos al límite de los prados, donde hay un establo más grande escondido en los verdes campos que hay detrás. Mi nuevo proyecto está allí, con la cabeza gacha, pastando una hierba esmeralda perfecta. Parecía impecable en un principio, pero de cerca parece un poco descuidado. Sobre todo, si lo comparo con los caballos perfectamente cuidados que lo rodean.

Es negro. De aspecto clásico. Sin una pizca de pelaje blanco en la cara o las patas. Parece sano, aunque le falta algo de forma física. También da la impresión de que ha estado revolcándose en la tierra. El polvo cubre lo que podría ser un pelaje brillante.

Cuando nos acercamos, le chasco la lengua, un ruido que utilizamos a menudo con los caballos para llamar su atención o indicarles que es hora de ponerse en marcha. Se sobresalta, levanta la cabeza al instante y me encuentro con una carita de lo más angelical. Frente suave, ojos grandes e inocentes, pestañas largas y orejas tan puntiagudas que los extremos casi se tocan.

Todas esas facciones están enmarcadas por una espesa crin rebelde, y, en el otro extremo, una pesada cola a juego; casi le hacen parecer un poni sobredimensionado en lugar de una máquina de carreras esbelta y malvada.

Suspiro. Es adorable.

Sin embargo, no estoy segura de que él sienta lo mismo por mí, porque aplasta sus encantadoras orejitas contra la cabeza, arruga los ollares, como si oliera mal, y su enorme y deliciosa cola se mueve de un lado a otro con rabia. Luego baja la cabeza y carga contra la valla como un caballo de guerra.

Hank da un paso atrás, aunque no estamos tan cerca como para quedar en la línea de fuego. El caballo no es estúpido, no va a atravesar la valla. Intenta asustarme o intimidarme. Por desgracia para él, no funciona.

Me mantengo firme.

En cuanto se acerca a la valla, frena en seco, levanta la cabeza y me muestra el blanco de los ojos y una bonita dentadura nacarada cuando dentellea al aire delante de mí.

Encantador. Los varones del Gold Rush son todos unos fanfarrones.

No me acobardo, pero tampoco quiero amenazarlo haciendo contacto visual, así que saco el móvil del bolso y me pongo a navegar por mis redes sociales, sin ceder ni un milímetro.

Double Diablo se queda ahí de pie, mirándome fijamente, resoplando tan

fuerte que puedo sentir el calor húmedo de sus exhalaciones en la frente. Al final, da un pisotón, lo que me hace reír. Parece ser un tema recurrente.

—Me recuerdas a alguien que he conocido hoy —le digo al joven semental que me mira con recelo.

Vuelve a resoplar y gira los cuartos traseros hacia mí. Sí, una *drama queen* total.

—Y por eso —dice Hank, señalando al caballo negro— es por lo que nadie quiere tratar con él. Está hecho y criado para ser uno de los mejores, pero hasta ahora nadie ha dedicado tiempo a ganarse su confianza. No llevo aquí el tiempo suficiente para evaluarlo, pero entre el personal se dice que es malo. Ni siquiera lo llevan al establo por la noche.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—¿Cuánto han trabajado con él?

—No mucho. Por lo que sé, trataron de entrenarlo antes de que cumpliera dos años. Desde entonces lo han intentado de forma intermitente. Al parecer, gasta toda su energía yendo recto hacia un lado, en lugar de recto hacia delante, y ha demostrado ser peligroso en las puertas de salida. Se lanza contra los lados hasta el punto de que nadie quiere arriesgarse a sentarse sobre él.

Tarareo y me doy golpecitos con el dedo índice en los labios.

—Así que este pobre chico está asustado y nadie se ha tomado la molestia de escucharlo.

—Bingo. —Hank me señala con el dedo como si fuera un arma—. Pero no lo subestimes. Es un caballo inteligente que lleva un par de años aprendiendo que puede salirse con la suya.

Bufo al oírlo.

—Lo digo en serio, Billie. Debes tener cuidado. Necesitas cosechar un éxito, no acabar en el hospital.

—Hank, ese caballo no es una especie de genio del mal. —Suspiro—. Está aterrorizado. Ha sido chascar la lengua y se ha sobresaltado. Apostaría mi primer sueldo a que no ha tenido muchas interacciones positivas con los seres humanos. Necesita un nuevo enfoque. Los dos sabemos que las técnicas tradicionales de entrenamiento no siempre funcionan. Puedes cagarla con un caballo sensible y, a la larga, puedes hacerle daño, cuando por lo demás es estupendo.

Es todo tan injusto que me pone de los nervios. Cruzo los brazos, niego

con la cabeza y vuelvo a mirar al hermoso animal que tengo delante.

—Necesita paciencia, confianza y un nombre nuevo. ¿Double Diablo, de verdad? Es como una profecía autocumplida de mierda.

Me encuentro con la mirada incrédula de alguien que claramente piensa que estoy loca. Hank suelta una carcajada.

—¿Crees que el problema es su nombre?

Sonrío con timidez.

—Me refiero a que en su caso no ayuda.

Hank sacude la cabeza.

—Eso no lo sé. Pero de lo que estoy seguro es de que, si alguien puede hacer que vuelva en sí, eres tú. Este caballo necesita cariño. Aún no ha conocido a nadie lo bastante valiente para dárselo.

Su afirmación me llena de orgullo. Hank nunca ha dejado de hacerme sentir que podía conquistar el mundo. A veces todo lo que necesitas es la fe inquebrantable de otra persona. Un apoyo absoluto.

Mirando a Double Diablo, que sigue enfurruñado como un niño grande, decido que voy a ser esa persona para él.

Saco un caramelo de menta blanco del bolso y lo tiro por encima de la valla para que caiga a su lado. Veo que incluso con ese pequeño movimiento se estremece y mueve una oreja hacia el lado donde cae el caramelo. Aparte de eso, no se mueve.

Va a ser muy difícil.

Me vuelvo hacia Hank, que me está observando con esos ojos suyos tan chispeantes.

—Vale, ¿y ahora qué?

—¿Has traído todas tus cosas contigo?

¿Se refiere a lo poco que poseo?

—Sí. Había pensado en buscar un hotel en el valle, donde están las granjas. Sin embargo, tendré que devolver el coche de alquiler en algún momento.

Hank asiente, decidido.

—Te ayudaré a instalarte en la cabaña. Luego, si quieres comprar algo, puedo llevarte al pueblo más cercano para que te hagas con lo que necesites. Mañana te presentaré a todo el mundo y ya veremos qué hacemos con el coche.

Me gano una sacudida de cabeza cuando enlazo mi brazo con el suyo para

alejarnos.

—Me parece bien, viejo. Vamos a ver mi nueva casa.

Subimos por el camino hacia los establos en un agradable silencio. Por un lado, quiero hablar con él de muchas cosas, tengo mucho que contarle. Por otro, sufro un *jet lag* de narices, pero me siento feliz de estar aquí con él.

Un poco más arriba, miro disimuladamente por encima del hombro al caballo diabólico, justo a tiempo para verle olisquear el caramelo del suelo. Se queda mirándolo un momento, aspirando el aroma a menta, y luego lo coge rápidamente, como si estuviera robando algo y no quisiera que nadie lo pillara.

Luego, gira el cuello mientras mastica y vuelve a mirarme con las orejas erguidas hacia delante antes de enfurecerse de nuevo.

En el interior del todoterreno reina un silencio sepulcral mientras Vaughn me guía por las carreteras secundarias del rancho hasta un largo camino de grava que serpentea entre los árboles. No entiendo por qué insiste en enseñarme el lugar cuando está claro que no me soporta.

—A la izquierda. —Ladra indicaciones como si yo fuera la conductora de su limusina o algo así.

Giro a la izquierda, mordiéndome la lengua, y al doblar una ligera curva veo una encantadora cabaña de pino con el tejado de chapa roja.

Para ser sincera, es más grande de lo que necesito. Sin duda, no es lo que esperaba encontrarme cuando mencionó «la cabaña del camino», pero supongo que las instalaciones tampoco son lo que uno imagina cuando oye llamar «rancho» a este lugar. La gente por encima de cierto nivel disfruta fingiendo que es uno más del montón. Cuando era niña, a mi madre le encantaba hablar de «nuestra cabaña» como si fuera una especie de experiencia rural en la naturaleza. Atención, *spoiler*: es una mansión junto a un lago.

Aparco y Vaughn sale del vehículo. Lo hace con movimientos elegantes y atléticos. Se acerca con grandes zancadas hasta la puerta, sube de dos en dos los peldaños del porche, abre y regresa al todoterreno de alquiler. Voy al maletero para coger el equipaje, pero me pone la mano en el antebrazo.

El calor y la firmeza de su mano me hacen pensar en cosas que no debería.

—Yo me encargo de esto. Adelántate.

Qué mono. ¿Ahora va a ser todo un caballero?

Lo miro burlona y cojo uno de los bultos de todos modos. Paso junto a él con una sonrisa tan grande e inocente que me duelen las mejillas. Soy más que capaz de llevar una maleta. Nunca he necesitado un hombre, y no voy a empezar ahora cayendo rendida ante este. El interior de la casa es hermoso y acogedor: un espacio abierto con mucha madera a la vista y techos abovedados; desde la isla de la cocina pueden verse la mesa de comedor y el salón. A la derecha, una escalera conduce a un enorme dormitorio abuhardillado donde dejo mi maleta.

Desde arriba, las vistas son excepcionales. Exuberantes, verdes y rezuman tranquilidad. Esta fachada de la casa se compone casi en su totalidad de ventanas con vistas a los campos del rancho mecidos por la brisa. Estoy segura de que si saliera por la puerta trasera y cruzara la colina, acabaría en los prados de los caballos.

Me pellizco, y no lo digo como una forma de hablar: me pellizco literalmente, apesándome la piel del antebrazo entre el pulgar y el dedo índice. Llevo años compartiendo habitación con mozos de cuadra y entrenadores en un deporte dominado por hombres, y la idea de tener mi propio espacio me parece un auténtico lujo. Dejaré de tropezarme con sospechosos calcetines desparejados y de fregar los platos que han manchado otros.

Un paraíso.

Inspiro hondo y me retiro un mechón de pelo de la cara. Deseo esto con todas mis fuerzas. Es lo que he estado buscando toda mi vida: raíces, familia, un entorno tranquilo, un trabajo seguro, un lugar al que llamar mío.

—Billie, tengo que irme —grita Vaughn desde abajo.

Miro por encima del hombro.

—¡Puedes volver andando a la casa grande, ¿no?! —grito, y bajo las escaleras.

Se junta conmigo en la puerta, con el pecho hinchado en una especie de demostración de dominio digna de National Geographic que me hace reír. Pero Vaughn no tiene pinta de estar divirtiéndose, sino más bien de estar dolido. Como si le faltara el aire, como si estuviera conteniendo la respiración y no pudiera soltarla. Parece incómodo.

Muevo la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí —dice con brusquedad, haciendo sonar la ese con fuerza—. Tengo que volver al trabajo.

Un fantasma del pasado parpadea en su rostro cuando se da la vuelta y se marcha. Dios mío, este hombre es un rompecabezas que no tengo tiempo ni paciencia para resolver.

Después de pasar un par de horas comprando los productos básicos, vuelvo conduciendo a mi nuevo hogar. Dejo caer la cabeza contra el reposacabezas y cierro los ojos un momento. Me pesan los párpados. Por un instante me pregunto si conducir en estas condiciones ha sido la mejor decisión que podía tomar. Estoy tan agotada que no puedo ni pensar. Pero sé que tengo que seguir esforzándome si quiero vencer al *jet lag*.

Cuento hasta sesenta y me obligo a salir del coche.

Antes de nada, debo hacer la colada. Estoy deseando meterme en una cama limpia al final del día. No hay nada mejor que las sábanas recién lavadas, que el olor a detergente y suavizante envolviéndote en una especie de capullo reconfortante. En mi opinión, es una de las mejores sensaciones del mundo.

El siguiente punto importante es hacer café. Preparo una cafetera con la esperanza de que me proporcione el empujón que necesito para instalarme. Me visto con unos vaqueros rotos y una camiseta de tirantes, me hago un nudo en el pelo y me pongo a limpiar y a deshacer el equipaje.

Tras una inspección más minuciosa, me doy cuenta de que el lugar no solo está polvoriento, sino que también da asco.

Tengo que emplearme a fondo para dejar reluciente la encimera de la cocina y limpiar las inidentificables manchas pegajosas del frigorífico. Después de encontrar salpicaduras amarillas alrededor de la taza del inodoro, cierro los ojos y lo rocío con lejía de arriba abajo. Vivir rodeada de mi suciedad es una cosa, vivir con la de otra persona me resulta aterrador.

Rebusco en los armarios y estanterías hasta que encuentro una aspiradora y todo lo que necesito para fregar. Cuando por fin salgo con la fregona por la puerta y planto el cubo sobre el felpudo para mirar a mi alrededor, me siento satisfecha con todo lo que he hecho.

Con todas las ventanas abiertas, la brisa recorre la casa y expulsa, poco a poco, el olor a rancio. Más bien al contrario, ahora huele de forma abrumadora a productos de limpieza. En cualquier caso, es mucho mejor

que dormir con otras personas, por no mencionar la mazmorra palaciega en la que crecí.

Me rio sola mientras imagino lo que diría mi madre de este lugar, por no hablar de la reacción que tendría al verme limpiando la orina reseca de un extraño en el retrete. Es de lo más satisfactorio.

Doy otro paso fuera, pero miro por encima del hombro el suelo aún húmedo que me separa de la cafetera. No lo he pensado bien. Bueno, adelante y con buena letra.

Me doy la vuelta a regañadientes y echo un rápido vistazo a la propiedad. Los árboles bordean el camino que lleva a la casa. Al otro lado, las tierras se abren hacia las colinas cubiertas de hierba. En la puerta trasera hay una gran terraza que da a lo que parece ser un campo de heno y, justo a la izquierda, hay un prado vacío.

Intento ser lo más optimista posible, pero reconozco que me pongo de mal humor cuando tengo hambre y duermo poco. Y ahora estoy gruñona, hambrienta y tengo sueño, y cuando el sueño, la ira y el hambre se unen, mi estado de ánimo es terrible.

Y cuanto más reflexiono, más me enfado. Me dejo llevar por los nervios y busco una escoba en un pequeño cobertizo para ponerme a barrer con rabia el porche lleno de polvo.

¿Tanto le habría costado a Vaughn que uno de sus millones de empleados viniera un par de horas y dejara la casita un poco presentable? El césped está cortado, así que no es que no hayan pasado por aquí. Él sabía que iba a contratar a *alguien*, así que mi llegada no ha sido una sorpresa. Tampoco hacía falta que me extendieran una alfombra roja, pero encontrarme con un lugar al que hubieran lavado la cara y con un rollo de toallas de papel no me parece pedir demasiado.

Trato de imaginar cuál sería su reacción al llegar a un lugar tan sucio. Me parece el tipo de persona que probablemente espera toallas con forma de cisne encima de la cama y un bombón en la almohada. Imagino que entrecierra sus ojos oscuros y almendrados hasta que se convierten en rendijas, con las cejas enarcadas y las fosas nasales dilatadas por la indignación. También imagino que daría un pisotón.

Que, para ser justa, es lo que me gustaría hacer ahora mismo. No me ha contratado para ser una criada. Me he esforzado durante años para convertirme en entrenadora y no para acabar haciendo favores gratis a otro

gilipollas rico que se cree con derechos sobre mí.

Me harté de este tipo de chicos en el colegio privado cuando era adolescente y también en las reuniones con los propietarios de algunos caballos cuando ya era adulta. Eso forma parte del atractivo de trabajar en un lugar con un único patrón, en lugar de montar mi propio criadero con caballos de varios dueños independientes. Si solo trato con uno, puedo dedicar más tiempo a los caballos.

El ratio gilipollas – caballo es favorable.

Lo he dicho antes y lo repetiré siempre: la gente apesta.

Vuelvo a entrar y me quito de una patada las zapatillas de cuadros, que caen en la alfombrilla. Dado mi estado de agitación, lanzo una con más fuerza de la prevista y rebota contra la pared. Cuando aterriza en el suelo limpio, caen trozos de hierba y tierra a su alrededor. Frunzo el ceño, como si la zapatilla me hubiera ofendido. De pie, con la mirada clavada en ella, me obligo a inspirar hondo.

A inspirar por la nariz y espirar por la boca.

—Tranquila, Billie, ya está —murmuro, molesta por haberme alterado tanto. No debo dejar que el mal genio se apodere de mí.

Sé que me exalto con demasiada facilidad. A menudo me siento como la bailarina de una caja de música. Todos los pensamientos que me irritan se retuercen dentro de mí como otra vuelta a una llave. Sé que me hago daño a mí misma. Y, al final, soy yo la que se queda dando vueltas como una idiota, sin forma de detener esa odiosa música tintineante.

Además de esa increíble habilidad, también soy rencorosa al máximo. No me resulta fácil perdonar. Y ahora mismo, soy muy consciente de que ir por ese camino el primer día de la oportunidad laboral más emocionante de mi vida no es la mejor manera de empezar.

Por suerte, sé exactamente cómo mejorar mi estado de ánimo. Meto en la mochila una bolsa de zanahorias y un poco de queso *brie*. Miro la barra de pan francés que está sobre la encimera, y también la meto en la mochila. Una chica tiene que alimentarse, ¿no?

Mi teléfono suena justo cuando estoy a punto de cogerlo. Es un mensaje de un número desconocido.

Billie, soy Vaughn Harding. Mañana por la mañana revisaremos el contrato. Tienes que estar en mi despacho a las siete de la mañana.

No puedo evitar reírme. Este hombre tiene el encanto de un sapo. ¿Cómo demonios se supone que voy a responder a ese tipo de exigencias gilipollas? Empiezo a teclear:

Sí, amo...

No. Es tu jefe.

Lo borro todo.

¡O atente a las consecuencias!

Vaughn Harding es básicamente un muermo.

Sonrío para mis adentros y, muy satisfecha de mi ingenio, me cuelgo la correa de la mochila del hombro con una mano y, con la otra, cojo la botella de vino tinto que he dejado en la isla. Salgo por la puerta de atrás y me adentro en la suave luz del atardecer con la vista puesta en la colina que tengo delante.

Necesito un vaso de vino y buena compañía.

5

VAUGHN

«Queríamos comentar con usted...».

«¿Estaría dispuesto a hablarnos de...?».

«Buscamos la confirmación de que Dermot Harding no estaba involucrado en la contabilidad de Gold Rush...».

Miro fijamente el comunicado de prensa que intento redactar como respuesta a las interminables peticiones de los periodistas hasta que me tiembla el ojo derecho por el esfuerzo. No sé por qué sigo abriendo estos correos, por qué me someto a estas tonterías. No tengo intención de hablar con nadie. En el momento en que presentemos algo que no sea un frente unido esas sanguijuelas se aferrarán a nosotros y nos chuparán todavía más la sangre. Tal como están las cosas, las empresas tienen muchas posibilidades de recuperarse, siempre y cuando no se tuerza nada más.

—Como la bala perdida que has contratado hoy —murmuro, negando con la cabeza mientras revuelvo algunos papeles para despejar la mesa.

Billie Black.

Probablemente es la persona más impredecible e intensa que he contratado hasta la fecha. La más inapropiada.

No es en absoluto como me imaginaba que debía ser un entrenador agradable y de confianza que volviera a encarrilarnos. Pero también sé que tenía que encontrar a alguien que no tuviera ninguna conexión con el lado menos fiable de esta industria, y Billie sin duda encaja en ese perfil. No solo geográficamente, sino que también estoy casi seguro de que, si alguien tratara alguna vez de captarla, ella le diría exactamente dónde podría meterse su oferta.

Se me curva un lado de la boca al pensarlo. Ya me imagino cómo sería ese encuentro.

Abro el navegador en el portátil y hago algo que quizá debería haber hecho hace varios días: busco en Google. Sé que Cole hará una

comprobación exhaustiva de sus antecedentes cuando le entregue toda la documentación, pero sigo sintiendo curiosidad.

En primera página de resultados de la web me encuentro con artículos de prensa y resultados de carreras en los que se la menciona o entrevista. Filtro las respuestas para que solo muestre fotos y me encuentro con una de un alazán brillante con anteojeras de seda púrpura y blanca sobre la cara, con la cabeza y el cuello ladeados cariñosamente hacia el estómago de Billie. Ella sujeta las riendas con una mano, apoyada sobre el hocico del caballo. Apenas se le ve la cara, que esconde detrás de la oreja del animal.

Es una foto muy dulce. Casi parece que se están dando un abrazo. El titular que acompaña a la foto dice:

«EL FUTURO HABLA EN FEMENINO: LA JOVEN
ENTRENADORA QUE ARRASA EN LAS PISTAS».

Busco otras fotos, pero no hay más.

—Mmm —murmuro para mis adentros.

—Mmm ¿qué?

Doy un respingo en la silla y cierro el portátil de golpe como un niño pillado en falta.

Billie está en la puerta de mi despacho, con el hombro apoyado en el marco. Cruza los brazos sobre el pecho, lo que hace que sus pechos asomen por el escote de su camisa blanca.

Subo lentamente los ojos por su delicado cuello, fijándome en los mechones sueltos de pelo que han caído del revoltijo que se ha enroscado en lo alto de la cabeza. Tiene las clavículas brillantes de sudor y los labios carnosos fruncidos. También le veo una gran mancha negra en la frente. Me dan ganas de devorarla.

Me esfuerzo por mantener una expresión neutra, intentando no desviar los ojos hacia su cuerpo, cuando entra en mi despacho sin ser invitada.

—¿Hablas contigo mismo a menudo?

—¿Por qué parece que has estado jugando en el barro?

La flecha debe de dar en el blanco, porque lo que ya era un mohín se transforma en una mueca de irritación. Por muy preciosa que sea, si me sintiera afectado cada vez que alguien me frunce el ceño, no estaría donde estoy hoy: dirigiendo una gran multinacional que ingresa dinero a manos llenas.

—Bueno, Vaughn —reflexiona ella—, es porque me has proporcionado una pocilga para vivir. —¿Qué?—. Probablemente habría preferido dormir en los establos con los caballos antes que con las hormigas y las salpicaduras de pis en la cabaña.

Ojalá pudiera decir que sé de qué está hablando, pero no es así. Y no tengo el hábito de disculparme con la gente por algo con lo que no tengo nada que ver. No he puesto un pie en ese lugar desde que me hice cargo del rancho. Las labores de mantenimiento estaban muy abajo en la lista de tareas urgentes.

—No tengo inconveniente en que lo hagas —digo, encogiéndome de hombros.

Ha pasado de mirarme con el ceño fruncido a quedarse boquiabierta, boqueando como un pez fuera del agua. Me reclino en la silla y muevo los dedos, observando cómo mueve la boca como si estuviera diciendo algo pero no consiguiera emitir ningún sonido. Reconozco que quizá estoy siendo demasiado duro con ella, pero su nivel de insubordinación y atrevimiento me irrita mucho. Nadie me habla así. Y, aunque suene mal, las mujeres suelen ser muy complacientes con mis estados de ánimo y mis opiniones. No sé muy bien qué le pasa a esta, pero me da la sensación de que intenta sacarme de quicio a propósito.

—Eres de lo que no hay —continúa—. Me he pasado la noche en un avión para venir a ayudarte, la mañana lidiando con tus juegucitos, y luego me he pasado toda la tarde ejerciendo de criada para limpiar la cabaña. — En mi mente hambrienta de sexo bailan imágenes de Billie vestida de sirvienta—. Estoy agotada y hambrienta. ¿Puedes indicarme dónde puedo encontrar un cuchillo para que pueda marcharme antes de hacer algo de lo que me arrepienta?

Falda corta con adornos de encaje. Ligas lo suficientemente ajustadas alrededor de cada muslo como para que se forme una ligera hinchazón en la parte superior del elástico. Con un plumero en la mano. Me la imagino haciendo su trabajo tranquilamente, sin interrumpirme ni provocarme, y me doy cuenta de que ese podría ser un sueño hecho realidad.

Su actitud hostil me pone a cien. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo su figura de arriba abajo, erguida, con aspecto descarado y los brazos en jarras. Al mirarla más de cerca, me percató de que parece agotada. Debajo de esos ojos dorados se ven unas manchas violáceas, y aunque siempre se

ha mostrado altiva y orgullosa, ahora tiene los hombros caídos por el cansancio.

Nadie me ha informado de que venía directamente del aeropuerto.

No te han informado de muchas cosas en lo que a ella respecta.

Tal vez esa sea la justificación y la culpa de su mal comportamiento: el *jet lag*. No soy un hombre tan poco razonable.

—¿No hay cuchillos en la cabaña?

Suspira y deja caer más los hombros.

—He vuelto aquí para hacer un pícnic y he olvidado traer el único utensilio que necesito.

Rodeo el escritorio en silencio y me dirijo al armario que está junto a la puerta, donde hay material promocional del Gold Rush Ranch. Estoy seguro de que he visto una caja con navajas suizas que tenían grabado el monograma del rancho cuando puse este lugar patas arriba en busca de pistas.

No las veo en un primer momento, así que me agacho para rebuscar en los estantes inferiores. Como sigo sin encontrar nada, acabo arrodillándome para alcanzar el fondo de uno de los más bajos. Acabo en una postura humillante delante de esta mujer.

Enfadado, levanto la vista y veo que Billie ha vuelto a apoyarse en la puerta y me observa con atención. A pesar de que la he sorprendido mirándome fijamente, no rehúye el contacto visual. Es casi como si se negara a pestañear. Me detengo y le devuelvo la mirada. Ella traga saliva. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de la gente, no aparta la mirada.

No, Billie Black está un poco loca y es muy atrevida.

Pero a este juego podemos jugar los dos.

—¿Disfrutando de la vista, señorita Black?

Ladea la cabeza y la apoya en el marco de la puerta. Una sonrisa casi imperceptible se dibuja en su boca. Se da unos golpecitos en el labio superior con el dedo índice.

—Sí, jefe. Me gusta verte de rodillas.

Pensé que mi comentario la avergonzaría, la despistaría y borraría esa irritante mirada de suficiencia de su cara. Pero vuelve a las andadas. No hacía ni dos minutos que me estaba echando la bronca, y ahora vuelve a soltar comentarios inapropiados.

Está absolutamente loca.

Bajo la barbilla y niego con la cabeza, y agarro la caja que noto contra las yemas de los dedos. Me incorporo y me pongo de pie, echando los hombros hacia atrás. Billie es más alta que la mayoría de las mujeres, pero yo soy más alto que la mayoría de los hombres y le saco un buen trozo.

Le tiendo una navaja. Ella la coge y sus delicados dedos rozan ligeramente los míos al rodear la empuñadura. Pero en lugar de soltarla, tiro hacia mí y hago que se acerque un par de pasos.

La miro con cierta inseguridad y me inflo un poco al verla desequilibrada. Prefiero ver esa expresión en su cara.

Actúo con rapidez, me humedezco la yema del pulgar con la lengua y luego se la paso por la mancha de tierra que tiene en la frente. Abre esos ojos dorados de par en par, y pasan a ser dos lunas brillantes que me miran con intensidad. Pero no por mucho tiempo. Si no hubiera estado observándola, me habría perdido ese momento de incertidumbre antes de que vuelva a lanzarme puñales con los ojos.

Me quita la navaja de la mano, da media vuelta y se aleja de mi despacho por el pasillo oscuro.

—¡Qué asco! —murmura lo bastante alto como para que yo la oiga.

—¡De nada! —respondo mientras se escapa de mi vista.

Aprieto los labios y me trago la risita que me sale de la garganta. Dios, hacía semanas que no me reía..., quizá más. Provocar a Billie Black es muy divertido.

Tengo que aguantar sus payasadas durante tres meses antes de que salga a morder el polvo en la pista, así que más me vale disfrutarlo. Si cree que va a entrar aquí una seductora bocazas y va a ponerse a jugar conmigo sin que responda a su desafío, más le vale esperar sentada.

No pongo la otra mejilla por nadie.

Joder a mi empleada no es aceptable. Pero joder *con* mi empleada... eso ya es otra historia.

Hay que ganar a toda costa, cariño.

6

BILLIE

Menudo capullo.

¿Quién le hace eso a una mujer a la que acaba de conocer, por no hablar de a una empleada? El atrevimiento de este tipo no es de este mundo. Qué típico por parte de un hombre con una cara bonita y más dinero que sentido común. Son todos iguales y demasiado creídos porque saben que no habrá auténticas repercusiones por un comportamiento inapropiado.

Mientras me dirijo al picadero de Double Diablo, repaso mentalmente toda la interacción que hemos tenido. Me mentiría a mí misma si fingiera que su proximidad no me ha hecho estremecerme. Se ha acercado lo suficiente como para que sepa que huele a almendras. Un seductor aroma a Amaretto, pero no exagerado, sino en su justa medida. Esperaba algo más áspero y desagradable, como su personalidad. Ese olor no encaja con él, no puedo conciliarlo.

Obviamente me ha dejado confusa. Porque mientras lo olfateaba como una gata en celo, no he podido evitar estudiarlo más de cerca. La culpa es del *jet lag* y del vino que he bebido con el estómago vacío antes de arrastrarme hasta allí en busca de algo cortante. Me he recreado en la forma en que rellena el traje como si fuera una tonta descerebrada, y debo reconocer que es impresionante.

Siempre he tenido la teoría de que hay dos tipos de hombres. Los que se muestran de lo más apetecible vestidos con traje y los que están para comérselos tal y como vinieron al mundo. Los de traje son un poco más delgados de lo que me gusta. Los desnudos, algo voluminosos para lograr ese *look* de *GQ*. No digo que eso sea motivo para rechazarlos si saben lo que hacen, es solo una observación. Como Ricitos de Oro, mi hombre ideal está en el punto intermedio. Y Vaughn Harding está justo en ese punto.

Me he quedado allí plantada, junto a él, boquiabierta como si fuera una adolescente, aunque con un interés puramente científico, por supuesto. He analizado la forma en que las hombreras del traje se adaptan a sus anchos

hombros y luego me he permitido trazar con la mirada una línea hasta su firme trasero con objetividad clínica. Tras recopilar esos datos, puedo concluir que en otras circunstancias me encaramaría a ese hombre como a un árbol.

Llego a mi destino junto a la verja de Double Diablo y me hundo en la hierba mullida, tan espesa que parece una alfombra. He optado por llamarlo DD, como suena «Deedee», porque no puedo con su nombre. Necesita algo tan bonito como su aspecto, una palabra que pueda susurrarle tranquilamente en esas orejitas puntiagudas cuando por fin me deje acercarme lo suficiente. Las iniciales son cortas y sencillas, y por ahora me bastan.

Se ha asustado cuando he cruzado la valla del prado, pero no se ha abalanzado sobre mí como un dragón escupiendo fuego al salir de su cueva. En lugar de eso, me ha mirado con suspicacia mientras me aproximaba hasta donde pienso sentarme y luego me da la espalda.

Cuando he llegado, aún miraba hacia otro lado. El único signo de reconocimiento ha sido el pisotón enfurruñado y el movimiento en la oreja derecha, que apuntaba de nuevo hacia mí para oír lo que estoy haciendo.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la hierba, cojo un trozo de zanahoria y lo arrojo a su lado. Me corto unas lonchas de queso con la reluciente navaja promocional del Gold Rush Ranch y las pongo encima de un trozo de pan francés recién cortado. Doy un sorbo de vino tinto directamente de la botella porque también me he olvidado el vaso. Por suerte, esta botella tiene tapón de rosca y no hace falta sacacorchos.

Me apoyo en los codos, estiro las piernas e intento relajarme mientras veo cómo el día se convierte en noche y el crepúsculo se extiende sobre el rancho como una manta. Todo ello en la buena compañía de un caballo negro y gruñón.

Unos bocaditos más tarde, DD por fin gira la cabeza hacia la zanahoria que le he tirado. Pequeño cabrón testarudo. Se gira un poco más, lo que me permite ver cómo me mira de reajo sin delatar que realmente me está controlando. Parece uno de esos tipos que intenta echarte un vistazo con discreción sin conseguirlo. Solo que cuando lo hace, te parece mono.

El semental se vuelve hacia la zanahoria y da un pasito hacia ella, baja la cabeza y roza con los labios el trozo de tierra desnuda donde ha caído para cogerla. Me mira con menos disimulo. Le lanzo otro trozo con indiferencia,

disfrutando al ver cómo funciona su mente.

Se sobresalta y se da la vuelta para tenerme de frente mientras yo bebo otro sorbo de mi botella de vino. Después de un rato, sigue mordisqueando; un poco de baba anaranjada le baja por las comisuras de los labios. Tras una breve vacilación, vuelve a bajar la cabeza para coger el otro trozo de zanahoria.

—Buen chico —murmuro, lo que me hace ganarme otra sacudida de sus orejitas de elfo.

Levanto la vista y contemplo el resplandor blanco de las estrellas en el cielo cada vez más oscuro.

—DD, creo que lo mío con el jefe no ha sido un buen comienzo.

Sus grandes ojos negros se clavan en mí; los mechones de su espesa crin caen a su alrededor.

—Me recuerdas un poco a él. Los dos tenéis el pelo bonito.

Más miradas y crujidos.

—¿Sabes? —me siento más erguida, como si estuviéramos en medio de una conversación interesante—, me he pasado todo el camino hasta aquí furiosa por lo capullo que es. Pero con algo de comida y vino dentro, me siento preparada para admitir que yo tampoco me he portado del todo bien. Quizá lo he provocado un poco.

DD parece haber terminado de masticar, así que le lanzo otra zanahoria, esta vez más cerca de la valla.

—Chico listo. No admitas nada. Así solo cabrearás a las chicas.

Veó cómo mueve la nariz y sus ojos se desplazan entre la zanahoria que tiene a unos metros y yo. Un paso. Dos. Y luego baja cautelosamente el cuello y estira la punta del labio superior para tirar de la zanahoria hacia él.

—Buen chico, DD —le digo con suavidad—. Así que, ya sabes, mi parte más educada piensa que debería disculparme por haberlo provocado tanto. Sé que no ha sido muy profesional por mi parte. Y sin duda no es la mejor manera de iniciar una nueva relación de trabajo.

Un parpadeo lento. Más masticación satisfecha.

—Es solo que me saca de quicio, ¿sabes? Estoy demasiado familiarizada con los de su clase.

Me maravilla lo bien que escuchan los caballos. Puedo contárselo todo, mis secretos más oscuros, y nunca me juzgan ni piensan mal de mí. De hecho, cuanto más hablo con DD mientras le doy de comer, más le gusto.

Se le ablanda la expresión y se le relajan los músculos del lomo.

—Pero luego está mi parte infantil... —Lanza otro trozo de zanahoria más cerca—. La que cree que él debería disculparse antes. Es decir, él ha sido el que el que salió pitando para acusarme de ser una especie de prostituta de lujo o algo así.

Veo cómo avanza la oscura silueta del caballo, esta vez con menos aprensión, para reclamar su golosina.

—Es como si fuerais el mismo ser, DD. Tú tampoco puedes seguir saludando así a la gente. Es inapropiado, ¿sabes? Te confundirán con un chico malo en vez de con un tipo sensible.

Nos quedamos sentados mirándonos fijamente porque ya no hay necesidad de evitar el contacto visual. Le lanzo otro trozo de zanahoria y se acerca a la valla.

Sonrío y suspiro, satisfecha.

—Supongo que acabo de responder a mi pregunta, ¿verdad, grandullón?

El sonido de pasos en el camino me hace levantarme de golpe y darme la vuelta con una velocidad que no se corresponde con mi nivel actual de sobriedad. Miro hacia lo alto de la colina y veo a Vaughn de pie junto a su elegante coche negro. Está demasiado oscuro para saber si me está mirando o si se ha detenido a admirar el paisaje.

Mis dudas se aclaran rápidamente cuando levanta una mano para saludar.

—¡Buenas noches, Billie! —dice por encima del tintineo de las llaves.

Me quedo helada y el rubor me sube por el cuello y me recorre las mejillas. *Hay que joderse...* ¿Me ha oído hablar de él con un caballo?

El aparcamiento está demasiado lejos para que me haya oído, o al menos eso me digo a mí misma. Quizá le haya llegado algún murmullo, pero no palabras.

Eso espero.

En el peor de los casos, pensará que estoy un poco loca, y puedo vivir con ello.

Levanto una mano en su dirección con un torpe «¡Buenas noches!», la bajo y me la paso por la cara cuando Vaughn se aleja.

Me vuelvo hacia el picadero de DD tapándome la cara con las dos manos, y a través de los dedos veo, para mi sorpresa que en el tiempo que he estado mirando hacia el otro lado, se ha acercado: tiene el pecho próximo a la valla, y el cuello y la cabeza asomando por encima de la barrera.

Tarareo feliz por el progreso conseguido en una sola noche.

—¿Te estás riendo de mí, DD?

Me agacho y saco de la bolsa una zanahoria entera, la más larga que encuentro. La sujeto por el extremo grueso como si fuera una varita mágica y estiro el brazo lentamente hacia su cara, acercando la zanahoria a sus fosas nasales. Permanezco inmóvil y observo cómo sus grandes globos oscuros miran la golosina que le ofrezco. Parece que pasan minutos, aunque probablemente solo sean segundos.

Al intentar quedarme quieta, me doy cuenta de lo ebria que estoy. Vaya. Pero no me rindo. Me mantengo firme, y me compensa con creces.

Le tiemblan los ollares, mueve los labios y chocan entre sí mientras estira la cabeza hacia la punta de la zanahoria, haciendo un ruidito. Siento el calor y la humedad de su respiración cuando se acerca a mi mano y coge la zanahoria.

Se detiene un momento, agacha las orejas y se aleja de mí. Señal inequívoca de que no le impresiona lo que acabo de lograr que haga.

Con este tendré que dar pasitos de bebé. Igual que con Vaughn.

7

VAUGHN

Me levanto de la cama esta mañana sin sentirme descansado en absoluto. *Otra vez*. Esta parece ser mi nueva normalidad: trabajo, estrés, dormir mal. Un círculo vicioso. Mi estado de ánimo tampoco ayuda; sé que me he comportado como el típico cabrón malhumorado. La abrumadora presión que siento por alcanzar el éxito y el recuerdo siempre presente de mi abuelo se combinan para derrumbarme. Para paralizarme.

Tomar las riendas del Gold Rush Ranch no es solo un reto más, uno que resulta desalentador. Adoro este lugar desde mi infancia, pero hasta ahora me he dedicado a prosperar en mi papel en la empresa minera familiar.

Por fin me sentía cómodo con lo que hacía. Me gustaban las reuniones del consejo de administración, la expectativa de perforar nuevos yacimientos y gestionar algo que estaba en auge desde el punto de vista fiscal. Hablar con los medios de comunicación sobre Gold Rush Resources era fácil, emocionante. Sin embargo, referirme al rancho es deprimente. Un desastre absoluto. Y no me cuesta admitir lo gruñón que he estado por dedicarme a algo que mi conciencia no me permite dar de lado.

Algo más tarde, mientras volvía a las oficinas del rancho, he repasado los sucesos de la noche anterior. Billie Black hablando demasiado alto mientras la noche caía sobre el rancho en reposo. No era mi intención escucharla, pero la forma en que el sonido subía por la colina hacía casi imposible no hacerlo. El quid de la cuestión es que he sido tan imbécil como para llevar a una mujer que apenas conozco a beber vino directamente de la botella y a hablar con un caballo en la oscuridad.

Eso ha sido caer muy bajo, incluso tratándose de mí.

Sé que está un poco loca, pero la escena fue muy deprimente. Y allí plantado, escuchando, me inundó una sensación de vergüenza que se arremolinó en mis entrañas. Sin embargo, no pienso confesárselo. Incluso si se hubiera tratado de una de esas mujeres objeto que a mi madre le gustaba enviarme, mi arrebató fue algo imperdonable. Me han dicho que puedo ser

frío, o difícil de entender, pero no grosero. Yo no soy así.

Disculparme tampoco es mi fuerte, pero mientras recorro las carreteras secundarias, sé que voy a tener que tenderle una rama de olivo. Debería intentar empezar de nuevo. Estoy atrapado en este lugar trabajando con esta mujer, y sé que va a ser irritante, pero también sé que un negocio funciona mejor cuando todo el mundo se lleva bien.

No puedo permitirme estar de malas con ella.

Al llegar al picadero, salgo del Porsche con una extraña presión invisible en la nuca. Aunque no estoy seguro de a qué se debe. Son las siete de la mañana y una ligera bruma que contrasta con el verde vivo de la hierba se cierne sobre los prados traseros. Inspiro hondo y el aire fresco y húmedo de la costa oeste se desliza por mis labios y llena mis pulmones. Huele a primavera.

Oigo el ruido de los cascos sobre el cemento al doblar la esquina. Los peones y mozos de cuadra llevarán ya un par de horas trabajando, aunque a los caballos no les importan mucho cuántas horas trabajan. Al girarme para entrar en la oficina, percibo un movimiento por el rabillo del ojo.

Billie está sentada frente a Double Diablo, esta vez en una silla de jardín, leyendo y hojeando las hojas de la carpeta que reposa abierta en su regazo mientras el caballo mastica alegremente el heno de un comedero que tiene justo al lado. Levanto el brazo izquierdo para volver a mirar la hora, casi sin creermelo que ya esté aquí. Que esté sentada tan despreocupadamente junto a un caballo que todo el mundo me ha dicho que está loco.

Estos dos son almas gemelas, está claro.

Entro en el despacho a grandes zancadas para encender la cafetera porque esta mañana necesito un subidón de cafeína. Cojo con demasiadas ganas la cafetera de cristal y cada movimiento que hago resulta agitado. Por suerte, no se rompe. Enciendo el ordenador y me encuentro con lo que me hizo salir corriendo de aquí la noche pasada.

El cursor parpadea en la página en blanco de mi documento de Word. Ayer llegué a abrirlo y titularlo «*Declaración sobre el Gold Rush Ranch*». Eso fue todo lo que hice. Niego con la cabeza, decepcionado conmigo mismo.

—Puedes estar orgulloso, Vaughn. Maldita sea —murmuro para mis adentros.

Siempre he sido un buen trabajador, un gran triunfador. No ser capaz de

concentrarme me está volviendo loco. Me echo hacia delante y me acodo sobre la mesa, deseando teclear, pero acabo mirando la pantalla en blanco con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas. Quizá lo que necesito es whisky en lugar de café.

O quizá solo un cambio de aires.

Cinco minutos después, estoy delante de Billie con una taza de café en la mano como ofrenda de paz. O está absorta por completo en lo que lee o me ignora, porque no se ha dado cuenta de que me he acercado. Incluso cuando me planto frente a ella no levanta la vista.

Parece cómoda y relajada. Natural. Como si perteneciera a este lugar, acurrucada en una silla de jardín, con vaqueros, con una pierna doblada y una manta ligera sobre los hombros. En su regazo hay un pequeño cubo con golosinas para caballos, y unas desgastadas botas negras Blundstone descansan descuidadamente a un lado.

—¿Has dormido aquí fuera?

Resopla y arquea una ceja sin mirarme.

—Me dijiste que no te opondrías.

Suspiro.

—¿Tan mal está la cabaña?

Los felinos ojos ámbar se clavan como láseres en los míos.

—Ya no lo está.

La miro fijamente; si soy sincero conmigo mismo, no sé qué camino seguir ahora.

—¿Te gusta el café? —murmuro.

Su mirada se desplaza hacia mis manos.

—¿El agua moja?

Le tiendo una taza y ella me mira con desconfianza.

—Prefiero la otra taza.

Pongo los ojos en blanco.

—Las dos tienen café solo, Billie.

—Sí, pero me parece que me estás ofreciendo la envenenada —replica.

—¿Que yo qué?

Frunce los labios y su mirada está llena de diversión.

—Estoy de broma, jefe. Si querías matarme, tuviste oportunidad anoche con la navaja.

Ni siquiera sé cómo responderle, así que me quedo aquí, vacilante. Como si oliera mi debilidad, Double Diablo levanta bruscamente la cabeza del comedero. Se detiene antes de abalanzarse hacia mí en la valla.

Pequeño capullo...

Que me haya pasado años vistiendo traje no significa que haya olvidado cómo comportarme con los caballos. Le dirijo una mirada para demostrarle indiferencia; esas orejas tiesas y la cara de enfado no son nada nuevo para mí en el mundo de los negocios. Aunque solo sea por eso, siento que su expresión enfurruñada no es más que un reflejo de la mía estos días. Yo también me pongo así.

Billie me mira boquiabierta con una gran sonrisa en la cara.

—No está mal, señor trajeado. Ni siquiera has lanzado un chillido.

Está de coña, ¿no?

—Crecí en este rancho, Billie. Estoy familiarizado con los caballos, y trato con gilipollas todos los días. —Muevo la taza hacia Double Diablo, que resopla y vuelve a comer.

—Buen chico, DD —murmura, lanzándole una golosina crujiente junto a los cascos.

Parpadeo y niego con la cabeza.

—¿Cómo lo has llamado?

—Dee-dee. Sus iniciales. El nombre es horrible.

Miro a ese diablillo con la cabeza ladeada.

—¿Qué nombre le pondrías? —pregunto.

Rodea la taza con sus delicadas manos y da un sorbo cauteloso al café, mirando por encima del borde para evaluar al caballo.

—No lo sé. —Resopla de un modo completamente impropio en una dama—. Quizá «Mister Black». Los seres humanos son un asco, así que él es el hombre perfecto para mí. Aceptarías mi apellido, ¿verdad, DD?

Suelto una carcajada.

—Fue mi abuelo quien le puso el nombre.

No dice nada, pero frunce los labios como si dijera «¡Ay, Dios!», y luego cambia de tema.

—Gracias por el café, pero me gusta con leche. —¿Me está vacilando? La miro, incrédulo, porque me sonríe con pillería—. Ya sabes, para la próxima vez.

—Eres increíble —digo, negando con la cabeza.

—Gracias. —Señala a mi espalda—. Coge una silla y relájate un momento. Estás muy tenso. Nos estás poniendo nerviosos a DD y a mí.

—¿Te lo ha dicho?

—No. Te lo ha dicho a ti cuando te ha relinchado.

Desvío la mirada hacia el caballo, que deja de pastar y me mira con desconfianza, de reojo, sin levantar la cabeza. Quizá ella tenga razón. Doy unas zancadas hacia las otras sillas de jardín que hay apoyadas en la valla y despliego una a su lado para ponerla mirando hacia el prado. Cuando me siento, suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Esto es genial.

Intento ver el perfil de Billie sin girarme para mirarla. Es algo fuera de lo común, seductora, como una obra de arte en una galería que quiero analizar, en la que me gustaría perderme. Es como una salpicadura de color rojo en un mar gris.

Me doy cuenta de que sabe que la estoy observando cuando se vuelve hacia mí, pestañeando.

—Hola, y bienvenido a mi pesebre —dice, y una expresión traviesa se apodera de todo su rostro.

No puedo evitar reírme, y un leve retumbar me recorre el pecho.

—Estás loca. ¿Lo sabías?

—¡Ja! Me han dicho que rompieron el molde conmigo. —La tristeza se dibuja en su cara, pero desaparece tan rápido como llegó. Se vuelve y me mira, con una sonrisita en los labios—. Gracias por el café. Tengo mucho *jet lag*, y puede que anoche bebiera demasiado vino después de no haber comido bien en todo el día. Lo necesitaba.

Levanta su taza en un brindis silencioso y me parece dulce y sincera. La mujer despreocupada y sarcástica ha desaparecido y me doy cuenta de que es más fácil soportarla cuando no está de un humor de perros. Lo malo es que no sé cómo responder a esta versión casi melancólica que me ofrece.

Gruño y le devuelvo el gesto con mi taza.

Mejor ser suave.

Permanecemos sentados en silencio, tomando los cafés mientras observamos a Double Diablo, o a DD (insértense aquí unos ojos en blanco), como ella lo llama ahora. El suave sonido que hace el animal al masticar el heno se mezcla con los resoplidos y relinchos del rancho. La experiencia sensorial me transporta a los veranos de mi infancia. Cierro los ojos y echo

la cabeza hacia atrás para reposarla en la silla. No sé cuándo fue la última vez que me senté a disfrutar de la naturaleza.

Mi vida se ha vuelto demasiado ajetreada. Rascacielos y tráfico intenso, el sonido de los teléfonos y de las impresoras que no dejan de escupir cálidas hojas de papel es lo que llena mi día a día. Tengo que admitir que este rato es casi terapéutico. Tenderle una rama de olivo no ha sido tan malo como había temido. Y Billie permanece en silencio, lo que lo hace aún mejor.

Pero, por supuesto, no puede estar callada mucho tiempo.

—¿Estás bien, Vaughn?

—¿Qué? —Desde este ángulo puedo analizar al detalle su perfil, iluminado por el sol de primera hora de la mañana. Olfatea el aire, y la punta de su nariz recta y respingona se mueve un poco. El espeso pelo color caramelo, que se ha colocado detrás de la oreja, se derrama en cascada sobre sus hombros.

—Ya me has oído —dice, mirando hacia el prado.

Parece incómoda y está demasiado quieta, como si evitara mirarme.

Nadie me ha preguntado cómo estoy en las últimas semanas. Al menos de una forma que me haga sentir que quieren saberlo en realidad y no que solo me lo preguntan por cortesía. Billie no me parece el tipo de mujer que pregunte algo por educación. Es desconcertante que alguien a quien apenas conozco, y a quien apenas aprecio, se dirija a mí de esta manera. Me desequilibra, y esa es una sensación que no me gusta. No quiero compartir mi confusión interior, mi vergüenza interior, con nadie. Y mucho menos con Billie Black, que probablemente buscaría alguna forma de burlarse de ello.

Ya he cumplido el objetivo de ser amable con la nueva empleada; me levanto y le lanzo una sonrisa irónica.

—Fenomenal.

Su respuesta es mirarme con intensidad y ladear la cabeza. Su mirada me produce un cosquilleo, como si pudiera ver a través de mi máscara.

—Buena suerte hoy —me despido por encima del hombro.

Sí, estoy huyendo.

8

BILLIE

Esta mañana la silla plegable se ha convertido básicamente en mi trono, y no me quejo.

Después de tener una cita anoche con un caballo negro gruñón y una botella de vino tinto, me duché con rapidez y me metí en la cama. Estuve inconsciente hasta las tres de la madrugada, cuando me desperté de golpe totalmente desorientada. Intenté volver a dormirme, pero el *jet lag* seguía haciendo de las suyas y no me dejó dormir más. Después de todo, eran las once de la mañana en Dublín. Me levanté de la cama y me reprendí a mí misma, dejando que la espiral de vergüenza me subiera por la espalda. Pero ¿qué edad tengo para perderme en una botella de vino en una noche laborable? ¿Para decirle a mi nuevo jefe que está genial de rodillas?

¡Doy vergüenza ajena!

Luego me he arrastrado hasta aquí para respirar un poco de aire fresco y echar un vistazo a cómo funciona el rancho por la mañana.

—Billie, chica, tienes cara de muerta —dice Hank, acercándose.

—Tú más —refunfuño, porque soy así de ingeniosa y madura.

Se ríe y me revuelve el pelo como si fuera una niña pequeña. Luego hace venir al resto del personal para presentármelo y charlar un poco.

Me siento como una reina perezosa.

DD parece bastante cómodo conmigo, a fin de cuentas, soy una máquina expendedora humana, sentada delante de él. Mientras no me mueva bruscamente y le siga tirando alguna que otra galleta, está contento. Observo su reacción ante cada uno de los cinco hombres que han venido a verme. Ignora a un par de ellos, le hace muecas a otro y se pilla una rabieta total con los demás. Creo que sabe juzgar a las personas mejor de lo que pensaba.

Ninguno de ellos se acerca mucho, solo para darme la mano, tras lo cual retroceden lentamente. O rápidamente, dependiendo de lo mal que se esté portando DD. Eso me hace reír para mis adentros. Me siento como

Daenerys, con un dragón a mi espalda. Todos tienen miedo de aproximarse demasiado. Unos más que otros.

Creo que todos están haciendo el ridículo. Claro que DD es un auténtico gruñón, pero no deja de ser un caballo. Cuando trabajas con ellos el tiempo suficiente, llegas a conocer sus diferentes comportamientos. Y según mi experiencia, DD no es tan peligroso.

Creo que es encantador. Me gusta que no tenga un carácter tonto y bobalicón. Sé que, si puedo transformar su inteligencia y sus agallas en instinto competitivo, ganará muchas carreras para el Gold Rush Ranch.

Solo tengo que abordarlo desde un ángulo diferente.

Sigo sentada en mi trono, tomando notas en los expedientes de los caballos cuando oigo pasos. Al levantar la vista, veo a una mujer joven, con semblante serio, que viene directa hacia mí.

—Hola. Soy Violet Eaton —dice en voz baja, acercándose lo suficiente para darme la mano.

—Hola, Violet. —Le dedico una cálida sonrisa y la miro de arriba abajo.

—Soy del equipo de los mozos de cuadra. Hank me ha asignado a los caballos jóvenes, y solo quería venir a presentarme. —Mira fijamente a DD, retorciéndose las manos.

—Encantada de conocerte —respondo—. Es agradable ver que por aquí también hay algunos estrógenos.

Ante ese comentario, sus redondos ojos azules se vuelven hacia mí, sorprendidos. Sus mejillas se tiñen de rosa claro sobre su piel de porcelana e intenta contener una sonrisa.

—Esto es una especie de campo de nabos, ¿no?

Lanzo una sonora carcajada.

—Bienvenida a este deporte de hombres, amiga mía —respondo, guiñándole un ojo.

Se ríe entre dientes y asiente. Parece una muñeca. Es pequeña, y lleva el pelo rubio recogido en un pulcro moño. Me siento como una amazona desgarbada a su lado.

—Cuéntame más cosas de ti —digo, haciendo un gesto con la mano para invitarla a sentarse en la silla que hay a mi lado. Me mira, sorprendida, y se sienta.

Mis ojos se desvían inmediatamente hacia DD, que se sobresalta por la brusquedad con la que Violet ha tomado asiento. La mira con sus

inteligentes ojos negros, luego me mira a mí y echa las orejas hacia delante. *¡Hacia delante!* Eso equivale básicamente a una sonrisa. Luego resopla y vuelve a su montón de heno fresco.

Miro a Violet y abro los ojos. Ella esboza una sonrisa torcida y se encoge de hombros.

—No creo que sea tan malo como lo pintan. Los rumores son perniciosos, y también lo era el antiguo entrenador.

Tuerzo el gesto y niego con la cabeza ante su apreciación. Más o menos lo que me había imaginado desde el principio.

—Lo siento —añade con rapidez—, no debería hablar mal de alguien que no está aquí para defenderse.

Pongo los ojos en blanco.

—No lo sientas, mi responsabilidad es para con los caballos, no con una persona a la que no conozco de nada. Además, he llegado a la misma conclusión.

Y lo digo en serio. Un caballo no puede hablar por sí mismo. Es mi deber ser su aliada. Los adultos son responsables de sus acciones y sus reputaciones. No es mi problema; no estoy aquí para coger a nadie de la mano y acariciarle la espalda para consolarlo por haber destrozado su propia reputación. En cualquier caso, me gusta esta chica. Es adorable y abierta, y DD también la ha aprobado.

Además, necesito una amiga. Todas las personas que he conocido esta mañana han sido bastante educadas. Pero me he dado cuenta de que hay un par de entrenadores que podrían ponérselo difícil a la jefa nueva. Tipos de más edad que probablemente llevan mucho tiempo aquí, tal vez amigos de gente que quedó atrapada en el fuego cruzado del escándalo.

Soy una mujer y soy nueva en el rancho, aún no he cumplido los treinta años y sé que voy a ser objeto de burlas y habladurías. Tal vez, si tengo mucha suerte, solo me dedicarán algún micromachismo. Mi favorito es: «Mire, señorita, llevo mucho tiempo en esto».

Para mis adentros, pongo los ojos en blanco y miro Violet, que sigue pareciendo culpable por haber dicho demasiado.

—¿Solo te asignan a los caballos de dos años? —pregunto rompiendo el silencio.

—Sí.

—Perfecto, son mis proyectos principales ahora mismo, lo que te

convierte en mi compañera. —Me limpio las manos en las piernas y me pongo de pie para estirar los brazos por encima de la cabeza. Violet me mira de nuevo con los ojos muy abiertos—. Es cierto que se te lee el alma en la cara, ¿eh?

Se le escapa una risita de sorpresa; se pasa una mano por la mejilla y se levanta.

—Me han dicho que no controlo muy bien mis expresiones faciales.

—No, no lo haces, pero me gusta. Significa que eres sincera. ¿Me acompañas a comer a mi casa? Me muero de hambre. Luego podemos sacar a los caballos para trabajar por la tarde.

Después de comernos unos sándwiches de atún en el columpio del porche, Violet y yo volvemos a atravesar los campos hasta el picadero. Hemos disfrutado de un agradable almuerzo. Cuanto más relajada se sentía Violet en mi presencia, más hablaba.

—Dime, ¿de dónde eres? —le pregunto.

Violet pone los ojos en blanco.

—De un pequeño pueblo del que probablemente nunca has oído hablar: Black Diamond. Está al sur de Calgary, Alberta.

—Suen a pueblo de película de vaqueros.

—Es lo que parece.

—¿Sí? ¿Y está lleno de vaqueros buenorros y todo eso? —Muevo las cejas.

Se le tiñen de rosa las mejillas y niega con la cabeza, con un brillo divertido en los ojos. Es solo unos años más joven que yo, pero mucho más inocente. Para ser moza de cuadra, es muy recatada.

—Si te quedas cerca de mí el tiempo suficiente, te soltarás un poco, Violet.

—Me asusta un poco esa afirmación. —Suelta una risita.

—Estoy dispuesta a apostar que, si te invito a unas cuantas copas, acabarás jurando como un marinero y montando en *topless* el toro mecánico en el bar local. Las calladitas al final siempre son las más alocadas.

Suelta un ruido estrangulado y vuelve de nuevo sus grandes ojos hacia mí.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada mientras doblamos la esquina para volver al picadero. Pero Vaughn, el aguafiestas, echa por los suelos mi diversión cuando choco con su pecho duro como una roca.

—Entonces, ¿por qué hablas tanto? —dice.

Me mira con la nariz recta alzada con suficiencia, como si estuviera orgullosísimo de habernos escuchado.

Menudo capullo.

Me limito a poner los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Esperas pillarme montando en *topless*, jefe? —contraataco.

Me parece oírlo gruñir al pasar a mi lado y no puedo evitar la pequeña sonrisa que se me dibuja en los labios. Enfrentarse al jefe no debería ser tan divertido.

9

BILLIE

La semana siguiente transcurre sin sobresaltos y me acomodo a mis rutinas. Me mantengo ocupada trabajando con los entrenadores que sacan a pasear a los caballos a primera hora de la mañana. Violet y yo nos estamos haciendo muy amigas, y almorzamos juntas la mayoría de los días. Hank me da un abrazo cada vez que me ve, y trabajar con él en los aspectos cotidianos del rancho hace que todo funcione como una maquinaria bien engrasada. Incluso los miembros más reacios del personal comienzan a acercarse. A veces, en lugar de hablarme con gruñidos, lo hacen con palabras, lo que considero una victoria. El jefe sigue estando de lo más sexy vestido con traje, pero también es el típico cabrón rico y malhumorado que se pasa el día escondido en su despacho.

En este momento estoy haciendo lo que hacen las chicas interesantes los viernes por la noche: relajarme con mi chico.

Un caballo.

Hemos avanzado mucho en la última semana. Todas las mañanas subo la colina y me lo encuentro esperándome en la esquina más alejada de su cuadrilátero. Lo arrullo con voz tierna mientras me aproximo y ya no se sobresalta ni agacha las orejas. Se limita a mirarme expectante porque sabe que llevo chuches.

Manzanas, zanahorias, algún caramelo de menta. Sí, conoce la rutina.

Ya me permite sentarme junto a él en la barra superior de la valla, donde puedo acariciarle el cuello y rascarle las orejas. Todas las mañanas me siento a su lado y tomo una taza de café, envuelta por el aire húmedo de la mañana, y veo salir el sol tras las montañas. Compartimos un silencio agradable mientras el rancho se llena de vida. Cuando termino el café, le doy un beso en su suave hocico, y él se queda allí, feliz, y me mira cuando subo a los establos. Sinceramente, es la mejor manera de empezar el día.

Las tardes son más tranquilas. Todos se van a casa. A las cabañas del rancho o al cercano pueblo de Agassiz. Me he ofrecido voluntaria para

hacer la ronda nocturna porque, bueno, no tengo otra cosa que hacer. Así que nadie lo sabe todavía, pero DD y yo estamos haciendo aún más progresos por las noches, cuando nadie nos mira. Por eso, puedo entrar en su espacio y acercarme a él. Las claves han sido la constancia y las galletas.

Esta noche, mi plan es disfrutar de unas cervezas mientras acicalo a DD hasta dejarlo reluciente. Después de meses sin que nadie lo haya tocado, el pobre tiene peor aspecto que nunca. Su pelaje negro luce polvoriento en lugar de negro brillante. Tiene las crines enredadas y la cola llena de nudos. No es de extrañar que se escondiera en la esquina del fondo de la propiedad. Parece cualquier cosa menos un caballo de carreras muy valioso.

Esta vez se ha dejado atraer de buena gana y me ha dejado atarlo al poste de la valla. He cogido una caja de cepillos en los establos, dispuesta a cepillarlo hasta dejarlo brillante. Peines de plástico, peines de goma, cepillos de cerdas suaves, *spray* hidratante y un aceite especial para los cascos. Sí, DD va a ir al *spa* esta noche. Le doy un trago a mi cerveza fría y me pongo manos a la obra.

Desconecto de todo, perdiéndome en ese lugar feliz en el que siempre alcanzo la paz, incluso de niña. Saboreo el sonido de sus suspiros de satisfacción y me aseguro de decirle lo encantador que es. De pie junto a sus ancas, lo miro por el rabillo del ojo y veo cómo se relaja y se le caen los párpados. Me maravillo de lo lejos que hemos llegado en tan poco tiempo: la confirmación definitiva de que lo que estoy haciendo funciona.

—¿Quién es el chico más guapo del mundo? —lo arrullo.

DD levanta la cabeza bruscamente y me arranca de mi trance. Miro por encima del hombro y veo a Vaughn de pie junto a la valla, con los brazos apoyados en la parte superior, con un aspecto bastante relajado. Y engreído. Sí, tiene esa odiosa expresión de suficiencia en la cara.

—¿Debería preocuparme lo mucho que hablas con este caballo?

Lo fulmino con la mirada. No, en realidad me lo como con los ojos. Ha estado escondido en su despacho como un ermitaño y casi se me ha olvidado lo guapo que es. No me gusta la forma en que mi cuerpo responde a su presencia. Cómo se me aceleran los latidos del corazón, cómo se me pone la piel de gallina en los brazos.

—No, pero deberías preocuparte de no estropear tu elegante traje apoyándote en esa valla tan sucia.

Hace un gesto para restarles importancia a mis palabras.

—Puedo permitirme uno nuevo.

Buf. Qué detestable... Comentarios como ese son la razón por la que he jurado mantenerme alejada de los niños con fondos fiduciarios.

—Encantador. —Me vuelvo hacia DD, y uso un cepillo de cerdas suaves para deshacerme del pelo muerto que le he quitado—. ¿Puedo ayudarte en algo, Vaughn?

—Te he visto aquí desde la ventana de mi despacho y me ha apetecido venir a ver cómo te ha ido esta semana.

Estupendo. Así que me ha estado vigilando todas las noches. Debería acojonarme, pero, al contrario, siento un calorillo en el pecho al pensarlo.

No actúes como una cabeza hueca, Billie.

Continúo cepillando a DD, moviéndome a su alrededor, aunque él no coopera en absoluto, pues es muy consciente de la presencia de Vaughn. Si le da un berrinche, quizá el Señor Ricachón se sienta incómodo y se marche. Entonces no tendría que seguir mirando tan fijamente el corto pelo negro del animal que tengo delante para no quedarme boquiabierta ante el apuesto rostro que tengo a mi lado.

Admitir que me atrae Vaughn Harding es irritante. Inquietante. Pero es un hecho, al fin y al cabo. Un hecho del que soy muy consciente después de apenas haberlo visto en toda la semana. Casi parece que hubiera querido evitarme después de nuestra última conversación. De vez en cuando he levantado la vista hacia su despacho, preguntándome si volvería a traerme una taza de café alguna mañana.

Ha estado fuera de mi vista, y, sobre todo, de mi mente. Pero ahora mi cerebro no está conectado con mis labios porque, obviamente, he olvidado que es insufrible. Me doy cuenta de que he estado en silencio durante demasiado tiempo como para que resulte cómodo y le echo un vistazo.

Sus pómulos siguen siendo altos y afilados; sus hombros, anchos y poderosos, y sus ojos, oscuros y tormentosos, están clavados en mí. Me mira con tal intensidad que me relamo sin querer bajo la presión que supone su atención.

Entrecierra los ojos y casi al instante baja la vista hasta mi boca. Juraría que el aire que nos rodea crepita con una tensión eléctrica. Sí, entre el jefe y yo hay una química volátil. Una química *peligrosa*.

—Bien —respondo con una voz mucho más estrangulada de lo que pretendo; bajo la barbilla y cepillo a DD con más fuerza. Es más seguro

mantener la concentración en la tarea que tengo entre manos. Obviamente, mis ovarios no saben lo que hace mi cerebro. Los hombres como Vaughn son muy peligrosos para ellos.

¡Toc, toc, ovarios! Aquí el cerebro. Dejadme entrar.

—¿Solo eso? ¿Bien? ¿Te importaría explicarme con más detalle cómo van mis caballos? —Su voz es como terciopelo sobre mi piel, como una suave caricia a la luz tenue del atardecer.

Dejo de cepillar a DD bruscamente, niego con la cabeza y dejo escapar un suspiro dramático.

—¿Esto no puede esperar hasta el lunes? Ahora mismo estoy fuera de servicio —digo, señalando mi cerveza. Quiero que se vaya ya y deje de interrumpir lo que hasta este momento ha sido una noche espléndida.

Sus ojos siguen la dirección de mi dedo y me devuelve la mirada con un brillo perverso en los ojos.

—No, no lo estás. Estás en plena ronda nocturna —responde; coge mi cerveza y da un largo trago.

Su mirada permanece clavada en la mía, desafiándome. Y en contra de mi buen juicio, bajo la vista y admiro cómo su nuez se mueve con cada trago. En su cuello bronceado, la barba oscura roza contra el borde blanco de la camisa, y provoca una descarga eléctrica en mi interior.

Trago saliva como respuesta.

Billie, ¿qué estás haciendo? Este tío es una pesadilla.

Tiro el cepillo al cubo y me sacudo las manos, frotándomelas con un poco más de fuerza de la necesaria, y me giro para mirarlo.

—Espero que también puedas permitirte tratar los herpes labiales que te saldrán el resto de tu vida.

—Buen intento —responde con una sonrisa estúpida en la cara.

—Supongo que nunca llegarás a saberlo. De aquí en adelante, te levantarás por la mañana preguntándote si ese será el día en que te mires al espejo y veas una heridita que desfigura tu bonita cara. Vivirás en una continua incertidumbre y siempre te arrepentirás de haberme robado la cerveza.

Curva la comisura de los labios.

—¿Crees que mi cara es bonita?

Pongo los ojos en blanco, cojo el pulverizador y un trapo y reanudo el aseo de DD, que dormita feliz con una pezuña trasera doblada y apoyada en

el suelo. Por raro que sea, no se da cuenta de la tensión que nos envuelve.

—Todo ha ido bien esta semana... —Me lanzo a explicarle en qué he estado trabajando y menciono caballos y miembros concretos del personal. Le cuento lo mucho que me ha impresionado Violet, y su única respuesta es preguntarme quién es, porque el muy gilipollas me está haciendo describir un montón de estrategias y personas que ni siquiera entiende ni conoce, todo ello mientras sigue ahí plantado con ese aspecto que corta el hipo, disfrutando de la cerveza que me ha robado.

Lo bueno es que estoy lo bastante cabreada como para desahogarme cepillando a DD y, cuando termino mi monólogo, me echo hacia atrás para admirar mi trabajo. La puesta de sol brilla en sus flancos relucientes.

Probablemente se revolcará en la tierra en cuanto me vaya, pero acicalarlo ha resultado satisfactorio y terapéutico.

—Parece que todo ha ido bien —es la inteligente respuesta de Vaughn mientras mira a DD. Me alegro mucho de haberle hecho un resumen de diez minutos sobre todo lo ocurrido durante la semana para que me premie con un «Todo ha ido bien».

Le quito el ronزال a DD, le doy un beso en la quijada, un buen masaje detrás de las orejas y lo suelto antes de girarme para encaramarme a la valla. Me siento en la barandilla superior, como todas las mañanas, salvo que es de noche y estoy al lado de Vaughn. Me gusta la posición ventajosa que me ofrece esta altura. Desde aquí puedo ser yo quien lo mire desde arriba.

DD olisquea con suavidad mis bolsillos, empujándome para que le dé más golosinas; cojo la cerveza de la mano de Vaughn y le doy un largo trago pensando lo lista que soy por habérsela robado antes de darme cuenta de que lo que queda es básicamente una mezcla tibia de su saliva y de cerveza sin gas.

Reprimo una arcada, muevo la cabeza para disipar el sabor y arrojó la lata hacia mi mochila, que está tirada en la hierba.

Me agarro a la valla y miro a Vaughn, cuyos ojos centellean como si estuviera presenciando algún tipo de espectáculo cómico en directo. Se entromete en mi tranquila velada, me vacía la cerveza, ¿y ahora se ríe de mí por beberme su saliva caliente? *Qué bien.*

Un calor ardiente y familiar me lame la garganta y siento un zumbido en los oídos por culpa de los nervios. Mi voluntad de jugar limpio se esfuma

en el cielo rosado del crepúsculo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un capullo engreído? —Es lo único que consigo decir justo antes de que DD pierda la paciencia con sus intentos de engatusarme y me dé un empujón más fuerte en la cintura que me tira al suelo.

Aunque no llego a caer porque unas manos fuertes me desvían de mi trayectoria. Unos dedos largos se extienden con firmeza alrededor de mi caja torácica y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, me empujan contra el poste de la valla. Me encuentro con una de las rodillas de Vaughn entre las piernas para evitar que caiga.

Atrapada.

Miro hacia abajo, donde sus manos descansan sobre mi fina camiseta, y veo sus pulgares en el borde del sujetador deportivo, rozando el lateral de mis pechos, y las venas de sus manos, masculinas y seductoras.

Siento como si bajo su contacto la camiseta pudiera convertirse en cenizas, enroscarse y alejarse flotando en la brisa del atardecer. La sorpresa de la caída ha hecho que mi pecho se hinche al inspirar más de lo habitual, y estoy completamente fascinada por esas manos que suben y bajan por mis costillas mientras jadeo.

Su aroma a almendras me envuelve como una seda suave. Es como si estuviera sumergida en una copa de Amaretto. Todo miel y masculinidad. Aparto los ojos y levanto lentamente la barbilla para mirarlo a la cara. Es una mala idea. Una idea muy mala.

Bajo la espesa franja oscura de sus pestañas, sus ojos son como chocolate fundido y están totalmente concentrados en mi cuerpo. Mira justo el mismo punto que yo: sus manos sobre mí, tan grandes que casi me rodean la caja torácica. Levanta la cabeza para mirarme a la cara, con expresión peligrosa, y rompe el tenso silencio.

—No, Billie —dice en un tono de voz muy bajo; acerca tanto la boca a mi oreja que noto su aliento en el cuello—. Las mujeres suelen esforzarse mucho para caerme bien, no para cabrearme.

Ha llegado el momento de darle una lección a este capullo.

Sus palabras me han excitado y, sin pensarlo, alargo la mano hacia él y engancho su camisa blanca con el dedo índice justo entre los botones. Los músculos de su abdomen se contraen bajo mi dedo, que recorre despacio su cálida piel; son tan firmes como pensaba.

Para cualquiera que merodeara por los establos, nuestras siluetas deben de parecer las de un vampiro y la víctima con la que va a darse un atracón, por la forma en que se cierne sobre mí. Rezo en silencio para que nadie nos esté viendo, curvo el dedo dentro de la tela que me acaricia el dorso de la mano y pego su torso al mío para sentarme a horcajadas sobre su muslo.

Percibo su brusca inspiración y siento un dolor familiar entre los muslos.

Esto es una mala idea.

Levanto la vista y veo las sombras oscuras que caen sobre su frente, la expresión casi herida de su rostro. Nos abrazamos unos instantes robados al tiempo, retándonos con la mirada durante unos segundos, hasta que me acerco tanto que noto cómo me araña ligeramente la mejilla con la barba incipiente. Sus manos se ciñen sobre mis costillas, intentando detenerme.

Al aumentar la presión, se me endurecen los pezones y se me eriza la piel de los brazos. *Esto está bien.* Una reacción típica ante cualquiera que me toque así.

Perturbada por la forma en que mi cuerpo responde al suyo, subo la apuesta: paso los dedos por el cuello de su camisa y atrapo con suavidad el lóbulo de su oreja con los dientes. Estoy tan cerca de él que puedo sentir más que oír el gruñido que sale de su pecho.

Por un momento me permito imaginarnos juntos en otras circunstancias: fantaseo con todos los deliciosos ruidos que haría al moverse sobre mí, estrechándome tan fuerte que nuestros cuerpos se hundirían en el colchón. Y cómo se desharía por completo, solo para mí.

Con esa imagen en la cabeza, deslizo los dedos por su cuello y por su pelo antes de agarrarlo con fuerza. Se queda inmóvil. Paralizado.

—Bien, entonces déjame ser yo quien te desvirgue en esta ocasión, jefe — le susurro al oído—. Eres absolutamente insufrible. —Vuelvo a morderle el lóbulo de la oreja, esta vez un poco más fuerte, lo que hace que el aire salga de sus pulmones en un fuerte silbido—. Ahora quítame las manos de encima. No soy uno de tus juguetes. —Después de ese jarro de agua fría, lo aparto con firmeza.

Me relamo los labios al ver que me quita las manos de encima como si quemara. Su ausencia me hace sentir un frío polar en lugares que acaban de estar calientes, y el corazón me da un vuelco incontrolable en la caja torácica mientras nos quedamos mirándonos.

Sus ojos desorbitados se clavan en los míos. Parece aturdido, y no puedo

evitar fijarme en lo dolorosamente guapo que está, aquí de pie, bajo la tenue luz, con el pelo revuelto. Yo lo he llevado a ese estado. Siento un pinchazo en el pecho que me saca del trance.

Dios mío.

He ido muy lejos. Demasiado lejos.

Pienso en todas las metas que aún no he alcanzado, en todo lo que me han hecho pasar hombres que eran exactamente como él. Me recuerdo a mí misma todos los sacrificios que he hecho para llegar adonde estoy y me siento mortificada. ¿Por qué le he dado el poder de hacerme sentir así?

La vergüenza es tan intensa que me baja por la columna vertebral como lava fundida y se endurece hasta convertirse en una roca rígida pero quebradiza que da a mis nervios crispados la fuerza suficiente para empujar a Vaughn, que está completamente inmóvil y nuestros brazos se rozan por última vez; recojo la mochila y me la cuelgo al hombro.

—Recicla la lata de cerveza —escupo, señalando en esa dirección con la puntera de la bota, pero sin atreverme a levantar la vista.

Todavía no ha dicho ni una palabra ni se ha movido un milímetro.

Me adentro en la noche obligándome a caminar despacio, contoneando las caderas con seguridad y con los hombros relajados, todo para demostrar un nivel de confianza que no refleja en absoluto el conflicto que bulle en mi interior.

10

VAUGHN

Han pasado exactamente dos semanas desde mi encuentro con Billie en el prado. Y tampoco es que haya estado contando los días. Lo normal es que las mujeres se me tiren encima todo el tiempo. Ya sea por propia voluntad o a instancias de mi madre, da igual, y el cien por cien de esos encuentros no hacen otra cosa más que irritarme. Aunque las trato a todas con respeto, ese respeto va acompañado de una falta de interés absoluta.

Esa noche, con Billie apretada contra mí, no debería haber sido diferente, pero lo fue.

Ojalá pudiera decir que no he pensado en la forma en que me tocó. Tan segura e indiferente a la vez. No estoy convencido de que se diera cuenta de que se balanceaba lentamente sobre mi pierna mientras paseaba sus labios suaves por mi mandíbula y me mordía la oreja como la seductora que no he visto venir.

Nunca nadie me había puesto tan duro para luego alejarme. Ahora se ha convertido en un reto y estoy completamente obsesionado.

Y no debería.

Dios, en serio, no debería. Pero es como si me hubiera contagiado su imprudencia, porque no debería estar pensando en nuestra interacción, pero lo hago. Que ella haya podido hacerme perder el control sin esforzarse me está volviendo loco.

Esa noche me está robando el sueño: lo que ocurrió está siempre presente en mi cabeza cuando me dejo llevar y me agarro la polla palpitante en la ducha para derramarme por los azulejos. Siento la curva de su pecho contra la yema de mi pulgar y sus delicados dedos cogiéndome el pelo con un nivel de autoridad que no encaja con su personalidad alegre y despreocupada. No puedo parar y me prometo continuamente que cada vez será la última mientras me masturbo con rabia.

No me gusta. Soy una persona que se autocontrola y soy meticuloso. Siempre tengo un plan, y ahora una de las mujeres más irritantes que he

conocido me ha desequilibrado. He estado de mal humor desde que el escándalo familiar salió en los periódicos, trabajando a toda máquina para intentar salvar el mayor logro de mi abuelo, el rancho de la esposa a la que adoraba. Pero este encuentro me ha llevado al límite. Sé que la estoy tomando con gente que no se lo merece. Ando distraído y agitado. Estoy cansado y harto de pensar constantemente en cómo conseguir que mi empleada se recueste sobre el escritorio para hacer lo que quiera con ella.

Estoy muy por encima de eso, pero no soy capaz de sacudírmelo de encima y superarlo.

La familia no necesita más escándalos. Soy consciente de cómo me retratan los medios. El heredero de la familia Harding que aparece con una nueva mujer del brazo cada vez que sale en público. Yo soy el *playboy*, y mi hermano, el monje. Pregúntale a *Page 10* (o a la que sea). Se lo pasarían en grande si pudieran escribir que me tiro a mi nueva empleada.

Niego con la cabeza. Para empezar, sé que Billie no es solo una empleada. Es la mejor en su trabajo. A pesar de lo que pensaba de ella al principio, está demostrando ser perfecta para el puesto. En las reuniones de gestión, tanto ella como Hank me informan de que todos los caballos corren mejor que nunca. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que todo el personal del rancho la adora. Algunos incluso me lo han dicho. Veo su forma alegre y juguetona de relacionarse con todo el mundo. Esa risa bulliciosa resuena constantemente por el establo y flota hasta mi despacho como una especie de broma cruel.

No se trata de que me evite, es que se comporta como si se hubiera embarcado en una especie de misión de santidad para ser mejor persona. Todos los días me saluda con la mano al pasar y me dice: «Hola, jefe», como si la otra noche no hubiera estado a punto de devorarme. Ni siquiera me atrevo a decirle que deje de llamarme así. Si su fachada profesional volviera a resquebrajarse, aunque solo fuera un poco, me daría una buena razón para tomarme la revancha.

La veo jugando a *My little pony*, o a lo que sea que haga con Double Diablo, que hasta ahora solo parecía un brillante agujero negro en el que hemos tirado casi un millón de dólares. Todas las mañanas toma café junto a su picadero y todas las noches lo cepilla hasta que brilla como una mancha de aceite. La oigo hablar con él cada vez que me voy al coche e intento convencerme de que probablemente esté loca, pero la verdad es que

no puedo evitar admirar cómo ha cambiado la actitud del caballo. Le cae bien hasta al caballo más gruñón del mundo.

Es indiscutible.

Por eso estoy aquí, a punto de llegar al rancho un sábado por la tarde. Los ayudantes de los entrenadores hacen la mayor parte del trabajo muy temprano los fines de semana. Por lo tanto, será un lugar fantasma. Y Billie no trabaja el fin de semana, lo que significa que no tendré que oír su voz, ni percibir ese aroma a sol y limón que ahora asocio con ella.

He trabajado duro toda la mañana, mi ansiedad ha desaparecido y ahora me toca lidiar con las hojas de cálculo de finales de mes y de redactar un correo para la empresa de relaciones públicas sobre la mejor forma de enfocar la reincorporación al circuito de carreras dentro de unos meses. Tengo que concentrarme.

La tarde se convierte en noche mientras estoy encerrado trabajando en mi despacho. Hago una pausa para comerme la barrita de proteínas que he llevado para cenar. No es nada apetecible, pero cocinar solo tampoco lo es. Giro la silla para mirar por la ventana, esperando ver a Billie en el prado de DD.

Me reprendo a mí mismo por sentirme decepcionado al no verla allí abajo. De todos modos, ¿qué pretendo? ¿Quedarme aquí sentado como un acosador y observarla?

—Sí, más o menos —murmuro para mis adentros—. Es lo que haces la mayoría de los días, Vaughn.

Niego con la cabeza ante mi estupidez y sigo mirando por la ventana. Cuanto más miro, más consciente soy de que no veo a Double Diablo. Me pongo de pie y me asomo, con la esperanza de verlo desde este ángulo en la esquina más alejada de su cubículo, comiéndose el dinero de la empresa y espantando moscas con la cola.

Pero no está. No está ahí.

Salgo de mi despacho a grandes zancadas, tranquilo, pero reconozco que un poco preocupado. Corro hacia el picadero haciendo ese sonido a beso que tanto les gusta a los caballos. Suena dulce cuando lo hace Billie y un poco raro cuando lo hago yo. Pero da igual. Allí en la valla, apoyado el poste contra el que empujé a Billie, es evidente que no está en su corral. Ni en una esquina, ni en el refugio ni tumbado.

La sangre me ruge en los oídos y el pulso me late con fuerza en el

esternón. Los caballos no desaparecen así como así.

Me meso el cabello y miro el prado vacío. La puerta está cerrada y todas las vallas intactas, lo que significa que no se ha ido por su cuenta. Pero nadie está tan loco como para arriesgarse a sacarlo del prado en el tiempo que llevo aquí, así que me giro en círculo con la esperanza de que esté descansando en un prado vecino.

No lo veo.

La angustia me oprime la garganta, porque no sé qué hacer en esta situación. Trabajo con archivos y papeles, que no tienen mente propia y normalmente se quedan donde los dejas. En esta situación estoy fuera de mi elemento.

Así que hago lo único que se me ocurre: huir.

Corro a toda prisa hasta el coche, me subo y recorro a toda velocidad la carretera que lleva a la cabaña de Billie. Estoy conduciendo como un loco, lo sé. Por desgracia, me doy cuenta demasiado tarde cuando doy un frenazo y derrapo junto al porche.

A la izquierda de la cabaña, veo que Double Diablo se encabrita sobre las patas traseras, mostrando el salvaje blanco de sus ojos. Billie se echa hacia delante sobre su cuello, con las piernas ceñidas a sus flancos y sin una montura que la mantenga en el sitio, y se agarra a las crines. Está pegada a él como una lapa y con los dientes apretados en un gesto de concentración.

El tiempo parece congelarse en ese punto y los sonidos circundantes se desvanecen en la nada. Antes de que me dé cuenta, los cascos delanteros bajan hasta el suelo y ella sostiene una rienda alejada de su cuerpo y lo hace trazar un círculo cerrado. Me llega el sonido de su voz murmurando algo en voz baja y tranquilizadora, y se filtra en mi conciencia.

Me apoyo en el reposacabezas, cierro los ojos y me paso las manos por el pelo. El nudo en el pecho que me impedía respirar con normalidad durante los últimos minutos se disuelve con un tembloroso suspiro. El alivio me inunda como una ducha fresca en un día caluroso. El caballo está aquí, y yo no he matado de forma accidental a un empleado en un momento de pánico.

Al levantar la cabeza para mirar por la ventanilla, veo a Billie bien sentada a lomos de Double Diablo. Los flancos del animal se agitan al ritmo de su respiración y gira la cabeza hacia donde cuelga el pie de ella en su costado. Billie se agacha hacia su cuello y lo acaricia con suavidad.

Gracias, joder.

Abro la puerta y salgo del coche. El caballo negro como la tinta se sobresalta al oír el ruido y levanta la cabeza para mirarme. Billie lo imita, pero más despacio. Como un depredador.

Entrecierra los ojos de color lava bajo la sombra del ala ancha del casco negro. La conozco lo suficiente como para reconocer esa cara de enfado. Pero a este juego podemos jugar los dos, así que me quedo en mi sitio y se le devuelvo la mirada sin inmutarme. Me niego a que me haga sentir mal. Ella niega con la cabeza y vuelve a centrar su atención en el caballo; se echa sobre su lomo para deslizarse hacia el suelo y le acaricia los flancos con suavidad mientras le habla de forma tranquilizadora.

De espaldas a mí, coge las riendas y las levanta despacio por encima de su cabeza, como si fuera de porcelana, o algo así. Intento no fijarme en ella, pero, como de costumbre, fracaso. La gruesa trenza castaña que cuelga a su espalda es como una flecha que dirige mi mirada directamente a la forma en que se le ajustan los vaqueros. «*Empieza por aquí*», parece decir, obligándome a centrar la vista en su delgada cintura, en la femenina curva de sus caderas y, por último, en su firme y redondo trasero. No es uno de esos culos planos y delgados, tiene curvas. No es delgada ni débil, sino esbelta y fuerte. Supongo que eso se lo debe a trabajar en un rancho y a las largas horas que pasa en la silla de montar.

Interrumpo el recorrido visual por su cuerpo cuando se da la vuelta escupiendo fuego.

—¿Qué coño crees que haces volando hasta aquí como un ángel del infierno y asustando a mi caballo?

—Te equivocas —respondo con un codo apoyado en el techo del coche, intentando parecer más despreocupado de lo que me siento—. Es *mi* caballo. Lo has sacado de *mi* propiedad sin *mi* permiso. He venido a trabajar y me he encontrado con que faltaba uno de nuestros activos más valiosos, y ahora probablemente tenga el Porsche lleno de abolladuras por haber tenido que recorrer todos esos caminos de grava buscándolo.

Resopla con altivez y alza la barbilla desafiante hacia mí.

—Deberías comprar un coche más práctico. Las zapatillas de Minnie Mouse no son precisamente un vehículo ideal para el campo.

—Creo que ya he usado esta frase antes contigo, pero ¿eso es lo único que has sacado en limpio de lo que acabo de decir? —pregunto con tono incrédulo.

—Sí, Vaughn, así es —responde, tendiéndole distraídamente una galleta a Double Diablo, que nos observa atentamente con los ojos negros muy abiertos—. Tengo móvil. Supongo que sabes llamar y enviar mensajes. Habría sido un buen punto de partida. —Tiene razón—. Y DD sigue estando en tu propiedad. Lo he montado por los pastos hasta la cabaña para poder trabajar con él. *En mi día libre* —subraya.

Cruzo los brazos y miro al suelo.

—Vale —refunfuño, y doy una rápida patada a un guijarro.

Me mira como si me hubiera salido otra cabeza antes de volver a la carga.

—¡Es increíble! Y ahora tienes el descaro de quedarte aquí y enfurruñarte por tu estúpido coche mientras eludes la responsabilidad de que casi me matas. —Hace un gesto burlón—. Típico comportamiento de un niño rico con un fondo fiduciario.

Empiezo a ver rojo.

Siempre he odiado esa conclusión. He crecido cargando con ella. Sé que me he dejado la piel para llegar donde estoy, aunque tampoco soy tan ingenuo: soy consciente de las ventajas que me han proporcionado mis privilegios. Las puertas que me ha abierto mi apellido. Las luchas que he eludido. Pero tampoco me he quedado de brazos cruzados. No quiero medallas, pero detesto que me metan en el mismo saco que mis compañeros que se pasan el día jugando al golf en el club de campo y cobrando los intereses de sus inversiones. Yo trabajo.

Siento el calor del rubor que me sube por el cuello. No me hace ninguna gracia que haya conseguido ofenderme ni que sus palabras me hayan sentado de la peor manera posible. Lleno de tensión, me giro para dar unos pasos hacia mi poco práctico coche cuando algo me golpea justo entre los omóplatos.

Me quedo inmóvil, de espaldas a ella, y oigo una risita ahogada.

—Billie —ladro—, ¿acabas de tirarme algo?

La risita se transforma en un sonoro bufido.

Me doy la vuelta a cámara lenta y me la encuentro tapándose la boca con una mano y con las riendas flojas en la otra. Tiene los ojos como platos y brillan con las lágrimas de la risa que está conteniendo.

—Eres una desequilibrada. —Es increíble—. ¿En serio acabas de tirarme algo?

Asiente, reteniendo las carcajadas tras sus labios apretados.

—Ha sido una golosina —se le escapa—. Lanzarlas me ayuda a que DD haga lo que quiero.

Quiero decir que no me hace gracia, porque no debería, pero su diversión es contagiosa. Y las secuelas de toda la tensión me dan vértigo.

Sonrío.

—Estoy bastante seguro de que a él se las das, no se las tiras.

Se encoge de hombros.

—Él no me enfada tanto.

Entendido. Le hago un gesto con la cabeza para despedirme y me doy la vuelta para irme.

—Vaughn —exclama—, para.

Sigo adelante, y abro la puerta del coche.

—Dios mío, ¿quieres dejar de portarte como un puto niñoato?

No puedo evitarlo. Lanzo una carcajada áspera contra mi voluntad y me vuelvo para mirarla.

—Billie Black, ¿acabas de decirle a tu jefe que es un puto niñoato? —pregunto, lanzándole una mirada de incredulidad.

—Sí, sí. —Sonríe mientras camina hacia el pequeño picadero que hay junto a la cabaña—. Mueve tu culito de fondo fiduciario y ven a tomarte una cerveza conmigo. Te debo una disculpa.

Esta mujer es absolutamente asombrosa.

Como asombroso es que me dé la vuelta y la espere junto a la escalera de entrada.

¿En qué estoy pensando?

11

BILLIE

Después de acomodar a DD en el prado que hay en la parte trasera y de echarle un poco de heno fresco, vuelvo a la entrada y me encuentro a Vaughn sentado en el columpio del porche. Parece casi demasiado grande para estar en él, demasiado ancho, demasiado alto..., *demasiado*.

Siempre me ha parecido delicioso con traje, aunque considero un poco ridículo ese atuendo en un rancho en medio de la nada. Pero el *look* de vaqueros y camiseta supera con creces el de ejecutivo que suele lucir.

El cuello de pico deja mucho menos a la imaginación que una camisa. Casi puedo ver bajo la tela las líneas que tracé la otra noche con el dedo. El contorno de sus pectorales es firme y destaca sobre su vientre plano y su cintura delgada. Me pregunto si podría levantárselo unos centímetros para poder ver lo que hay debajo. Mi hipótesis es que tiene un *six pack*. Aunque también es posible que luzca un *eight pack*. Esos dos últimos abdominales podrían sobresalir porque está tan tenso que los aprieta constantemente.

Subo rápidamente los escalones.

—Adelante, jefe —digo, abriéndole la puerta.

Me mira como si fuera una bomba a punto de estallar en cualquier momento, pero me sigue de todos modos. Tío listo.

Me río entre dientes. Es lógico que el Señor Tenso se ponga nervioso conmigo. No he demostrado ser precisamente una persona tranquila y serena en lo que a él respecta.

Pero es como si conociera un botón secreto en mi interior y supiera exactamente cómo pulsarlo para hacerme perder los nervios.

Voy a la cocina, abro la nevera y cojo dos botellas heladas antes de volverme hacia él, que está en el otro lado de la isla.

—¿Lager o ale? —pregunto, sosteniendo ambas opciones.

—Lager —responde señalando la botella ámbar.

Me vuelvo hacia la alacena.

—Muy bien. ¿En botella, jarra o biberón?

Ni siquiera necesito mirarlo para saber que está negando con la cabeza, ya que parece que le provocho esa respuesta con frecuencia.

—Una jarra —deduzco, y le guiño un ojo por encima del hombro con una sonrisa socarrona.

—En botella. —Suspira. Y, seguro, niega con la cabeza.

Le quito el tapón y le paso la cerveza; me apoyo en la barra de la cocina y le doy un trago a la mía.

Parece cansado. Exhausto. Acalorado, siempre está acalorado, pero, para ser sincera, debo reconocer que está un poco demacrado, con el pelo revuelto y la boca tensa. Se ha sentado en el taburete de la barra de desayuno, y tiene los hombros hundidos. Me siento culpable y me aprieto la palma de la mano justo encima de los pechos para expulsar esa culpa. Con un mechón oscuro sobre la frente, parece un niño perdido.

Se queda mirando la botella de cerveza mientras rasca en silencio la etiqueta. No sé qué decirle, así que me dejo llevar por mi típico instinto. Voy a darle de comer.

—¿Eres alérgico a algo?

Sus ojos color chocolate oscuro se clavan en los míos.

—No.

—¿Te consideras quisquilloso o comes cualquier cosa?

—No soy quisquilloso. —Vuelve a concentrarse en su botella, pero tuerce un lado de esa boca pecaminosa.

He estado muy cerca de esa boca y es difícil de olvidar. Algunas noches, cuando estoy sola en la cama, revivo el interludio que tuvimos contra la valla aquella noche y me llamo de todo por no haber besado a este colosal idiota. Me imagino cómo habría sido, dónde habríamos acabado. Y entonces me pongo a mirar los cientos de fotos que hay de él en internet con cualquier mujer y niego con la cabeza. Nada de distracciones ni de *playboys* ricos. Nada de eso. No, señor. Eso no es lo que quiero. Solo triunfaré si me centro en mis objetivos profesionales y en hombres normales y agradables.

Sin decirle nada, saco un par de filetes de la nevera y salgo por la puerta trasera para encender la barbacoa. Vigilo a DD. Parece feliz en su nuevo alojamiento especial, y me gusta saber que está ahí. Los fines de semana me siento sola en casa, así que he limpiado ese pequeño picadero con la esperanza de poder traerlo aquí en algún momento. Estábamos teniendo una cita muy agradable hasta que el niño rico tuvo que quemar rueda para

venir y estropearlo todo. La buena noticia es que DD se ha recuperado con rapidez y ya no está alterado. Se ha recompuesto muy pronto. Confía en mí.

Cuando vuelvo con Vaughn a la cocina, él sigue sin moverse, salvo que ahora está rompiendo la etiqueta de su cerveza y dejando los trocitos rotos en un montón.

Sazono los filetes y lavo y corto las verduras para las brochetas delante de él, que no dice nada. El montón de papelititos sigue creciendo hasta que ya no puedo más.

—¿Estás haciendo una pira, jefe?

Se detiene.

—Lo siento. He desconectado un poco. Ni siquiera me daba cuenta de lo que estaba haciendo. —Suspira y se echa hacia atrás.

—¿Tienes algo en mente? —indago, sin levantar la vista mientras corto el calabacín en círculos perfectos.

—Demasiadas cosas —responde con un sonoro suspiro, atravesándome con sus ojos oscuros.

Cada vez se parece más a una nube de tormenta. Es fácil olvidar que en realidad es mi jefe cuando somos tan combativos el uno con el otro. Pierdo cualquier tipo de filtro y digo cosas lamentables, a menudo solo con intención de irritarlo. Supermaduro por mi parte, lo sé. Pero el silencio y la mirada contemplativa que muestra me preocupan. Le echo otro vistazo mientras troceo las patatas. Sigue mirándome.

—Mira, lo siento. Te debo una disculpa. Tal vez más de una disculpa, en realidad. No he sido muy profesional contigo. Soy la primera en admitir que tienes una habilidad especial para sacarme de quicio. Y sé que tengo mal genio, no es mi mejor rasgo —divago—, pero me encanta trabajar aquí. El personal, los caballos... —Suspiro con nostalgia—. Este lugar es un sueño.

No dice nada.

—¡Y mira! —exclamo, señalando las ventanas de la pared trasera—. Incluso estoy montando ese caballo tuyo del demonio con cierto éxito. Estará listo para correr esta temporada. Te lo prometo.

—Billie —me interrumpe—, deja de divagar.

—Parecía..., no sé. Como si estuvieras pensando la mejor manera de despedirme o algo así.

Vaughn parpadea lentamente y se masajea las sienes.

—Algunos días das mucho trabajo. Pero no. Intentaba encontrar la forma

de disculparme contigo —refunfuña.

Oh. Bueno, eso es un alivio.

—¿Por eso parecías estreñado?

Dios, Billie, ¿en serio? Sí. Eso es lo primero que se me ha ocurrido. Hasta yo me sorprendo a mí misma a veces.

Levanta ambas manos delante de sí y me mira con la boca abierta, como diciendo «¿En serio?».

—¿Dónde aprendiste modales?

—En un colegio privado. De esos donde los niños ricos se salen con la suya portándose mal. —Me giro para poner las brochetas en la plancha.

—Pues habría jurado que te criaron los lobos —dice a mi espalda.

Para ser justos, no está desencaminado.

—Llámame Mowgli —replico por encima del hombro.

El resto de la cena transcurre en paz. Nos sentamos a la mesa antigua y charlamos educadamente mientras el sol se oculta tras las montañas. Me felicita por la cena e incluso repite. En un momento dado, le digo que acepto sus disculpas, lo que le hace poner los ojos en blanco.

Cuando le ofrezco otra cerveza, se limita a gruñir y me dice que me siente mientras se encarga de limpiar. Mientras friega los platos, me subo a la encimera de la cocina, disfrutando de la forma en que flexiona los antebrazos y en cómo se ondulan sus músculos. ¿Algún hombre ha hecho que las tareas domésticas sean tan hipnóticas?

El cuerpo de Vaughn es tan grande que, aunque intento alejarme del fregadero, en realidad no estamos lejos. Tal vez tenga el muslo separado un palmo de su cintura. Y sí, estoy mirando. Ningún hombre con una cara como la suya debería ser capaz también de rellenar los vaqueros como él. Es casi un pecado. Es un fibroso ejemplar masculino de oscuros ojos melancólicos que además luce unas poderosas piernas bien tonificadas.

No es justo. Al menos me consuela el hecho de que su personalidad es un asco. O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

—Creo que deberíamos intentar ser amigos —suelto.

Resopla y sigue fregando el plato que tiene en la mano.

—Lo digo en serio. Estoy cansada de pelearme contigo. Ya no quiero andarme con pies de plomo a tu alrededor. Agua pasada y todo eso —insisto, agitando la mano de forma desdeñosa—. Estar sentada aquí contigo es mejor que estar sola todo el rato.

Vale, quizá eso sea ir un poco lejos. Pero, en el fondo, sé que, incluso con ese extraño estado de ánimo y su pésima personalidad, tener algo de compañía humana es un cambio agradable.

—De acuerdo, Mowgli —responde con una leve sonrisa, evitando aún el contacto visual.

Le doy un manotazo juguetón en el pecho y luego llevo las manos sobre mi pecho con aire dramático, como si me hubiera hecho daño.

—¿Llevas un chaleco antibalas ahí debajo? —bromeo.

Finalmente me regala una sonrisa irónica, aunque forzada.

—Tengo que estar preparado para cualquier cosa cuando estoy a tu lado, Billie.

Volvemos a sumirnos en el silencio. Está inusualmente meditabundo esta noche. No he sido capaz de encontrar ni un solo rastro de petulancia en él. Y de verdad que me he pasado toda la noche buscándolo. Le acabo de dar la oportunidad perfecta para soltarme un comentario irónico y la ha dejado pasar. Tras unos instantes de silencio, lo miro de reojo. Parece muy serio. No puedo evitar preguntarme qué se le estará pasando por la cabeza. Me acerco más, como si pudiera ver sus pensamientos flotando en algún lugar de su canal auditivo —no puedo—.

Desde esta proximidad, me empapo de su imagen. La incipiente barba oscura que sombrea sus mejillas y su cuello, y el suave vello que le cubre el pecho y asoma por el pico de la camiseta. El olor a limpio se suma a su dulce aroma a almendras. Me resulta embriagador, y lo aspiro, en contra de mi buen juicio.

—¿Los amigos se huelen? —pregunta.

Joder. Pillada.

Me aclaro la garganta y me alejo de él.

—No, pero se informan entre ellos cuando se dan cuenta de que algo va mal —respondo, quitando una mota inexistente de mi jersey.

Creo que le he tocado la fibra sensible, porque se echa hacia delante, se apoya en el mostrador y baja la cabeza.

Suspiro.

—Vaughn, ¿estás bien?

Se le escapa un «No» estrangulado. Como si le hiciera daño responderme.

Se me parte un poco el corazón ante esa voz rota y la postura derrotada. Puede que no me caiga muy bien, pero parece al borde de un ataque de

pánico. Desde que lo conozco solo me ha mostrado fuerza y confianza en sí mismo, y me sabe mal verlo así.

Se me hace un nudo en la garganta y no puedo evitar acercarme a él, que tiene la cabeza agachada. Me detengo cuando tengo la mano casi en su cara. No muestra ningún signo de angustia ante mi proximidad, así que acerco más la mano y acaricio un mechón rebelde entre el pulgar y el corazón, antes de peinarlo hacia atrás, deslizando las puntas de los dedos por su cuero cabelludo.

No se mueve y me animo a repetir el movimiento un par de veces. Cierra los párpados. Las sombras de la luz del porche juegan con su perfil y me relamo los labios. Esta actitud melancólica es peligrosa.

Aclárate, Billie.

Niega con la cabeza.

—¿Quieres hablar de ello?

Le apoyo la mano en la nuca.

—¿Necesitas un abrazo? —susurro.

El silencio en la casa es ensordecedor y me muevo torpemente sobre la encimera, arrepintiéndome ya de mi oferta. Me estoy flagelando mentalmente con tanta fuerza que casi me pierdo el ahogado «Sí» que emite.

Vaughn se levanta y, dando un paso a un lado, se coloca entre mis piernas. Cuando casi al instante me rodea la cintura con sus brazos de acero, no puedo contener el suspiro que se me escapa. Lo siento cálido y sólido al estrecharlo contra mí... Suave y vulnerable.

Le rodeo el cuello con los dos brazos y nos fundimos el uno en el otro. Nunca había abrazado a una persona que necesitara tanto ser abrazada. Debería resultarme extraño comportarme de ese modo con mi jefe, pero estar así con Vaughn Harding en medio de la cocina me parece lo más natural del mundo.

El aire se espesa entre nosotros cuando él hunde la cara en mi cuello. Su barba incipiente me eriza la piel. Ojalá pudiera meterme dentro de él y averiguar qué le pasa, pero también sé que nadie habla de sus pensamientos más oscuros hasta que está preparado. Dios sabe que yo también tengo bastantes secretos ocultos bajo la superficie.

A veces, una persona solo necesita silencio.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí abrazados, sin pensar en nada,

hasta que el pulgar de Vaughn dibuja suaves círculos en la parte baja de mi espalda, justo debajo del dobladillo de mi jersey. Piel con piel. Una corriente de excitación me trepa por la columna y se me aceleran los latidos del corazón. No quiero estropear el momento, pero tampoco puedo evitar que mi cuerpo reaccione a sus caricias. Es algo profundo e innegable, una reacción química. Como echar vinagre sobre bicarbonato.

Suspiro y me arqueo contra su pecho, sintiendo la dureza de su cuerpo rozar mis pezones erectos.

—Billie... —Su voz es cruda cuando susurra mi nombre contra mi oreja. Cuando retrocede para mirarme, sus ojos se han nublado, y parpadea más que de costumbre. Al parecer, nuestro abrazo no solo estaba causando estragos en mi voluntad.

Sé que no debería, pero levanto la mano y la paso por su pelo oscuro. El pecho de Vaughn retumba y deja caer su frente contra la mía. Ciño los muslos alrededor de sus caderas para acercarme más a él. Esto es demasiado íntimo, y lo sé. Él también lo sabe. Pero ninguno de los dos parece capaz de contenerse.

Cuando me pasa con suavidad la punta de los dedos por el cuello, se me pone la piel de gallina. Me acaricia la barbilla y ladeo la cabeza para disfrutar del calor de su mirada. Mi cuerpo sigue su ejemplo, como si fuera lo más natural del mundo.

Y cuando sus cálidos labios descienden sobre los míos, suspiro, como si ya hubiéramos hecho esto un millón de veces.

El beso es casto. Reverente.

Pero a mi cuerpo no le importa, reacciona como si fuera el beso más apasionado de la historia de la humanidad. Se me entrecorta la respiración, me da un vuelco el corazón, se me encogen los dedos de los pies y me humedezco.

Este podría ser el mejor beso de mi vida.

Me alejo con un grito ahogado.

¿En qué coño estoy pensando?

Vaughn retrocede al instante, levantando las manos como si yo fuera un animal asustado.

—Lo siento.

—No. Lo siento yo.

Pongo la punta de los dedos sobre los labios como si quisiera borrar la

huella de los suyos. No hace ni dos horas que nos estábamos gritando... ¿Qué nos pasa? Me bajo de la encimera; tengo que apartarme de su cuerpo, de él. Como si el espacio fuera a amortiguar de algún modo la intensa atracción que siento ahora hacia él.

—Agua. ¿Quieres agua? —le ofrezco mientras rodeo la isla para coger un vaso.

—Joder, Billie. Eso ha estado fuera de lugar. Estoy hecho un puto lío. Ese abrazo ha sido... —Se pasa las manos por el pelo. Hinchaba el pecho y deja escapar el aire, vibrando de tensión—. Necesitaba el abrazo. Gracias. Pero me he aprovechado. —Unos ojos oscuros y sinceros se clavan en los míos—. Lo siento mucho. No volverá a ocurrir.

Le devuelvo la mirada.

—No puede volver a ocurrir. Pero no te has aprovechado de mí. Podemos atribuirlo a una locura temporal.

Levanta la comisura de los labios, pero parece melancólico cuando me siento ante la mesa de la cocina.

—¿Por qué no te sientas? —Señalo el extremo opuesto de la mesa rectangular—. Ahí, para que no pase nada raro, mientras me cuentas qué te ocurre.

Suelta un quejido y niega con la cabeza. Por lo visto es demasiado macho para hablar de sus sentimientos.

Me llevo una mano al corazón.

—Vaughn Harding, te juro solemnemente que volveré a burlarme de ti de forma implacable a partir del lunes por la mañana. Nadie guarda un secreto mejor que yo. —Miro un momento al techo. *Si él supiera...*—. Confía en mí.

Sus ojos oscuros recorren la casa antes de posarse en mí. Evita el contacto visual como si fuera DD, asustado de establecer una conexión.

Se sienta frente a mí, con las manos apoyadas en la mesa.

—No sé por dónde empezar —dice.

En una situación así, menos es más, así que no digo nada. Sé que no podré resolver lo que le corroe, pero también sé que poder contárselo a alguien, a quien sea, es catártico; para mí, ese alguien son los caballos.

Sus dedos recorren las vetas de la madera de la mesa, girando alrededor de cada nudo, deslizándose por cada línea. Me resulta casi hipnótico.

—Al principio, estaba enfadado. —La voz de Vaughn es tan suave que

apenas la oigo—. Ahora... —Mira hacia otro lado, hacia la ventana oscura—. Ahora, me siento abrumadoramente triste e indefenso. Y no sé cómo superarlo. No sé cómo actuar.

Me suena familiar.

—Todo el mundo me dice cómo debo sentirme. Cuáles son las etapas adecuadas del duelo —se burla—, o lo que sea. Pero no encaja, ¿sabes?

Asiento: lo sé.

—Solo tenía diez años cuando murió mi padre. Por supuesto, estaba destrozado, pero no me afectó de la misma manera. No lo entendí igual. Mi hermano se marchó, mi madre desapareció y mi abuelo llenó ese vacío durante los mejores años de mi vida. Y ahora, estoy... —se le quiebra la voz y carraspea— profundamente triste. Sigo esperando poder demostrar su inocencia, limpiar su reputación, pero no creo que pueda.

Recorro con el dedo el exterior del vaso, observando la condensación que se forma a su paso.

—Quizá no sea inocente. —Vaughn levanta la cabeza para mirarme—. Quizá no lo sea y, ya sabes, no pasa nada. La gente no es buena o mala, blanca o negra, hay muchos matices de gris. Tal vez hizo algunas cosas malas, tomó malas decisiones, pero eso no lo convierte en una mala persona. No anula todas las cosas maravillosas que hizo por mí ni el importante papel que desempeñó en mi vida. Puede ser ambas cosas.

Resoplo. Es una conversación que he tenido muchas veces. Solo que con un caballo. Son los mejores oyentes del mundo. Decírselo a otro ser humano es nuevo, pero sigo adelante.

—Puedes sentirte decepcionado, y enfadado, y triste, o como coño quieras sentirte. Lo que quieras. No hay un orden correcto ni un único camino. Tienes derecho a todo. Porque, en resumidas cuentas, él no está aquí para explicarte nada, así que todo se reduce a cuánto puedes perdonar. A cuánto puedes aceptar. Y no hay ninguna otra persona en el mundo que pueda decirte cuál es ese umbral. —Lo miro—. Pero tienes que seguir buscándolo, por mucho que duela, porque si no te comerá vivo.

—Dios. —Vaughn deja caer la cabeza entre las manos—. Nunca pensé que recibiría un buen consejo de la loca de Billie Black —murmura—. ¿Cómo sabes todo esto?

—Porque sigo buscando ese umbral.

12

UN MES DESPUÉS

VAUGHN

Me sitúo en lo alto de las gradas y miro a través de los prismáticos que Hank me acaba de dejar. En la esquina más alejada, veo una pequeña bala negra doblando la esquina, con la cabeza y el cuello muy estirados y las patas moviéndose como un borrón por la pista de tierra. Billie, con su larga trenza color bronce ondeando al viento tras ella, se agacha sobre el cuello del animal, manteniéndose en una posición ligera y aerodinámica.

Bajo las manos y me vuelvo hacia Hank. Mi mirada de incredulidad se encuentra con la suya, que rezuma alegría. El hombre está radiante. De hecho, su sonrisa amenaza con partirle la cara en dos. Sacudo la cabeza, como si lo que estuviera viendo fuera una ilusión que pudiera disipar con el movimiento. Una vez más, alzo los prismáticos y miro a través de las lentes para contemplar a la pareja que corre en la pista. Se mueven como un solo ser. Como si lo que hicieran juntos fuera tan natural como respirar.

Así es como me había sentido al tener a Billie entre mis brazos.

Me quedo embelesado con sus caras cuando toman la recta final y se dirigen hacia nosotros. DD, al que ya he aceptado que nadie más que yo y el locutor de la pista llamaremos Double Diablo, se muestra relajado y decidido. Casi diría que parece que se está divirtiendo. Y Billie, mi amiga Billie, tiene una sonrisa de satisfacción en la cara. Parece salvaje, y libre... y hermosa. Como si perteneciera a ese lugar. No puedo contener la genuina sonrisa que se apodera de mí.

—Son asombrosos, ¿verdad? —pregunta Hank, mientras sigo observándolos.

—Sí que lo son. —Le devuelvo distraídamente los prismáticos y veo que Billie dirige a DD con los estribos, ralentizándolo. Él la obedece, en sintonía con cada movimiento de ella: la oscilación de sus hombros, el contoneo de sus caderas. Responde a las indicaciones de su cuerpo casi al

instante. No hay ninguna lucha.

Es impresionante. Algunos caballos tardan un buen rato en calmarse lo suficiente como para bajar la velocidad, y aún más en relajarse después de haberse excitado. Pero DD parece muy dispuesto a aceptar todas las peticiones de Billie.

Aparto los ojos del camino de tierra para volver a mirar a Hank, que de pie con sus característicos vaqueros y su polo, me mira con un brillo cómplice en los ojos. Como si supiera algo que yo no sé.

—¿Qué? ¿Quieres que admita que tenías razón al contratarla?

—No, hijo. —Crispa los labios.

—Vale. Entonces, ¿te produce placer saber que mi plan para deshacerme de ella puede salir mal?

Suelta una carcajada estruendosa y me da una palmada en el hombro al pasar, haciéndome retroceder sobre los talones a pesar de su edad. Gilipollas engreído.

No me gusta admitir que tenía razón, pero ha sido toda una demostración de fuerza por parte de Billie. No puedo negar que estoy bastante emocionado. Y aliviado. El Gold Rush Ranch necesita desesperadamente algo que nos ponga de nuevo en el mapa. No quiero hacerme ilusiones, pero Dios, espero que Double Diablo sea ese algo.

Ni siquiera creo que me entristezca que Billie se quede. Me cae bien. Lo suficiente como para seguir apareciendo en su porche como un cachorro desvalido todos los sábados, a pesar de que en realidad nunca me ha invitado. Siempre se muestra un poco sorprendida cuando llamo a su puerta, pero nunca me ha echado.

Me gusta su compañía. Me gusta su estrafalario sentido del humor. Me gusta el contoneo de sus caderas mientras tararea y me prepara la cena. Me gusta la persona en la que me convierto a su lado, un hombre al que no le preocupa el barullo de los medios de comunicación y la gente del club de campo. También me gustó el sabor de sus labios, el pequeño suspiro que emitió cuando la besé, pero he sido capaz de contenerme y no volver a cruzar esa línea. Porque esa es la línea que ninguno de los dos debe borrar. El rancho no puede soportar más dramas, y Billie no se merece que yo piense con la polla.

Suena a tópico, pero esconderme en Ruby Creek ha resultado casi curativo para mí. Dejar atrás las oficinas, la ciudad, la presión es refrescante

de una manera que no había previsto. Ahora entiendo por qué mi abuelo adoraba este lugar. Seguir sus pasos por el rancho me reconforta. Creo que incluso estoy a punto de perdonarlo.

Debo encontrar ese umbral.

Buscar nuevas rutinas.

Por ejemplo, llegar a mi despacho temprano cada mañana solo para ver a Billie montar a DD a pelo por la colina. Luego le llevo una taza de café. Ahora incluso le pongo leche. Aunque, a veces, trato de no ponerle la suficiente con la única intención de comprobar si ella pierde la cabeza y dice algo. Hasta el momento, lo único que he conseguido es que me mire de reojo e intente no sonreír. Nos tomamos el café en el prado y tenemos una pequeña reunión matinal sobre el rancho y trazamos planes para la próxima temporada. Hank se nos une a menudo, y nos lanza miradas especulativas, como si le resultara desconcertante que Billie y yo nos llevemos bien.

Sin embargo, no todo es perfecto. Aún sigo nervioso por el futuro del rancho. Por la certeza de que tengo que volver a pisar Bell Point Park siendo capaz de mantener la cabeza alta a pesar de la vergüenza que siento ante el escándalo. También me pone nervioso demostrarle al imbécil de mi hermano que está equivocado. Él me quiere de vuelta en Vancouver trabajando en Gold Rush Resources, no perdiendo el tiempo «jugando al granjero Joe». Pensar en todo esto es recibir un jarro de agua fría sobre mi buen humor.

Me paso la mano por la cara, tratando de olvidar mis preocupaciones, y vuelvo a mirar a la pista para ver que Billie ha desmontado y DD la sigue hacia la puerta como un cachorro perdido. Me da la risa floja. Ese caballo está loco por ella. Doy largas zancadas entre los bancos de las gradas y voy hacia la puerta para darle a Billie una metafórica palmada en la espalda. Si sus constantes mimos a ese semental negro pueden salvar el futuro del rancho, Billie podría convertirse en mi mejor baza.

Doblo la esquina y me la encuentro abrazada a una mujer rubia y menuda, las dos saltando y chillando mientras se abrazan. Billie es una *drama queen*. Cualquiera diría que acaban de ganar el derby. Cuando me aclaro la garganta, la rubia levanta la cabeza, sobresaltada. Intenta zafarse del abrazo, pero Billie tiene su pequeño cuerpo enredado en sus gráciles brazos.

—Shhh. Ignóralo. Lo estropeará todo —susurra.

Pongo las manos en las caderas y miro al cielo en una plegaria silenciosa

para pedir paciencia.

—Billie, os estaba observando desde fuera. He venido a reforzar tu ego con unas palabras amables antes de volver al trabajo. Deja de hacerme perder el tiempo.

Se ríe en el hombro de la pequeña mujer como si estuviera borracha.

—Hola, señor Harding —dice la rubia con voz temblorosa mientras tiende la mano esquivando a Billie para estrechar la mía.

—Encantado de verte, Violet. Por favor, llámame Vaughn. —Le doy la mano y luego agarro a Billie por la trenza y le tiro suavemente de la cabeza hacia atrás, obligándola a mirarme.

Puede que ella sea alta, pero yo lo soy más.

Unos indomables ojos ámbar retan a los míos desde debajo del borde del casco negro, y Violet por fin puede apartarse. Encuentra algo interesante que estudiar en el suelo mientras Billie y yo nos miramos con intensidad en un cara a cara. La emoción me recorre el cuerpo. Me gusta discutir con ella y hace tiempo que no lo hacemos. Su respiración es un poco agitada, pero supongo que es el resultado de galopar con un animal de quinientos cincuenta kilos bajo el cálido sol primaveral. Mi mirada recorre sus mejillas sonrosadas y sus delicadas clavículas salpicadas de pecas antes de posarse en su perfecta boca en forma de arco. Me fijo en su lengua, que saca para humedecerse el labio inferior. Y en cuestión de segundos, Billie, *mi amiga* Billie, me ha hecho pasar de la exasperación a la excitación.

Dios. Soy patético.

—Enhorabuena. Double Diablo ha ofrecido un espectáculo impresionante. —Mis palabras surgen rígidas y rebuscadas.

Me mira con una sonrisa cómplice y me guiña un ojo de forma descarada.

—Gracias, jefe.

—Voy a irme a limpiar algo por ahí —dice Violet antes de salir corriendo.

—Esa es mi pequeña y recatada Violet —dice Billie con tono cariñoso.

—Eres incorregible. —Niego con la cabeza en señal de desaprobación.

—Vale, ya puedes dejar el vocabulario de colegio privado. No queda nadie a quien debas impresionar. Tu nombre por sí solo ya certifica con suficiente claridad lo rico que eres.

—¿Perdón?

—Vaughn Harding —anuncia, pronunciándolo con acento inglés, y gira una mano en el aire trazando la forma de un arco.

Intento contener la sonrisa indeseada que amenaza con apoderarse de mi rostro. No lo consigo.

—Lo que tú digas, Mowgli —replico—. Tenemos que hablar de los posibles *jockeys* para Double Diablo. La suspensión se levanta en junio.

—Deja de llamarlo así. Es un chico dulce y sensible, y ese nombre es estúpido.

La ignoro.

—Le he echado el ojo a un tipo con un currículum impresionante. Está preparado para cuando creas que ha llegado el momento.

Se da la vuelta para quitar la silla de montar del lomo de DD.

—Le echaré un vistazo. Vamos a necesitar a alguien especial, Vaughn. Va a hacer falta algo más que un jinete ganador para que este caballo corra en una carrera de verdad. —Coloca la silla sobre la valla antes de seguir hablando—. Y no creo que deba quedarse en el hipódromo. Hay demasiados estímulos, y no bromeaba sobre lo sensible que es. Necesita paz y tranquilidad. Lo llevaré en el remolque el día de la carrera y lo traeré a casa después.

—Billie, es un caballo de carreras. No un cachorro. Lo sabes, ¿verdad?

Me lanza una mirada fulminante.

—¿Vas a encargarte de su entrenamiento?

Miro al caballo. Parece bastante dócil estos días, más tranquilo que la mayoría de los sementales que he conocido, pero ella tiene razón. Doy un paso adelante y me rindo.

—Vale, vale...

Tensa los hombros y luego los deja caer con un gran suspiro de alivio antes de cambiar completamente de tema.

—Tengo planeada una cena de muerte para mañana por la noche; en la frutería tenían unos espárragos con el aspecto más increíble del mundo, así que voy a hacer...

Levanto una mano para interrumpirla.

—En realidad, mañana me han pedido que asista a un evento benéfico.

Detiene la mano en el lomo de DD y arquea las cejas.

—No pasa nada —dice.

Hunde los hombros cada vez más, desdibujando su postura orgullosa, y esboza una extraña sonrisa. Es como ver un globo desinflarse ante mis ojos.

Y has sido tú quien le ha clavado el alfiler, gilipollas.

Me acerco un paso más, queriendo consolarla sin sobrepasar nuestros tenues límites.

—Billie, lo siento. Debería haberlo mencionado antes.

Baja la mirada y se da la vuelta bruscamente, con las riendas del caballo en la mano, para marcharse.

—¡Pásalo bien! —grita por encima del hombro mientras se aleja a toda prisa hacia los establos.

Me quedo aquí de pie, viéndola marcharse, sumido en una confusión total. No creía que nuestras cenas de los sábados por la noche fueran tan formales como para tener que avisarla de que no iba a pasar por allí. No estoy acostumbrado a tener en cuenta a mis amigos a la hora de organizar la agenda. Me da un vuelco el corazón, como si me precipitara hacia el suelo desde una montaña rusa.

Es un viaje del que quiero bajarme. No me siento bien. No puedo recordar la última vez que me sentí mal por defraudar a alguien, y mucho menos que casi me haga sentir enfermo por ello. Pero sí que me siento mal.

13

BILLIE

Es hora de partir. Cierro de golpe la puerta del camión enganchado al remolque negro con el logotipo del Gold Rush grabado en el lateral. Dentro del remolque está el caballo de ébano en el que he depositado el futuro de mi carrera.

Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Pero también sé que DD está listo y preparado para el reto. Hemos pasado los últimos meses entrenando para su primera carrera. Ha estado en la pista de prácticas, en el campo y en el bosque, e incluso he dejado que Violet le diera unas cuantas vueltas para ver cómo se manejaba con un *jockey* diferente. Los últimos fines de semana lo he llevado en remolque a las carreras para insensibilizarlo a los ruidos del ajetreo del día D. Está en forma y mentalmente preparado.

Aunque yo no tanto.

Sé que no debería pensar en ello, pero la carrera de hoy es clasificatoria para el prestigioso Derby de Denman. Es ganar o marcharnos a casa con el rabo entre las piernas. No le he contado a nadie mi plan; eso lo convertiría en algo demasiado real, demasiado expuesto a la decepción. Pero creo que podemos conseguirlo. Si empezamos bien, solo tendrá que ganar un par de carreras para clasificarse. No quiero que se agote: no es el tipo de caballo que sale a correr en los circuitos de apuestas cada fin de semana. Tiene que hacer lo justo y luego relajarse hasta el gran día.

Lo tengo todo planeado en secreto.

He pagado un suplemento para inscribirlo más tarde, lo que significa que nuestros competidores no nos verán llegar. Solo será el caballo negro, y tengo todo planificado al detalle. La única variable desconocida es el jinete. El hermano de Vaughn, Cole, al parecer, ha hecho valer que es el propietario de la mitad del animal, y vamos a tener que utilizar los servicios de un tipo que conoce o algo por el estilo. Me enfurece que nos esté usando al caballo y a mí para fortalecer los contactos de la familia Harding. Esta mentalidad de «Favor por favor» me cabrea. Es la clase de mierda que dejé

atrás por una buena razón. Pero sé que hay momentos en los que solo queda sonreír y asentir. Y, bueno, este debe de ser uno de ellos.

Vaughn y yo nos hemos distanciado desde que me dejó colgada para cenar aquel sábado por la noche. No tengo derecho a estar enfadada con él, pero reconozco que me sentí muy decepcionada. Y que una punzada de celos me atravesó el pecho al pensar que ha salido con otra mujer en la que se suponía que era nuestra noche. Parece que él tampoco sabe cómo comportarse. Así que ahora nos sentimos incómodos cuando estamos juntos. El sarcasmo ha sido el alma de nuestra amistad desde el primer día, pero ninguno de los dos parece tener ya corazón para ello. La verdad es que Vaughn me cae mejor de lo que debería. Puede que sea un poco engreído y melancólico, vale; a veces roza lo pomposo. Pero sé que es una buena persona, que intenta hacerlo lo mejor posible. Tal vez no lo percibí así al principio, pero ha trabajado mucho pese a tener que enfrentarse a una inmensa presión y a su dolor.

Dejando de lado nuestro primer malentendido y alguna que otra discusión, nunca me ha tratado (ni a mí ni a nadie) de otra forma que no fuera caballerosa. Así que es un asco que nuestra amistad parezca haberse esfumado. Después de que cancelara las cenas un par de sábados seguidos, entendí la indirecta. Desde ese momento nos hemos mostrado muy cordiales y profesionales, aunque un poco fríos.

Conduzco por la autopista principal llevando a DD en el remolque. Está lloviendo, y no es el clima ideal para su primera carrera. Tengo el estómago revuelto; la sensación se me acumula en las tripas y me sube por la garganta. Esta mañana ni siquiera he podido desayunar, así que sospecho que hoy sobreviviré a base de café. Quién sabe, a lo mejor hasta empiezo a fumar, parece algo relajante que hacer con las manos cuando estoy nerviosa. Además, parecería mucho más interesante dando caladas a un cigarrillo que retorciéndome las manos.

El trayecto pasa volando y me concentro en controlar la respiración y en dejar que el constante vaivén de los limpiaparabrisas me adormezca hasta cierto punto. Es casi como meditar. Y cuando entro en el aparcamiento del hipódromo estoy algo más relajada.

En privado puedo estar acojonada, pero ha llegado el momento de poner mi mejor cara de póquer. DD no puede darse cuenta de mi ansiedad, ni tampoco el personal que me rodea. Quiero decir que, en realidad, no hay

presión, que esta carrera es solo para practicar, pero parece mucho más. Es el primer fin de semana en la pista. Mi debut. El debut de DD.

No es para tanto...

Me bajo del camión delante de nuestros establos, aquí, en Bell Point Park y veo que Violet ya me está esperando. También parece estresada. Tiene los ojos azules muy abiertos, los labios fruncidos. Lleva el moño tan apretado que me pregunto si no le dolerá la cabeza.

La saludo con la mano.

—¡Eh, Vi! —digo—. ¿Lista para enseñarles a estos aficionados cómo se hace?

Eso le arranca una sonrisa.

—Sí.

Me agarran por el hombro y me giro para ver a Hank sonriéndome. Mi gran consuelo.

—No van a ver venir a esta pequeña bala negra. Es como un arma secreta que vosotras dos, señoritas, ocultáis. Estoy deseando ver la carrera y oír los comentarios.

Los tres sonreímos como locos. El estrés hace que la gente actúe de forma rara, y yo no soy inmune a sus efectos. Lo único que interrumpe este corrillo de ansiedad es el fuerte pisotón y resoplido de DD llamándome a mí, su esclava, para que lo saque del remolque y le dé algo de comer. Lo descargamos sin incidentes, nos aseguramos de que esté bien provisto de comida y agua, y luego me voy a conocer al *jockey*, dejando a DD con Violet para que se asegure de que muestra su mejor cara en su gran debut.

En mi paseo por los establos, me empapo del ajetreo de un día de carreras. Los sonidos de los caballos al resoplar, el tintineo de sus herraduras de aluminio contra el hormigón, el silbido del grano al echarlo en los pesebres. Es casi una sobrecarga sensorial entre bastidores en los establos, pero para mí es reconfortante estar de vuelta en el hipódromo.

Vivo para esto.

En pocos minutos llego al edificio administrativo, con sus oficinas en la planta baja y palcos y las salas de reuniones en las plantas superiores. Faltan unas dos horas para la carrera y tengo que reunirme con Vaughn y el nuevo *jockey* en la sala de propietarios. Tengo que presentarme, debemos hablar de estrategia y prepararlo todo. Me habría gustado intercambiar impresiones antes con ese tipo, que hubiera dado unos paseos de

entrenamiento y explicarle cómo de especial es DD. Pero al parecer es un hombre muy ocupado. Se sube a un caballo justo antes de la carrera y se baja al final para volver a codearse con los de los trajes.

Al subir las escaleras, oigo el murmullo apagado de una conversación y el tintineo del hielo contra el cristal. Abro la puerta y entro en la gran sala. El resto del mundo está apiñado en bancos de metal bebiendo Budweiser de lata, pero aquí arriba todo es puro lujo. Los ventanales del suelo al techo permiten ver la pista sin que se interponga ningún obstáculo. Hay sofás y sillones de cuero marrón repartidos por la sala para mirar a través de ellos.

Miro a mi alrededor y siento la presencia de Vaughn antes de verlo. Como si notara un tirón en el plexo solar. Como el último mes hemos estado pisando huevos cuando coincidíamos, me siento más receptiva a su presencia. Cuando por fin me vuelvo hacia él, su rostro está orientado hacia mí y no hacia su conversación, y me mira con intensidad, con sus profundos ojos color chocolate clavados en mí.

Me embebo de su imagen, como si fuera limonada helada en un día caluroso. Solo que fuera hace fresco y llueve a cántaros.

Menudo espécimen. Encaja a la perfección en este lugar. Si pareciera más feliz, diría que es su hábitat perfecto. Pero se muestra tan distante como cuando nos conocimos y no se parece en nada al hombre que se ha tomado unas cuantas cervezas en la encimera de mi cocina mientras cocinaba para él. El traje azul oscuro perfectamente entallado y la típica camisa blanca contrastan a la perfección con su pelo oscuro. Lo lleva cuidadosamente engominado, y me dan muchas ganas de pasarle los dedos por encima y soltarle algunos mechones para hacer que, literalmente, se desmelene un poco.

Bajo el escrutinio de su mirada, un escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo. No puedo evitarlo y tampoco quiero; ni siquiera lo intento. Lo estoy contemplando sin disimulo y él me responde frunciendo el ceño. Y yo lo interpreto de forma positiva porque me sigue excitando ponerlo nervioso. Verle perder la calma es como una droga para mí, y conozco esa mirada. Dice «*Compórtate*», y su intención es intimidarme.

Pero esa clase de cosas lo único que hacen es encenderme.

Le dedico mi mejor sonrisa de reina de la belleza y un guiño discreto, y me gano el gesto nervioso y casi imperceptible que hace con la cabeza. *Ja. Yo gano.*

Él debe de creer que ha sido sutil, pero yo me he pasado la última década de mi vida estudiando el lenguaje corporal y utilizándolo a mi favor con los caballos. La gente no es diferente. La misma mierda, distinta especie.

Me aproximo a grandes zancadas al grupo de tres hombres justo a tiempo para oír a Vaughn presentarme.

—Caballeros, me gustaría que conocieran a la entrenadora jefa del Gold Rush Ranch —dice, señalándome amistosamente—. Billie Black.

Me adelanto para aceptar la mano de un hombrecillo de mediana edad, con ojos llorosos y pelo color arena, que supongo que es nuestro jinete.

—Billie, este es Patrick Cassel, el nuevo *jockey* de Double Diablo.

—Encantada de conocerte, Patrick —respondo, cordial, mirando mal a Vaughn de la forma más sutil posible por seguir llamando a mi caballo Double Diablo. *Menudo capullo*.

Nos estrechamos las manos; su apretón es de lo más flojo, y me dedica una sonrisa inexpresiva.

—Qué suerte la mía. La princesa perdida de Canadá.

Me inunda el pánico y me obligo a no hacer ni un gesto que pueda delatarme. Siempre he sabido que llegaría este día. Alguien tenía que reconocerme. Después de todo, me he estado escondiendo a ojos vista. Mi plan ha sido actuar como si nada hubiera pasado, y no me desviaré de ese plan ahora. Por el rabillo del ojo, veo que Vaughn arquea una ceja, pero yo me limito a mirar a Patrick con una sonrisa desganada.

Me giro hacia el otro hombre del grupo para cambiar de conversación. No lo conozco, pero se parece muchísimo a Vaughn. No es tan alto ni tan refinado, resulta más tosco, más musculoso. Sus ojos son grises y astutos en lugar de los cálidos iris marrones de Vaughn, pero tiene el mismo pelo negro como ala de cuervo y los mismos rasgos faciales. Si Vaughn es un jugador de fútbol, este tipo es un jugador de rugby. Pero el parecido es inconfundible.

Vaughn posa la mano en la parte baja de mi espalda y me señala a quien estoy segura de que es su hermano mayor.

—Y este —gruñe— es Cole Harding. Mi hermano y copropietario del Gold Rush Ranch.

Sus gélida mirada gris se clava en mí y las diferencias entre los dos hermanos se multiplican por momentos. Este tío es frío de narices. Vaughn parece distante y engreído, pero Cole es glacial, sin más. Si yo fuera una

débil mujercita, me intimidaría.

Su apretón de manos no podría ser más diferente del de Patrick. Sus largos dedos me envuelven la mano como una tenaza. Me habría hecho perder el equilibrio si estuviera menos en forma.

—Encantado de conocerte —dice en un tono socarrón y prepotente que odio al instante. Ajá. Otro capullo rico y condescendiente por naturaleza.

Compongo mi sonrisa más inocente, yergo los hombros y le devuelvo el puñetero apretón de manos.

—Oh, el placer es todo mío. He oído hablar mucho de ti.

Entrecierra los ojos al oír eso, y Vaughn desliza la mano alrededor de mi cintura para darme un apretón en la cadera. Una petición silenciosa de que por favor no le dé una lección al gilipollas de su hermano, lo que me parece bien, pero no voy a ser la primera en rendirme. Cole y yo nos miramos fijamente, estrechándonos las manos hasta hacernos polvo. Yo me gano la vida manejando caballos, y este tío se hace la manicura una vez a la semana y sostiene bolígrafos bañados en oro. No voy a perder esta pelea. Así que aguanto y sigo mirándolo con una sonrisa falsa en la cara.

Esa sonrisa falsa desaparece cuando Vaughn toma la palabra.

—Por Dios, Cole, no le rompas la mano a la entrenadora —refunfuña.

El bruto de su hermano me suelta y yo miro hacia Vaughn. ¿Acaba de salir en mi defensa?

Me vuelvo hacia los hombres con una brillante sonrisa y agitando los dedos como si fueran los de un pianista de jazz; aunque me duelen de narices.

—Bah, nada que no pueda soportar.

El rey de hielo sigue mirándome. Vaya fiesta, es un tío divertidísimo —sí, es sarcasmo—.

Vaughn se aclara la garganta, con los ojos brillantes y los labios fruncidos. Estoy casi segura de que está intentando no reírse. Acabo de anotarme un tanto. Eso tiene que ser un buen presagio.

—Vale, Billie —interviene Vaughn de nuevo—. Cole y yo te dejaremos con Patrick. Si me necesitas, andaré por aquí. Puedes unirme a nosotros para ver la carrera.

—No, creo que estaré mejor en la pista —respondo, y Vaughn sigue mi mirada—. Quiero estar allí para que DD me vea al final.

Me dedica una sonrisa muy dulce. Leve, pero genuina. Y me encanta. Es

como un bálsamo para mis nervios. Un bálsamo que voy a necesitar para hablar con Patrick, después de ese comentario. ¿Sabe siquiera lo afortunado que es por montar un caballo como DD? ¿Nadie se lo ha dicho? Debería estar besándole los pies a alguien en agradecimiento. En lugar de eso, está aquí plantando, sonriéndome, intentando dirigir la conversación hacia temas en los que no quiero entrar.

Imbécil.

—Muy bien, Patrick —empiezo, quizá con demasiada alegría—, parece que tienes un historial extraordinario. Estoy deseando ver lo que puedes hacer con DD. Es un caballo muy especial.

Los hermanos se dan la vuelta para marcharse, y Vaughn me da un ligero apretón en el codo cuando pasa detrás de mí; lo que interpreto que es que pretende decirme que me comporte. ¿Tan poca fe tiene en que pueda actuar de forma profesional? Menudo voto de confianza.

—Las madres siempre piensan que sus hijos son especiales. Llevo en este negocio el tiempo suficiente como para saber que un caballo es solo un caballo hasta que demuestra su valía —comenta—. Lo mismo puede decirse de un entrenador.

—Bueno, considérame entonces una gallina clueca, Patty —digo, con mi sonrisa más dulce, porque los hombres así no son un fenómeno nuevo para mí en este negocio—. Porque te aseguro que nunca has montado un caballo como este.

Levanta la nariz como si hubiera olido algo desagradable.

—Me llamo Patrick, y lo dudo mucho. He montado los mejores caballos del noroeste del Pacífico. Estoy haciendo esto como favor a Cole, ya sabes. Nuestras familias son amigas desde hace años.

Cierro los puños, las uñas amenazan con clavármese en la piel.

—Enhorabuena. He trabajado con algunos de los mejores caballos del mundo. Puede que seas un pez gordo en un estanque pequeño, pero estoy casi segura de que no he visto en tu historial ninguna victoria en derbis de renombre. —Entrecierra los ojos. Mi capacidad para meter el dedo en la llaga es excepcional—. Pero con este caballo podrías conseguirlo. Con nosotros. Así que vas a dejar esa actitud y a escucharme bien. No necesito que creas que es especial, pero sí que ejecutes mi plan al pie de la letra.

Levanta la mano, con la palma hacia arriba, y dobla los dedos para mirarse las uñas como si fueran interesantísimas.

—Te escucho —murmura, evitando el contacto visual.

Siento un gran alivio. DD depende de mí, y necesito a este capullo de nuestra parte, me guste o no.

—Genial. Es un caballo nervioso. Así que no uses la fusta.

—¿Sin fusta? —se burla—. Es solo una herramienta. Eres consciente de que no le hace daño, ¿verdad?

—Sin fusta. No la necesita y le asusta.

Frunce el ceño como si yo fuera idiota.

—Acéptalo —insisto, manteniendo el contacto visual con él—. No le gustan las puertas. Se va a poner tenso en la salida, y quiero usar eso a nuestro favor. Cuando empiece la carrera, mantenlo detrás de la manada para que pueda ver a los otros caballos y piense que huyen de él, ¿de acuerdo?

Un asentimiento lacónico.

—Bien. En la primera recta...

14

VAUGHN

Las puertas se abren de golpe y los caballos salen volando. Distingo a Double Diablo de inmediato. El brillante uniforme amarillo y negro de seda del rancho hace que sea fácil verlo. Bajo el resplandor ámbar de las luces, la lluvia parece inmóvil en el aire, como si fuera el momento de detenerse y mirar. Todo está lleno de barro, pero aun así, DD se ve espectacular, con esas líneas esbeltas y musculosas y su pelaje reluciente..., incluso desde la distancia puedo decir que parece muy por encima del resto de los caballos. Es único en su especie.

Lidera el pelotón desde la salida, donde se adelanta al resto para colocarse en la primera línea. Se mantiene en la parte interior de la pista, junto a la barandilla, donde hay menos distancia que recorrer: la posición más codiciada por cualquier corredor de primera línea, algo que no creía que fuera el caso en este caballo.

Llegan a la primera recta, y Patrick está haciendo que vuele. Los otros caballos están mordiéndolo el polvo. Casi no puedo creer lo que veo. Pensar que hace tres meses nadie podía acercarse a él y que ahora va en cabeza en su primera carrera es... desconcertante.

Niego con incredulidad y oigo que Cole murmura algo a mi lado, como si él tampoco pudiera creérselo. Cuando ha llegado, me ha dicho que estaba deseando ver cómo «ese caballo loco» hacía «aterrizar a Patrick sobre su culo engreído». No parece que ese sueño vaya a hacerse realidad.

Los inusuales entrenamientos de Billie, haciéndolo trotar arriba y abajo por los campos y sobre las colinas y su forma de tratarlo como si fuera un perro faldero han funcionado. El caballo es espectacular y ha florecido bajo su mano. Un enorme orgullo nace en mi pecho, trepa hasta mis hombros y se desliza hasta mis codos y mis dedos, de una manera completamente desconocida. Me entran ganas de abrazarla, de felicitarla. De decirle lo equivocado que estaba.

Le encomendé a Billie lo que creía que era una tarea imposible,

convencido de que la estaba abocando al fracaso, y ella me ha hecho un corte de mangas espectacular. Pero no estoy enfadado. Es una mujer impresionante. Inteligente, dura, sí, pero amable y hermosa.

Y tal vez eso sea lo más molesto: que ya no me molesta en absoluto.

Al ver cómo el grupo de caballos entra en la última curva, los nervios me atenazan la garganta. Double Diablo está retrocediendo. Un puesto. Dos. Ha perdido la posición en el interior de la pista. Me meto las manos en los bolsillos y hago tintinear las llaves, intentando que mi lenguaje corporal no demuestre inquietud. En la recta final veo que el animal se retrasa, como si perdiera fuelle.

Patrick se echa hacia atrás y le da a Double Diablo tres fuertes golpes con la fusta. Algo que nunca he visto hacer a Billie ni a Violet en todas las veces que me he colado por la parte trasera del picadero para verlas entrenar.

Funciona. Da la impresión de que el resto de los caballos se mueven a cámara lenta cuando Double Diablo pasa volando como una furia vengadora. Baja la cabeza y se estira todo lo que puede, y los adelanta con una potencia increíble para cruzar la línea de meta sacándole medio cuerpo de ventaja al competidor más cercano.

No puedo reprimir una sonrisa. Miro con asombro al pequeño caballo negro. Ya ha aminorado la marcha, tiene los ijares agitados y el cuerpo salpicado de barro. Qué noche. Menudo espectáculo. Ha estado reñido, pero una victoria es una victoria.

Giro la cabeza lentamente para mirar a mi hermano. Está contemplando la pista, cruzado de brazos, sin una pizca de emoción en la cara. Típico. Hago algo bien y él ni siquiera se atreve a sonreírme. Le doy un puñetazo juguetón en el hombro para molestarlo como solo un hermano pequeño puede hacerlo. Él frunce el ceño.

—Lo hemos logrado. —Sonrío y le doy un codazo.

Niega con la cabeza.

—Habría preferido ver cómo tiraban a Patrick al barro.

Cojo un vaso de whisky y me giro para apoyarme en la barra, recorriendo con la mirada el espacio que tengo delante. Cole se muestra taciturno mientras habla con algunos conocidos. No le gustan las carreras. Nunca le han gustado. Y en los últimos tiempos no puedo culparlo: han sido aburridas. Pero nuestro caballo negro ha ganado su primera carrera, así que

estoy en el séptimo cielo.

Un largo trago del líquido ámbar me quema la garganta. Estoy muy satisfecho ahora mismo. Debo confesar que esta carrera me ponía nervioso; tenía miedo escénico, y este whisky es a la vez una celebración y un alivio. Quiero que venga Billie para brindar con ella.

Percibo un movimiento en la puerta y veo que Patrick hace su aparición como si fuera el rey del mundo o algo así. Algunos propietarios que lo conocen le aplauden un poco, y él hace una reverencia que me parece detestable. Como si hubiera sido él quien ha convertido a este caballo en un héroe. La escena apaga un poco mi alegría. Sé que ha montado el caballo, pero yo he visto a Billie esforzándose con Double Diablo todos los malditos días, durante meses.

Y ahora llega este inútil y se pone a hacer reverencias como si fuera de la realeza. De hecho, ya se ha cambiado el maillot embarrado y lleva su estúpida ropa de montar. Capullo asqueroso. Es Billie quien se merece un aplauso.

La idea de ponerme a aplaudir cuando entre me hace sonreír. Va a aborrecer el gesto, y esa es la mejor razón para hacerlo.

Me vuelvo hacia la barra, harto de ver cómo Patrick alardea, y sigo sonriendo para mis adentros ante la idea de aplaudir a Billie. Cuanto más lo pienso, mejor me parece. Le gusta que me meta con ella, disfruta con el desafío. Sé que en el fondo lo disfruta.

Me quedo pensativo junto la barra hasta que la sala se queda en silencio. Me vuelvo hacia la puerta y veo a Billie, llena de barro y echando fuego por los ojos. Su trenza color bronce, mojada por las gotas de lluvia, parece más oscura de lo habitual. Tiene la frente cubierta de mechones de pelo sueltos y sus ojos brillan como carbones encendidos. Va vestida de negro y da miedo.

Me quedo allí, con las manos extendidas como si fuera a aplaudir, pero su furia me detiene en seco. Se concentra en Patrick y va hacia él, atravesando la estancia como una pantera al acecho. Silenciosa y letal. El *jockey* está de espaldas a ella y gesticula como si estuviera contando la historia más emocionante del mundo. No tiene ni idea de la que se le viene encima.

Y unos instantes después me doy cuenta de que yo tampoco lo sé, porque Billie se acerca en silencio hasta plantarse detrás del hombrecillo; es obvio que mi mente va un poco lenta, porque me quedo pasmado cuando ella levanta el brazo como si fuera el bateador en un partido de béisbol, con una

fusta de carreras en la mano, y le da un fuerte azote justo en el medio de su enjuto trasero.

Escupo el whisky. Todo el trago. Y miro boquiabierto la escena que tengo delante. Ella se ha acercado para darle una paliza a Patrick. Ese latigazo le va a dejar una buena marca. Él suelta un grito de sorpresa y se gira en su dirección. Tiene que levantar la vista para mirarla a los ojos, lo que le da a toda la escena un aire divertido, como si fuera un niño pequeño que acabara de recibir una azotaina en público.

No puedo asimilar la sorpresa y la incredulidad que me recorren el cuerpo. Me limpio la boca con la manga de la chaqueta, sin preocuparme de nada más. Me siento más cautivado por lo que tengo delante.

—¿Después de gritar de esa manera —dice Billie, señalando con el látigo arriba y abajo el cuerpo de Patrick de forma condescendiente— vas a decirme que no duele?

Su tono es calmado e inquietantemente monocorde. Estoy impresionado: ahora mismo resulta aterradora. Pensaba que había visto a Billie enfadada, pero me da que todo lo que he visto antes era un juego de niños.

Patrick tiene la cara roja. Roja como una cereza oscura. No una cereza marrasquino, con ese tinte vivo y brillante, sino como una cereza negra. Echa humo.

—¿Cómo... cómo te atreves?! —balbucea él.

Billie le apunta con el látigo al cuello y se agacha hasta quedar a la altura de sus ojos.

—¿Cómo te atreves tú, hijo de perra!

Patrick se lleva la mano al pecho en actitud escandalizada. Todos los ojos de la sala están puestos en Patrick y en Billie. Se podría oír caer un alfiler.

—Trabajas para mí. Te he dado instrucciones explícitas. He hecho caso omiso de tus comentarios machistas de enano acomplejado por el bien de nuestra relación laboral. ¿Y qué has hecho tú?

—No voy a permitir que me hables así, Wilhelmina. Aunque no debería sorprenderme que la hija de Victor Farrington sea la misma mierda que él.

Billie se echa hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

Espera, espera. ¿Qué? ¿Victor Farrington? ¿*El ex primer ministro Farrington*? Patrick resopla, hincha su pequeño pecho y se sacude una inexistente mota de polvo del hombro. Se da la vuelta para irse, pero ella lo detiene con el látigo.

—Aún no he terminado, pequeño Patty. Voy a ser muy clara, así que mírame a los ojos antes de que huyas corriendo a esconderte. —Se agacha aún más, acercando la cara a escasos centímetros de la de él, con el látigo aún apoyado en su hombro—. Nunca volverás a montar otro de mis caballos. Nunca volverás a acercarte a Double Diablo. Lo único que vas a ver de él es su culo negro y brillante cuando cruce la línea de meta. —Baja el látigo y se endereza—. ¿Y en cuanto a mí? Mi familia no tiene nada que ver con mi vida profesional. Y no soy una gallina clueca, sino una puta leona. Me has provocado, así que, cuando me veas cerca, quiero que te des la vuelta y corras hacia otro lado como el cobarde que eres.

Oigo un suspiro tras de mí.

—Creo que me he enamorado. —Me giro y veo a la camarera contemplando la escena que tiene delante con absoluto asombro. Me mira y señala por encima de mi hombro—. Esa mujer es una fiera —afirma.

No se equivoca.

—Y tú... —Billie empieza de nuevo.

Oh, Dios. ¿Quién es el siguiente? Me doy la vuelta y la veo apuntando con el látigo a mi hermano, que está rígido como una estatua. Soldado hasta la médula. Sus ojos grises se muestran fríos y glaciales, mientras que los de ella son ardiente lava fundida. Esto no va a acabar bien para ninguno de los dos.

—Como alguna vez más me uses a mí o a mis caballos para amasar más dinero en tu cuenta multimillonaria, yo misma te enterraré en ella. ¿Te ha quedado claro?

Cole parece un asesino. Me muevo hacia Billie para interceptar la inminente explosión.

—Señorita Black, ese no es su caballo —le recuerda—. Es mi caballo. Es un activo.

Ella niega con la cabeza.

—Antes de que yo llegara —se señala a sí misma con el índice—, era un adorno caro, no un aspirante al Derby de Denman. Es un ser vivo y sensible, no un peón. Y lo has puesto en manos de un gilipollas que ha dejado a tu activo tan asustado que no puede parar de temblar en el box. —Le lanza el látigo a los pies y Cole retrocede un poco. La mayor reacción que le he visto en años—. Nunca te lo perdonaré —termina, y se le quiebra la voz en la última frase. Dios, tengo que sacarla de aquí. Ahora mismo.

En tres largas zancadas estoy a su lado, y le pongo la mano en la parte baja de la espalda, intentando llevarla hacia la puerta.

—No me toques, joder. —Se zafa de mi contacto, yergue los hombros y sale con la cabeza bien alta. Como si fuera una reina. Como si fuera la puta dueña del lugar.

La sigo hasta el pasillo. Mira a su alrededor como si no estuviera segura de adónde ir y opta por encaminarse a la escalera de incendios que hay al final.

—Billie, más despacio —la llamo, mientras atraviesa la puerta. Es como un tornado perdiendo potencia. Su fachada se está resquebrajando.

—¡Déjame en paz, Vaughn! —grita por encima del hombro, resoplando en la oscura noche lluviosa.

Me detengo en el umbral. Me ha pedido que la deje en paz, pero no quiero. Me apoyo en la pared junto a la puerta, y me pellizco el puente de la nariz. Intento averiguar qué hacer a continuación.

—¿Está bien? —Oigo desde el fondo del pasillo.

—Hola, Hank. —Dejo caer la mano y miro al techo—. No lo sé.

—¿Al menos ha dado un espectáculo? —pregunta con una sonrisa en la voz.

Se me escapa una carcajada.

—Como nunca.

—Es una mujer impresionante.

Giro la cabeza para mirarlo.

—Lo es —apruebo sinceramente.

Hank se limita a esbozar esa irritante sonrisita cómplice, asiente y baja por las escaleras sacudiendo la mano en el aire para despedirse. Vuelvo a mirar al techo, sopesando mis opciones, intentando deducir cuál es la mejor manera de acercarme a ella en este momento.

Llevo la mano izquierda a la puerta de la salida de emergencia y doy tres golpecitos.

—¿Billie? Soy Vaughn. Esperaré aquí hasta que estés lista para tener compañía.

—Tío, eres como la gonorrea. No puedo deshacerme de ti, joder —es su respuesta amortiguada.

Frunzo los labios con ironía. La mayoría de las mujeres que conozco estarían encantadas de que les prestara atención, pero Billie no. Para nada.

Para ella soy no soy más que una dolorosa enfermedad de transmisión sexual.

—Vale, pues voy a abrir —respondo, y empujo la barra de la puerta para abrirla.

Está en el rellano de la escalera metálica, agarrada a la barandilla, mirando hacia la pista iluminada.

—Cuidado, jefe. Es posible que asesine a alguien esta noche. Y tú formas parte de mi lista.

Me pongo a su lado, dejando un par de metros de distancia entre nosotros, solo por si acaso. Me agarro a la barandilla y miro hacia abajo.

El silencio se prolonga unos minutos.

—¿Por qué no me has dicho algo a mí también?

—Supongo que he perdido fuelle —responde en voz baja.

—Me cuesta creerlo.

—Porque te conozco lo suficiente como para saber que de todas formas te estarás machacando por ello. No hace falta que te diga nada: vas a cargar con las culpas de tu familia y con cualquier otra que te eche en cara como si fueras un Sísifo moderno o algo así. Y debías de estar demasiado ocupado intentando tirarte a la camarera como para ver la carrera.

Ese ha sido un golpe bajo, y me aferro a la barandilla.

—¿De verdad crees eso?

—Claro —escupe; se da la vuelta y abre de un tirón la puerta, pero antes de que lo consiga, me giro y le doy una palmada para cerrarla de nuevo—. Vaughn, ahora no estoy de humor para tus rabieta de niño rico.

—Billie, date la vuelta. —Se queda quieta, en silencio. El único sonido que se oye es el de la lluvia al caer con fuerza sobre las escaleras de metal—. Ahora mismo. —Uso mi voz de sala de juntas.

Entonces se gira con rapidez, con una mano levantada.

—¿Sabes? Puedes irte a tomar por...

Le agarro la muñeca, la empujo contra la fría puerta metálica y freno en seco sus palabras hostiles con un beso duro y castigador. No responde ni se resiste, así que me detengo. Le sujeto una muñeca por encima de la cabeza y alejo la cara para medir su reacción.

Sus ojos ardientes se clavan en los míos. Parece conmocionada. Le acaricio la nuca, rozándole el pómulo con la yema del pulgar, y sonrío. La expresión de su cara es entrañable. Quiero tranquilizarla y excitarla al

mismo tiempo. Esta noche he aprendido que me gusta así, luchadora, salvaje e impredecible. Jadea, y parece acorralada. Incluso un poco asustada.

—Lo siento —suspiro.

Espero que arremeta contra mí, que se escapen más palabras cortantes de esa boca provocativa. En lugar de eso, me agarra la solapa de la chaqueta y me vuelve a besar. Sus labios se mueven con frenesí contra los míos, al contrario que en el primer beso.

Las emociones nos inundan. Ira, frustración, tensión y anhelo. Mucho anhelo.

Pasa de ser piedra fría y dura a lava fluida y todo su cuerpo se relaja bajo mis manos. Pero nuestros labios siguen en guerra. Nos mordisqueamos. Nos chupamos. Nos desafiamos. Como hemos hecho siempre desde el día en que nos conocimos. Y me encanta.

Le suelto la cabeza y bajo despacio la mano hasta su cuello, donde la mantengo un momento. La aprieto con suavidad y gime en mi boca.

—Dios. Billie. Me vuelves loco —digo ronco, con el deseo tiñendo mi voz. Porque es verdad. Lo hace, en todos los sentidos de la expresión.

Se aparta para buscar mi mirada, con la piel húmeda brillando en la penumbra. Está preciosa, pero también parece dolida. Veo cómo le cae una gota de agua del pelo y se desliza hasta posarse en el hueco que tiene justo encima de la clavícula. Le suelto la mano y me agacho para besarla. Se le cierran los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Gime. Y es como si mi ya dolorida polla se llenara de sangre al instante. No recuerdo la última vez que estuve tan duro, y eso que estamos completamente vestidos.

—Vaughn —susurra, pasándome las manos por el pelo empapado—, ¿qué estás haciendo?

—Cerrarte la boca —murmuro contra su piel; deslizo los dientes por su cuello, le doy un beso y asciendo hasta mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Mmm... —musita—. Mañana te vas a arrepentir de esto.

Eso me detiene, y llevo el dedo índice bajo su labio inferior. Le echo la cabeza hacia atrás y sus exóticos ojos se abren para encontrarse con los míos.

—No, no lo haré —respondo, deslizando el dedo hacia el borde de la boca hinchada. Separa los labios con los ojos clavados en los míos, y me chupa el dedo. Mueve la lengua cálida a su alrededor.

—Joder —murmuro al ver cómo me chupa el dedo y me mira con intensidad de una forma pecaminosa.

Acerco las caderas, y las muevo contra ella para que sienta lo que me está haciendo. La dureza de mi cuerpo se alinea con su pelvis. Su aspecto es increíble. Mojada, excitada y ardiente. Ver mi dedo en su boca es una imagen que nunca podré borrar de mi mente.

Retiro el dedo con un chasquido húmedo. Ella frunce los labios y baja los ojos; un tímido rubor le tiñe las mejillas húmedas.

—No te atrevas a apartar la mirada de mí, Billie Black —digo, echando suavemente su cabeza hacia atrás.

Mira hacia abajo, hacia los lados, sin demostrar ni pizca de esa descarada confianza que ahora se le escapa. Vuelvo a sujetarle la cabeza y esta vez la beso con más suavidad, intentando que se rinda de nuevo. Quiero que lea en mis caricias lo que nunca le he dicho en voz alta. Nuestros labios se mueven al compás, lentos y sensuales esta vez. Con ternura. Como olas que rompen en la orilla, con un ritmo perfecto.

Suspira y desliza las palmas de las manos por la parte delantera de mi camisa, explorando mi cuerpo, y me pasa las uñas por la espalda por debajo de la americana. Abro los ojos, como si fuera un crío un inocente, y la miro. Se está volcando en nuestro beso, y su intensidad casi me deja sin aire en los pulmones. Como un niño al que acaban de sacar a empujones del patio de recreo.

Por fin, acerca la mano a mi rostro, baja la barbilla y pasea distraídamente los dedos por mi pelo alborotado. Me mira de nuevo, pero no con el fuego de hace unos minutos. No como yo quiero. Y sé que no me va a gustar lo que va a decir a continuación.

—Gracias, Vaughn —dice; me apoya una mano en el pecho, se da la vuelta y cruza la puerta para volver al oscuro pasillo.

Me quedo paralizado sin entender lo que acaba de pasar y me ajusto los pantalones. El recuerdo de su boca sobre la mía ha quedado grabado a fuego en mi cuerpo, y es algo que mi dolorida polla no está dispuesta a olvidar. Y, en serio, es algo que mi mente tampoco está preparada para dejar pasar.

¿Y «gracias»? ¿Un puto «gracias»? ¿Después de que la química que hay entre nosotros nos haya hecho estallar en llamas?

No lo creo, Billie.

15

BILLIE

Qué estúpida... No, qué monumentalmente estúpida... Qué estúpida, joder.

¿En serio acabo de chuparle el dedo al hombre que me paga el sueldo?

Estúpida..., estúpida..., estúpida...

Pero qué sexy ha sido...

Tengo las bragas empapadas y seguramente estoy a punto de perder el trabajo, pero ya pensaré en eso en otro momento.

Corro por los pasillos de los establos, intentando volver al box de DD. He estado fuera más tiempo del que pretendía y ahora me siento culpable por haberlo dejado solo.

Cuando Patty, el picha floja, se ha bajado del caballo y lo ha dejado con Violet estaba bien, pero en cuanto ha entrado en el establo se ha quedado inmóvil y se ha puesto a temblar. Le hemos quitado la silla, lo hemos acicalado y lo hemos cubierto con cálidas mantas de lana. Hank ha ido corriendo a buscar al veterinario de pista para que viniera a verlo, preocupado por si tenía alguna lesión. El pobre estaba en estado de *shock*.

Y he salido de ahí como un ángel vengador con una misión inaplazable.

Casi no podía creer lo que me mostraban mis ojos cuando he visto que Patrick se había duchado y quitado el maillot para volver a vestirse como un idiota, mientras que la montura ganadora tenía un ataque de pánico en el establo. Me he puesto furiosa y solo podía ver su diminuta cara de engreído de mierda envuelta en las brumas rojas de mi rabia.

He sido clara con él. Precisa. Contundente pero concreta. Y él me ha desafiado sin complejos, y ahora un animal que confiaba en nosotros, a pesar de sus instintos naturales, y ha hecho lo que le pedíamos es el que paga el pato. Ese cabrón ha tenido suerte de que solo lo azotara una vez. Estaba dispuesta a convertirlo en un amasijo de carne ensangrentada con ese látigo. Sobre todo después de que haya mencionado mi sórdido pasado en una sala llena de gente.

Pero ahora no puedo centrarme en eso.

Por fin llego a nuestro pasillo y veo a Violet y a Hank de pie delante del box de DD, mirando hacia dentro. Cuando me acerco, resoplando, me pongo entre ellos para ver lo que ocurre. DD está conectado a una vía intravenosa y una joven con una espesa coleta oscura le está revisando las patas.

—¿Está bien? —pregunto, sin aliento.

—Creo que sí. Ha tenido un leve ataque de pánico, creo. Las patas parece que están bien. —Se levanta y le da un masaje relajante detrás de las orejas—. ¿Verdad, grandullón? —A DD se le caen los párpados y relaja el cuello bajo sus caricias.

Ya no tiembla, pero parece agotado.

—Lo tengo conectado a la vía para hidratarlo. No veo nada hinchado ni ninguna herida, pero no hemos sido capaces de sacarlo del box para ver cómo se mueve. Creo que necesita un poco de cariño y descanso.

Una mano cálida se posa en mi espalda y me acaricia trazando pequeños círculos para tranquilizarme. Miro por encima del hombro y le sonrío a Hank, luchando contra las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Amenazan con derramarse, pero no soy de las que lloran delante de los demás. Lo dejaré para cuando esté sola.

Cuando miro a Violet espero ver una expresión de cachorrito desvalido y una cara plagada de lágrimas. Pero sus ojos relucen como zafiros oscuros y aprieta los labios, frunciendo el ceño. Parece un duendecillo enfadado. Y, sinceramente, eso me levanta el ánimo. Violet es un enigma y todavía hay muchas cosas que no sé de ella, pero me cae bien. Muy bien. Mejor que la mayoría de la gente.

—Muchas gracias por ayudarnos —le digo a la veterinaria con un hilo de voz.

—No ha sido nada, para eso estamos. Le dejaré mi tarjeta y mañana la llamaré para saber cómo está. —Me da un fuerte apretón de manos e intenta esbozar una sonrisa reconfortante, pero me doy cuenta de que ese gesto no forma parte de su personalidad. Sus ojos brillan con inteligencia, pero no es el tipo de veterinaria que te da palmaditas en la espalda. La abrazo pese a todo y ella me devuelve el abrazo a su manera, dándome palmadas rápidas en la espalda antes de despegarse de mí—. Vale, vale... —dice, frunciendo los labios.

—Muchas gracias, doctora...

—Mira Thorne. Y de nada. —Saca una tarjeta del bolsillo y me la da—. Si hay algún cambio, estoy de guardia esta noche. —Desengancha la vía del cuello de DD, recoge su equipo y sale a paso ligero.

Hank, Violet y yo nos quedamos en silencio. Es un momento incómodo. Como si no supiéramos qué decirnos. Esta noche hemos ganado, y ha sido una gran victoria. Los puntos que hemos conseguido implican que, si elegimos bien la próxima carrera y también vencemos, DD podría correr el Derby de Denman. La joya de la corona de las carreras en la costa oeste, y clasificatoria para la Northern Crown.

Pero ¿a qué precio? ¿Querrá DD volver a correr después de esto? ¿Será justo pedirselo? Se supone que iba a pasar una noche divertida, a correr en la pista y a adquirir experiencia. No tenía que acabar traumatizado.

Solo de pensarlo me siento mal y se me aceleran los latidos del corazón. Me hierve la sangre. No se me da bien dejar pasar las cosas, y ya sé que esta noche me atormentará durante años.

En más de un sentido.

—Voy a matar a ese capullo de mierda —escupe Violet.

Hank y yo nos giramos para mirarla: tiene las mandíbulas desencajadas y tiembla como si la azotara la brisa.

—Vi..., ¿acabas de decir un taco? ¿Estás segura de que tienes edad para hablar así? —pregunto, tratando de aligerar el ambiente con algo de humor.

—Qué ironía viniendo de ti, B —ladra—. Sueltas palabrotas como un marinero cada dos por tres.

—Y también se comporta como tal —añade Hank con una risita—. O al menos eso dicen las habladurías.

Violet arquea una delicada ceja en mi dirección y me dedica una mirada inquisitiva.

—Es posible que Patty el picha floja tenga un buen verdugón en el culo —explico con una mueca.

—¿Lo has azotado?! —grita.

Muevo la cabeza de un lado a otro y me tiro del escote de la blusa.

—Sí. Y con fuerza. Creo que... me he ensañado con él.

Violet me mira con intensidad, luego parpadea despacio, como si no pudiera asimilar lo que acabo de decir. Hank se tapa la boca y ahoga la risa entre las manos; le tiemblan los hombros y tiene un divertido gesto de asombro en la cara.

—¡Billie! ¡Eso es una agresión! Podría denunciarte —chilla Violet.

Le paso el brazo por los hombros.

—Podría. Pero habrá valido la pena. Pagarías la fianza, ¿verdad, pequeña Vi?

Su risa es estrangulada, pero me devuelve el abrazo.

—Me encanta tu lado salvaje, Billie.

Con los ánimos más calmados, y con la ayuda de Hank y Violet, consigo preparar el remolque y a DD en el remolque para el viaje. Voy a hacer el largo y oscuro viaje a casa yo sola. Violet y Hank se ofrecen a acompañarme, pero necesito algo de tiempo. Algo de tranquilidad.

Después de darle un poco de pienso dulce, grano cubierto de melaza, DD ha empezado a moverse de nuevo. Hemos confirmado que no estaba herido y lo hemos mimado lo mejor que hemos podido: brazos, masajes, bolsas frías en las patas, un tratamiento de *spa* completo... Ha subido al remolque en silencio, probablemente exhausto tras un día agotador.

Cuando lo bajo del remolque, ya en la cabaña, lo acompaño al prado trasero como si fuera a romperse. Le quito el ronzal y se queda quieto delante de mí, así que le rodeo el cuello con los brazos. Le acaricio las ancas y él baja el cuello para apoyar la cabeza en mi hombro. Como si aún mereciera su afecto. Debería haber exigido elegir a mi propio jinete, alguien con quien supiera que podía contar. Podríamos montar a un mono en este caballo y ganaría igual. Me lo dice el corazón. Y el peso de este fracaso me revuelve el estómago.

Me quedo allí de pie no sé cuánto tiempo y lloro. Lloro tan fuerte que creo que nunca recuperaré el aliento. Lloro por algo más que por esta noche. Lloro porque echo de menos a mi familia. Lloro porque estoy segura de que Vaughn tendrá que despedirme después de todo lo que ha ocurrido esta noche. Y lloro porque el angelito precioso que está aquí de pie, dejando que le manche de mocos y rímel el pelaje perfecto, me sigue queriendo a pesar de todo, que es más de lo que puedo decir de casi nadie en mi vida. Nadie me ha puesto a mí primero jamás. Siempre eligen antes el dinero, la reputación, el trabajo, y después estoy yo, en algún lugar al final de la lista.

Salvo en el caso de los caballos, pues su amor es una constante inquebrantable en mi vida.

Y nunca me he sentido tan poco merecedora de ese amor como esta noche.

Caigo en un sueño inquieto y demasiado breve. He puesto una alarma para ver cómo está DD cada dos horas y, cuando por fin decido levantarme, me miro al espejo y me sobresalto. Mi aspecto es bastante aterrador.

Salgo por la puerta trasera arrastrando los pies y apoyo los antebrazos en la barandilla del porche, desde donde tengo una vista completa del prado de DD. Espero que esté de pie junto a la puerta, esperando impaciente el desayuno, pero no es así. Recorro el picadero con la mirada hasta que por fin lo encuentro en la esquina trasera, junto al refugio. Está manchado de barro y tumbado de lado, gimiendo.

El corazón se me sube a la garganta, salvajemente acelerado. Los caballos rara vez se tumban de lado, sobre todo los que son tan nerviosos como DD, porque en esa posición están indefensos. Cuando llevas suficiente tiempo entre caballos, sabes casi de inmediato lo que puede significar este tipo de comportamiento. Un cólico, que suena algo insignificante y normal en un bebé, es súbito y letal en los caballos.

Mi confusión matutina desaparece cuando meto los pies en las zapatillas que siempre dejo en la puerta trasera. Está lloviznando, pero no me molesto en ponerme un abrigo y bajo los escalones del porche, llamando a DD, intentando que no me invada el pánico que siento.

Cojo el ronzal y la correa del gancho, me escabullo por la parte central de la valla y me planto a su lado en un santiamén. Al verme, levanta la cabeza unos centímetros antes de volver a dejarla caer al suelo embarrado con un gemido.

—Hola, hombrecito —murmuro, acariciándole el gran pómulo redondo—. Tienes que levantarte. Te sentirás mucho mejor si te levantas.

La gravedad no funciona tan bien en su tracto digestivo como en el nuestro, dada la forma que tiene. Acercó la cabeza a su estómago. Lo bueno sería que me llegaran sonidos intestinales y no un silencio sepulcral, pero eso es justo lo que me encuentro.

Le levanto suavemente la cabeza hacia el ronzal de cuero negro que tengo en la mano y sujeto la hebilla junto a su oreja mientras le repito una y otra vez lo buen chico que es; lo masajeo, lo acaricio, me embadurno de tierra y barro. Me alejo tirándole con suavidad de la cabeza un par de veces antes de que la levante y la ponga más erguida. Ahora respira con dificultad, incómodo. Pero sé que cuanto antes lo ponga en pie y empiece a moverlo, antes podré llevarlo al rancho para que reciba atención veterinaria y

medicación.

Luego tendremos que andar. Lo más probable es que nos pasemos todo el día paseando. Si es necesario, lo pasearé hasta que me desmaye. Solo tenemos que poner en marcha su intestino.

Me pongo tras él, le aprieto las costillas y le doy suaves golpecitos en las ancas.

—Arriba, DD. Vamos, cariño. Puedes hacerlo.

Mueve las dos patas delanteras para intentarlo, pero se da por vencido y vuelve a tumbarse en el barro. El sudor le empapa el cuello y el pecho, y me cuesta contener el pánico. Se me pasan por la cabeza los peores escenarios. Quiero mantener una actitud positiva, pero soy realista y esto no pinta bien.

Vuelvo a levantarle la cabeza y a ponerme detrás de él; lo empujo con desesperación. Le suplico que se levante. Gime y suda, pero está atascado con las patas delanteras hacia fuera.

Ojalá estuviéramos en el rancho. Allí habría alguien para ayudarme. Podría administrarle la medicación. Tendría más posibilidades. Pero me he dejado llevar por las emociones y, egoístamente, lo he traído a mi casa.

El miedo me recorre la espalda, y le doy un buen toque entre las costillas.

—¡DD, levántate!

Y lo hace.

Con un tremendo gemido, por fin se levanta. Me pongo a andar de inmediato, abro la verja y voy directamente a las colinas que hay detrás de la cabaña para atravesar los campos empapados que conducen a los establos.

Saco el teléfono y marco sin dejar de andar.

—¿Hola? —responde una voz aturdida.

—Hank, DD tiene un cólico. Está grave. Llama al veterinario y que venga de inmediato.

El sonido del roce de unas sábanas se filtra a través de la línea.

—Bien, Billie. Inspira hondo. Lo llamo ahora mismo y voy hacia allí. Estaré en el rancho en veinte minutos.

—Vale, genial. —Me tiembla la voz.

—Todo va a salir bien. Si alguien puede cuidar de ese caballo, eres tú. Haz que siga caminando. Estoy de camino.

Hank cuelga y continuamos el lento paseo por el campo. Cada vez que a DD se le contrae la caja torácica o la barriga, lo insto a seguir adelante.

Cuando coronamos la colina, veo a Violet en pijama, corriendo hacia nosotros con una jeringuilla enorme en la mano. Es evidente que Hank la ha llamado. El alivio que siento al verla allí, dispuesta a ayudar, hace que se me salten las lágrimas. Tengo los nervios de punta, las emociones desbocadas.

Le tiende la mano a DD.

—Hola, pobrecito mío. La tía Vi está aquí con tu medicina —dice, acercándose a su cuello con la aguja. Yo estoy hecha un desastre, temblorosa y triste, y nadie debería confiarme un objeto puntiagudo ahora mismo.

Por suerte, Violet encuentra una vena y se lo agradezco infinitamente.

—Hola, B. —Se gira para envolverme en un abrazo—. Estás hecha una mierda.

Me río y se me saltan las lágrimas. Dejo caer la cabeza en el hueco de su cuello e inspiro hondo para centrarme.

—¿Quieres que lo mueva yo mientras vas a por un café o algo?

—No, creo que iré con él a la pista cubierta y seguiré caminando. Quiero que esté en un lugar cálido y seco. ¿Podrías traerme algunos cepillos y una manta de lana?

—Por supuesto —responde; se gira y va corriendo a por lo que le he pedido.

Entramos con rapidez en la pista y nos ponemos en marcha. Cuanto más ande, mejor, así que mi plan es dibujar un gran óvalo durante todo el día, una y otra vez.

—¡Billie! —Hank me llama desde el otro lado del cuadrilátero—. El doctor Thomas lleva toda la noche despierto con otras emergencias. Todavía está en quirófano y va a tardar en llegar.

La ansiedad me pone un nudo en la garganta. Se me nubla la vista. No hay muchos veterinarios en los alrededores.

Joder, joder.

—¡Vale! —grito—. Llama a la doctora Thorne, la que lo atendió por la noche. Sé que está en Vancouver, pero a ver qué dice.

—De acuerdo.

—¡Y Hank! —Se detiene para mirarme—. No quiero tener a Vaughn por aquí. Sé que tienes que decírselo, pero ahora mismo estoy demasiado enfadada con los hermanos Harding como para ocuparme de él. Por favor,

haz lo que puedas.

Hank me hace un gesto seco con la cabeza antes de marcharse. No le gusta mi petición, pero sé que me quiere lo suficiente como para respetarla.

16

VAUGHN

Me he pasado toda la mañana limpiando la casa de mi abuelo. O, al menos, intentándolo. ¿Cómo demonios voy a tirar todas estas cosas? ¿Qué se supone que voy a hacer con todo esto? ¿Y cómo consigo que mi mente no regrese una y otra vez a lo que ocurrió la noche pasada bajo la lluvia con Billie?

La puñetera Wilhelmina Farrington. ¿Cómo se me ha podido pasar? Probablemente porque a esa edad estaba encerrado en el rancho con mi abuelo, sin prestarles atención a las noticias, y demasiado obsesionado con lo que ocurría en mi propia familia como para preocuparme por la política o por el dolor ajeno.

Pero aun así..., otra persona en la que he llegado a confiar me ha mentido. Una mentira más. Debo de ser muy ingenuo para que estas cosas me pillen siempre por sorpresa.

Al principio no me importaba su pasado. En realidad, sigue sin importarme. Pero me molesta que no lo me haya contado. Que la gente que me importa me oculte secretos parece ser un tema recurrente. Me fastidia más de lo que creo que me lo haya ocultado. En lo personal y en lo profesional. No ha tenido en cuenta que su pasado podría afectarme a mí o al negocio de mi familia. La reputación del rancho ya está por los suelos por culpa de la falta de honradez de mi abuelo.

Que es en realidad a lo que se reduce todo esto: a la falta de sinceridad.

Y entonces es cuando me doy cuenta. Cole siempre comprueba los antecedentes de los empleados. Lo habrá sabido desde el primer día, a menos que le pesen ya los años. Cole tendría que haberme puesto al tanto del pasado secreto de Billie. Pulso en la pantalla del teléfono y busco su número.

Suena dos veces antes de que Cole conteste.

—Hermanito. Anoche te escapaste muy pronto. —La diversión salpica su típico tono frío e indiferente. O al menos la mayor dosis de diversión que le

he oído en más de una década.

Ignoro su comentario y voy al grano.

—¿Has comprobado los antecedentes de Billie Black?

—¿Quieres decir de la loca de Billie? —me corrige—. Sí, claro.

—¿Podrías explayarte un poco más?

—¿Sobre qué? Y no te vayas por las ramas, Vaughn. La actitud pasivo-agresiva es una táctica reservada a adolescentes cargados de hormonas y a adultos simplones.

Frunzo los labios para dominar el pavor que me recorre la espalda cuando me enfrento cara a cara a lo que mi hermano no acaba de decir.

—¿Conocías su pasado? ¿Su anterior identidad?

—¿Como hija del más escandaloso e infame comandante en jefe? Surgió, sí —dice, demasiado apático teniendo en cuenta mis preguntas.

El aire se me atasca en la garganta. La traición se me clava como un puñal. En el fondo, sé que estoy exagerando. Pero no me gusta nada que me dejen al margen. El hermano pequeño, el novato, a pesar de que tengo ya veintiocho años. Es un poco tarde para eso.

Hay un incómodo silencio

—¿No pensaste que valía la pena mencionármelo? —pregunto.

—Bueno, no esperaba que te enamoraras de una psicópata.

Me echo hacia atrás en la silla de la oficina. ¿Qué acaba de decir?

Yo no...

Intenta tocarme las narices, pero me ha dejado sin palabras. ¿Estoy enamorado de Billie Black?

—Yo no estoy...

Corta mi protesta.

—Escondió muy bien su rastro, y tengo claro que fue algo premeditado. Pero no me pareció que importara mucho si era buena con los caballos.

Confíe ciegamente en que Hank me había traído al mejor. *Hank*. Él sería la siguiente persona a la que interrogaría al respecto. También debía de saberlo. Básicamente, todos los que me rodean y me importan lo sabían, y nadie pensó en decírmelo. Hablando de puñales por la espalda...

Sigo callado al teléfono, porque estoy tan enfadado que no confío en mí mismo para hablar.

Cole suspira.

—Vaughn, te lo estás tomando como algo personal —dice en tono

tranquilo—. Así que, y te lo digo lo más amablemente posible, supéralo de una puta vez. Sé un adulto. Tienes que dejar de encajar a la gente que quieres en esos idealizados estándares de blanco o negro. No es realista y solo te haces daño a ti mismo. Los humanos somos complejos. A veces una persona necesita empezar de nuevo. Y el secreto no era mío para contarlo.

Es como si mi hermano me hubiera abofeteado. En el fondo, sé que tiene razón. Pero no estoy preparado para admitirlo. Tengo que meditar esas perlas de sabiduría que acaba de lanzarme. Necesito lamerme las heridas en privado.

—Vale, gracias.

Le cuelgo, pero solo tengo un momento de paz antes de que el número de Hank parpadee en la pantalla.

Le respondo.

—Tengo un asunto pendiente contigo.

—Déjalo para más tarde. —Su voz es ronca y dominante—. DD ha estado con cólicos todo el día y nadie puede manejar a Billie. No ha comido. No ha dormido. Pero no quiere que estés aquí. Todavía no, así que no tienes a la suerte, hijo. Yo me encargo de todo y te mantendré informado.

17

BILLIE

Agacho la cabeza y avanzo con dificultad. No sé cuánto tiempo llevo caminando cuando oigo voces que resuenan por los pasillos que llevan a esta pista cubierta. Violet ha cepillado a DD lo suficiente como para quitarle el barro apelmazado, y le he puesto encima una manta polar amarilla del Gold Rush Ranch. De alguna manera, Violet ha conseguido estar tranquila y serena, pero yo soy un manojo de nervios. Se ocupa de él mientras yo solo me miro las huellas que mis pies dejan en la arena: mi zapato y su casco se mueven en perfecta sincronía. DD mantiene la cabeza baja y una actitud hosca, pero sigue adelante, esforzándose al máximo por mí.

Como siempre.

Y no me lo merezco.

—Billie, aquí estamos.

Levanto la vista y veo a Hank con la doctora Thorne, que lleva consigo lo que parece una caja de herramientas. Me acerco a ellos haciendo un gesto con la mano.

—Doctora Thorne, me alegro mucho de verla. Gracias por venir hasta aquí.

Atraviesa la entrada y avanza con movimientos precisos hacia donde estamos DD y yo. Esa confianza me reconforta. No se anda con tonterías, y eso me encanta. Intento que su actitud resuelta me dé fuerzas.

—Hola, grandullón. —Le pasa la mano por el cuello unas cuantas veces—. ¿Cómo estamos?

Le pellizca la piel para comprobar su nivel de hidratación. Si la piel se mantiene de punta, indicará que está deshidratado. Si se aplanan de nuevo rápidamente, todo va bien.

Se mantiene de punta.

—Billie, ¿cómo estás?

Yo miro fijamente cómo la piel levantada del cuello de DD vuelve lentamente hasta su posición natural.

—Billie, cariño... —Ella chasquea los dedos delante de mi nariz—. ¿Estás bien?

—¿Mmm? Sí. Solo cansada. —Me da un apretón en el hombro que me tranquiliza—. Y muy preocupada. Casi no he sido capaz de sacarlo del barro cuando lo he encontrado.

—Vale, ahora nos ocuparemos de él. Voy a suministrarle fluidos. Vamos a tratar de hidratarlo. Intentaré evitar la cirugía por todos los medios. Sigue andando con él. —Me pone las manos en los hombros y me mira fijamente a los ojos—. Lo estás haciendo muy bien.

Asiento con decisión y vuelvo a caminar.

Estoy agotada; mi día avanza como uno de esos montajes a cámara lenta de una película, una película aburrida de narices, donde todas las escenas consisten en caminar en círculos, tranquilizar a DD e ir cambiándole sus bolsas de fluidos. La doctora Thorne se ha marchado ya. Nos ha dejado preparada toda la medicación y el suero que necesitaremos, y opina que si no empeora, no necesitará cirugía. Quiero sentirme aliviada, pero lo creeré cuando lo vea.

La veterinaria piensa que el episodio ha venido provocado por la reacción de DD al estrés, lo que hace que tenga todavía más ganas de matar a Patrick y a Cole. Y probablemente también de castrar a Vaughn por ser tan pusilánime. Son unos idiotas, todos son idiotas.

Estoy tan ocupada mirando el suelo que apenas me doy cuenta de que Hank camina a mi lado y me pone una mano en el cuello de forma paternal.

—Billie, llevas así un montón de tiempo y es casi la hora de cenar. Deberías hacer un descanso. Deja que Violet y yo lo paseemos un rato. Tómate un café, come algo, échate una siesta, lo que necesites. Pareces muerta de cansancio.

—Estoy bien.

—Te conozco desde hace mucho tiempo y sé que ahora mismo te estás echando la culpa. No deberías. Siempre has sido demasiado dura contigo misma. Y nada de esto es culpa tuya.

Suelto una risita histérica, deajo escapar un sollozo y miro hacia el techo, intentando contener las lágrimas que se me acumulan en los ojos.

—Hank, te agradezco mucho que estés aquí. Te lo agradezco de verdad, pero esto es culpa mía. Deberías irte a casa y disfrutar de tu día libre, pasar algún tiempo con tu familia. Ahora mismo estoy mejor sola.

—Tú también eres mi familia, ¿sabes? —dice, y no sé si con eso pretende que me derrumbe del todo.

Ya no puedo contener más las lágrimas y me vuelvo hacia él, hacia la seguridad y el consuelo que me ofrecen sus brazos, y apoyo la cabeza en su pecho. Me siento arropada por su enorme cuerpo y su suave camisa de cuadros me envuelve como una vieja manta. Me sujeta la nuca con una mano y me acaricia la espalda con la otra para tranquilizarme.

—Shhh... Todo va a salir bien, Billie. Nosotros nos encargamos. Shhh...

Me permito unos minutos para encontrar alivio en su abrazo de oso y sosiego en sus palabras. No me las creo del todo, pero me sienta bien escucharlas. Cuando me aparto, le ofrezco una sonrisa temblorosa que no se refleja en mis ojos.

—Tengo mucha suerte de contar contigo.

Se limita a sonreírme, a acariciarme los hombros para intentar darme fuerzas, levantarme el ánimo y espantar mis temores. Noto el suave roce del morro de DD en la parte baja de mi espalda y me vuelvo para darle un beso en su aterciopelada testuz.

—Deja de llorar, estás alterando al caballo. —Me guiña un ojo—. ¿Seguro que quieres que me vaya?

—Sí, te llamaré para tenerte al tanto. Sé que estás ahí si te necesito.

—Vale, vale —responde, agitando la mano en mi dirección—. Violet, también es tu día libre, señorita. Ve a relajarte un poco.

Violet le devuelve la mirada, alarmada.

—Pero Billie se quedará sola. ¿Y si pasa algo? ¿Y si necesita ayuda?

Una sonrisa conspiradora curva los labios de Hank.

—No será así, pero, si lo hace, estarás justo ahí arriba —responde, conduciendo a Violet hacia los bancos que hay al final de la arena. Me mira para confirmar que estoy de acuerdo. Asiento y le hago un gesto con la mano para que se largue.

Por fin a solas, vuelvo a mirar a DD. Parece cada vez más animado, ya no tiene la cabeza tan baja y gime menos. Ahora que lo pienso, creo que hace... miro el móvil... media hora que no veo que tenga un retortijón. Me acaricia con el hocico y le acaricio las orejas; me acerco a su caja torácica para ver si tiene sonidos intestinales.

Y los oigo.

Débiles y breves, sí, pero definitivamente están ahí. Me inunda el alivio

como la lluvia fresca en un día caluroso. Sé que aún no está fuera de peligro, pero esta es una prueba fehaciente de que no está empeorando. La sensación es catártica y, como no hay nadie que me vea, apoyo la cabeza en el flanco de DD y me permito llorar. Hacía años que no lloraba tanto, ni siquiera cuando me fui de casa. No haber dormido en dos días está empeorando mi estado de ánimo. La falta de sueño y una montaña rusa de emociones me han dejado para el arrastre.

Estoy hecha polvo.

Me echo a llorar. Los sollozos me desgarran por dentro. Debo de estar horrible. DD mueve el cuello y la cabeza hacia mí, como intentando protegerme, y me limpio los mocos, las lágrimas y el rímel corrido en su hermoso pelaje... otra vez.

—Lo siento mucho —lloro, refugiándome en este pequeño universo que es solo de los dos.

Es entonces cuando noto una mano en el codo y un escalofrío me recorre el brazo; todavía recuerdo demasiado el roce de sus dedos en mi piel.

—Billie, ven aquí.

Me quedo congelada.

—No.

—Sí. Ahora —dice Vaughn, y es una orden, no una petición. Es un tono que ha usado conmigo muy pocas veces y que, normalmente, me saca de quicio. Pero estoy derrumbándome, y es justo lo que necesito, como si la autoridad en su voz significara que puedo apoyarme en él en lugar de seguir a la deriva.

Me doy la vuelta y lo miro, mordiéndome los labios para que no me tiemblen, y me limpio las mejillas para intentar disimular lo mucho que he estado llorando. Como si no me hubiera oído o no fuera capaz de ver la pinta que tengo. No me mira con pena, y se lo agradezco. No quiero que nadie me compadezca, y mucho menos él. Hiere mi orgullo y amenaza con romper mi imagen de fingida despreocupación.

Abre los brazos y me mira con intensidad.

—Ven aquí.

Y voy.

En contra de mi buen juicio, en contra de todo lo que sé de él, en contra de todo lo que la parte lógica de mi cerebro me dice que haga, me derrumbo en sus brazos. Y él me sostiene, como sabía que haría. No me tranquiliza ni

me dice que todo va a ir bien. No me ofrece las típicas frases ni intenta que me recomponga. Solo me deja ser yo misma. Y a medida que los recuerdos de todos los buenos momentos que hemos pasado juntos invaden mi mente, me doy cuenta de que quizá le importo más de lo que pensaba.

18

VAUGHN

Entrar y ver a Billie sollozando en el hombro del caballo ha sido como un puñetazo en el estómago. Hank me ha comentado que no estaba en su mejor momento, pero no me ha dicho que se estuviera desmoronando. Ver a alguien tan fuerte como Billie derrumbarse y disculparse ante el caballo entre sollozos por algo de lo que yo soy responsable en última instancia casi ha podido conmigo.

Siento culpa y un dolor profundo en mi pecho por la pena que percibo en su voz. Sabía que era más sensible de lo que parecía, pero esto... Esta escena me rompe el corazón.

Sí, esto duele.

Se aferra a mí, apoya la cabeza en mi hombro y solloza. Y yo la sostengo tan firmemente como puedo sin hacerle daño, intentando librarla de su angustia para cargar yo con ella porque soy quien merece sentirse culpable. Le acaricio el cabello castaño alborotado y sus sollozos se calman. Miro a DD, que permanece quieto detrás de ella. Parece cansado, ha cerrado los ojos y dormita un poco. Es como si hubiera estado esperando a que llegara alguien y se ocupara de ella.

No soy un tipo demasiado espiritual ni estoy en sintonía con ninguna mierda tipo *New Age*, pero incluso yo tengo que admitir que hay una conexión especial entre Billie y DD. Una conexión que no se ve muy a menudo, solo en los libros y las películas.

Como en *Black Beauty*.

Siento una envidia infantil. ¿Cómo sería que una mujer como Billie te quisiera, confiara y creyera en ti? Para DD ha sido sanador.

—Gracias —susurra contra mi camisa, y me estrecha en sus brazos hundiendo aún más la cabeza en mi bíceps. Como si intentara esconderse allí o algo por el estilo. Conociendo a Billie, probablemente sea así.

—No me las des —respondo con suavidad, apoyando la cara en su suave pelo.

—Pensarás que estoy loca. No debería llorar tanto por un caballo.

—La verdad es que creo que estás loca —le digo con tono inexpresivo; ella se ríe y me da un fuerte codazo en las costillas—. Billie, hay gente que celebra el Día de la Madre porque son las mamás de un perro. Eso es estar un poco loco; llorar por un caballo enfermo al que quieres no. —Hago una pausa, intentando decidir si quiero decir en voz alta lo culpable que me siento. Me equivoqué al ignorar sus advertencias de buscar al jinete adecuado, y no me gusta.

—No juzgues a las mamás de perros, imbécil. Yo planeo serlo algún día.

Me río sin ganas. Está intentando reconducir con humor una situación que, de otro modo, sería incómoda. Se esconde detrás del humor, pero se siente vulnerable.

—No puedes machacarte tanto, he sido yo quien lo jodió todo. Lo siento. Os decepcioné a ti y a DD, y ambos os merecíais algo mejor.

—Guau...

—¿Esa es tu respuesta? ¿Guau?

Suelta una carcajada.

—Sí. Guau. Sí que te ha debido de costar decir eso.

Le rozo la coronilla al negar con la cabeza.

—¿Ves? Estás loca.

—Gracias, Vaughn.

—Hay un sándwich y una botella de agua de coco en el banco. Siéntate y come.

—Estoy bien... —protesta, pero la interrumpo.

—Billie. He dicho que te sientes y comas. —Señalo hacia la entrada.

—¿Y DD? —Vuelve a mirar al caballo adormilado, y le pasa con suavidad los largos dedos por las crines.

—No sé por qué sigues sin creerme cuando te digo que prácticamente crecí en este rancho y soy más que capaz de pasear a un caballo en círculos.

Me mira de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

—Puede que no le gustes.

—Está medio dormido. Hank me ha puesto al día sobre el diagnóstico de la doctora Thorne. ¿Ha mejorado algo?

—Sí —responde con los hombros caídos.

Le quito las riendas de las manos y le señalo el banco.

—Bien. Ahora vete.

Cede con un profundo suspiro y se vuelve para dirigirse a las puertas.

Le doy un suave masaje a DD y reclamo su atención con un suave chasquido.

—Despierta, amiguito. Tenemos que seguir andando. —Se queja, pero me sigue sin protestar mucho.

Yo ando y Billie come.

Por poco que guste admitirlo, me he pasado toda la noche y todo el día pensando en ella. Todavía podía oler su cálido aroma a canela; me hacía desear más. He recordado nuestro beso una y otra vez, sus caricias, la forma en que se metía mi dedo en la boca. Fue atrevida y luego tímida, pero sobre todo me pareció desconcertante.

No quiere nada de mí, y eso es un soplo de aire fresco porque, al contrario que para las demás mujeres con las que he salido, ni mi dinero, ni mi ropa ni mi coche son importantes.

Deberías decirle a tu madre que deje de organizarte las citas, ¿eh, grandullón?

Cambio de dirección en la pista y con la vista busco a Billie. Parece agotada. Pero al menos está comiendo. Hank volvió a llamarme unas horas después de haberme pedido que no viniera, para decirme que Billie no le hacía caso y que necesitaba a alguien que pudiera manejarla porque se estaba comportando como una malcriada. Me reí y le dije que cuando se ponía así, nadie podía con ella.

La pillo mirándome.

—Gracias por la cena —dice—. Necesitaba comer.

—De nada.

—Y... —se aclara la garganta y mira hacia otro lado— gracias por venir hasta aquí para ayudarme. Sé que pensabas pasar el fin de semana en la ciudad.

—Anoche te seguí. —Me mira atónita, como si no pudiera creer que yo hubiera hecho eso—. Quería asegurarme de que llegabais bien. Estabas muy alterada.

Se sonroja, y mira hacia otro lado.

—Deberíamos olvidar lo que pasó anoche —dice, con voz ronca.

Eso no va a pasar. Pero le seguiré la corriente por ahora.

—Creo que nunca podré olvidar cómo azotaste a Patrick en el culo en una sala llena de propietarios y patrocinadores —respondo con una risita,

acercándome a ella.

Suelta un quejido, esconde la cara entre las manos y se deja caer sobre el respaldo.

—Y luego te ensañaste con mi hermano. —Niego con la cabeza, incrédulo—. Es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

Separa dos dedos y me mira entre ellos.

—Dime la verdad, ¿tu hermano es un robot?

Lanzo una auténtica carcajada. Me vuelvo hacia DD, que vuelve a dormitar ahora que estamos quietos, y me río entre dientes.

—Lo digo en serio. Pensaba que tú eras un capullo estirado, pero comparado con él eres la alegría de la huerta.

Ese comentario me deja sin palabras. ¿De verdad piensa eso? Vuelvo a mirarla para comprobar si está bromeando. Hincha las mejillas, conteniendo la risa, y enarco una ceja para hacerle saber que no se ha salido con la suya.

—¿Vamos a ignorar lo que dijo Patrick?

Se escuda tras una máscara de indiferencia.

—¿Qué parte?

La miro a los ojos.

—Cuando dijo lo de Farrington. En todas las conversaciones que hemos mantenido, has omitido de forma muy conveniente que tu padre es el antiguo líder de nuestro país.

—¡Ja! —Su voz rezuma sarcasmo—. Oh, sí. Es un título del que me encanta alardear, como si fuera una medalla. Tengo muy buenos recuerdos de cuando me hizo desfilar como una hija obediente y amable en su gira nacional para pedir disculpas. Disfruté muchísimo al responder a las preguntas en las que los periodistas insistían sobre si había visto los vídeos de mi padre follando con prostitutas. Por cierto, los había visto, y no hay suficiente lejía en el mundo para borrarle esas imágenes del cerebro. Así que supongo que me perdonarás por no habértelo contado todo. Me escapé tan rápido como pude y lo más lejos posible. Me dejé el pellejo para empezar de cero. Ya no soy Wilhelmina Farrington. Hace mucho tiempo que no lo soy.

Vale. He puesto el dedo en la llaga. Le doy vueltas a lo que acaba de decir. La busqué en Google, y su nombre había aparecido en todos los periódicos del país, quizá del mundo, durante semanas y semanas. Supongo que eso explica muchas cosas: su falta de presencia en internet, su aversión hacia

todo lo que considera elitista... Me río cuando me asalta un recuerdo.

—¿Qué? —Suenas acusadora, a la defensiva, porque ha quedado expuesta.

—¿Recuerdas aquella vez que te burlaste de mí por tener nombre de persona rica? —Intento contener la risa, pero me tiemblan los hombros—. Y tú eres la puñetera Wilhelmina Farrington. —Suelto una carcajada incontrolable.

Intenta parecer ofendida, pero no lo consigue. Al cabo de unos instantes, los dos nos reímos tanto que no podemos ni hablar. Las lágrimas recorren nuestros rostros. El tipo de risa que aparece tras la tensión y el agotamiento.

—Oh, Dios. —Se limpia las lágrimas de los ojos cuando nuestras risas se apagan—. Es verdad.

Me mira, negando con la cabeza, y yo me giro hacia DD, que dormita tranquilamente.

—Podrías habérmelo dicho.

Se aclara la garganta.

—Lo sé. —Se retuerce las manos y se mira el regazo—. ¿Estás enfadado conmigo?

¿Va en serio? ¿Cómo voy a enfadarme con ella por querer algo diferente a lo que ha vivido?

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? No me importa quién te ha criado, Billie. Con quienes estoy enfadado es con los que te hicieron escapar.

Me mira con los ojos entrecerrados y se muerde los labios. Como si no se creyera lo que estoy diciendo.

—Si me lo hubieras dicho, no habría traicionado tu confianza. Da igual. Soy todo oídos cuando estés lista para hablar.

Suspira, su expresión de alivio es evidente.

—Gracias.

—De nada. Y además, la próxima vez elegirás tú al *jockey*.

Se incorpora al oír eso, sorprendida por el repentino cambio de tema.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué pasa con Cole Harding, el copropietario? —Dibuja unas comillas sarcásticas en el aire.

—Ya me encargo yo de él. —Se echa hacia atrás, con los ojos ámbar muy abiertos—. No te preocupes. Relájate un poco. Yo seguiré andando con el caballo.

Esta vez no se resiste. Se recuesta en el banco, saca el móvil del bolsillo e inspira hondo.

Mientras camino pienso en el ambiente en el que creció Billie. En todo lo que leí anoche. En los vídeos de su padre, el primer ministro, follando y drogándose con prostitutas por todo el mundo. *Dios*.

Supongo que por eso ni pestañeó cuando le conté lo del escándalo de mi abuelo. No me hizo sentir culpable ni patético por aferrarme a la esperanza de que pudiera ser inocente. Solo me dejó desahogarme. Cuando todos los que me rodean querían que fuera de cierta manera, ella me dejó ser yo mismo.

DD se detiene, sacándose de mis recuerdos. Gime y... hace caca. Nunca pensé que me emocionaría tanto al ver hacer caca a un caballo. El bloqueo intestinal ha desaparecido, y me doy la vuelta para celebrarlo con Billie. Pero la veo acurrucada en el banco para protegerse del frío. Tiene un brazo debajo de la cabeza a modo de almohada y ha doblado las rodillas, que le sobresalen del borde. El sol se ha puesto ya y una de las luces del techo proyecta su resplandor de neón sobre su cuerpo dormido.

Incluso en este momento tan emocionante, no puedo evitar fijarme en lo joven que parece cuando no se esconde detrás de las bromas, del sarcasmo o de las palabras hostiles. Parece tranquila pero triste. En el fondo, siempre está un poco triste. Una oleada de instinto de protección me invade cuando me acerco a ella.

Me agacho a su lado y le aparto el pelo de la cara. Me quedo mirándola embelesado. Las mejillas salpicadas de pecas veraniegas, la forma perfecta de su labio superior, tan carnosos, suave y femenino..., hasta que abre la boca y jura en arameo. Sí, Billie es todo dicotomías y sorpresas. Dura y suave. Alegre y triste. Buena y mala. Y me gusta que esté buena.

Me pone nervioso que sea tan impredecible, pero me excita que me mantenga alerta. Es una madeja de nervios, yo soy el idiota feliz que quiere ver qué pasa cuando la desenrede. Cuando se quite la máscara, y sé que lo hará, ella y yo nos consumiremos en llamas.

Nuestras bromas han pasado de malhumoradas a divertidas e intensas. Las imágenes revolotean por mi cabeza como uno de esos libros que cuando pasas rápidamente las páginas aparece una imagen en movimiento. Billie encima de mí. Billie a cuatro patas delante de mí. Billie jadeando mi nombre debajo de mí.

Sí, tengo planes.

Solo necesito que ella me dé luz verde.

Le recorro el pómulo con el pulgar, pensando en todas las cosas pecaminosas que planeo hacer con ella, y sus ojos se abren de par en par.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome, jefe? —murmura.

—Desde el primer día —le susurro al oído.

—Vete con esas ñoñerías a la mierda, Vaughn.

Resoplo.

—Ya estamos...

Cierra los ojos e intenta apartarme. DD le da un cabezazo en la cadera y la mira de forma inquisitiva.

—Ahora me encargo yo del caballo. Dame solo cinco minutos más, DD, sé que debes de estar harto de él.

—Billie. Ha hecho caca.

Pone los ojos como platos y se incorpora.

—¿Qué dices?

Señalo la arena donde se encuentran las pruebas físicas.

—¡Ay! ¡Oh, Dios mío! —Se levanta de un salto—. ¿Es verdad?

—Claro, puedes acercarte si quieres.

Levanta las manos como si acabara de marcar un gol antológico. Y antes de que me dé cuenta, se ha abalanzado sobre mí, haciendo que DD salte hacia atrás, y me ha rodeado el cuello con los brazos.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Y verla tan emocionada es la mejor sensación del mundo. Es adictiva. Quiero hacerla así de feliz siempre. Bueno, tal vez no todo el tiempo, porque también me gusta su lado hosco. Pero más a menudo.

Definitivamente, más a menudo.

Sonrío contra su pelo y le apoyo la mano en la nuca; ella se aparta y me pone las manos en los hombros.

—Vaughn Harding, podría besarte ahora mismo.

Estallo en llamas al oírlo. Debe de ver algo en mis ojos porque se retracta al instante. Le dedico una mirada hambrienta y el tiempo se detiene cuando la abrazo.

—Pero no lo haré. Porque eres mi jefe.

—Lo soy. —Me aproximo más.

—Y porque representas todo aquello de lo que he jurado alejarme. —

Acerco el rostro, pero ella continúa—: Y porque el Gold Rush Ranch no necesita más escándalos.

—¿Quién dice que íbamos a provocar un escándalo? —pregunto, ladeando la cabeza y miro sus labios.

—¿Estás de coña? Todas las mujeres con las que sales aparecen en *Page 5*. —Se aparta de mí y me pone una mano en el pecho—. Ya es bastante difícil conseguir que en este negocio se tome en serio a una mujer de veintiocho años. ¿Qué crees que dirían si supieran que se tira a su jefe, un *playboy* multimillonario? No podría superarlo. He trabajado demasiado. He renunciado a demasiadas cosas.

Sus palabras son como un cubo de agua helada sobre brasas ardientes. El vapor me abrasa, el humo me ahoga. Y ella sigue de pie frente a mí, indiferente.

Nunca le he dado mucha importancia a cómo me retrataban los periódicos. A decir verdad, nunca me ha importado. Tampoco ha habido mucho en mi contra. Pero con Billie es diferente. Es lo que me gusta de ella, y es también lo que me está matando ahora mismo. No puedo borrar mi pasado, y que me lo eche en cara me escuece de una forma para la que no estoy preparado. Pero tiene razón. Y eso es lo que más duele.

Está querer algo que no puedes tener, y luego está esto: querer algo y saber que podrías destruirlo.

Me importa demasiado como para hacerle eso.

Me separo y veo cómo aparta la mano de mi pecho. No me gusta nada ver sus grandes ojos ámbar mirándome con tristeza. Detesto compadecerla. Pero, sobre todo, detesto las excelentes razones que me ha dado para no estar juntos.

Vuelvo a ser el Vaughn consentido y le lanzo las riendas de DD, pillándola desprevenida.

—Tienes razón. Toma. Encárgate tú.

Las coge, pero intenta agarrarme también la mano.

La retiro de golpe.

—Vaughn, lo siento —susurra, atónita ante mi reacción.

Para ser sincero, yo también estoy estupefacto. Los hombres de veintiocho años tienen berrinches cuando no consiguen algo. Y no me he dado cuenta hasta ahora de lo mucho que la deseo. Quiero largarme y lamerme las heridas en privado, pero también sé que DD no está fuera de peligro y que

Billie va a necesitar ayuda esta noche.

Me doy la vuelta para marcharme, con los ojos clavados en el suelo.

—No te preocupes. Me alegro de que esté mejor. Vámonos. —Hago un gesto con la mano por encima del hombro.

—¿Vámonos?

—Sí. Iremos a tu casa para que no tengas que dormir en un banco frío y duro. Él necesita descansar, y yo puedo vigilarlo en el picadero que hay ahí.

—En serio, no hace falta que... —empieza ella.

Niego con la cabeza y sigo avanzando.

—Vamos, Billie. Ahí fuera está muy oscuro.

19

BILLIE

Es casi medianoche cuando salimos del establo y nos adentramos en los campos oscuros. Huele a lluvia y a hierba recién cortada, y no alcanza a verse ni una sola estrella entre las nubes. La luna no es más que un puntito brillante en el cielo encapotado.

Estoy cansada, pero me concentro en la tensión que hay entre Vaughn y yo.

Es algo rara.

Quizá no estoy en mi mejor momento, entre el insomnio y los altos niveles de estrés, pero no entiendo nada.

Cuando le he dicho a Vaughn que podría besarlo, me ha sorprendido cambiando su actitud por otra mucho más peligrosa. Parecía un depredador a punto de devorarme. Y lo peor ha sido que, en ese momento, quería que me devorara.

Si no fuera mi jefe, claro. Es decir, ¿habéis visto a ese hombre con ropa informal? Porque es demoledor. A la mierda los trajes, a Vaughn Harding le sientan los vaqueros como a uno de esos modelos sexis y desgarrados de Calvin Klein. Como si acabara de salir de la cama y quisiera volver a ella contigo.

Me he sentido como en los *Juegos del hambre* y he querido gritar «¡Me ofrezco como tributo!».

¿Y si fuera solo una noche? Estoy segura de que podríamos pasar juntos una noche sin complicaciones. Los dos somos adultos maduros... Ja, ja. Era broma, no lo somos. Eso echaría a perder nuestra relación de trabajo, que, en el mejor de los casos, es frágil.

De reojo, admiro su perfil masculino. Parece misterioso con esos rasgos oscuros que contrastan con la negrura de la noche. Pero también lo conozco lo suficiente como para darme cuenta de que está enfadado y a punto de estallar; podría someterme sin esfuerzo. Me gusta esa faceta suya. Me gustó que anoche tomara el control de mi cuerpo bajo la lluvia.

Y cruzó hábilmente esa línea de poder cuando esperó a que fuera yo la que lo besara. Qué excitante... Mis bragas empapadas fueron buena prueba de ello. Jugó tan bien conmigo que hice lo que quería.

Y joder... Lo de anoche fue muy excitante. *Y valió la pena.*

Pero la reacción de hoy ha sido muy peligrosa. Dejarnos llevar de nuevo complicaría las cosas demasiado.

Idolatraba a su abuelo, y el rancho es el legado de ese hombre. La imagen que tiene de sí mismo está demasiado ligada a él como para dejar que se hunda. Eso lo tengo claro. Me odiaría si eso ocurriera por mi culpa. Así que me limitaré a admirarlo en la distancia. A él y a su trasero. Y es por eso que me echo un poco hacia atrás para lanzarle una mirada, pero los pantalones negros en medio de la noche no son muy eficaces para mi propósito.

Me conformo con su cara y me mordisqueo el labio, ávida. Su expresión me encandila.

—Billie, me estás mirando fijamente. —Su gruñido interrumpe mis cavilaciones.

—Sí. Lo siento. —¿Para qué negarlo?

Se limita a gruñir.

La noche es tranquila, y el sonido de las zapatillas de deporte sobre la hierba se entremezcla con el clip-clop de los cascos de DD. Está muy cansado y se rezaga.

—Lo siento —repito.

—Ya lo has dicho.

—No, no por mirarte así. Bueno, eso también lo siento, de verdad. Pero me refiero a lo que sea que te he dicho antes que ha hecho que te enfades.

—No estoy enfadado —gruñe, negando con la cabeza.

—Vale —digo en voz baja, mirando al cielo.

—Estoy triste —añade después de un rato.

Oírle decir eso me roba el aliento. Como si me hubiera caído del columpio del parque y al golpearme contra el suelo hubiera expulsado todo el aire del cuerpo. ¿Cómo coño se supone que tengo que reaccionar ante eso? Si la situación me parecía rara, ahora es incómoda de narices.

¿Esta triste? No ha sido mi intención entristecerlo. Solo intentaba ser pragmática. Sinceramente, ni siquiera creía tener el poder de poner triste a Vaughn. Soy una empleada molesta, me meto con él y él me responde. Es parte de nuestro juego, de nuestro tira y afloja. Y aunque sé que es el tipo

de hombre del que debería alejarme, no es porque me desagrade. No pretendía hacerle daño o ser desagradable con él a propósito al alejarme. Me he limitado a tomar una decisión: la de no estar con él.

No sé qué decir, así que extendiendo el brazo, le tiro de la muñeca y lo agarro de esa mano grande y cálida que tiene metida en el bolsillo. No se resiste. De hecho, al cabo de un par de minutos, me roza distraídamente la palma con el pulgar mientras avanzamos en silencio; se me pone la piel de gallina.

Así está bien.

Después de instalar a DD en el prado trasero de la cabaña, voy al baño y me miro al espejo. Vaya. Vaya. Tengo unas ojeras profundas, y mi pelo parece el de una niña pequeña que se niega a peinarse. Las lágrimas han borrado los regueros de rímel (¡bien!), pero esa victoria se compensa con mi cara hinchada y colorada de tanto llorar (¡qué horror!).

La buena noticia es que este aspecto terrorífico es una forma excelente de disuadir a Vaughn de lo que sea que le haya estado rondando por la cabeza desde anoche. En cuanto me vea a la luz, se pondrá a soñar con todas las mujeres elegantes y bien educadas a las que puede invitar a su próxima cita. Mi cuerpo cubierto de barro le dará el último empujón.

Ese pensamiento me revuelve las entrañas y no sé si reír o llorar, como cuando te caes delante de un montón de gente. ¿Por qué coño pasa eso? No tiene nada de gracioso, igual que no lo tiene lo que estoy sintiendo ahora mismo.

Esto no es divertido. Es una puta locura.

Apoyo las manos en la encimera e inspiro hondo. Me siento como si estuviera a punto de caer dormida aquí mismo. Me incorporo.

Me mojo la cara con agua fría y me la seco con fuerza antes de volver al salón, donde me espera Vaughn. Ha girado un sillón para mirar a DD y está sentado tranquilamente de espaldas a mí.

—Podrías haberme dicho que tengo una pinta espantosa.

—No es verdad —dice.

Sí que lo es.

Me acerco a él y me muerdo el labio inferior.

—Mírame. —Muevo la mano de arriba abajo frente a mí para señalarme todo el cuerpo—. Estoy fatal.

Me mira, suspira y cierra los ojos.

—Hoy pareces alguien que le ha salvado la vida de ese caballo. Eso es lo que importa. Ya sé que eres guapa.

Si no tuviera los ojos cerrados, vería mi boca abierta. ¿Se da cuenta de que acaba de decirme que soy guapa en voz alta? Está de coña, ¿no? Me he quedado sin palabras. Abajo es arriba, izquierda es derecha y Vaughn Harding piensa que soy guapa.

Abre los ojos apenas una rendija, pero su expresión no revela nada.

—Billie, casi puedo oírte pensar. Vete a la cama.

—Vale... —Incapaz de decir ni una sola palabra más, doy media vuelta y subo las escaleras, aturdida. La palabra «guapa» rebota en mi cabeza, confundiéndome más y más.

Me ducho. Me restriego, me enjabono y me aclaro con agua para deshacerme de la suciedad y de las emociones de estos dos últimos días. No sirve para disminuir mi confusión, pero me atonta de tal manera que me meto en la cama y me quedo dormida con la toalla húmeda todavía alrededor de mi cuerpo.

Me sobresalto al oír cerrarse la puerta mosquitera. Sea la hora que sea, fuera aún está oscuro. Escucho con atención y oigo unos pasos amortiguados en el piso de abajo. Si pienso con lógica, sé que es Vaughn, pero una semilla de duda persiste en mi mente. Como a cualquier mujer que vive sola, los ruidos nocturnos siempre me dan miedo.

Saco las piernas de la cama y planto los pies en el suelo. Me deshago de la toalla y me envuelvo en una fina bata negra para combatir el escalofrío que me recorre la espalda. Me acerco a las escaleras y asomo la cabeza mientras bajo de puntillas los primeros escalones.

Me inunda el alivio al ver la oscura figura de Vaughn en la silla, apenas iluminada por el resplandor amarillo de las luces del patio. Está consultando el móvil, y la luz de la pantalla dibuja sombras en su rostro. Incluso desde aquí, puedo ver las fotos en las que lo reconozco sonriendo a la cámara, guapísimo, con una hermosa mujer del brazo. Son las mismas fotos que vi cuando canceló la cena en mi casa hace varias semanas, y en cada evento aparecía con un traje y una mujer diferentes. Para ser sincera, confieso que las he mirado un par de veces desde entonces. Son como recordatorios visuales de por qué nunca debería pensar en Vaughn como algo más que mi guapísimo jefe.

Estar cerca de Vaughn es como mirar un vestido en un escaparate. Soy

una mujer, y tendría que estar ciega para no fijarme en él. Pero eso no significa que vaya a tocarlo o a... eh... probarlo.

Vale, vale... Buscaré una metáfora diferente. Me gusta el arte, pero no voy corriendo a comprarme un cuadro. Los admiro y paso a otra cosa.

¡Oooh, qué bonito cuadro! ¡Mira esas pinceladas! Los colores. Vaya, mira qué hora es, será mejor que me vaya. Fin.

El hermoso cuadro que tengo delante ladea la cabeza y descansa la sien en la palma de la mano; suspira con el codo apoyado en el mullido reposabrazos del sillón de cuero marrón. Sus hombros han adoptado un ángulo al que no estoy acostumbrada, como si se doblara sobre sí mismo. Una parte de mí siente que me estoy entrometiendo, pero a la otra, a la que no tiene filtros, no le importa. Bajo el resto de los escalones, lo que llama su atención.

Apaga el teléfono rápidamente y se vuelve para mirarme.

—¿No puedes dormir? —me pregunta con voz cansada.

—He dormido un rato. Pero he oído cerrarse la puerta y me he asustado un poco. —Doblo la esquina, dándole un apretón en el hombro al pasar, y me apoyo en el alféizar de la ventana, delante de él.

—Acabo de darle a DD un poco de heno y lo he examinado. Parece que todo va bien —dice, y siento un gran alivio. Hace una pausa y ladea un poco la cabeza, confuso—. ¿De qué te has asustado?

—He pensado que había alguien en la casa o algo así.

—Pero ya sabías que estaba aquí...

—Claro que sí. —Hago un gesto para restarle importancia—. A veces vivir sola hace que mi imaginación se vaya por las ramas. Por eso me gusta tener a DD en el prado, me hace compañía. Mi caballo guardián. —Suelto una carcajada.

Frunce el ceño y me taladra con la mirada.

—Me encargaré de que te pongan un sistema de alarma.

Pongo los ojos en blanco.

—Vaughn, no seas exagerado. Estoy bien.

—Pienso hacerlo, Billie. No quiero que te sientas así en tu propia casa.

Menudo cavernícola...

Nos miramos fijamente con cara de malotes. Pero se rinde antes de lo habitual, niega con la cabeza y mira hacia otro lado. Parece tenso, y después de pillarlo buscando en Google, sé que le pasa algo. Lleva demasiado

tiempo evitando mi mirada.

—Vaughn —lo llamo en voz baja—. Sé que lo que he dicho antes te ha sentado mal. Lo siento si he herido tus sentimientos.

—No ha sido así. —Su respuesta es cortante.

—No le mientas a un mentiroso, jefe. He visto lo que mirabas en Google. Gime y se restriega la cara con ambas manos ante mis palabras.

—No voy a dignificar con una respuesta esas fotografías. En internet están fuera de contexto. Sé la clase de hombre que soy.

Su mirada se clava en mí antes de volver a concentrarse en el suelo. Genial. He avergonzado a uno de los hombres más orgullosos que conozco.

—Habla conmigo. Somos amigos, ¿recuerdas?

—No.

—¿No? ¿A qué?

—A las dos cosas —replica, encontrando mi mirada.

—¿Las dos? —Me incorporo para apoyarme en el marco de la ventana, como si esta pudiera servirme de parapeto. No quiero sentirme ofendida por lo que acaba de decirme. Pero me siento así.

Me mira fijamente sin ningún atisbo de humor. No estamos bromeando como es habitual entre nosotros; está siendo muy claro. Y las lágrimas me pican en los ojos. Estoy decidida a no llorar delante de él, así que me aparto de la ventana para pasar a su lado.

—Si no somos amigos, no tienes por qué estar aquí. Vete a casa. Te veré mañana en el trabajo.

Me agarra de la muñeca antes de que pueda escapar y me detiene en seco. Los recuerdos de la noche anterior, cuando me inmovilizó agarrándome esa misma muñeca, inundan mi mente.

Tiemblo, aunque solo siento calor. Y cuando bajo la mirada hacia él, me invade una abrumadora sensación de deseo. Espero que no note mi reacción física ante su contacto, pero sé que la nota. Está claro que los dos estamos ardiendo y no sé cómo detener esto. Su mirada me deja sin aliento. Me hace sentir una intensa opresión el pecho.

Contemplo la dureza de sus rasgos, esos ojos penetrantes, y me quedo clavada en el sitio. Congelada.

—No quiero hablar. No somos amigos. —Sus palabras son afiladas como el corte de un papel. Pican, pero no hacen sangrar—. Lo que quiero es a ti, cabalgándome, y una amiga no hace eso.

Sigue sujetándome la muñeca y me acaricia el lugar donde late el pulso trazando pequeños círculos. Lo único que oigo es mi respiración entrecortada y el torrente de sangre que me inunda los oídos. No me cabe duda de que siente mis latidos descontrolados bajo su pulgar, bailando a su son.

—Es una mala idea, Vaughn —digo.

—Explícame por qué.

—Ya lo he hecho. Te he dado una lista de razones —respondo, y el pánico asoma en mi voz. Pero mi cuerpo ya se está moviendo para colocarse delante de él sin que mi cerebro pueda intervenir.

—Billie, yo no soy un *playboy* como tú crees. —Desliza la otra mano por el exterior de mi bata, desde la rodilla y hasta la cadera—. Tengo citas, en su mayoría platónicas, que organiza mi madre, y a las que solo accedo para hacerla feliz. Porque la quiero y sé que lo hace con buena intención. —Hace una pausa para mirarme—. Y no tengo motivos para no hacerlo.

El significado de esas palabras cuelga en el aire entre nosotros como el cebo de un sedal, brillante, ondulante y cautivador. Me mira con ojos oscurecidos por la emoción. Las preguntas no pronunciadas flotan entre nosotros y lo único en lo que puedo pensar es en las ganas que tengo de pasarle las manos por el pelo revuelto. Solo una vez más.

No lo provoques, escapa.

Me acerco a él ignorando la voz de alarma de mi cabeza. Alargo la mano y deslizo los dedos por su pelo, peinando ese encantador rizo oscuro que siempre cae en el mismo lugar de su frente. Ese que siempre delata el tipo de día que tiene. El que hace que parezca lo bastante despeinado como para yo que moje las bragas.

Sus ojos no se apartan de los míos y esa mirada me promete el cielo. Me recorre la cadera con la mano y solo se detiene para tocarme el culo y pegarme más a él. Sus dedos descienden hasta la parte superior de mi muslo y se ciñen sobre él. Noto la punta de cada uno de ellos alrededor de mi pierna, masajeando la delicada piel de la cara interna del muslo, justo debajo de donde estarían mis bragas... si las llevara puestas.

Esos dedos envían una descarga eléctrica a mi pelvis y una oleada de calor más abajo. Y, para que mi cuerpo desafíe por completo a mi cerebro, ladea su hermosa cabeza y deposita un beso en ese punto ultrasensible justo debajo del hueso de la cadera.

—Dame una razón, Billie —susurra contra la fina seda.

Se me escapa un gemido entre los labios mientras él sigue besándome ahí, paseando los dientes por el hueso, haciéndome estremecer. Mi cuerpo dolorido toma el control y, antes de darme cuenta de lo que hago, me dejo caer de rodillas frente a él y tiro con frenesí de la cintura de sus pantalones. Lo único que sé es que lo quiero en mi boca. Quiero sentir cada vena. Quiero recuperar el control y quiero que él pierda el suyo.

Me agarra las muñecas con manos firmes.

—Billie, para.

Aparto la vista de donde su impresionante erección se tensa contra los pantalones, y me zafo de sus manos.

—Lo siento. —La realidad de lo que acabo de intentar hacerle a mi jefe me impacta con toda su fuerza.

Dibuja una sonrisa torcida y me hace señas con la mano para que me acerque.

—Ven aquí.

Doy un paso vacilante hacia él y vuelve a sujetarme las dos muñecas.

—Siéntate —ordena, señalando su regazo con la barbilla.

Obedezco y me acomodo a horcajadas sobre él, para cabalgarlo como ha dicho antes. Noto su ropa suave contra mi piel desnuda cuando coloco una rodilla a cada lado de su cintura.

Encajamos a la perfección.

Con las dos muñecas aún en sus manos, soy incapaz de ceñirme la bata y se abre lentamente; separo más las piernas a su alrededor, y no dejo mucho a la imaginación, ni siquiera en la negrura que nos envuelve.

Gime y me contempla con atención, con ojos ardientes, y se lame los labios. Verle admirar mi cuerpo sin tapujos me da vértigo. Noto la humedad entre mis piernas y sé que él también.

Sus cuádriceps son duros e implacables debajo de mí, pero la erección que me presiona el trasero es aún más dura. Me contoneo contra él y le arranco un gruñido de lo más profundo de su pecho. Me sujeta las caderas para mantenerme quieta y poso las manos en sus pectorales, cuya sólida definición puedo sentir a través de la liviana tela de la camiseta.

—Joder —dice con la respiración agitada mientras baja la mirada hacia donde estoy expuesta antes de levantar la cabeza para volver a mirarme a la cara. Sus ojos son dos brasas encendidas con las que estoy a punto de

quemarme.

Me muerdo los labios con nerviosismo.

—Me voy a arrepentir de esto mañana.

—No, Billie. —Me acaricia—. Voy a devorar tu coño, rosado y perfecto, y luego volveré a meterte en la cama. Mañana solo pensarás en lo maravilloso que fue sentir mi lengua dentro de ti.

Suelto el aire con un siseo. Joder. No soy virgen, pero Vaughn acaba de hacer que me ardan las mejillas como si lo fuera. En realidad, ha convertido todo mi cuerpo en llamas. Mi cerebro también, ya que parece haberse derretido en un charco de malas decisiones en el que estoy a punto de revolcarme con alegría.

Vaughn desliza las manos sensualmente por mi espalda, dejando un rastro de piel erizada a su paso y un reguero de terminaciones nerviosas chamuscadas. Apenas puedo pensar. Sube una mano para agarrarme por el pelo y me lleva hacia él para besarme. Un beso que esperaba caliente y áspero, pero es suave y profundo. Es un virtuoso que toca mi cuerpo anhelante como un instrumento en el que se ha perfeccionado a lo largo de los años. Y en este momento, ni siquiera me importa. ¿Por qué perder el tiempo con un chico torpe cuando puedo estar con un experto?

Su lengua entra en mi boca y me tienta, juguetona. Esta vez pide en lugar de tomar. Sube la mano izquierda por mi vientre hasta llegar a mi pecho. Me acaricia el pezón con el pulgar mientras me sujeta el pelo y explora mi boca.

Me rindo, y ni un centímetro de mí se opone a esto ahora mismo.

—Dime lo que quieres, Billie. —Su voz retumba contra mis labios como un mordisco.

Es tan mandón, joder... ¿Por qué tiene que estropearlo todo pidiéndome indicaciones?

—¿Es que no lo sabes?

Me tira del pelo para que me vea obligada a mirarlo a los ojos.

—Sí, lo sé. Pero quiero oírtelo decir. Quiero estar seguro.

Y ante la forma en que me está mirando ahora, diría cualquier cosa. Sus ojos son como chocolate derretido. Cálidos e intensos. Un chocolate que me encantaría esparcir por todo mi cuerpo para que él lo lamiera. Tiene el pelo alborotado, y la barba incipiente que le cubre la mandíbula le da ese aspecto ligeramente rudo que amo.

No es amor, me corrijo a mí misma; solo soy muy fan de ese aspecto. Me gusta el Vaughn rudo más que el Vaughn pulcro. En realidad, me gusta la dicotomía de sus dos fachadas y lo rápido que puede cambiar de una a otra. ¿Lo deseo? Joder, sí, lo deseo.

—Te deseo. —Mi cuerpo se estremece al admitirlo.

—¿Qué deseas? —musita, con un brillo maligno en los ojos y una sonrisa cómplice en los labios.

Sé que está tratando de desequilibrarme. Los dos lo intentamos constantemente. Me gusta el desafío, así que pestañeo y me agacho hacia su oreja, deslizándolo por su mandíbula. Trato de hablar bajito, pero mi voz resuena con fuerza en la tranquilidad de las primeras horas de la mañana.

—Deseo sentir tu lengua dentro de mí. —Le levanto la mano y la deslizo por mi cuerpo para ponerla justo sobre la húmeda unión de mis piernas.

Su pecho musculoso sube y baja, y sus dedos se mueven para explorar mis pliegues, rozando mi clítoris.

—Quiero que me devores el coño, rosado y perfecto. —Y casi al instante, hunde un dedo en mi interior. Mi cuerpo se estremece cuando lo dobla para presionar justo en el punto preciso.

Echo la cabeza hacia atrás, mi respiración se acelera. Su erección se aprieta contra mis nalgas; enrosca mi pelo alrededor de su mano firme y empuja el dedo dentro de mí con fuerza. Las sensaciones se superponen. Me abruman. Mis sinapsis nerviosas se estremecen. Y antes de darme cuenta, me agarra el culo se levanta y me lleva escaleras arriba subiendo los escalones de dos en dos, con mis piernas ciñéndole las caderas.

Apenas tengo tiempo para pensar.

¿Qué demonios estoy haciendo?

20

VAUGHN

Me siento como un cavernícola mientras subo a Billie por las escaleras. O quizá como un vikingo que, tras meses de incursiones, ha conseguido por fin el tesoro que más desea.

Ya ni siquiera estoy luchando contra esto. A la mierda el trabajo. A la mierda mi familia. A la mierda mis buenas intenciones.

Deseo a Billie Black.

De hecho, nunca he deseado tanto a una mujer como la deseo a ella. Sus infinitas facetas, su boca sin filtro, sus largas piernas y su culo redondo. Me he cansado de fingir. Ya no me contengo, ya no me enfurruño.

Esta noche voy a hacer que se corra como nunca. Voy a adueñarme de su cuerpo. Voy a mostrarle lo que se ha estado perdiendo. Y luego voy a arroparla y hacer que anhele más. Voy ir con infinita calma, como si dejara pequeñas migas de pan en un camino que tendrá que seguir. No me precipitaré ni le daré la satisfacción de pensar que no me lo tomo en serio.

¿Esas fotos? ¿Esas mujeres? No significan una mierda. Y voy a demostrárselo.

No soy estúpido, la conozco lo suficiente como para saber que, haga lo que haga esta noche, mañana se va a volver loca. Estoy preparado para encontrarme con una versión diferente de Billie por la mañana. No será la versión que se derrite entre mis brazos, hambrienta y dócil que muestra ahora mismo. Pero disfrutaré de ella mientras pueda, y le demostraré que esta Billie debería salir a jugar conmigo más a menudo.

Porque este es un juego que pretendo ganar.

Quiero portarme como un salvaje con ella, pero también quiero tratarla como si fuera de porcelana. No quiero romper esta frágil tregua que hemos alcanzado. Se esconde tras su fachada alegre, pero puedo ver la tristeza que esconde tras la máscara de tía dura. Puedo ver a la tímida y desconfiada jovencita que ha tenido que luchar con uñas y dientes para llegar a donde está, pero que también es capaz de darle una paliza a un extraño con un

látigo.

La tumbo en la cama y me coloco sobre ella, apoyando los codos a ambos lados de su cabeza. Vuelvo a besarla con reverencia. Sus labios son como masilla bajo los míos, abiertos y ansiosos. Sus gemidos y suspiros son mi combustible: chispas sobre hierba seca. Quiero más. Quiero ver cómo pierde el control y oír cómo grita mi nombre. Quiero grabar este momento en mi mente. En mi cuerpo..., en el suyo.

Me aparto de sus labios para contemplar su rostro. La luz de la luna se cuele a través de la ventana y resalta sus delicados rasgos, iluminando todas las curvas y los ángulos femeninos de sus mejillas, de la base del cuello y las clavículas. Quiero lamerlo todo.

Sus ojos brillan como el ámbar; son como los de una gata por su color y su forma, y me miran a la cara con una franqueza que no había visto antes. Sus labios carnosos y en forma de corazón están un poco entreabiertos, y no puedo evitar imaginarme mi polla entre ellos. Ver cómo se desliza entre sus labios. Ver cómo esos ojos felinos se abren de par en par. Quiero sentir cómo vibran sus gemidos mientras me come la polla.

Solo de pensarlo se me pone más dura. Ni siquiera me ha tocado, y estoy a punto de explotar. En su cara o en esas tetas redondas. Pero tengo un plan y pintarla con mi semen tendrá que esperar a otro momento, porque no he hecho más que empezar.

Me alzo sobre su cuerpo y miro hacia abajo. Su belleza y la expresión lasciva de su rostro casi me llevan al límite. Se me entrecorta la respiración. Se muestra ante mí, con sus largas y delgadas extremidades y esa espesa melena castaña extendida a su alrededor como un halo.

Como un delicioso postre listo para que lo devore.

No rehúye mi mirada mientras mis ojos recorren su cuerpo. La fina bata negra que lleva no deja mucho a la imaginación: se abre en una V profunda desde los hombros, que apenas le cubre los pezones, hasta el punto en que se anuda alrededor de su esbelta cintura. A partir de ahí, la V se invierte para descender por sus muslos torneados.

Agarro un extremo del cinturón que le rodea la cintura y tiro de él. El nudo se deshace con facilidad, luego engancho un dedo bajo cada solapa de la bata y la llevo hacia atrás, dejando al descubierto su suave cuerpo iluminado por la luna.

Sé que Billie se comporta con dureza en lo que concierne a su aspecto. No

se me ha escapado la forma autodespreciativa en que se llama a sí misma «amazona» o que actúe como si me horrorizara verla con el pelo sin cepillar y la cara limpia. Pero no puede estar más equivocada. Tendida ante mí, desnuda y húmeda, lo único que puedo pensar es: «*Es mía*».

Sus pechos son turgentes. No muy exuberantes, solo lo justo. Hombros y brazos torneados, caderas anchas, vientre y muslos firmes, todo ello fruto de años de equitación y trabajo físico en los ranchos. No sé cómo no la he encontrado completamente irresistible desde el primer día.

¿Estaba ciego? Es casi perfecta.

Se me pasa por la cabeza el pensamiento de que ningún otro hombre debería volver a disfrutar de esta vista. Si alguien alguna vez la hizo sentir algo menos que impresionante, suprema y excitante, es un idiota.

Me arrodillo al borde de la cama, justo delante de ella, dispuesto a rendirle culto en su altar, y no se me escapa cómo se humedece el labio inferior al mirarme.

Deslizo las manos por las pantorrillas y más arriba, hasta pasarlas por debajo de su culo, justo entre su piel desnuda y la suave tela de la bata.

—Muévete, Billie.

Levanta la cabeza para mirarme, pero no dice nada. Sus ojos hablan por ella. Su respiración se convierte en un jadeo que le hace subir el pecho. Levanta la pelvis demasiado despacio y la impaciencia se apodera de mí. La sujeto por las caderas y tiro de ella hacia abajo, arrancándole un grito ahogado.

Cuando la tengo con el culo pegado al borde de la cama, las rodillas dobladas hacia arriba y los talones contra el colchón, le acaricio los huesos de las caderas con los pulgares y la inmovilizo ahí, expuesta.

—Dime lo que quieres.

—Qui... quiero que sigas... —tartamudea entre jadeos.

Oírla decir lo que desea, que me desea, hace que mi erección se inflame más y que el corazón se me estremezca en el pecho. Billie es tan reservada, tan intocable, que esta admisión parece algo excepcional.

Le doy un suave beso en el interior de la rodilla.

—Puedo hacer más. —No hace falta que me lo diga dos veces.

Pongo las manos debajo de sus rodillas y se las separo para besar el interior suave de su muslo. Luego me coloco una de sus piernas por encima del hombro. Tiene el sexo brillante. Está tan cerca, tan empapada... *Y es*

por mí.

—Joder. Billie, estoy deseando devorarte. —Gira la cabeza hacia un lado y se tapa la cara con una mano para ahogar el gemido que no puede contener.

Pequeña, no sabes lo que te espera.

Vuelvo a apoyar el otro talón en la cama y la separo más para mí. Me estoy volviendo loco. Me estoy torturando de verdad. A ella también, probablemente.

Subo un pulgar por sus pliegues y acaricio suavemente su clítoris al principio de mi recorrido. Miro la piel aterciopelada que lo rodea. Arquea las caderas sobre la cama. Vuelvo a acariciarla y veo cómo se retuerce. Es sensible... muy sensible... Meto la yema del pulgar en su sexo y le tiembla la pierna que ahora cuelga de mi hombro.

—Vaughn. Por favor —gime.

—¿Por favor qué? —pregunto sin poder apartar la vista de la articulación superior de mi pulgar, que entra y sale de ella, tan resbaladiza y estrecha.

Se incorpora sobre los codos y la mirada salvaje de sus ojos se refleja en los míos.

—Necesito más. Dame más.

Sin romper el contacto visual, vuelvo a sacar lentamente el pulgar de su interior y lo deslizo por el sensible clítoris. Deja caer la cabeza hacia atrás y grita al tiempo que sube sus redondas tetas presa del éxtasis. Me encanta mirarla.

Vuelvo a centrarme entre sus piernas, me acerco y llevo la lengua a su interior. Despacio.

—Joder, sí —oigo que jadea. Todo su cuerpo se estremece a mi alrededor.

Ese temblor es lo único que necesito para que se rompa mi frágil control. Le agarro las piernas y la devoro. Alargo la mano para acariciarle los pechos. Pellizco los duros pezones entre el pulgar y el índice. Se retuerce de placer. Sus palabras sin filtro son un codicioso torrente de deseo y avivan el fuego en mi interior.

—No te pares..., sigue..., sigue... Más fuerte... Más... Quiero follar, Vaughn...

Debería haber sabido que sería tan ruidosa en la cama como fuera de ella. Me está suplicando, y mi polla está durísima. Más dura que nunca. Me duele. Y Billie sabe a gloria en mi boca. Así que ni siquiera me importa.

Me enrosca las piernas alrededor del cuello para acercarme más. Mueve las caderas sin parar, apretándose contra mi boca descaradamente. Me encanta.

—Vaughn, estoy a punto.

Jadeo, embelesado por el espectáculo que tiene lugar entre sus piernas. Me detengo y la miro con picardía.

—He dicho que no pares —gime.

Sonríó y muevo una mano. Luego hundo dos dedos de un solo golpe en su interior.

—¡Joder! —grita, dejando caer de nuevo la cabeza hacia atrás.

Sí, joder, me encanta verla.

Vuelvo a concentrarme en mis dedos, y establezco un ritmo. Metiéndolos y sacándolos. Miro cómo entran y salen de su calor húmedo.

—Oh, Dios... —Es todo lo que necesito oír para volver a añadir mi boca a la mezcla, haciendo girar mi lengua y presionando el nudo de nervios.

Billie está tensa y se retuerce bajo mis caricias. Se pellizca los pezones. Así, *cariño*. Puedo sentir la tensión en su pelvis, como una bobina esperando liberarse, dispararse, explotar...

Y de repente lo hace.

—Oh, Dios mío. ¡Vaughn! Me... —Sus piernas, su coño se aprietan a mi alrededor. Y sus manos, que ahora están en mi pelo, tiran de mí hacia ella. Las temblores la recorren por entero mientras sigo moviendo los dedos y lamiéndola, alargando su orgasmo todo lo que puedo.

Por fin, se relaja. Y me golpea la enormidad de lo que acabamos de hacer.

El tiempo se detiene. Billie me envuelve —su respiración agitada, su piel, su aroma— y me doy cuenta de que esta vez es diferente. Con Billie es *más*. Mi erección está a punto de estallar y solo puedo pensar en besarla, abrazarla y hacer que se corra otra vez. Y otra.

Verla desmoronarse a mi alrededor debe de ser lo más hermoso que he visto en mi vida. Meses de tensión, meses de emociones a flor de piel, todo se derrumba en el encuentro sexual más satisfactorio de mi vida.

Estoy jodido.

21

BILLIE

Parece que Vaughn y estamos en absoluta sintonía.

Son las seis de la mañana y estoy superdespierta, aterrada por lo de anoche. Pero también muy concentrada en recordar su lengua pecaminosa. Nos hemos turnado para ver cómo estaba DD cada hora, y, al volver a la cama, él me llevaba hacia su cuerpo y me besaba el pelo.

Me llevo las manos a la cabeza y miro a Vaughn, que sigue durmiendo a mi lado. Corta el aliento, literalmente: cuando lo veo tumbado como un dios bajo la suave luz del amanecer, me quedo sin respiración.

El dios de comer coños.

No puedo decidir cuál me gusta más: el Vaughn de aspecto peligroso bajo la luz de la luna la noche pasada, engreído y mojabragas, o el Vaughn apacible bajo la luz dorada de la mañana, de piel cálida y líneas duras, que respira con suavidad a mi lado, con ese característico olor a Amaretto.

Tal vez por eso me siento ahora mismo como si estuviera borracha; borracha de Vaughn y de malas decisiones.

Normalmente soy capaz de separar los sentimientos del sexo, pero esto es nuevo y me da un poco de miedo.

Vale, me da pánico.

Hank lleva años insinuándome que tengo miedo al compromiso. Y quizá ese maldito entrometido no estaba equivocado del todo.

¡Gracias, mamá! ¡Gracias, papá! Al final me habéis dejado una herencia.

Anoche, Vaughn, la personificación de todos los hombres que he evitado, me devoró viva y me partió por la mitad. Me hizo correrme como un tren de mercancías. Ni siquiera follamos, aunque recuerdo vagamente que se lo pedí.

¡Oh, Dios! Se lo supliqué.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me lo echará en cara siempre cuando volvamos a tener una relación laboral normal, porque eso es lo que va a pasar.

Solo una noche. Eso es todo.

Esta noche no se borrará fácilmente de mi memoria. Cómo me tocó. Me lamió. Me mordió. Me poseyó. Eso quedará grabado a fuego en mi cerebro y en mi cuerpo durante años. En mi historial ha habido polvos buenos y malos. Alguno incluso ha sido genial (las guarradas dichas con acento irlandés son más excitantes, ¿sabéis?). Pero lo de anoche fue de otro mundo. Aprieto los muslos solo de pensarlo. Me arde la piel al recordar su barba incipiente rozando la sensible cara interna de mis muslos. Fue magistral.

Por eso no lo eché a patadas cuando quiso volver al granero y marcharse a casa antes del amanecer. Menudo idiota. Lo llamé.

—No seas imbécil. No vas a conducir por esas carreteras oscuras después de haber pasado la noche en vela. Ven aquí. —Levanté la manta y me moví para hacerle sitio.

Es demasiado grande para esta cama, pero nos apañamos. Aunque me miró con desconfianza.

—Vale, pero no vamos a follar —me advirtió con una estúpida sonrisa chulesca en la cara.

Gilipollas.

Y entonces se desnudó en la oscuridad, bajo la luz plateada que se filtraba por la ventana. Sabía que el espectáculo de su cuerpo iba a merecer la pena (me gusta pensar que tengo buen ojo para los tíos buenos), y me lo comí con la mirada.

Pero en realidad fue más que un polvo.

Superó mis expectativas. Sospechaba que Vaughn aprovechaba su tiempo libre tirándose a todas las mujeres que se cruzaban en su camino, pero podría estar equivocada. Porque nadie tiene ese aspecto sin entrenar por lo menos un par de horas todos los días. Todos.

Pero cuando me abrazó no supe qué hacer. Me quedé tumbada y aguanté como una campeona. Había contado con que se tumbara y se durmiera, y no con que se metiera en la cama con esos calzoncillos ajustados, me besara como si quisiera robarme el alma, recordándome lo que acabábamos de hacer, y luego me estrechara entre sus brazos mientras me daba suaves besos en el hombro desnudo.

Fue una sorpresa. Una sorpresa muy agradable.

Me embebo de la imagen de su forma dormida. Intento grabar esa imagen

en mi memoria. Una anécdota que contarles a mis nietos algún día. O algo así.

Me he superado a mí misma. He disfrutado de un Adonis por una noche. Líneas duras, hombros anchos, bíceps mordisqueables, esa V que desaparece bajo el edredón y el pecho lleno de rizos negros. Es muy masculino.

Y tiene esa voz gruñona y mandona que retumba entre mis piernas.

Joder. Estoy vendida.

Salgo a rastras de la cama, me envuelvo con la bata negra que usé anoche y bajo las escaleras. Primero miro a DD, que dormita cómodamente de pie en una esquina del prado junto a un par de cacas.

Eso es una gran noticia.

A continuación, hago café y pienso lo que le diré a Vaughn cuando se despierte. Mientras me preparo para mostrarme interesante y no ser una torpe de narices, oigo vibrar el móvil. Por supuesto, no sé dónde está.

Soy un puto desastre.

Después de mirar en la cocina voy al salón, y veo el puto sofá de anoche, donde empezó mi debacle.

El borde negro de mi teléfono sobresale entre el cojín del asiento y el reposabrazos. *Aleluya.*

Lo cojo e intento encenderlo con la intención de mandar un montón de mensajes para ponerlos a todos al día. Pero mi detector de huella digital no funciona. Tampoco el código. Y cuando miro de nuevo la pantalla del teléfono, me doy cuenta de que no es mi teléfono: es el de Vaughn. Tiene sentido que se le haya caído del bolsillo cuando me eché encima de él anoche. Voy a dejarlo en la encimera, pero un mensaje me está guiñando un ojo.

Mamá

Buenos días, cariño. Solo quería recordarte que Emma Breland te acompañará a la gala del próximo sábado. Hablé con ella ayer en el club de tenis y está deseando ir. Es una chica encantadora. Piensa ir de rosa. ¿Podrías ponerte algo a juego?

¿Va en serio? ¿Cree que van a ir al baile de graduación o algo así?

Y la parte más insegura de mí también se pregunta por qué coño Vaughn hace planes para salir con otra mujer si de verdad quiere que seamos algo más que amigos.

Es tu jefe, no tu novio, asúmelo.

No debería sorprenderme, la verdad. Eso es lo que hacen esta clase de hombres. Llevo viéndolos toda la vida: mi padre era el mejor ejemplo de un mujeriego experto en ocultar la verdad. Vaughn dijo lo que debía la noche pasada para romper mis defensas, y me tragué el anzuelo enterito, con sedal y flotador.

¿Sigo pensando que Vaughn es el ligón que había imaginado? No. No creo que mintiera sobre eso. Pero no me gusta que me tomen el pelo. Ya he experimentado suficiente humillación pública para toda una vida. No me digas que soy lo que quieres cuando tienes un montón de mujeres haciendo cola.

Sin embargo, sí creo que es un hombre de veintiocho años cuya madre lo tiene comiendo de su mano. Una cosa es que ella lo siga emparejando con mujeres al azar y otra, que él le siga la corriente cuando lo hace. Puede que ella tenga buenas intenciones, pero cuando alguien te pone continuamente en una posición que no te gusta, es tu responsabilidad negarte.

Vaughn no tiene agallas para contrariar a su madre, y yo no voy a meterme en eso. Ya tengo bastantes problemas con mis padres como para tener que cargar con los de otra persona. No necesito más complicaciones en mi vida. Que se las apañe solo.

Me sirvo una taza de café bien caliente. Cargado y con mucha leche. Y me apoyo en la encimera para dar ese primer sorbo celestial. Ningún sorbo sabe tan bien como el primero de la mañana. Cierro los ojos y lo saboreo; suspiro para armarme de valor. Me preparo para mostrarme madura y distante cuando se despierte. Ya soy mayorcita. No me hago ilusiones después de una noche de tonto. No nos vamos a casar. No me debe nada. Así que sonreiré y seguiré adelante.

Me alegro de haber llegado a esa conclusión, satisfecha con mi plan para seguir adelante. Somos una empleada y su jefe que se liaron en un momento de debilidad. En un momento con muchas emociones y poco sueño. Ahora debo volver a ser la Billie profesional. La Billie que va a ganar un derby con el caballito negro que dormita fuera.

Cuando Vaughn baja la escalera de madera, completamente vestido pero con el aspecto de un dios del sexo, ya había conseguido alimentar a DD, encontrar mi teléfono y enviar todos los mensajes que quería. Me he tomado otra taza de café y me siento más yo misma.

La inteligente y autosuficiente Billie.

—Hola. —Las comisuras de esos labios hechos para pecar se curvan en una sonrisa cuando avanza hacia mí; sus ojos me recorren el cuerpo con complicidad. Con avidez. El calor se acumula en mi vientre.

Soy absolutamente patética. No puedo controlarme cuando tengo a este tipo cerca.

—Hola. —Es mi inteligente respuesta cuando me arrincona contra la encimera. El aroma de su piel me envuelve y me transporta a la sensación de su cuerpo desnudo sobre mí la noche anterior. La forma en que consiguió que me retorciera, temblara y suplicara.

Su barba me roza la mandíbula y me estremezco.

—¿Ya estás flipando? —me susurra al oído.

No puedo evitar la forma en que mi cuerpo responde al suyo. Sobre todo ahora que sé de lo que es capaz. Por eso sonrío como una loca.

—¡No! ¡Estoy genial! —digo.

Ladea la cabeza para evaluarme. Sus inteligentes ojos oscuros escudriñan los míos, más claros, y no se cree ni una palabra.

—Billie... —Sus labios rozan mi mejilla de camino a los míos—. No me mientas.

Me besa con más ganas y mi cuerpo traidor se arquea, feliz, hacia él. Pongo una mano en su pecho y lo aparto, aunque mi cuerpo me pide a gritos que lo acerque.

—Tengo que vestirme y bajar al establo. He quedado con la doctora Thorne dentro de una hora. —Me escapo a toda prisa y obligo a mis piernas a alejarse del santuario de sus brazos.

Se gira para mirarme con cara de confusión.

—Tómame el día libre, Billie.

Le hago un gesto con la mano por encima del hombro cuando subo las escaleras para vestirme.

—No. Estoy bien. Ya dormiré esta noche. Tu teléfono está en la encimera. Lo he encontrado en el sillón. Tienes un mensaje de tu madre —añado, porque no soy tan madura como me gustaría creer.

22

VAUGHN

Estupendo, joder. Un mensaje de mi madre. Cojo el móvil y, al leer el mensaje, el miedo me afloja las piernas.

Mierda.

Tiene el don de la oportunidad, he de reconocérselo. Por fin estaba empezando a derribar los muros que rodean a una de las mujeres más introvertidas del mundo, y mi madre me envía un mensaje para concertarme una cita con otra mujer.

Una cita a la que no tengo intención de acudir, y menos después de lo ocurrido anoche.

No es de extrañar que Billie haya salido disparada con esa sonrisa incómoda y demasiado alegre. Estaba flipando, y ese mensaje ha sido la guinda del pastel.

Por desgracia para Billie, no pienso asustarme tan fácilmente. Su orgullo herido por un mensaje estúpido no va a ser suficiente para disuadirme. He probado y quiero más. *Mucho más.*

Soy un hombre sensato y paciente. Un hombre pragmático. Puede que no esté acostumbrado a ir detrás de una mujer, pero nunca he estado tan pillado en mi vida. Me estoy planteando algo a largo plazo con Billie.

Ella lo vale.

Asomo la cabeza en su habitación.

—Billie, voy a casa a darme una ducha y a cambiarme, y luego vuelvo.

—¡No hace falta! Estoy bien. Adiós. —Su falso entusiasmo me hace poner los ojos en blanco.

Ahora que ya sé cómo ha sido su infancia, la entiendo mejor. Esa fachada alegre y brillante es una tapadera, lo tengo clarísimo, y voy a echarla abajo pieza a pieza. Quiero llegar a la mujer temperamental y malhumorada que hay debajo. Esa es la Billie que me intriga. La Billie que quiero.

—Llama a mamá —ladro al sistema de Bluetooth apenas me abrocho el cinturón de seguridad.

Un fuerte timbrazo resuena por los altavoces, seguido del alegre saludo de mi madre.

—¡Vaughn! Qué oportuno. Estoy en el coche con tu hermano. Vamos a tomar un café. ¿Quieres acompañarnos?

Esta es su última gran idea, ignorar de forma intencionada que ya no vivo en la ciudad.

—Hola, mamá. Hoy no. Estoy en el rancho, ¿recuerdas? Pero tengo que hablar contigo.

—Claro, cariño. ¿Qué pasa?

—Tienes que dejar de organizarme citas. —Opto por soltarlo de golpe—. Ya ha durado demasiado. No lo hagas más.

Silencio incómodo.

—Vaughn..., lo siento. Solo intentaba ayudar.

Suspiro. La relación con mi madre es tensa en el mejor de los casos. Por un lado, no quiero hacerla sentir peor; no soy tan inconsciente como para pensar que no carga con una culpa inmensa por haberme abandonado con mi abuelo y haberse dado al alcohol los años posteriores a la muerte de mi padre. Pero esto de intentar recuperar el tiempo perdido agobiándome en la edad adulta tiene que acabar. Tengo que confesar que me preocupa que sin eso no tengamos nada en común. Estaremos aún más distanciados de lo que ya estamos. Pero ya veré qué hago llegado el caso.

—Lo sé, mamá. Pero no ayudas. ¿Quieres que llame yo a Emma Breland o lo haces tú?

Me siento mal cancelando la cita. Conozco a Emma Breland desde hace años. Hemos asistido como amigos a varios eventos. No es culpa suya que mi madre se entrometa más de lo normal. Tampoco es culpa suya que yo haya sido tan pusilánime como para no poner fin a esa pantomima.

—¿No puedes seguirme la corriente una última vez? Es encantadora, Vaughn. Sus contactos podrían ser útiles para el rancho. Sé que os lleváis bien...

Inspiro hondo. No puede hablar en serio

—Mamá, basta. He dicho que ya no habrá más citas.

Oigo de fondo la risita malvada de mi hermano.

—¿Estás con manos libres?

—Hola, hermanito —responde Cole, sin ocultar la diversión en su voz.

—Mamá, tengo la solución perfecta. Que Cole lleve a Emma a la gala. Le

hace falta salir con alguien.

Esta vez, Cole no se ríe. Sonríe para mis adentros, me encanta tomarle el pelo a mi hermano. Ha superado más de lo que la mayoría de la gente superará jamás, pero se ha vuelto frío e introvertido. Inalcanzable. Ha llegado el momento de que vuelva al mercado.

—No te metas con tu hermano. —Y también ha llegado el momento de que mi madre deje de andar de puntillas a su alrededor—. Hablaré con Emma. Seguro que la verás allí.

Pongo los ojos en blanco. Es una mujer imposible.

—Mamá, no voy a ir.

—¿Por qué? —Parece atónita de verdad.

—Porque aún no estoy listo. Estoy ocupado. Soy feliz en el rancho. Necesito más tiempo antes de volver y enfrentarme a las hienas.

Resopla, no le gusta mi respuesta, pero está entrenada para no alterarse ni montar una escena.

—Como quieras, cariño.

—Estupendo. Hablamos luego —digo; cuelgo y salgo disparado por las carreteras del rancho hacia mi casa.

Billie me ha estado evitando toda la semana. O me ha dado esa impresión, aunque sé que se ha pasado los días yendo y viniendo al hipódromo de Vancouver para entrenar a los caballos que tenemos allí, ahora que se ha levantado la suspensión.

Por mi parte, me oculto en el despacho en el rancho. He fracasado por completo: no he sido capaz de demostrarle lo mucho que la deseo, que voy en serio con ella. Tenía grandes ideas sobre lo que iba a hacer. Grandes gestos que iba a llevar a cabo. Pero me he dado cuenta de que estoy fuera de mi elemento.

Lo que siento por ella me asusta. Me paraliza.

Soy un puto cobarde.

Si se trata de cerrar un negocio de alto riesgo, no tengo problemas. Si hay que despedir a alguien, ahí estoy. Si tengo que hablar con la mujer que me gusta y a la que respeto, me acojono.

Estoy acostumbrado a que la gente se aparte de mí cuando las cosas van mal: mi madre, mi hermano...; ya he pasado por esto antes. Aunque, de alguna manera, con Billie es peor.

La he visto por el rancho, siempre con esa expresión de felicidad forzada en la cara, y, cómo no, siempre acompañada de alguien, por lo general, uno de sus compinches habituales: Violet o Hank; no he conseguido estar a solas con ella. Y soy demasiado cobarde para ir a su casa cuando está claro que no quiere verme.

Salvo rebajarme ante ella, soy demasiado inexperto en relaciones como para saber qué hacer a continuación.

Además, yo no me rebajo ante nadie.

Por eso, cuando recibo un mensaje en el que me dice que quiere hablar conmigo, suspiro de puro alivio. Ha sido ella la que ha acudido a mí. Esto ya es terreno familiar.

Los nervios me dominan mientras la espero. Ordeno mi escritorio, organizo algunas cosas, me paso las manos por el pelo... Estoy impaciente, emocionado como un niño pequeño.

—Toc, toc, toc.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada ambarina en el umbral de la puerta; con su pelo castaño y sus ojos dorados; toda ella es cálida y sensual como el terciopelo.

—Adelante.

—Gracias por recibirme —dice con formalidad, con torpeza.

—De nada —respondo, como un auténtico cobarde de mierda—. ¿Qué pasa?

—He encontrado un *jockey* para DD —responde, y toma asiento en una silla frente a mí.

—Muy bien. —No pensaba que fuéramos a hablar de eso.

—Se trata de Violet —continúa.

Me tomo un minuto para asimilarlo, para darme cuenta de que estamos hablando de negocios y no de algo personal. No estamos hablando de nosotros.

—¿Violet, la campesinita?

—No seas pretencioso, Vaughn —resopla—. Es excelente con los caballos. Tiene un don. Y se ha sacado la licencia. Lo único que tengo que hacer es ayudarla para que eche horas entrenando; estará preparada.

Vale, ha captado mi atención. Apoyo los codos sobre el escritorio y la barbilla en las manos, intentando «*no ser pretencioso*».

—Billie, Violet es..., bueno, es muy joven e inexperta. ¿Ha montado en

alguna carrera? Y quieres mandarla a todo un derbi para que coja experiencia...

—Lo es. —Levanta las manos en un gesto de rendición—. Todo eso es verdad. Pero la he tenido montando a DD toda la semana, y él la adora. No podemos arriesgarnos con lo sensible que es ese caballo. Lo sabes tan bien como yo. —Billie me lanza una mirada cómplice—. Solo tiene que participar en unas cuantas carreras, no salir a la pista todos los fines de semana. Y está preparada. Déjala probar. Deberías verlos juntos. Es algo..., bueno, es increíble.

Dejo escapar un gemido, me restriego las manos por la cara y me las paso por el pelo.

¿Cómo he acabado así? Traicionado y abandonado por el hombre que más admiraba. Contratando a una entrenadora desconocida para su rancho, su maldito legado. Y ahora estoy a punto de poner a una jinete completamente verde a cargo de mi caballo más valioso, el único que puede salvar el rancho.

Este no es el enfoque organizado y lógico que me gusta dar a las situaciones. Estas decisiones no tienen sentido.

Estoy perdiendo el norte.

—No... no sé qué hacer —respondo con sinceridad.

Me devuelve la mirada con la determinación pintada en sus delicadas facciones, y en el fondo sé que no voy a negarme.

—¿Confías en mí, Vaughn? —pregunta con un asentimiento.

¿Confiar en ella? Hago algo más que confiar en ella. Es fuerte y decidida, dice lo que quiere y lucha por ello. No es una heredera risueña dispuesta a hacer todo lo que yo le diga que haga. Es ella misma, de la cabeza a los pies, y no pide perdón por ello.

La admiro muchísimo. Una extraña sensación de calidez me cae encima como una tonelada de putos ladrillos.

—Sí —respondo, y busco su mirada.

Lo he dicho en serio, y mi mente se tambalea cuando me doy cuenta de que le daría a esta mujer cualquier cosa que me pidiera; algo terriblemente irónico, porque puede que sea la única mujer que he conocido que no quiere absolutamente nada de mí.

—Confía en mí. No te defraudaré.

Me quedo en silencio; quiero creerla, pero al mismo tiempo tengo que

luchar contra esa vocecita que me dice que las personas a las que quiero no siempre son como creo que son. Que no siempre puedo confiar en ellas.

Tenía a mi abuelo en un pedestal. Habría hecho cualquier cosa por ese hombre y ahora mismo no hay nada que no haría para limpiar su reputación. Pero ha resultado ser muy diferente de la imagen idílica que me había formado de él. He estado tan ciego... ¿Cómo he podido juzgarlo tan mal?

Pero Billie no es él, y no quiero pasarme la vida compadeciéndome por esa traición. No quiero ser el tipo triste y callado que tiene problemas no resueltos con su abuelo.

Así que doy un salto de fe y decido confiar en la mujer sentada frente a mí, que brilla de la emoción. *Quiero eso...* Quiero volver a sentirme así.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —pregunta ella, con la incredulidad empapando su voz.

¿Cómo puedo decirle que no cuando mi recompensa es esa mirada? Esa mirada chispeante que la hace brillar por dentro. Que la hace resplandecer. Esa mirada especial que reserva para los caballos. Quiero que me mire a mí así. Quiero embotellarla y bebérmela. Guardarla para los días en los que me sienta triste y necesitado de afecto.

Se levanta de un salto con una sonrisa satisfecha en la cara, dando palmadas con sus largos y elegantes dedos. Quiero sentir esos dedos otra vez en mi pelo y alrededor de mi polla.

Joder. Todo lo que hace esta chica es excitante.

Sus dedos, por el amor de Dios, me reprendo. Soy patético.

Billie es como una droga para mí. Pierdo la cabeza cuando la tengo cerca.

—Gracias, Vaughn —canturrea, yendo hacia la puerta—. Me pondré con los documentos de inscripción para la próxima carrera. No te arrepentirás.

—Lo sé —respondo, porque sé que es verdad. En estos meses, desde que la conozco, he visto sus agallas y su determinación. He visto lo duro que trabaja y que consigue todo lo que se propone.

Se va, y quiero decir cualquier cosa para que se quede.

—Billie...

—¿Sí? —Frunce el ceño, se agarra al marco de la puerta y me mira.

—¿Tienes planes para este fin de semana?

Esa máscara de alegría histérica cubre su rostro alegre. Me encojo para mis adentros al darme cuenta de lo mal que ha debido de sentarle leer el breve mensaje de mi madre después de la noche que pasamos juntos.

—Sí, tengo planes.

Inspiro hondo para armarme de valor, muriéndome de ganas de conseguir una cita por primera vez en mucho tiempo. Y no es una cita con cualquiera. Quiero salir con Billie.

—¿Qué...? —Me doy unos golpecitos con el puño en el pecho y me aclaro la garganta—. ¿Vas a salir?

Se tensa.

—Sí. Eso. Lo que acabo de decirte. Tengo planes. —Se aleja sin mirar atrás.

Siento el rubor en las mejillas y los latidos de mi corazón en los oídos. ¿Cómo demonios ha pasado de retorcerse debajo de mí, suplicándome que folláramos, a tener «planes» en tan solo cinco días?

¿He desperdiciado la oportunidad por culpa de un mensaje desconsiderado que escapaba por completo a mi control? La conozco bien y sé que no tiene la piel tan fina, pero los hombres la ponemos nerviosa. Me lo ha dejado muy claro. Por tanto, solo hay una alternativa obvia: la dulce Billie me está mintiendo. Intenta alejarse de mí. Intenta esconderse.

Pero es demasiado tarde. Si yo soy el depredador y ella es mi presa, y ya he probado algo que no puedo olvidar, volveré a por más, tanto si se da cuenta como si no.

Ya no pienso andarme con cuidado.

23

BILLIE

Soy idiota.

¿Por qué he dicho eso? Por supuesto que no tengo planes. Lo único que hago todo el rato es trabajar en el puto rancho del puto Vaughn Harding. No tengo una vida social digna de mención.

Y acabo de acojonarme como una maldita idiota.

Me escondo en un retrete vacío del final del pasillo que lleva a su despacho, y me paso las manos por la cara, intentando recuperar el aliento, porque hasta ahora he sido capaz de no pensar en que va a salir con una mujer preciosa —muy adecuada para él— vestida de rosa.

Estoy enfadada conmigo misma por haberle mentado, por actuar como una cobardica. Y estoy enfadada con él por preguntarme qué voy a hacer para restregarme de paso lo que va a hacer él. Ha tenido el descaro de llevarme a la cama y después planear una cita con otra mujer. Y no me ha dicho ni una palabra sobre eso desde que se fue esa mañana. Lo sabía, y no ha dicho una mierda. Tampoco es que me sorprenda. Esto es propio de los niños mimados como Vaughn Harding.

Si soy totalmente sincera, me molesta que no haya intentado hablar conmigo esta semana. Sé que he estado en la pista de Vancouver hasta muy tarde la mayoría de los días, pero aun así...

En secreto, me muero por que se acerque hasta la puerta de mi casa, me aprisione contra la pared y me bese hasta dejarme sin aliento. Quiero que esa cuidadosa fachada se desmorone. Quiero que toda esa testosterona que acecha bajo la superficie se desborde. Quiero que apueste por mí. Quiero que intente conquistarme.

Necesitaba que se comportara como un hombre adulto, y no lo ha hecho. Y me ha decepcionado. Lo cual es una estupidez, pues no solo es mi jefe, sino también uno de los solteros más codiciados de Vancouver. No tengo ninguna razón para sentirme decepcionada, no tengo ningún derecho. Pero aquí estoy, haciéndole creer que tengo una cita solo para fastidiarlo. Y lo he

empeorado todo porque, por supuesto, mi agenda está vacía.

Necesito ayuda. Ayuda profesional. Pero, por ahora, tendré que apañármelas con Violet. Le envió un mensaje para que nos veamos en el prado de DD. Cuando llego, ya me está esperando con cara de preocupación y retorciéndose las manos.

—¿Qué pasa? —suelta en cuanto estoy lo bastante cerca para oírla.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

—¿Qué? Nada. ¿Por qué?

—Genial, pues ya tienes planes.

—¿Seguro que quieres salir con una simple trabajadora de las cuadras? —bromea.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Me encanta dar buenas noticias.

—No..., pero sí con la nueva *jockey* de la sensación local, Double Diablo. —Se le ponen los ojos como platos y me mira con intensidad, con su carita de querubín congelada—. Muy bien, Vi. No es la reacción que esperaba.

—No tiene gracia, B. ¿Estás de broma? —susurra, y empalidece poco a poco.

—¿Por qué iba a bromear con esto? Soy malvada, pero no tanto. ¡Felicidades! Te hemos ascendido. Solo falta que Vaughn y yo firmemos los papeles. Y tienes que sacarte la licencia. Y que empezar a pesarte obsesivamente hasta el día de la carrera. —Abre y cierra la boca, pero no emite ningún sonido. Parece un precioso pez boqueando fuera del agua—. Pero también sigues siendo mi amiga —bromeo—, y por eso tienes que salir conmigo mañana por la noche.

—Bueno..., vale —responde Violet sin aliento.

Echo la cabeza hacia atrás y me río de ella.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

Su sonrisa se amplía hasta volverse demasiado grande para su pequeño rostro, y se tapa la boca con las manos para ahogar la risa. Le tiemblan los hombros con la fuerza de esas carcajadas incrédulas. Parece tan feliz que la intensidad de mi propia sonrisa hace que me duelan las mejillas.

Abro los brazos para recibirla, y ella me abraza al instante.

—Billie. Esto... esto es demasiado. Ni siquiera sé qué decir.

La aparto un poco y la agarro por los hombros. Sus ojos brillan por las lágrimas no derramadas, y eso consigue que me escuezan los míos.

—Violet —la sacudo con suavidad—, te lo mereces. Has trabajado

mucho. Eres imperturbable y tranquila. Algo que tanto los caballos como yo necesitamos. —Se ríe entre dientes—. Esto no es demasiado, como tú dices. Eres la primera en llegar y la última en marcharse. Has derramado más sangre, sudor y lágrimas en esta carrera que cualquiera que conozca. Nunca, nunca te menosprecies. Acepta el puesto, es tuyo, y no pienses ni por un segundo que no te lo has ganado.

Baja las largas pestañas y se le derraman las lágrimas sobre sus pómulos redondos.

Le doy un apretón en los hombros.

—Tenemos que estar unidas, ¿vale? Deporte de hombres, y una mierda. —Suelta una carcajada llorosa y levanta las manos para limpiarse la cara—. Deja de llorar. Solo es una cita. Y mírame, estoy buena. No será tan malo.

Lanza una carcajada y me empuja hacia atrás.

—Dios mío, mujer. ¿No puedes hablar en serio un minuto?

—¡No! —exclamo.

—No, venga, en serio. Gracias, Billie. Haré que te sientas orgullosa de mí. Te lo prometo.

—Ya me siento orgullosa de ti, pequeña Vi.

—¡Yo invito a las copas mañana por la noche! Iremos al bar del pueblo.

—Perfecto, yo conduzco —digo, contenta por poder alejarme del rancho un rato y salir a socializar por fin. Con un rápido apretón más, se aleja a toda prisa, pavoneándose hasta el establo.

Siento una punzada de culpabilidad porque la estoy utilizando como escudo frente a Vaughn, pero también sé que me perdonará cuando me sincere. Violet es así de buena gente. Además, necesito toda la protección del mundo.

Me arreglo el pelo con largas ondas castañas. Incluso me maquillo y me pongo un vestido camisero gris. Me siento bien llevando otra cosa que no sean vaqueros y botas, y la verdad es que me apetece salir y hacer algo que no tenga nada que ver con los caballos. Conduzco hasta el establo para recoger a Violet en su pequeño apartamento encima de los establos. Está preciosa, aunque parece distraída cuando se sube a la camioneta negra del Gold Rush Ranch.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando se abrocha el cinturón con brusquedad.

Mira a través del parabrisas.

—Sí. Pero necesito un trago.

Y no es broma. Esa noche, pierdo la cuenta de cuántos chupitos se bebe Violet. Yo me paso al agua después de un par de cervezas y escucho sus comentarios vagos sobre un chico con el que ha estado quedando y que claramente no está disponible. No sé de dónde saca el tiempo, pero, por lo que parece, al final le ha dado la patada. Por eso bebe como una esponja.

Acaba contándome más cosas sobre su familia y su infancia en Alberta, sobre sus padres y sus hermanos y lo asfixiantes y sobreprotectores que son. Se mudó a la Columbia Británica para ver mundo por su cuenta. Cuanto más habla, más torpes se vuelven sus palabras, y por mucho que me divierta escucharla hablar sin parar, al final sugiero volver al rancho.

Sube las escaleras de su apartamento tambaleándose, y me pregunto si debería haberla ayudado. Suspiro aliviada cuando cierra la puerta. La pobre Violet va a sufrir mucho mañana.

Cuando llego a mi oscura cabaña, me invade el cansancio. Todos los desplazamientos de esta semana, conocer a gente nueva en la pista, escuchar a Violet, pensar en Vaughn... Estoy agotada.

Me sobresalto cuando veo a Vaughn sentado a oscuras en el escalón de mi casa.

—¿Qué haces aquí? —Suspiro, y me bajo del vehículo.

—He venido a hablar contigo. —Su tono es cortante y no me gusta.

Paso junto a él y meto la llave en la puerta.

—No te molestes. Me voy a la cama. Deberías volver a tu gala o lo que sea que tengas que hacer esta noche.

Se levanta y da un largo paso hacia el porche.

—Qué exasperante eres... —ladra, y el sonido de su voz me sorprende—. Estoy harto de que corras a esconderte lejos de mí —añade con un gruñido sordo.

¿Se cree que puede hablarme así?

Me doy la vuelta, con la sangre bombeando rápidamente por mis venas.

—Hablando de correr, ¿qué tal si vuelves con tu cita del vestido rosa ahora mismo?

Se acerca, soltando una profunda risa sardónica que retumba en su pecho.

—Si no te conociera mejor, diría que estás celosa, Billie. ¿Dónde has estado esta noche?

Me echo hacia atrás.

—¿Estás de coña? ¡He salido con Violet, joder! Tú, por otro lado, pasaste la noche conmigo y luego...

—Esa boca... —Me interrumpe y me pone el dedo por los labios para silenciarme, acercándose más—. No he ido a la gala. Llamé a mi madre esa mañana cuando salí de tu casa y le dije que la cancelara. Le dije que dejara de concertarme citas y punto. Si no me hubieras estado evitando toda la semana, lo sabrías.

Me tenso y resoplo.

—Vaughn, eres mi jefe. Sé que hemos cruzado esa línea. Pero tenemos que volver a trazarla. No quiero que esto se complique. No quiero seguir caminando de puntillas a tu alrededor. Solo quiero trabajar y ganar carreras.

—Yo quiero lo mismo —gruñe, y me empuja con suavidad al interior.

Y cierra tras nosotros.

24

BILLIE

Vaughn me lleva hacia él y, antes de que me dé cuenta, me ha dado la vuelta y me ha empotrado contra la maciza puerta de pino.

Sus movimientos son seguros, firmes, autoritarios, pero su contacto es suave. Me estremezco al verle tomar el control. Se mueve con la gracia y la seguridad de un lince, y yo jadeo con los ojos muy abiertos.

Como una presa ante su cazador.

—Creía que acababas de decir que querías lo mismo. —La voz me sale más temblorosa de lo que me gustaría. Me desliza la mano por el cuello hasta llegar a la barbilla, obligándome a mirarlo, a contemplar su apuesto rostro, sus ojos oscuros clavados los míos, leyendo en mí como en un libro abierto.

—Y quiero. —El tono ronco de su voz me provoca un calor húmedo entre los muslos—. Vamos a redefinir términos: tú eres más que mi empleada y yo soy más que tu jefe. Ya está bien de mantener una distancia que ninguno de los dos queremos. No es tan complicado. Estaré por encima de ti durante el día... y tú estarás debajo de mí por la noche. Todas las noches. No habrá que andar con cuidado, no habrá más huidas y no habrá nadie más.

La sangre me palpita en los oídos. Todas las protestas mueren en mi lengua.

—La he cagado esta semana al retroceder de la forma en que lo he hecho. Lo que debería haberte dicho es que te quiero a ti y que quiero ganar carreras. Lo quiero todo.

Está loco. Es un puto mandón. Y nunca me ha puesto tan cachonda. La cabeza me da vueltas con el peso de su confesión.

—Dime que no quieres eso y saldré por esta puerta. Fingiré que esto nunca ha sucedido.

Esa última promesa se me clava en el corazón. ¿Cómo podría fingir que no ha pasado nada entre nosotros? No podría: esa posibilidad es demasiado dolorosa.

Mis manos se deslizan por las solapas de su chaqueta hasta agarrarlo del cuello. Siempre me ha hecho gracia que lleve traje aunque viva y trabaje en medio de la nada. Me mira en silencio, esperando a que diga algo, a que responda a esa confesión. Me paso la lengua por el labio inferior y admiro sus rasgos sin pudor. Sus labios bien dibujados, el ceño marcado, la mandíbula definida y la barba incipiente. Su belleza es ruda, y su masculinidad, abrumadora. No hay nada delicado en él. Su belleza hace daño.

Además de eso, es un buen hombre. Me lo dice el corazón. Las entrañas. Es muy diferente de lo que esperaba. El anhelo y la desconfianza me desgarran el pecho.

—Esto es una mala idea —digo sin aliento.

Su barba me roza la mandíbula cuando me da un beso suave como una pluma junto a la boca. Provocándome. Llevándome por un camino del que estoy segura de que no hay vuelta atrás.

—Desnúdate y te demostraré lo contrario.

Me besa debajo de la oreja y me mordisquea la piel con suavidad.

—Pero...

—Billie, basta. Lo demás no importa.

Este hombre me vuelve loca; me calienta, me enfría, me excita y me enfada; tranquila, ansiosa... y segura. Ha apostado por mí, y no creo que nadie haya apostado por mí en toda mi vida ni me haya perseguido cuando he escapado. Y aquí está él, irrumpiendo en mi vida de la forma más deliciosa, exigiendo que yo también apueste por él.

Parece un pequeño gesto, pero para mi retorcido corazón lo es todo. Ahora mismo, abrazada a él, envuelta en su cuerpo y su aroma, lo único que quiero es dejar de negar lo que siento. Desconectar mi mente por primera vez en años y dejarme llevar por su calor.

Estoy harta. Harta de correr, harta de hacer planes, de fingir que no lo quiero. Mi determinación se desmorona y mis pensamientos se aceleran. Él tiene razón: lo demás no importa.

Intento controlar mi errática respiración y agarro el dobladillo del vestido. Vaughn aún me sujeta la barbilla con la cálida palma de su mano, pasándome el pulgar por la mejilla en un gesto tranquilizador, y solo la aparta cuando me quito el vestido por la cabeza y lo dejo caer sin contemplaciones a mis pies junto con todas mis inhibiciones.

Su profunda bocanada de aire resuena en la silenciosa habitación y sus ojos de halcón devoran mi cuerpo. Estoy desnuda ante él, salvo por las bragas y el sujetador de encaje negro y unos tacones de cuña marrones.

—Joder, Billie. Eres exquisita.

Sus manos bajan hasta mis pechos, los aprietan y acarician, y los saca por encima del sujetador antes de quitármelo. Acuna uno con cada palma y baja la cabeza para capturar un pezón entre sus labios pecaminosos. La sensación de su boca en mi cuerpo es nueva y familiar al mismo tiempo.

Es como si hubiéramos hecho esto antes, como si conociera mi cuerpo desde hace años. Como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Echo la cabeza hacia atrás con un gemido y paso los dedos por su espeso pelo, gimiendo.

—Por favor, dime que no vas a fingir que esto no ha pasado.

Vuelve a incorporarse para mirarme a los ojos y me aprisiona la cabeza entre las manos.

—Estás más loca de lo que pensaba si crees que podría olvidarme de esto.

Sus labios se estrellan contra los míos y vuelca su frustración en el beso. Su intensidad es casi palpable, como si pudiera estirar los dedos y recorrerla. Me posee con labios expertos, dejándome sin aliento y retorciéndome contra la puerta. Me deja húmeda y con ganas de más cuando se separa.

Sus manos recorren las suaves curvas de mi cuerpo; me levanta y me lleva hasta la isla de la cocina.

—Siéntate en la encimera.

Señala con la cabeza la isla de madera que hay a mi lado y, por una vez, no me molesta su actitud dominante. El calor se me acumula en el vientre cuando obedezco. Camino con las piernas temblorosas y, con sus manos en las caderas, me siento en la fría encimera.

Se aparta, poniendo espacio entre nosotros, echa el brazo hacia atrás y se apoya en la encimera de enfrente. Quiero que se acerque más. Quiero sus manos sobre mí. Lo quiero dentro de mí.

—Si vamos a hacer esto, no puede haber más secretos, Billie. No puedo soportar más mentiras en mi vida. Por favor, no me ocultes tu pasado. —Su voz se quiebra con la emoción y mi corazón se estremece. Es un hombre noble, y el escozor de la traición de su ídolo no se borrará fácilmente. Pero mi promesa de mejorar es un comienzo.

—No habrá más secretos —susurro.

Asiente con autoridad.

—Bien. Ahora aparta esas braguitas y enséñame cómo te tocas cuando estás sola y piensas en mí.

Joder.

Se me corta la respiración. La timidez se apodera de mí al sentir un calor desconocido que me recorre el esternón hasta llegar a mis mejillas bronceadas. Vaughn Harding no es tan retrógrado como parece. Y mirándolo ahora, al ver cómo me mira con sus ojos hambrientos, con los pómulos elegantes teñidos de rosa y su ancho pecho moviéndose como si le faltara el aire, no deseo otra cosa que complacerlo. Hacerlo feliz. Meterme de lleno en lo que sea que haya entre nosotros. Si eso es lo que necesita para sentir que estoy a su lado, deseando lo mismo que él, lo haré. Una y mil veces.

Lo miro con los ojos entrecerrados, me echo ligeramente hacia atrás y separo un poco las piernas. Bajo la vista, engancho dos dedos en la fina tira de encaje del triángulo que cubre mi sexo y la aparto lentamente, y le arranco un gemido que resuena la habitación. Me felicito por haberme depilado y acicalado tan a conciencia hoy. Vaughn me mira de arriba abajo, como si no pudiera decidir qué parte de mí le gusta más.

Curvo la comisura de los labios. Impulsada por el deseo que veo en su rostro, dibujo círculos en mi clítoris con los dedos y suelto un pequeño gemido. Su mirada se clava en ese punto. Está tenso, y el bulto entre sus piernas empuja contra la tela de sus pantalones.

Mientras tengo su atención, deslizo dos dedos entre mis pliegues empapados y luego me los meto despacio. La sensación me hace gemir y cierro los ojos. El descaro de lo que estoy haciendo y la excitación que palpita entre mis muslos me hacen sentir como si hubiera salido de mi cuerpo. Le ofrezco un espectáculo, muevo perezosamente los dedos dentro y fuera de mí mientras él me contempla desde el otro lado de la cocina.

Le sale un gruñido del pecho al verlo y, en tres largas zancadas, se coloca entre mis piernas abiertas, se cierne sobre mí y me separa los muslos.

—¿Tienes idea de lo duro que me pones? ¿De lo loco que me vuelves?

—Muéstramelo —resoplo. Y no hace falta que insista.

Se desabrocha el cinturón y al mismo tiempo me abalanzo sobre los botones de su camisa. Quiero ver todo lo que solo he podido sentir. Lo

quiero despeinado y deshecho bajo mis manos. Quiero que esté tan descontrolado como yo.

Su polla queda libre cuando se baja los calzoncillos. Se aprieta con fuerza la base, y sube y baja la mano varias veces. Me relamo los labios y me agacho para tocársela. Está dura como una piedra, es suave como la seda y la siento cálida en mi mano. ¿Y qué decir de Vaughn completamente desnudo? Es una visión.

—Quiero... —No tengo palabras. Estoy borracha por el olor a Amaretto y la forma en que me mira. Lo quiero todo. Lo quiero por todas partes.

—Dime lo que quieres, Billie. Dilo. —Su boca se posa en la parte superior de mis doloridos pechos, y el roce de su barba me hace estremecer.

Lo agarro por los hombros, bajo la cabeza hacia la de él y le acaricio la oreja con los labios y los dientes.

—Quiero que follemos.

Se yergue y, como un relámpago, saca un condón del bolsillo de su chaqueta y se lo pone con mano experta.

—Claro, resulta que llevas un condón en la chaqueta.

Sus ojos brillan ante mi pulla.

—Solo lo he traído porque sabía que iba a meterte la polla antes de que acabase la noche.

Vale. Sí. Más guarradas, por favor.

Frunzo los labios y lo miro embelesada; adoro esa boca tan sucia. Me sonrío, me agarra la barbilla y me pasa el pulgar por los labios. Me levanta el muslo con la otra mano, y me lleva hasta el borde de la encimera.

Cierro los ojos porque quiero memorizar este momento. La sensación. La anticipación. Quiero grabarlo en mi cerebro para siempre. Tantos meses de anhelo, tantos avances y retrocesos culminan en esto. ¿Qué podría ser mejor?

—Abre los ojos, Billie —dice con voz ronca, y me baja la barbilla—. Quiero que veas cómo follamos.

Mira hacia abajo, con la frente apoyada en la mía, y se desliza en mi interior; no aparto la vista. No podría aunque quisiera. Me llena lentamente, centímetro a centímetro, y siento cómo mi cuerpo se estira para adaptarse a su grosor. Nuestros jadeos se entremezclan, nos abrazamos y nos unimos de la forma más íntima posible.

Me siento increíblemente llena mientras él empuja en mi interior. Y una

vez dentro de mí, lo siento palpar. Ver y sentir nuestros cuerpos unidos de esta manera me deja sin aliento.

Se detiene un instante.

—Joder —susurra.

Le rodeo el cuello tenso con los brazos y arqueo las caderas hacia él.

—Vaughn. Por favor, muévete.

Primero empuja despacio; entra y sale un par de veces, perdido en el placer por cómo nos acoplamos. Sus labios buscan los míos en un beso de adoración y se mueve lentamente, agarrado a mis caderas.

Pero no es suficiente.

—Quiero más. Más fuerte —susurro sobre su piel.

Abre los ojos, brillantes de aprobación, salvajes. En ellos hay hambre. Desesperación. Y esa fachada perfecta se desmorona ante mis ojos.

Por fin.

Se vuelve loco. Clava los dedos en mis nalgas. Le rodeo la cintura con las piernas y me aferro a sus musculosos hombros, mientras él aumenta la intensidad de sus embestidas. Sus muslos golpean con fuerza contra los míos cuando me penetra.

Me posee. Me *folla*.

—Tómalo todo, Billie —dice con la voz ronca y desesperada contra mi boca.

No hay nada suave en la forma en que nuestros cuerpos chocan. Somos dientes y uñas. Jadeos y gruñidos. Meses de emociones que por fin se desbordan. Pasión pura y tangible.

Somos explosivos. Puro deseo. Frustración. Anhelos. Ira. Y algo más que no me atrevo a definir. Mi corazón tartamudea al pensarlo y mi cuerpo se estremece con la fuerza brutal de sus embestidas. Las sensaciones invaden cada rincón de mi cuerpo. Las contracciones de mi pelvis aumentan con cada delicioso embate.

Esto es lo que quiero.

Desliza una mano entre nosotros. Me acaricia el clítoris hábilmente con el pulgar, una, dos, tres veces.

—Córrete, Billie. —Su voz es profunda y exigente. Las palabras salen de sus labios como una orden directa a mi cuerpo. El calor aumenta en mi interior, y mi centro se estremece. El calor se acumula allí y me tiemblan las piernas por la intensidad.

—Oh, Dios. Vaughn, voy a... —El orgasmo me inunda como un maremoto. Arde y hormiguea como un latigazo de electricidad. Tiemblo de pies a cabeza y me derrumbo en sus brazos. Sé que no aparta la vista de mí, de mi cuerpo, de mis expresiones faciales; sé que está concentrado en mi placer..., y ni siquiera me importa. Estoy tan perdida en el momento, tan perdida en él, que nada podría distraerme.

—Eres perfecta, joder.

Las réplicas del orgasmo me recorren por entero y lo estrecho contra mí; me acurruco en su cuello, impregnándome de su embriagador y característico olor. Me siento húmeda y suave, me deshago entre sus manos mientras sigue bombeando dentro de mí. Madre mía. Este hombre es... demasiado.

—Voy a pasarme la noche viendo cómo te corres.

Su oscura promesa me pone la piel de gallina y un escalofrío me recorre los hombros cuando sus embestidas alcanzan la máxima fuerza y velocidad.

Enredo las manos en su sedoso pelo oscuro y recorro con los dientes la línea de su mandíbula.

—Hazlo —le susurro seductoramente al oído.

—Billie... —Gruñe y me muerde con fuerza el hombro mientras se mete otra vez en mi interior.

Me aprieta las caderas al compás de las pulsaciones de su orgasmo. Nos quedamos ahí. Con las respiraciones entrecortadas y perfectamente sincronizadas. Aferrándonos el uno al otro como si nos fuera la vida en ello.

Intento hacerme a la idea de la enormidad de lo que estoy sintiendo, sentada en la encimera de la cocina entre los fuertes brazos de Vaughn. Me retumba la cabeza, toda mi piel está hipersensible. Siento que me ha abierto en canal, que ha dejado al descubierto mis partes más íntimas y vulnerables. Mi primera reacción es huir, esconder esa vulnerabilidad; después de todo, ser blanda no me ha llevado a nada en la vida. Pero aquí, en sus brazos, me siento segura. Como si estuviera bien abrazar esos sentimientos, como si no fuera a desmoronarme si lo hago.

Me pasa la punta de la lengua por donde estoy convencida de que ha dejado la marca de un mordisco. Me salpica el cuello y la mejilla con suaves besos y se acerca más a mí.

Clava sus ojos oscuros e insondables en los míos.

—¿Qué cuarto estrenamos ahora? —Es tanto una pregunta como una

petición.

Asiento con entusiasmo y él me dedica una sonrisa cariñosa y pone los ojos en blanco.

—Todos.

25

VAUGHN

Apenas he dormido en toda la noche.

Para empezar, Billie es un animal insaciable. Su vena de niña salvaje y sus bromas cargadas de insinuaciones sexuales deberían haberme preparado para eso. Pero bueno, nunca he estado preparado para nada que venga de esta mujer.

Nos pasamos horas meciéndonos uno al otro. Explorándonos. Estrenamos toda la cabaña de una forma que, estoy seguro, no la habían estrenado antes. Billie es despreocupada, aventurera, voraz conmigo. Nunca me he sentido tan deseado y masculino como con ella.

Sabía que la deseaba, pero esto... esto es mucho más.

Solo con mirarla ahora, desnuda mientras duerme tranquila tumbada boca arriba, con una mano posada de forma posesiva sobre mi estómago, hace que me duela el pecho de una forma desconocida. Me masajeo el esternón con la palma de la mano distraídamente para aliviar la creciente presión.

Yo también debería estar durmiendo, pero no puedo apartar los ojos de ella, no puedo dejar de embeberme con cada uno de sus rasgos. Quiero memorizarlo todo de ella. Me aterroriza que me abandone en cuanto se despierte, como hacen todos. Me aterroriza que, si muevo un dedo, ella tire la toalla.

Es reservada, y no puedo culparla.

Pero su imprevisibilidad me asusta. Cuando murió la única persona predecible de mi vida, me dejó hecho polvo. Parece inevitable que me vuelvan a dejar solo, porque Billie ha pasado años levantando esos muros con los que esconde su gran secreto. Quizá debería enfadarme con ella por ocultarme su identidad, pero no es así. De hecho, la entiendo mejor que nunca.

Si pudiera empezar de cero sin el escándalo de mi familia cerniéndose sobre mí como una nube de tormenta siempre presente, probablemente lo haría. No puedo echarle eso en cara, y no lo haré. No me importa cómo se

llamaba hace una década. Quiero lo que es ahora. Es lo que quiero de verdad.

Se acercó a mí casi sin que me diera cuenta, plantó las semillas y permití que las raíces se apoderaran de mí, que envolvieran mis rincones más oscuros y me estrujaran el corazón. Ahora estamos entrelazados y la idea de arrancarla es demasiado dolorosa.

Se gira hacia mí, paseando su delgada mano sobre mi pecho, y la desliza bajo mi palma.

—Estás mirándome mucho. ¿Planeas matarme o algo así?

Pillado.

Vuelve a cerrar los ojos y se acomoda sobre mi hombro. El calor que desprende su mano alivia la opresión en mi pecho.

—No. Intenté que folláramos hasta la muerte anoche y no funcionó.

Una suave risita se escapa de sus labios.

—Aunque probablemente esa será la única manera en que consiga saciarme. —Pone una de sus largas piernas sobre la mías. Deslizo el brazo por debajo de su cuello y la estrecho contra mí, disfrutando de la sensación de su cuerpo desnudo pegado al mío—. Caminaré raro todo el día gracias a ti y al monstruo que hay en tus pantalones.

Le agarro la muñeca y le pongo la mano entre mis piernas.

—¿Te refieres a este monstruo?

—Joder, Vaughn. —Se ríe, y me acaricia la erección—. Buenos días, monstruo—. Mueve la mano con seguridad arriba y abajo, y me pongo aún más duro.

Me giro para que quedemos frente a frente, y paso las puntas de los dedos por las colinas y los valles de su cuerpo, acariciando sus suaves curvas, desde el pecho a la cintura, hasta su delicioso y redondo culo. La beso con suavidad; tiene los labios hinchados y sonrosados por la forma en que nuestras bocas se han devorado toda la noche.

—No me quedan condones. Eres una bestia, Mowgli.

Sigue deslizando la mano por mi cuerpo.

—No necesito condón para esto... —me susurra al oído.

Se pone encima de mí y se desliza debajo de las sábanas, paseando las uñas por las crestas de mi abdomen. Me da un beso firme en la cadera antes de llevar los dientes por la línea de la ingle. Arqueo las caderas cuando muerde un punto sensible junto a la base de mi polla.

Billie se echa aún más sobre mí y yo me apoyo en los codos para contemplarla. Me sostiene la mirada con sus brillantes ojos ámbar y sus labios rozan la punta de mi polla. Gimo y aprieto los dientes. Saca la lengua y la gira alrededor de la punta hinchada para lamer la brillante gota de semen.

¿Se hace una puta idea de lo pecaminosa que me parece ahora mismo?

—Billie... —mi voz está cargada de excitación—, ¿qué crees que estás haciendo?

Desde entre mis piernas, me lanza una mirada inocente y pestañea despacio mientras lame descaradamente mi miembro de la base a la punta.

—Intento disculparme contigo por ser... ¿Cómo dijiste? ¿Tan exasperante?

Y entonces se lleva mi polla hasta el fondo de la boca, hasta el fondo de la garganta.

—Joder —exclamo, enredando los dedos en las ondas castañas, y le sujeto el pelo para poder ver cómo me toma. Veo cómo hunde las mejillas mientras se balancea ansiosa en mi regazo—. La mejor puta disculpa que me han dado en mi vida —gruño; le empujo la coronilla y se relaja en mis manos. Me deja moverla como quiero. Se entrega a mí con total confianza... Es la victoria definitiva.

El regalo definitivo.

Y es como echar gasolina a una hoguera. Los instintos animales se desatan en mi interior, y vibro de placer. Quiero más.

—Billie. Quiero follar.

Se aparta de mí, con los ojos muy abiertos clavados en los míos y se limpia delicadamente una mancha de saliva del labio inferior.

—Vale... —Suelta el aire—. Estoy sana y tomo anticonceptivos.

En mi interior me imagino como un cavernícola golpeándome el pecho.

—Yo también estoy sano, y nunca lo he hecho sin condón.

Se muerde el labio inferior, igual que el día que la conocí. Qué excitante.

—Vale. Lo haremos sin nada.

Palpito en su palma. Joder, solo necesito que esta mujer hable de sexo seguro consentido para morir de ganas. La idea de que no haya barreras entre nosotros me vuelve loco. Tiro de ella hacia mí y doy la vuelta, para ponerla debajo. *Que es donde debe estar.* Recorro su calor húmedo con los dedos.

Está más que preparada.

Me deslizo dentro de ella. Despacio. Firme. Piel con piel por primera vez. Quiero estar lo más cerca posible de ella. Al movernos al unísono en contrapunto, compartimos sentimientos que ninguno de los dos puede expresar aún con palabras. Anoche conoció al Vaughn sucio y salvaje, pero esta mañana me siento cariñoso. *Soy un sentimental.*

Follamos con calma. Nos besamos despacio. Dejamos que las manos vaguen con ternura por el cuerpo del otro. Le susurro al oído lo bien que me siento, lo increíble y guapa que es. Le digo que nuestros cuerpos encajan a la perfección, y asiente, gimiendo, mientras tiene otro orgasmo; sus miembros tiemblan alrededor de los míos y me derramo dentro de su cuerpo.

Después de enjabonarnos el uno al otro en la ducha, me ofrezco voluntario para preparar el desayuno. Billie se acerca a la isla con una camiseta blanca de tirantes. Es ver sus hombros y sus elegantes clavículas y se me seca la boca. Me distrae pensar que no lleva sujetador. Vuelvo a concentrarme en la tabla de cortar. No podemos seguir follando si no comemos algo.

Le ofrezco una taza de café a través de la isla de la cocina. Le echa un vistazo y se le dibuja una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Sé que está comprobando la cantidad de leche que le he puesto. Aparece un hoyuelo en su mejilla, y una expresión de incertidumbre le ensombrece la sonrisa.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Adónde va esto?

El corazón me late con fuerza. Esta es la conversación que he estado temiendo. Esa en la que Billie, la escapista, encuentra la forma de que dejemos de ser pareja. Sigo cortando las verduras como si tal cosa.

—Estamos juntos, Billie. No me importa qué nombre le pongas. Te lo dije anoche. —Levanto la vista hacia su impactante rostro—. Eres lo que quiero.

Sus ojos color caramelo brillan acuosos.

—Y tú lo que quiero yo. —Su voz es tranquila—. Pero me preocupa cómo funcionará todo en el rancho o en la pista. Ya es bastante difícil tratar con capullos como Patrick Cassel sin que me acusen de tirarme a mi jefe.

—Te estás tirando a tu jefe —le recuerdo—. Y te encanta.

Pone los ojos en blanco y sonrío.

—Sí, me gusta. Pero ¿podemos mantenerlo en secreto por ahora?

La idea no me hace ninguna gracia. Nunca he estado con una mujer que quiera esconderse, normalmente es todo lo contrario. Pero Billie tiene razón. Ha trabajado mucho para sacar adelante su carrera, se lo ha jugado todo para conseguirlo y no querría ser el culpable de echarlo a perder. A decir verdad, me he convertido en su mayor fan. Pase lo que pase.

—Por supuesto —digo, y me doy la vuelta para encender los fogones y ocultar mi decepción. Todavía me escuecen sus palabras y no quiero que se dé cuenta. No quiero presionarla demasiado fuerte ni demasiado rápido.

Suena el teléfono en la encimera e interrumpe la conversación. El miedo se me agolpa en el estómago cuando veo que es una llamada de un número que no conozco. Nunca pensé que me daría miedo contestar al teléfono, pero esta es mi nueva normalidad.

—¿Vas a responder?

—No sé quién es. Sigo recibiendo llamadas de periodistas preguntándome por mi abuelo. Estoy cansado de decirles que no tengo nada que añadir.

—Entonces, déjame hacer esto por el equipo. —Pulsa el icono de respuesta y pone el altavoz, emocionada. Le encanta liarla. Su falsa voz azucarada llena la estancia—. ¡Hola! Ha llamado a Vaughn Harding.

—Quiero hablar con el señor Harding. —La voz es grave y aguda, con algo de acento.

Billie no se inmuta.

—Por desgracia, no acepto órdenes de gente cuya madre no les enseñó a pedir las cosas por favor o a dar las gracias.

Reprimo una carcajada. Billie no tiene filtro. Es parte de su encanto.

—Mi madre está muerta. Que se ponga. Ahora mismo.

—Es una suerte que Vaughn no esté aquí para ser testigo de sus malos modales —responde Billie. Me hormigean los dedos y aprieto el cuchillo que tengo en la mano. No quiero controlar su comportamiento, pero un día de estos me va a meter en un lío con esa boca—. ¿Puedo preguntar quién lo llama?

—Stefan Dalca.

Me quedo quieto. Ese hombre es un enigma, prácticamente un recluso. Un tipo turbio que apareció hace un año, con demasiado dinero, y no responde a preguntas sobre quién es o de dónde viene. Y en un pueblo pequeño, donde todos se conocen, su secretismo resulta muy sospechoso. Compró las tierras, los establos, los caballos y se coló en el pequeño mundo de la cría y

las carreras de caballos como si llevara años en él. Es muy sospechoso. He evitado a propósito relacionarme con él, lo que es fácil porque vive aislado en su propiedad.

—Qué encantador. Fue usted mucho más educado la semana pasada cuando me pidió información en el hipódromo.

Clavo los ojos en Billie.

¿Qué? ¿Ha conocido a este hombre?

La línea se queda en silencio demasiado tiempo.

La loca de Billie ha dejado sin habla a uno de los empresarios más peligrosos de la zona. Si no me estuviera esforzando tanto por guardar silencio, me reiría. La miro, evaluando su perfil. Sí, parece muy satisfecha de sí misma en este momento, como un gato jugando con un ratón.

Niego con la cabeza. ¿Cómo ha acabado el sensato de Vaughn Harding con una mujer tan salvaje y bocazas?

—Ajá. ¿Es usted la señorita Black? ¿O debo decir la señorita Farrington?

—Su voz es más burlona ahora. Es casi como si pudiera ver su cara de suficiencia a través del teléfono. Quiero borrar esa expresión de su asquerosa cara de un puñetazo.

—Señorita Black —responde ella, sin dejar traslucir el momentáneo asombro porque haya utilizado su antiguo nombre.

—Bueno, en ese caso —continúa Dalca en tono suave—, señorita Black, ¿puedo hablar con el señor Harding? Me gustaría hacerle una oferta por el caballo negro del que hablamos la semana pasada.

Ahora le toca a Billie empalidecer. Se queda paralizada de pies a cabeza, menos la boca, que abre y cierra sin pronunciar palabra.

—Vale —claudica con demasiada calma. Mucha más calma de la que parece cuando sus ojos se clavan en los míos.

¿Qué demonios hago ahora?

—Vaughn Harding al teléfono.

—Señor Harding. Me llamo Stefan Dalca, no nos conocemos personalmente, pero he tenido el placer de hablar con su... —se interrumpe de forma sugerente— entrenadora, la señorita Black.

Billie se aparta de mí para mirar por la ventana a DD.

—Este es un número privado, señor Dalca. ¿Le importaría explicarme cómo lo ha conseguido?

—Tengo mis métodos. —Su tono es desdeñoso—. En cualquier caso,

como sabe, estoy esforzándome en criar una raza de caballos de carreras de élite y he pensado que podríamos trabajar juntos como dos de los grandes criadores de la zona. Vi correr al potro negro el fin de semana pasado y me gustaría hacerle una oferta.

Estupendo. Justo lo que necesito. Otro imbécil corrupto tratando de entrometerse en mis negocios.

—El correo de mi empresa figura en la página web. Siempre puede enviarme una oferta por escrito. Aunque tengo que advertirle que no tengo pensado trabajar con nadie. —Veo por el rabillo del ojo que Billie se relaja con un largo suspiro.

La risa profunda de Dalca retumba a través del altavoz, el tipo de risa que dirige alguien a un niño pequeño cuando dice algo adorable. No me gusta.

—Todo tiene un precio, señor Harding. Conocí a su abuelo, ¿sabe? —Billie gira la cabeza hacia mí; yo aprieto los dientes de tal forma que me rechinan—. Manteníamos una excelente relación laboral.

Ha llegado demasiado lejos. Esta conversación ha terminado.

—Muy bien —digo en tono peligroso y cargado de malos presagios—. Gracias por sus condolencias. Que tenga un buen día.

—Esté pendiente del correo. Ha sido un placer charlar con usted.

Cuelgo, con los nudillos blancos, el pecho agitado, la mente acelerada.

Menudo gilipollas.

—Bueno, ha sido... interesante —musita Billie. Me limito a dejar escapar un gruñido; no sé qué decir—. DD no está en venta, ¿verdad? —Su mirada es franca y sincera cuando la clava en mi cara—. Sé que los caballos van y vienen. Sé que forma parte del negocio, pero... —Se interrumpe, mira por la ventana y se pasa la palma de la mano por la parte delantera del cuello, como hice yo anoche.

—Estás muy unida a él —dejo caer.

Se aclara la garganta.

—Sí. Es verdad. Soy la primera en admitir que adoro a ese caballo. —Se le quiebra la voz, pero continúa—: Quizá más que a cualquier otro caballo con el que haya tenido el placer de trabajar. Vaughn, puede ganarlo todo. Sé que puede. Es la mejor opción para ganar el Derby de Denman. Joder, tal vez incluso la Northern Crown. Los caballos como él aparecen una vez en la vida. Son irremplazables.

Le doy un apretón tranquilizador en la mano.

—No te preocupes. Stefan Dalca es la última persona con la que pienso hacer negocios.

Coloca la otra mano sobre la mía, y me la aprieta antes de salir de la casa sin decir palabra para ir a darle de comer al caballo. Es una ofrenda silenciosa de su confianza.

Stefan Dalca tendría que hacerme una gran oferta para que me planteara quitarle ese caballo a Billie.

26

BILLIE

Uso un peine de goma para cepillar con fuerza el pelaje negro y polvoriento de DD, dibujando círculos. Al muy cochino le encanta revolcarse en el barro y parece la Cosa del pantano. Y, por una vez, me parece bien. Necesito desahogarme.

La noche anterior fue demasiado, y la llamada de Stefan Dalca terminó de rematarla.

Vaughn me ha fundido el cerebro, pero no del todo, y no se me escapó que no confirmara que DD no está en venta. Y esa es la única razón por la que me contuve y no le salté encima.

Como mi jefe, no me debe ninguna explicación sobre los caballos que pretende vender. Mi trabajo es entrenarlos, conseguir que alcancen el mayor éxito posible. El suyo es llevar el negocio, cuadrar los números, llegar a acuerdos con los compradores y todo eso.

Pero como mi..., lo que quiera que seamos..., bueno, eso enturbia un poco las aguas, ¿no?

No le he permitido todavía derribar los muros que rodean mi corazón, pero sé que está a punto de conseguirlo. Si soy sincera conmigo misma, debo reconocer que ha ido minando mis defensas desde el día en que nos conocimos. Lo he incordiado y lo he acusado de ser como un crío que molesta a la niña que le gusta, pero la verdad es que yo no soy mejor.

Lo he pinchado una y otra vez y he llevado su paciencia al límite, y solo para ver si era capaz de soportarlo. Para ver si estallaba. He sido caliente y fría hasta extremos increíbles. Porque tal vez, solo tal vez, si no se asustaba, sería digno de mi confianza. Tal vez si le mostraba mi peor cara, y aun así se quedaba, tal vez podría abrirme de verdad.

Vaughn y yo tenemos que sentarnos y hablar de todo esto. Le debo una explicación. Seguramente, ya deberíamos haber hablado de ello, pero hemos estado demasiado ocupados provocándonos deliciosos orgasmos.

Dios, el sexo nunca había sido así. Pasión desbordada. Placer

incontrolable. No hay vuelta atrás. Es como si estuviéramos predestinados. En realidad, ni siquiera sé por qué me he contenido tanto tiempo. Vaughn es el hombre perfecto, la mezcla justa entre amable y dominante. Y no tengo adjetivos para describir esa primera vez sobre la encimera de la cocina.

Es adictivo. Demasiado peligroso para mi salud.

Termino de cepillar a DD, le doy de comer todas las zanahorias que encuentro y voy a los establos para ver cómo está el hombre en el que no puedo dejar de pensar. La llamada telefónica de Stefan Dalca lo ha dejado trastocado y, mientras yo estaba con DD, ha salido corriendo de mi casa diciendo que iba a hacer algo en su despacho. Soy lo bastante intuitiva como para ver que esa llamada lo ha sacudido hasta la médula.

Ha dicho que estaba bien, pero no me lo creo.

Me asomo por la puerta de su despacho y me apoyo en el marco. Está sentado ante su mesa, mirando por la ventana con una expresión pensativa en su hermoso rostro, con los dedos en la barbilla. Tiene el cuerpo tenso y veo las líneas de concentración marcadas en su frente.

—Reconozco esa mirada —comento dándome unos golpecitos en la sien—. Estás intentando resolver algo.

Sus ojos color chocolate se clavan en los míos, pero no se mueve.

—Sí. —Suspira.

Entro en el despacho y me dejo caer en una de las sillas que hay frente a él, la misma en la que me senté el día en que me entrevistó para el trabajo.

—Eres un poquito lento, ¿no? —Enarca una ceja como si lo hubiera insultado—. No, no, espera. Déjame terminar. Yo soy... explosiva. Para mí todo es muy intenso. Instantáneo... —Me paso las manos por los muslos mientras él me mira, sin interrumpirme—. Mientras que tú eres capaz de guardar las apariencias, fingir que no te das cuenta de que algo te afecta hasta mucho después, cuando ya lo has enterrado; en el momento en el que lo descubres, ya está enquistado. Y te come vivo.

Se queda quieto, mirándome por encima de la punta de los dedos. Los segundos se alargan mientras nos miramos.

—Tal vez...

Aggg... Hombres. ¿Por qué caigo en esto una y otra vez?

—Dime qué te pasa.

—Dalca ha enviado la oferta.

Lo miro fijamente, oyendo el rugido de mi corazón en los oídos. Me da

miedo preguntar.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea de quién era cuando se puso a hablar conmigo. ¿Es... es... ?

Hunde los hombros y se pasa las manos por la cara.

—Es mucho.

Palidezco.

—¿Cuánto?

—No lo suficiente. En especial si considero la forma en que incluyó a Dermot en la conversación, como si tuviera algo contra él. No me gusta lo que eso implica. No sé ni por dónde empezar.

—Vale, pues empezaré yo. Quiero hablarte de mi infancia.

Revuelve los papeles de su escritorio, evitando mirarme a los ojos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Crecí a las afueras de Toronto, en un barrio muy ostentoso llamado The Bridle Path, también conocido como Millionaire's Row. Y sí, es tan pretencioso como suena. Y no, no tengo ninguna intención de volver por allí, por eso la costa oeste es el lugar perfecto para mí. Mismo país, lado opuesto.

—Y mucho mejor clima.

—Y jefes mucho más guapos. —Le guiño un ojo y continúo—: Me prepararon durante toda mi vida para ser la mujer florero de alguien.

Eso lo hace reír entre dientes.

—¿Es que tus padres no te conocen?

Le sonrío con tristeza.

—Esa es la cuestión, ¿no? Mis padres estaban tan concentrados en que mi familia y yo fuéramos perfectos que controlaban mi aspecto, mi educación, mis actividades extraescolares, mis amigos, y pasaron por alto quién soy yo en realidad. En realidad, no creo que les importara. Si hubieran podido tener dos hijos y medio solo para lograr la estadística perfecta, creo que lo habrían hecho.

Le tiembla la mandíbula y se le suaviza la mirada.

—Lo siento.

Me encojo de hombros.

—Me consuela imaginar sus caras cuando se enteren de que soy una buena entrenadora de caballos de carreras soltera sin estudios universitarios.

—¿No hablas nunca con ellos? ¿No han intentado recuperar el contacto?

—Ni una sola vez. Tenía diecisiete años cuando salieron a la luz los vídeos de mi padre. Estoy segura de que los has visto. Prostitutas jóvenes y guapas, un montón de cocaína y el primer ministro favorito de Canadá. Naturalmente, se esperaba que diera un paso al frente y saliera en defensa de mi padre, como una buena soldado. —Niego con la cabeza y me escuecen las lágrimas en los ojos. Parpadeo, tratando de reprimirlas—. Nunca me he sentido tan humillada como cuando pasó todo aquello y tuve que estar a su lado, viendo sonreír a mi madre, asintiendo como si todo fuera bien.

Vaughn estira la mano sobre el escritorio para agarrar la mía.

—Entonces, ¿te fuiste?

Inspiro hondo, de forma entrecortada.

—Sí. En cuanto cumplí dieciocho años, y el fondo fiduciario pasó a mi nombre, salí de allí como una exhalación. Cogí un autobús a cualquier parte y acabé en casa de Hank. Sabía, incluso siendo adolescente, que nunca iba a sacrificarme para tapar los errores de otra persona. Eso se había acabado. —Dejo que esa ira largamente enterrada se filtre en mi voz—. Cuando tomas decisiones de mierda, puedes acabar en una situación de mierda, pero no obligas a la gente a la que quieres a sacrificarse por tu reputación. Es imperdonable.

Vaughn me mira y sus largos dedos recorren las venas de mi mano. Me escudriña. Es desconcertante. Siento como si viera mi interior a través de mi piel y mis músculos. A través de mis huesos. Hasta llegar a mi corazón hecho pedazos.

—Que poético. —Se le ve un hoyuelo en la mejilla y no puedo evitar reírme. Este hombre lleva haciéndome reír desde el primer día, ya sea de él o con él. Vaughn Harding es divertido.

—Ya en un tono más ligero, tengo un hermano mayor que se llama Rich. Es el único miembro de mi familia con el que mantengo el contacto, y te caería muy bien. A veces dice que tiene un viaje de negocios para venir a verme. —Me quedo absorta, pensando en el tiempo que ha pasado desde que vi a mi hermano, desde que lo abracé—. Lo echo de menos.

—¿Él se quedó?

—Oh, sí. El muy imbécil nació para ser político. Se quedó en el este, aunque tampoco es muy amigo de nuestros padres.

—Eso es... —Se interrumpe, buscando las palabras adecuadas.

—¿Demasiado? —Dejo escapar una risa cansada mientras aprieto su mano grande y cálida—. Claro que sí. Pero ahora ya conoces mi sórdido pasado. La moraleja de la historia es: la gente casi siempre me decepciona, pero los caballos no.

Los ojos de Vaughn arden con determinación, y con algo más.

—No quiero decepcionarte —dice.

Me encojo de hombros; no estoy dispuesta a hacerme ilusiones. Todavía no.

—Entonces, no lo hagas.

Me lanzo sobre Vaughn en cuanto atravesamos la puerta principal de la cabaña. Se le escapa el aliento del pecho cuando choco con él; solo quiero que me ayude a ahogar los recuerdos que acabo de desenterrar.

—A la cama. Ahora. —Su voz retumba contra mis labios. Me agarra los bíceps y me empuja suavemente hacia las escaleras. Un cosquilleo me recorre la pelvis. Me encanta esta versión de él.

Me subo la camiseta por encima de la cabeza y la tiro al suelo. Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer en la escalera. Al llegar al rellano, me quito los vaqueros y lo miro por encima del hombro mientras me acerco a la cama en tanga. Siento como si me estuviera acechando al merodear detrás de mí, cubriendo la distancia que nos separa rápidamente con sus largas zancadas.

Me pone una mano en el hombro y me gira para que quede frente a él; me toca los pechos.

—Este cuerpo es para mí. —Me detengo en el borde de la cama y desliza las manos por todo mi cuerpo. Sus labios siguen el mismo camino. Bajan por mi cuello, pasan por mis clavículas y llegan hasta mis pezones; los lame y los chupa. No puedo contener los gemidos lascivos que brotan de mis labios.

Este tío me enciende.

Su boca recorre mi cuerpo y se pone de rodillas ante mí. Levanta la mirada y le paso las manos por sus sedosos mechones, embebiéndome de su atractivo rostro. Los marcados rasgos masculinos, los profundos ojos oscuros que brillan con malévolas intenciones. Solo con verlo arrodillado ante mí aprieto los muslos con impaciencia.

Engancha dos dedos en la tira de tela que me cubre y la aparta.

—Esta vez, cuando me supliques que follemos mientras te como el coño, puede que te dé el gusto.

Me muerdo el labio inferior.

—Joder... —suspiro.

Vaughn se acerca. Su boca experta me tortura con cada movimiento de la lengua, con cada roce de sus dientes, con cada lametón perfecto. Desde lo alto, veo cómo mueve la cabeza contra mí.

Jadeo e intento no suplicar. De verdad. Pero soy débil.

—Por favor. —La voz me sale estrangulada—. Por favor, Vaughn, quiero más. —Redobla sus esfuerzos y sus dedos se clavan en mis caderas y mi culo—. Por favor, vamos a follar.

Me chupa con fuerza el clítoris y me hace gemir. Es impresionante y exasperante a la vez.

—¡Vaughn Harding! —lo regaño—. Mueve el culo y vamos a follar. Ya.

Su risita es sombría cuando se levanta para quedar frente a mí.

—No es así como te recuerdo suplicando esa noche.

—Eres imposible. —Le enredo los dedos en el pelo y acerco su cara hacia la mía. Me saboreo en sus labios cuando me devuelve el beso. Es algo muy íntimo, y lo único que quiero es sentir su piel contra la mía—. Por favor...

Le arranco la camisa y él se baja los pantalones.

Cuando estamos desnudos, me da la vuelta, me agarra del pelo y me empuja hacia la cama. Se me pone la carne de gallina.

Me cubre con su duro cuerpo desde atrás y pone su polla desnuda junto a mi entrada.

—Estás empapada, Billie —me susurra al oído.

—Sí, sí —siseo.

Me lame el punto del hombro donde tengo una marca roja con la forma exacta de sus dientes. Vuelvo a menear el culo contra su longitud de acero, deseándolo.

—Dime cómo lo quieres, nena. ¿Duro o suave?

—Duro. —Me penetra de un solo empujón. El aliento sale de mis pulmones de golpe mientras mi cuerpo se adapta a su tamaño—. Y luego suave.

Su risa ominosa me recorre la piel como un rayo, fulminando todas mis terminaciones nerviosas.

—Lo que mi chica quiere lo consigue.

Nos hundimos el uno en el otro. Voraces. Dos personas rotas, dañadas por quienes debían amarlas, que encuentran consuelo en los brazos del otro.

27

BILLIE

Violet ya está montando a DD cuando llego a la pista de tierra. Está sobre la silla y lo pasea por el campo de hierba. Apenas ha salido el sol, pero Violet ya está lista.

Ya hemos hablado de tantear el terreno con él después del cólico. Por suerte, no ha sido muy grave y está bastante recuperado. Puede que mi histeria haya sido un poco exagerada. Pero este caballo es especial y no voy a correr ningún riesgo con él.

—¡Buenos días! —Levanta la mano en un saludo lacónico; paso la pierna sobre la valla blanca y me siento sobre el listón. DD levanta el cuello y relincha a modo de saludo.

Al menos uno de ellos se alegra de verme. Los dos se acercan a mí y DD balancea la cabeza alegremente. Parece relajado, con las orejas erguidas hacia delante, alargando el lomo, y me reconforta el corazón ver que el ansioso caballito parece tan contento. Solo necesitaba tiempo y una mano suave, además de una tonelada de golosinas. *Pequeño imbécil goloso.*

—¿Quién te ha tocado las narices, Vivi? —pregunto cuando se aproximan a mí.

—Ja, ja, ja...

DD levanta la cabeza, una vez que está lo suficientemente cerca, y me empuja para que le dé galletas. Le soplo el suave hocico y le doy un golpecito en la testuz.

—Después de tu entrenamiento, gordito. —Me echo hacia atrás y miro los ojos azules de Violet y la expresión tensa en la comisura de sus labios—. ¿Estás bien?

—Mmm... —Mira hacia abajo y juguetea con las riendas.

Lo juro, si es por ese tipo, voy a matarlo con mis propias manos.

—No dejes este trabajo para convertirte en actriz.

—No le digas lo que puede o no puede hacer.

Me giro y veo a Vaughn bajando por la suave pendiente que lleva a las

oficinas. Lleva una taza de café humeante en la mano y me sonrío con complicidad mientras se acerca. Su mirada cálida me produce un hormigueo. Me vienen a la mente imágenes sucias y deliciosas de cómo he pasado las dos últimas noches. Ese hombre me está convirtiendo en una descerebrada. Está completamente vestido, es primera hora de la mañana, y lo único en lo que puedo pensar es en llevarlo a rastras hasta su despacho y cerrar la puerta. Por desgracia, tengo que entrenar a los caballos para ganar carreras, así que ignoro el rubor que se asoma a mis mejillas cuando me tiende la taza de café.

—¿También debería hacerte suplicar por esto? —pregunta en voz baja.

—Capullo —resoplo. Miro hacia abajo y veo la proporción perfecta de café y leche en la taza caliente y la rodeo con las palmas de las manos, dejando que el calor cale en mi piel, fría por el aire de la mañana—. Gracias, jefe. Te mantendré informado de cómo me va hoy en el circuito.

Se ríe y se da la vuelta para marcharse, porque sabe que acabo de despedirme. Se supone que tenemos que mantener nuestra relación en secreto en el rancho, pero al ver la mirada escéptica de Violet, tengo la sensación de que hemos fracasado.

Me aclaro la garganta y bebo un sorbo de café.

—¿Vas a contarme qué pasa ahora que se ha ido?

Arquea una ceja y levanta la cabeza señalando la espalda de Vaughn.

—No sé. ¿Vas contarme tú qué hay entre vosotros?

Levanto la taza hacia ella para concederle un punto.

—Buena respuesta. ¿Estás preparada para sacar a ese pequeño psicópata a tomar el aire? A ver cómo se siente.

Suspira y destensa los hombros. Su alivio al verme abandonar esa línea de preguntas es evidente.

—Sí. Superpreparada.

—Bien. Veamos cómo lo hacéis.

DD trota con elegancia guiado por Violet; ella se levanta apoyada en los estribos y lo deja correr. Con un suave tirón de las riendas, y con el torso perfectamente inmóvil en la grupa, le permite moverse a su antojo. Cuando giran la curva superior de la pista, ella le da rienda suelta, y él sale disparado como una bala. Alarga la zancada y se come el terreno sin esfuerzo.

Si consigue posicionarlo bien el próximo fin de semana, los otros caballos

no tendrán ninguna oportunidad, y ganaremos el Derby de Denman, clasificatorio para la Northern Crown. Ojalá mis sueños se hagan realidad.

De vuelta en el establo, Hank está de pie delante de un box charlando con uno de los mozos de cuadra que está preparando a Brite Lite para su turno en la pista. Cuando me acerco, vuelve su viejo y dulce rostro hacia mí.

—¡Billie! —Hank me saluda con su cálida sonrisa—. ¿Cómo te va esta mañana? ¿Cómo se ha portado DD?

Niego con la cabeza, sonriendo como si estuviera loca.

—Ese caballo lo va a ganar todo, Hank. Está preparado.

Su sonrisa se amplía a la par que la mía. Ambos conocemos a los caballos lo suficiente como para saber lo emocionante que es entrenar a un caballo como DD. Lo poco frecuentes que son. Cuando me acerco para abrazarlo, su enorme mano me da un apretón en el hombro.

—Has hecho magia con ese caballito negro. Estoy orgulloso de ti.

Apoyo la cabeza en su hombro y suspiro.

—Todo gracias a ti, viejo.

—No creo que pueda llevarme todo el mérito por la mujer y entrenadora en la que te has convertido. El trabajo duro tiene su recompensa, y no creo que conozca a nadie que haya trabajado más duro que tú. Te lo mereces.

Su aprobación hace que me duela el pecho por lo que he echado de menos toda mi vida. Son los elogios que mis propios padres nunca me darán.

—Gracias, Hank —digo; no confío en mí misma para añadir nada más.

Las semanas transcurren volando. Paso las mañanas con los caballos más jóvenes en el rancho y las tardes en el Bell Point Park de Vancouver. Son horas viajando de un lado a otro, pero merece la pena cuando caigo en los fuertes brazos de Vaughn cada noche.

Solo puedo pensar en el próximo sábado, en la carrera que lo significa todo. Si DD consigue una victoria, se habrá clasificado para el derby. Esta es la última oportunidad para clasificarnos porque hemos empezado tarde. El sueño que he perseguido durante años está a mi alcance, y en mis entrañas sé que, si puedo llevarlo allí, lo lograré. Es un ganador, sabrá qué hacer.

Me pone nerviosa que pueda lesionarse. Me pone nerviosa que la *jockey* sea principiante y no haya demostrado su valía todavía. En algunos momentos me pregunto si estoy cualificada para hacer mi trabajo. Sé que

tengo el síndrome del impostor, y es una putada. Además, no soy buena ocultando mi ansiedad.

En la cama, bajo el velo de la oscuridad, le confieso mis preocupaciones a Vaughn. Él escucha mis temores. Calma mi cuerpo con el suyo. Es la roca que necesito. La roca que he estado buscando toda mi vida adulta. No me mimas, pero tampoco deja que me fustigue.

Para ser sincera, es demasiado bueno para ser verdad. Por eso estoy aquí en su casa, al lado del establo, figoneando en su baño. He venido a asearme un poco después de una sesión de sexo maratoniana y no he podido evitarlo.

Soy lo peor, lo sé.

Abro los cajones silenciosamente. Pasta de dientes. Desodorante. Crema de afeitar. Maquinilla de afeitar. Condones. Lanzo un suspiro.

—Aburrido... Aburrido... Aburrido...

—¿Buscas algo? —Está apoyado en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados. Con el pelo chocolate despeinado, como a mí me gusta.

Lo miro a través del espejo.

—Sí. Estoy intentando averiguar qué te pasa.

—Perdona, ¿qué?

—Ya me has oído. —Me giro hacia él y le hago un gesto con la mano—. Desde que me desnudaste, has sido agradable. Y guarrete en la cantidad justa. —Sonríe—. Y un puto caballero.

—De acuerdo. ¿Y dónde está el problema? —Parece incrédulo.

—Es que... —Me clavo los dientes en el labio inferior y vuelvo a mirarlo a los ojos oscuros—. Estoy viéndolas venir. A la gente se le da muy bien decepcionarme, así que, si puedo encontrar alguna prueba de que no eres así..., así de perfecto, de que esto es una actuación, entonces podré prepararme para cuando todo se vaya a la mierda. Sabré lo que se avecina.

La sonrisa de Vaughn se desvanece y me estudia con ternura, como yo si fuera un animal salvaje acorralado.

—Billie. Esto no es una actuación. No somos actores. No voy a dejar que todo se vaya a la mierda. —Entra en el baño y me estrecha entre sus brazos. Me acaricia el pelo con una mano y me da un beso en la frente—. Concéntrate en ganar las carreras. Has trabajado demasiado para que yo te distraiga. Tienes demasiadas cosas que hacer. Estaré aquí cuando me necesites, esperándote. No voy a ninguna parte. Esto es un compromiso a

largo plazo.

Me relajo en su abrazo y le paso las manos por la espalda.

—¿Ves? No es normal que siempre tengas la palabra correcta.

—Además, los trozos del cadáver están escondidos en el congelador —
añade.

No puedo evitar reírme contra su pecho, y mi ansiedad se desvanece en la seguridad de su abrazo.

—Tienes ese aire de asesino en serie guapo.

—Hablando de belleza, vuelve a decirme otra vez que soy perfecto.

Dejo escapar un gruñido y él se ríe y me levanta. Le rodeo la cintura con las piernas y me lleva a la cama, donde, a pesar de mis dudas y temores, me abraza con fuerza toda la noche.

Llega el día de la carrera y estoy destrozada. He renunciado a todo para llegar aquí. Es vencer o morir. No hay más posibilidades para clasificarse, y el año que viene DD será demasiado mayor. Me puede la presión y estoy dejando que me afecte.

Estoy a punto de vomitar. Todos los demás parecen bien, perfectamente felices. Como si confiaran en que los llevo por el buen camino. Esta mañana, en la cabaña, me lo ha dicho Vaughn. Hank está animado. Incluso Violet no parece tan nerviosa por su debut, nada menos que en una carrera de clasificación, lo que probablemente se deba a que sabe que cabalgará el caballo con mayor potencial de todo el grupo. Le he hablado hasta la saciedad sobre estrategia. Creo que he llegado al punto de molestarla con mi rollo de gallina clueca.

Así que me oculto de todo el mundo en el establo de DD, y lo cepillo hasta dejarlo reluciente, a pesar de que llevo puesto un precioso traje pantalón. Pero no importa; lo que necesito en este momento es inspirar este aroma que me reconforta y tratar de recuperar el equilibrio mientras él mastica tan feliz.

Hank asoma la cabeza en el box.

—Deberías subir pronto a la sala vip.

No levanto la vista; sigo moviendo el peine de goma en círculos sobre el pelaje negro como la brea.

—No creo que vaya a ver la carrera. Puede que me quede aquí, en el establo. ¿Puedes grabármela? La analizaré después.

—No vas a dejar solo a tu bebé, ¿verdad? —Acaricia el copete de DD; yo miro los grandes e inteligentes ojos del caballo.

Siento un nudo en el pecho ante la idea de perderme la carrera, pero la cabeza me da vueltas por la tensión.

—Estoy acojonada —le susurro al hombre que bien podría ser mi padre.

—Lo sé, Billie. No tienes que subir a la sala, pero asegúrate de ver la carrera. Busca un sitio tranquilo junto a la barandilla o en las gradas donde nadie sepa quién eres. No querrás perderte la sensación de ver ganar a tu chico. Lo que hay entre los dos es demasiado especial.

—Sí —murmuro.

Sé que tiene razón. Sonríe y se va, menos mal. Un abrazo me habría hecho derrumbarme.

Paso la siguiente hora a solas con DD, preparándolo metódicamente. Envolviéndole las patas a la perfección, colocándole el equipo. Es raro que nadie me hable, pero estoy segura de que Hank les ha advertido de que no me molesten, y le concedo a Vaughn que ya me conoce lo suficiente como para saber que necesito estar sola en este momento.

Todavía me desconcierta la facilidad con la que me entiende, cómo me acepta, incluidas mis paranoias y mi colorido vocabulario. Ni siquiera intenta cambiarme; creo que puede que le guste tal y como soy. Incluso así, la idea de dejarle entrar en mi corazón me aterroriza por completo. A veces me pellizco literalmente para asegurarme de que no estoy soñando.

En este momento, me pellizco para convencerme de que este día está sucediendo de verdad. Doy un paso atrás para mirar a DD. Su preciosa cabeza, sus patas delicadas, lo guapo que está con el uniforme amarillo. Se está poniendo nervioso. Sabe lo que le espera.

Le doy un beso en el musculoso cuello.

—Te quiero, DD. Ten cuidado ahí fuera.

Está listo.

28

BILLIE

Las puertas se abren y los diez caballos salen disparados a la pista.

—¡Y salen! —dicen a través de los altavoces.

Estoy en la esquina más alejada de la pista, frente a la línea de meta. Los veré aparecer en la primera curva y, luego, si todo va según lo previsto, tendré una vista frontal de DD llegando a la meta.

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras veo a Violet ejecutar nuestro plan a la perfección. Se yergue sobre los estribos y sujeta con firmeza y suavidad a DD. Él se aleja de los demás caballos instintivamente, así que no tiene que preocuparse por eso. El sonido de los cascos retumba a mi alrededor y el suelo tiembla bajo mis pies. Los que van en cabeza doblan la primera curva, pasan volando, luchando por ese codiciado lugar en el interior de la pista. Queman toda su energía en eso, que es justo lo que quiero que hagan.

DD galopa firme, no se queda demasiado atrás, pero tampoco entra en el pelotón. Va justo como a él le gusta. Es un borrón de negro y amarillo brillante cuando pasa por el final del óvalo y entra en la curva del club. Al salir de la segunda curva, en dirección a la recta, veo que dispara las orejas hacia delante, baja la cabeza de forma imperceptible y, por fin, las aplana de esa forma tan suya cuando mira a través del laberinto de caballos y se da cuenta de que no va ganando.

Buen chico.

Se abre un carril, y Violet se mueve, y corre por el medio de la manada. Exactamente donde a DD no le gusta estar, y de donde querrá salir lo antes posible. Se mueven a toda velocidad por la recta, pasando a los caballos que ya se han cansado.

Las horas de trote por los senderos y las colinas han dado a DD una ventaja en lo que respecta a la resistencia. Aún no ha alcanzado su velocidad máxima, y le queda mucha gasolina en el depósito. Cierro los dedos con fuerza alrededor de la barandilla de la valla cuando el pelotón

entra en la curva más lejana. Ahora parece que vuela con Violet, que se inclina hacia su cuello; él sabe lo que hay que hacer. Ahora es cuando tienen que ejecutar el movimiento para salir del centro del pelotón. Ahora es cuando adelantan a todos desde atrás.

DD sale volando de la curva final como un pequeño pero poderoso caballo de guerra. Su expresión anuncia revancha, tiene las orejas tan hacia atrás que resultan aerodinámicas. Pero cuando Violet presiona con los brazos hacia delante, el caballo levanta las orejas y acelera más.

En perfecta sincronía, avanzan como si acabaran de salir disparados de un cañón. Los demás caballos parecen correr a cámara lenta. El sonido de mi sangre me retumba en los oídos mientras los veo dejar atrás a un caballo tras otro.

Cuando solo quedan dos competidores por delante, Violet no se molesta ni en acercarse a la barandilla. Clava los ojos en la línea de meta y mueve las riendas de DD, instándolo a seguir. Veo que mueve los labios, que le habla, mientras la polvareda se levanta a su alrededor.

Me tapo la boca con las manos cuando se aproximan a mí. Quiero gritar, vitorear, pero no puedo apartar los ojos de ellos mientras ganan terreno y sobrepasan a los que van en cabeza. Van directos al primer puesto. Es más, cruzan la línea de meta con seis cuerpos de ventaja sobre el siguiente caballo.

Los demás no están ni remotamente cerca.

Noto un calor húmedo en las mejillas cuando galopan hacia mí, y se relajan cuando Vi se echa un poco hacia atrás y murmura algo a DD. Él resopla y mueve la cabeza, muy satisfecho de sí mismo.

No puedo evitar saltar.

—¡Violet Eaton, eres una *crack*! —grito, y entran en el recodo donde estoy. Veo que DD mueve hacia mí una de sus orejitas puntiagudas en señal de reconocimiento, Violet también me oye. Nunca olvidaré la sonrisa que me dedica. Es tan amplia que parece que le va a dejar agujetas en las mejillas.

Le respondo con otra similar y mi corazón se hincha con lo que acaba de ocurrir. Se agacha sobre DD cuando frena en la curva y le rodea el cuello sudoroso con los brazos, con fuerza.

No me lo puedo creer. Lo hemos logrado.

Una *jockey* desconocida, una entrenadora novata y un caballo al que nadie

quería montar.

Lo hemos conseguido, joder.

Me apresuro hacia el círculo de ganadores: no quiero perderme ni un momento de todo esto. Voy a empaparme de la sensación. A disfrutarlo. A besar a mi caballito negro. Joder, tal vez incluso bese a mi novio. Así de loca me siento.

La gente se arremolina en los establos donde darán los trofeos y hacen fotos, y yo me abro paso a empujones. Cuando me acerco, puedo ver el pelo perfectamente peinado de Vaughn, una cabeza por encima de la mayoría de la gente que lo rodea mientras avanza.

—¡Vaughn! —Mueve la cabeza hacia mi voz y llego ante él llena de energía.

Se queda quieto, con las manos en los bolsillos hasta que la multitud se dispersa. Mueve la cabeza en mi dirección, con los labios fruncidos, intentando reprimir una sonrisa. Cuando estoy lo bastante cerca como para ver sus cálidos ojos color chocolate, chillo y le echo los brazos al cuello. Se ríe contra la curva de mi hombro y me levanta del suelo. Me abraza fuerte, con orgullo.

Me besa la mejilla.

—Lo has conseguido —susurra.

Siento que podría estallar. Le aprieto los bíceps a través de la chaqueta y me echo hacia atrás para mirarlo a la cara.

—No. Lo hemos conseguido.

Y entonces lo beso. A la vista de todos los que nos rodean, y ni siquiera me importa que nos miren. No quiero seguir escondiéndome. Lo nuestro me sienta demasiado bien. Gruñe sorprendido, pero me envuelve el rostro con las manos y me devuelve el beso. Con dulzura. Me acaricia la cara cariñosamente con el pulgar.

Mi corazón helado se derrite en sus manos. Hoy todo me parece bien.

Después de llenar a DD de besos, de casi tumbar a Violet cuando la estrecho con fuerza y de llorar de felicidad en el reconfortante abrazo de Hank, posamos para las fotos. Me entregan el trofeo y envuelven a DD en la manta del campeonato. Siento la presencia de Vaughn a mi lado todo el tiempo, como una roca; apoya la mano a menudo en la parte baja de mi espalda cuando la gente se acerca para hablar conmigo.

Cole también hace acto de presencia y, a pesar de mis esfuerzos por

ignorarle y disfrutar del momento, no me pierdo cómo mira embobado a Violet. Ni la forma en que se agacha hacia ella y le susurra algo, ni cómo la cara de ella pierde todo el color y la emoción cuando le devuelve la mirada boquiabierta. Violet no parece una mujer a la que acaban de felicitar, parece que haya visto un fantasma. Ya lo pensaré en otro momento.

Me siento como si estuviera dando vueltas en círculos, agradeciendo a la gente sus felicitaciones y respondiendo a sus preguntas. Preguntas sobre DD, preguntas sobre mis métodos de entrenamiento, preguntas sobre cómo elegimos a Violet para que montara a DD.

—¿Puede comentar los rumores que dicen que tuvo un altercado físico con un conocido *jockey* aquí en el hipódromo? —me pregunta un miembro de la prensa estirando el móvil hacia mí.

Vaughn clava las puntas de los dedos en mis caderas y me permito una sonrisita.

—Eso no suena muy profesional. —Es todo lo que digo antes de darme la vuelta.

Vaughn se agacha, su voz retumba contra mi cuello y me hace sentir un escalofrío.

—Parece que se ha corrido la voz de lo malota que eres.

—Esta noche te enseñaré lo que es ser malota —murmuro.

Me acaricia el trasero y su voz resbala como la seda sobre mi piel. Siento calor en las mejillas y miro a mi alrededor. Hay demasiado ajeteo como para que nadie se dé cuenta de por dónde pasea la mano mi jefe.

—Te tomo la palabra —dice, mirando a su alrededor—. Pero voy a salir un momento a ver si encuentro a Cole. ¿Nos vemos en el salón para tomar algo cuando termines aquí?

—Por supuesto —digo por encima del hombro, saludando ya a la siguiente persona que se me acerca.

Con un apretón de codo se va, y vuelvo a dirigir mi mejor sonrisa a la gente que revolotea a mi alrededor, aunque lo único que quiero es llevarme a DD a casa y cumplir las lascivas promesas que le he hecho a Vaughn.

De vuelta a la tranquilidad del establo, mimamos a DD. Violet, Hank y yo le damos un baño refrescante, le ponemos bolsas de hielo en las patas y lo cuidamos con mucho cariño. Hasta ahora no lo han acicalado otras personas, y no sé por qué íbamos a cambiar ahora. A nuestro intratable

campeón le cae bien muy poca gente, y no lo culpo en absoluto.

—Ha sido perfecto —dice Violet, asombrada, mientras le quita la toalla.

—*Habéis* sido perfectos —la corrige Hank.

Sonrío.

—Tiene razón. Los dos habéis estado perfectos, habéis corrido genial. Ha sido una bella estampa. No podíamos pedir más.

Violet me señala.

—Era tu plan. Tu entrenamiento. Tu estrategia. Yo me subí al carro en el último momento y lo he ejecutado como tú querías.

—Tiene razón —repite Hank apretándome el hombro.

—Puede que sea cierto, pero no lo vamos a tener tan fácil de ahora en adelante. No tenemos demasiado tiempo para prepararnos. Debemos hacerlo a la perfección, y que la suerte nos sonría.

Violet asiente con solemnidad, pero Hank se ríe.

—Chica, eres demasiado seria para tu propio bien. Acabas de ganar. Estás cualificada. Vete de aquí. Ve a hacer manitas con Harding Junior.

Le sostengo la mirada. *¿Cómo demonios lo ha sabido?*

—Billie, por el amor de Dios. Puede que sea viejo, pero no estoy ciego. Lleváis meses tomándoos la medida.

—Tiene razón —interviene Violet, y echa una manta sobre el pelaje húmedo de DD.

—No podrías haber elegido mejor —dice Hank—. Ve a portarte como alguien de tu edad. Diviértete por una vez.

—Pero no...

—Ve —me interrumpe, agitando la mano para despedirme—. No me separaré de tu caballo hasta que vuelvas, no te preocupes.

Me doy por vencida y recorro el largo pasillo, dejando atrás innumerables boxes para acercarme a la tribuna y a la sala vip. Preferiría compartir una copa en el establo con el personal que ha contribuido al éxito de hoy, pero también sé que es el momento de socializar. Así que aquí voy, dispuesta a ello. Por el rancho y por Vaughn, porque sé que en lo más profundo le gusta esta mierda.

Doblo la esquina, pero me freno en seco al oír la voz fría y autoritaria de Stefan Dalca.

—He estado esperando una respuesta a mi oferta.

La voz que responde es gélida, y la conozco bien.

—Ya le he informado de que el caballo no está en venta.

Vuelvo al pasillo y asomo la cabeza para ver a Vaughn de espaldas, enfrentándose a Stefan.

—Todo tiene un precio.

—Eso dicen. Pero ese caballo acaba de clasificarse para la final. No va a ir a ninguna parte.

—Tiene razón. Probablemente valga más que los diez millones de dólares que ofrecí la semana pasada.

¿Está de coña?

¿Diez millones? ¿Lo dice en serio? No es una cantidad inaudita por un semental que puede llegar a engendrar un montón de campeones. Pero DD todavía no ha dado suficientes pruebas de su valía.

La postura de Vaughn es tensa mientras se enfrenta al otro hombre. No parece intimidado por las peligrosas vibraciones que trasmite Stefan. Le lleva muchos centímetros.

—No me importa cuál sea su oferta —dice, acercándose.

La sonrisa de Stefan es socarrona; sus ojos bailan sobre Vaughn con diversión desenfadada. Está claro que está disfrutando de ese encuentro, de restregarle el dinero por la cara. No es el niño mimado de los medios de comunicación que es Vaughn, es la sombra que se mueve en la oscuridad. Su moneda de cambio son los tratos secretos y las amenazas. Es astuto como un zorro; no es de fiar. Quiero intervenir y decirle que se largue, pero es una batalla que debe luchar Vaughn, no yo.

No es apropiado que yo esté escuchando, pero mira, nadie me ha acusado nunca de hacer lo más apropiado. ¿Por qué empezar ahora?

—Casi tengo la sensación de que no le caigo bien, señor Harding.

—No, no me cae bien. —Este es el Vaughn que conocí el día que llegué al aparcamiento del Gold Rush Ranch. El hombre frío y desdeñoso.

—Veinte millones.

Me tapo la boca para ahogar un grito. Es una cifra disparatada, y mi lado comercial sabe que no se puede rechazar. Con esa cantidad de dinero se podrían comprar muchos caballos. Mi parte más sentimental jamás vendería a DD, es demasiado único. Pero podría valer un dólar, y yo sentiría lo mismo. No tiene precio. La idea de que se vaya me llena los ojos de lágrimas.

—Esto no tiene que ver con el dinero, sino con el futuro. El caballo no

está en venta. Fin de la historia.

Esta noche voy comerme vivo a este tío.

Se da la vuelta para marcharse.

—El futuro, ¿eh? —dice Stefan. Vaughn se frena en seco y gira sus anchos hombros hacia el turbio hombre de negocios.

—Veinte millones y le doy a la prensa pruebas irrefutables de que su abuelo no estaba implicado en ninguna trama ilegal. Limpiaré su nombre.

El mundo se detiene. Hasta los pájaros dejan de piar. Parece como si alguien hubiera hecho una pausa, y solo se moviera la sonrisa de complicidad que se extiende por la cara de Stefan. Es una sonrisa calculada, como si hubiera visto la grieta abierta en la armadura de Vaughn y hubiera apuntado directamente a ella.

Siento como si me clavaran una lanza en las tripas al ver cómo se está desarrollando todo.

—¿Me está diciendo que mi abuelo no estaba involucrado en sus maquinaciones? —La voz de Vaughn es entrecortada, casi jadeante. Sigue pareciendo impenetrable, pero su voz delata que Stefan acaba de asestarle el golpe de gracia.

Stefan resopla.

—No son mis maquinaciones, Harding. Y no, solo le digo que puedo hacer que lo parezca. Lo acusaron por algo que hizo.

Vaughn se queda blanco como la leche, lo que implican las palabras de Stefan lo sacude como un rayo. El silencio que sigue es tan asfixiante que lo siento como una soga al cuello, y no puedo evitar que se me escape un grito ahogado cuando Vaughn asiente secamente.

—Envíeme el papeleo.

El pelo oscuro y ondulado, por el que me encanta pasar los dedos, se vuelve en mi dirección. En sus ojos brilla la alarma al ver que me asomo desde el final del edificio. Sé que me estoy entrometiendo, pero la verdad es que me importa una mierda. Le devuelvo la mirada con absoluta incredulidad. El hombre al que admiro por su moral —su juicio— acaba de vender mis esperanzas y sueños, la redención de su rancho, para salvar la reputación de un hombre muerto que jodió a todo el mundo.

Niego con la cabeza; solo quiero despertar de esta pesadilla.

—Señorita Black, qué amable de su parte pasarse por aquí. —La voz de Stefan rezuma sarcasmo—. No hay necesidad de esconderse. También

tengo una proposición para usted. —Me hace señas con una sonrisa de suficiencia.

Camino hacia ellos tambaleándome, evitando la mirada de Vaughn. No puedo mirarlo ahora mismo: o le doy una patada en los huevos o me pongo a llorar. Esa es la cuerda floja por la que camino ahora mismo.

Ojalá tuviera una fusta a mano para arrear a estos dos gilipollas.

—Felicidades por su gran victoria de hoy. —Me aseguro de no acercarme demasiado a Vaughn, que sigue mirándome—. He seguido a ese caballo desde que empezaron a intentar que corriera. Sé lo difícil que ha sido. También sé que ha forjado una relación especial con él. Tiene mucho talento y ha hecho un trabajo increíble.

Ahora parece serio, sincero, pero yo lo miro sin demostrar ninguna reacción. ¿Cómo es posible que sepa todo eso? ¿Se supone que debo desmayarme ante su cumplido?

Que lo jodan.

—Cuando el caballo llegue a mis instalaciones, puedo asegurarle que será tratado excepcionalmente bien. Solo le daré lo mejor. Dicho esto, me gustaría ofrecerle el puesto de entrenadora. Entrenadora jefa. El sueldo sería más que competitivo.

Que lo jodan dos veces.

Sigo sin decir nada. Muevo la cadera, cruzo los brazos y le devuelvo la mirada, con la rabia hirviendo en mis entrañas. *Qué descaro.* Este gilipollas es capaz de chantajear a Vaughn para que venda al mejor caballo que jamás tendrá su rancho y luego de darse la vuelta para hacerle una oferta a su empleada justo delante de él. Me dan ganas de romperle su estúpida cara.

Estudia mi rostro con una mirada inteligente, buscando una respuesta en mi expresión. Pero es una máscara ilegible. Aprendí a dominar esa mirada de adolescente, cuando mi padre vendió a su familia para salvar su carrera política.

—Escúchame, mafioso, y escúchame con atención. —Mi voz es un siseo, tiembla con una rabia apenas contenida—. Conozco bien a los tiparracos depravados. Hombres hechos y derechos que se creen más listos que los que los rodean.

—Billie, ten cuidado... —interviene Vaughn.

Levanto una mano y giro la cabeza en su dirección.

—No te atrevas a interrumpirme. También tengo algunas cositas que

hablar contigo, pero no puedo tratar con dos gilipollas malcriados a la vez, así que espera tu puto turno. —Frunce los labios. Vaughn no es un pusilánime, pero también es lo bastante inteligente como para saber elegir sus batallas, y aparentemente no va a meterse en esta. *Chico listo*.

Mi atención se centra de nuevo en Stefan Dalca. Sus fuertes rasgos muestran lo que parece sorpresa.

—Nadie me ha hablado así nunca.

—Bueno, quizá va siendo hora de que alguien lo haga. —Se echa hacia atrás con una sonrisa divertida en la cara. Lo que, la verdad, me cabrea aún más—. Ya he pasado muchos años de mi vida soportando a hombres poderosos sin brújula moral, que no tienen las prioridades en orden y que solo son leales a sí mismos, y no voy a tropezar dos veces en la misma piedra. Adoro a ese caballo con todo mi maldito corazón. —Mi voz se quiebra por la emoción—. Pero también soy una profesional. Los caballos van y vienen. Es parte de este deporte. Soy una adulta y la vida sigue. Pero nunca sacrificaré mi integridad por dinero. Y nunca, jamás, trabajaré para un hombre como usted.

Ladea la cabeza, como si yo fuera un rompecabezas que está tratando de montar. Lo que no me gusta nada, así que me doy la vuelta para marcharme.

—En el pueblo romaní diríamos que Double Diablo es el caballo de su corazón —dice a mi espalda—. Su alma gemela equina. Un caballo al que entiende como nadie.

La emoción me obstruye la garganta. Me arde el pecho. No puedo soportar que ese capullo manipulador me dé un golpe fatal como ese. Sé que no puedo mirarlos; no puedo soportar ver la pena en la cara de Vaughn ni la victoria en la de Stefan.

—En ese caso, buena suerte en la final con el caballo de mi corazón —suelto por encima del hombro.

29

VAUGHN

Joder. Joder.

Me doy media vuelta y sigo a Billie con largas zancadas. Tras de mí, Dalca dice que me enviará la oferta por mensajero esta semana. No sé, ni siquiera puedo concentrarme en él ahora mismo. Lo único que veo es la cara de dolor de Billie cuando me ha oído aceptar la oferta.

Sospechaba que, probablemente, Dermot era el culpable de amañar carreras, de mancillar este deporte, pero acabo de escuchar la confirmación de que es así. Y aun así, tengo que aceptar la oferta. Limpiar el nombre de mi abuelo significa mucho para mí, no solo para el negocio, sino también para mi familia. Con eso se puede reparar el daño que ha causado este escándalo. Por eso, tengo que hacérselo entender, hacerle ver que este es el mejor camino.

Con veinte millones de dólares puedo comprar más campeones para que ella los entrene y restaure la reputación del rancho. Por supuesto, no quería que se enterara así. Me habría gustado tener tiempo para pensar cómo decírselo con delicadeza. Pero si pudiera hacer que Billie se sentara a hablar conmigo, lo entendería.

Me late el pulso en la garganta cuando la sigo por el bullicioso pasillo del establo hacia el box de DD. Sus tacones repiquetean al alejarse de mí a toda velocidad. Me impresiona lo rápido que es capaz de andar con tacones, pero luego recuerdo que Wilhelmina tenía mucha experiencia en eso. No siempre ha sido la amazona despreocupada que conozco y adoro.

Al verla alejarse de mí, envuelta en ira, me doy cuenta de que en realidad la amo. No quería enfadarla ni hacerle daño, pero la oferta que Stefan me ha hecho ha sido demasiado buena para ignorarla.

—¿Está preparado el remolque? —ladra en uno de los puestos.

—Sí —responde Hank, con cara de confusión al asomar la cabeza—. ¿Por qué has vuelto tan pronto? —Mira más allá de Billie y me ve irrumpir detrás de ella.

En cuanto alcanzo a Billie, la agarro por el brazo.

—Fuera. Ahora.

Se gira y me quita de encima.

—No me pongas una puta mano encima, Vaughn Harding. Estoy trabajando. Hablaremos más tarde.

—No, Billie. Vamos a hablar ahora mismo.

DD, Violet y Hank me miran con los ojos muy abiertos. Billie ha perdido el control por completo, tiene las mejillas sonrojadas y el pecho agitado.

—Vi, vamos a tomar una copa de celebración. —Hank la hace pasar bajo la cuerda que cruza la puerta de la caseta, me lanza una mirada severa, le hace una caricia paternal en el hombro a Billie y nos deja a solas para que hablemos. Violet corre tras él, y mira hacia atrás por encima del hombro con una expresión de preocupación en sus grandes ojos azules.

—Qué profesional... —murmura Billie, y se mete en el oscuro establo junto al caballo negro.

—¿Crees que ahora me importa si soy profesional o no? —Me apoyo en la puerta; ella se agacha y envuelve las delicadas patas de DD con las mullidas vendas de descanso.

—No. Definitivamente no. —Su voz rezuma sarcasmo—. Creo que solo te preocupas por ti mismo y nada más. Hoy lo has dejado muy claro.

—¿Estás de coña? Aceptar el trato es lo mejor para todos. Son negocios, Billie. ¿Veinte millones de dólares y rehabilitar el nombre del rancho? ¿Sabes cuántos caballos prometedores podemos comprar por esa cantidad de dinero? ¿Cuánto podemos mejorar las instalaciones? No hay ni que pensarlo.

Resopla.

—No piensas, eso está claro. —Sus manos aplastan la envoltura de algodón sobre la base acolchada; todos sus movimientos son seguros, rápidos y nerviosos. Pasa la palma de la mano por la pata de DD y se incorpora. Le rasca la cruz con los dedos, le vuelve la cabeza hacia ella. Su sonrisa al animal es temblorosa, y luego vuelve esos ojos felinos hacia mí.

—Lo cierto es que no lo entiendes, ¿verdad? No se trata de vender el caballo. Se trata de por qué. Este caballo ha corrido con todo su corazón por nosotros y se ha clasificado para una de las competiciones más prestigiosas del mundo. Salió de la nada y ha superado un montón de mierda para poner tu querido rancho en el mapa. Pero eso no es suficiente, ¿verdad? Porque no

se trata de la reputación del rancho. Él te ha puesto también a ti de nuevo en el mapa, y a cambio tú lo has intercambiado en un trato turbio.

—¿Y qué si lo he hecho? Veinte millones son veinte millones, Billie.

—¿Y qué? Si sigue ganando carreras, conseguirás eso alquilándolo como semental en el primer año. —Su voz es estridente y me mira, incrédula—. Es el momento de afrontar los hechos, Vaughn. Tu abuelo violó la ley. Hizo todo eso de lo que lo acusan. Esa víbora acaba de confirmarlo. Ignorarlo no cambiará nada.

—¿Qué tal si me apoyas un poco? Esto es importante. Sabes lo difícil que ha sido para mí —le respondo con un rugido, pues no me gusta nada todo lo que está diciendo.

Exhala un suspiro y se echa ligeramente hacia atrás.

—¿Es tan importante que estás dispuesto a pisotear mi carrera? ¿La carrera de Violet? ¿Nuestra relación? —Billie mueve la cabeza de un lado a otro, su decepción es casi tangible—. Piensas que tu desesperada necesidad de encubrir un delito, uno que socava la respetabilidad de nuestro deporte, está por encima de todos los que te rodean. Los seres vivos reales van a sufrir por esto. ¿Y todo eso es un sacrificio aceptable para limpiar la reputación de un muerto?

Me quedo mirándola, rechinando los dientes. Ella resopla, atónita.

—Increíble. Abre los ojos, Vaughn. Era tan corrupto como su reputación sugiere. Fue a la vez un abuelo fabuloso y un hombre de negocios sin escrúpulos. Trata de asimilarlo. Acéptalo.

Me quedo mirándola, sin palabras. En el fondo, sé que no es un sacrificio aceptable. Suena totalmente ridículo cuando lo expone así. Pero me he pasado meses soñando con encontrar la forma de que cesen los cotilleos y las habladurías, de conseguir que todos vean al hombre maravilloso que llegué a conocer. No puedo dar la espalda a ese objetivo, ni siquiera puedo planteármelo.

Sus ojos brillan en la tenue luz del establo, y las lágrimas se acumulan en sus iris color miel.

—Me dijiste que no me decepcionarías... —Le tiembla la barbilla y suspira. Ver su dolor tan de cerca me está matando. Siento como si mi pecho estuviera a punto de abrirse en canal, como si mi corazón palpitante fuera a caer sobre la paja del establo, justo a sus pies enfundados en esos tacones de infarto.

—Es un asunto de negocios. Tengo que mantener mis decisiones, aunque no les gusten a los empleados.

En cuanto las palabras salen de mis labios, sé que no son las correctas. Pero estoy dominado por la adrenalina. Me cabrea que ella no lo entienda, y las emociones me superan.

—¿Empleada? —me suelta.

—Sí, Billie. Los entrenadores no suelen decidir sobre la venta de caballos que no son de su propiedad. Sé que crees que este caballo es tuyo, pero no lo es. Es mío.

Se incorpora y se le endurecen las facciones. Ha perdido cualquier atisbo de expresión y me mira con intensidad, con los labios apretados en una fina línea.

—Gracias por la aclaración, señor Harding. —El tono de voz es el que solo le he oído usar con gente a la que está a punto de destripar verbalmente—. Espero que eso te caliente la cama por la noche porque yo, definitivamente, no lo haré. —Su voz es fría como el hielo cuando continúa—: No voy a volver a confiar en alguien cuyas dudosas decisiones se basan en lo que piensan de él. Me merezco a alguien que apueste por mí. Hemos terminado.

Han pasado casi veinticuatro horas y aún no sé nada de Billie. La echo de menos.

Después de que me diera la patada, me encogí de hombros con frialdad, me di media vuelta y me marché enfadado. Lo único que oía mientras me alejaba de la mujer que amo era el zumbido de la sangre en mis oídos. La rabia bullía en mis entrañas, pero también lo hacía la vergüenza. Sabía que no debía haberle hablado así. Incluso ahora, un día después, sé que fui un gilipollas. Y, sin embargo, no puedo obligarme a pedirle perdón. No es culpa mía que ella no lo entienda.

Miro por la ventana de mi despacho hacia los prados; el de DD está vacío. Billie, obviamente, lo dejó en su casa anoche. Estaba destrozada ante la idea de alejarse del caballo negro. Odio pensar que le hice daño al tomar esa decisión, pero es habitual que los caballos vayan y vengan. Especialmente, cuando son tan prometedores como Double Diablo.

Le daré un tiempo para que se calme y luego le expondré mis argumentos con más claridad. Entrará en razón. Sé que le importo, aunque se resista a

aceptarlo. Esto es solo un bache en el camino. Las parejas se pelean a todas horas; ya lo solucionaremos.

Tengo que solucionarlo. No puedo perderla.

Un golpe seco en la puerta de mi despacho me arranca de mis pensamientos. Billie está apoyada con la cadera en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Me como con los ojos la forma en que sus vaqueros azules abrazan sus sensuales curvas, pero cuando subo la mirada a su cara se me corta la respiración. Su sedoso pelo castaño está recogido en una coleta alta, su pálida piel no lleva maquillaje y sus brillantes ojos color whisky están apagados, hinchados y enrojecidos.

Y es culpa tuya, imbécil.

Se me encoge al corazón al verla. Es obvio que ha estado llorando. Y mucho. No es lo que esperaba. Creía que Billie era dura, alegre y optimista. Tenía claro que se tomaría un tiempo para sí misma —sé que no le gusta que la asfixien— y que luego volvería a las andadas. Pero esto... esto no lo veía venir. Está destrozada.

—Hola —digo.

—Hola. —Su voz es suave y frágil—. ¿Tienes un minuto?

Me muevo en el asiento, incómodo por lo formal que me trata.

—Sí, claro. Por supuesto. —Señalo la silla de enfrente. Esa en la que se sentó frente a mí hace un par de semanas y desde la que me habló de su familia, de su padre y de lo que la había hecho pasar. El mismo asiento en el que se sentó cuando la contraté.

—Gracias. —Se hunde en la silla, evitando el contacto visual conmigo, y deja caer un trozo de papel entre nosotros.

Aprieto los dientes al verlo, me reclino en el sillón de cuero y apoyo la barbilla en los dedos.

—¿Qué es esto?

Me mira, nerviosa.

—Es un preaviso de dos semanas.

Parpadeo despacio, intentando procesar lo que me está diciendo.

—¿Vas... vas a irte?

—Sí. —Se muerde el labio inferior, y no puedo evitar recordar lo que siento al chupárselo mientras recorro con las manos su cuerpo.

—¿Por qué? —La conmoción se refleja en mi tono. Sé que la he disgustado, pero esto me descoloca por completo.

—Es que... —mira por la ventana, aspirando una profunda y temblorosa bocanada de aire— es que no puedo seguir... —Nos miramos sin decir palabra, con un torrente de emociones en los ojos—. Me duele demasiado quedarme. Encontraré otro sitio... menos complicado al que ir.

¿Está de broma?

—¿Y ya está? ¿Vas a renunciar a mí?

Tiene los ojos llorosos y una sonrisa triste cuando me mira.

—Tú me abandonaste primero.

Me echo hacia atrás.

—¿Es eso lo que piensas? ¿No entiendes mi punto de vista?

—Oh, lo entiendo perfectamente. Pero no me gusta. —Hago un gesto burlón, pero ella continúa—: Si te parece bien, me gustaría pasar un día más con DD. Después ya no me verás por aquí. Terminaré las dos semanas en el hipódromo y me iré cuando lo tenga todo listo. No sé cómo van a salir las cosas con DD y... —Se le quiebra la voz—. No puedo estar aquí cuando se vaya.

Se le escapa una lágrima que se desliza por su mejilla. Quiero secársela. Besarla. Rodearla con mis brazos y borrar todo su dolor.

Pero no lo hago. En lugar de eso, protejo mi corazón y me concentro en el hilo de rabia que crece en mi pecho ante la idea de que se vaya. Lo menos que puedo hacer es facilitarle su marcha. Debería consolarla, decirle que estoy enamorado de ella, pero no soy de los que suplican. En vez de eso, lo único que sé hacer es atacar.

—¿Y nosotros? Creía que ya no ibas a huir. —El comentario rezuma sarcasmo, y al instante me repugna el enfoque infantil que estoy adoptando. Se merece algo mejor que este tipo de comportamiento.

Se levanta de golpe y me tiende una mano desde el escritorio.

—Gracias por las oportunidades que me has brindado. —Sus largas pestañas están húmedas mientras me mira a los ojos—. No sabes cuánto valoro todo lo que has hecho por mí. Espero que seas feliz.

El significado está claro. Espera que esté contento con mi decisión. ¿Y por qué no habría de estarlo? Todo lo que he querido durante el último año es limpiar el nombre de mi familia. Esto es algo que tenía que hacer, y si ella no puede entenderlo, que así sea.

Me levanto y le estrecho la mano. Su apretón es tan firme como lo recordaba, sus ojos igual de emotivos. Puedo verlo todo en ellos: traición,

ira, confusión, tristeza, devastación absoluta...

Es culpa tuya, gilipollas.

Debería sentirme bien por la decisión que he tomado. En lugar de eso, lo único que siento es asco hacia mí mismo al ver cómo se da la vuelta y sale por la puerta.

30

BILLIE

—¿Estás segura? —Hank está sentado en la isla de la cocina de la cabaña, con los ojos llenos de preocupación, mientras yo me apoyo en la encimera enfrente de él restregándome la cara con las manos.

¿Estoy segura? No. Ahora mismo no estoy segura de nada. Vaughn Harding ha sacudido los cimientos de todo lo que creía saber sobre mí.

Lo he puesto en una especie de pedestal moral, así que no solo me ha arrancado el corazón, sino que también ha añadido el insulto a la injuria pisoteándolo. Sabía que no debería haberme liado con él. Los rollos en el lugar de trabajo siempre acaban siendo un follón. Y este era la madre de todos los follones.

—Sí, estoy segura —digo desde detrás de las manos—. ¿Por qué he hecho esto, Hank?

—Porque te rogué que vinieras a trabajar conmigo —dice con una risita vacilante, tratando de hacer que me sienta mejor.

Dejo caer las manos y miro al techo.

—No me refiero al trabajo. Este es el mejor trabajo que he tenido nunca. Me refiero a Vaughn. ¿Tan poco valgo? ¿Por qué nadie apuesta nunca por mí? Me refiero a apostar de verdad. Incluso aunque no suponga una ventaja. Incluso cuando no es conveniente.

Oigo el gruñido estrangulado que emite cuando se coloca ante mí. Me pone las palmas de las manos sobre los hombros y miro su rostro amable y sincero. Unas lágrimas silenciosas corren por mis mejillas, y él me sacude con suavidad.

—Yo aposté por ti, Billie. Y lo haría una y otra vez. Eres como una hija para mí. Estoy muy orgulloso de ti. No puedo hablar de tu familia ni de las decisiones que han tomado. Para ser sincero, parecen una panda de gilipollas.

No puedo evitar la pequeña carcajada histérica que se me escapa. En eso no se equivoca.

—Pero Vaughn... —suspira y mira al techo— es un buen hombre que está tomando una decisión equivocada. Ha tenido un año duro, pero tienes razón en que no es tu trabajo arreglarlo. Tiene que resolverlo por sí mismo. Si lo conozco bien, sospecho que recapacitará. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Parpadeo con rapidez y frunzo los labios.

—No sé si podré perdonarlo aunque lo haga. —Hank me abraza contra su enorme y pesado cuerpo. Es tranquilizador y cálido, firme y seguro.

—Eso ya es cosa tuya, Billie. Pero no olvides que, si quieres que la gente apueste por ti, tendrás que darles la oportunidad. Sé que estás quemada, y sé que no entregas tu confianza fácilmente, pero nunca encontrarás lo que buscas si no estás abierta a ello. —Me pasa su enorme mano por el pelo—. Es un equilibrio delicado. Eres una joven excepcional, así que no te vendas barato, pero tampoco te encierres en ti misma. Alguien digno se ganará tu confianza.

—Vale —le susurro en el hombro.

—Prométeme que no dejarás que esto te haga tener miedo.

—Te lo prometo —resoplo, y me acurruco con más fuerza. Estoy segura de haberle empapado la camisa con mis lloriqueos.

—¿Te acabas de limpiar la nariz en mí, chica?

Me río.

Hank siempre ha tenido la habilidad de hacerme sentir mejor al tiempo que me enderezaba. Me da la patada en el culo y a la vez una palmadita en la espalda; eso es lo que haces por la gente a la que quieres. Eres sincero con ellos sobre sus defectos, los aceptas y sigues estando de su lado. Pase lo que pase.

—Creo que sí. Pero se ha acabado. —Me aparto y le ofrezco una sonrisa temblorosa—. No voy a llorar más. No puedo llorar más. Estoy deshidratada y es agotador. —Me quedo corta. Estoy muerta de cansancio. La pasada noche no he dormido nada, y la carga emocional de los últimos días me está afectando mucho—. Y todo eso me hará envejecer prematuramente, y no puedo permitírmelo. —Le guiño un ojo, intentando relajar un poco el ambiente.

Me devuelve la sonrisa.

—Ahí está. Esa es mi luchadora. Te he echado de menos mientras andabas por Europa. —Sus dedos me dan un apretón en el hombro para

tranquilizarme.

Pongo los ojos en blanco ante esa descripción.

—Yo también te he echado de menos, viejo.

Me apoyo en la valla del prado de DD. Él levanta la cabeza del heno y me saluda con un suave gruñido y se acerca para que le preste atención. Y para que le dé galletas, seamos sinceros: sobre todo, es por las galletas.

—Hola, chico. —Le paso la mano por la quijada y me sopla aire caliente en la oreja. Pasa la cabeza justo por encima de mi hombro, como si estuviera a punto de abrazarme, pero, en lugar de eso, siento el roce de su hocico furtivo en los bolsillos traseros de los vaqueros.

Buscando galletas.

—Solo soy una fábrica de golosinas, ¿verdad, grandullón? —Le planto un beso en el brillante cuello de ébano y luego le doy una galleta porque soy así de tonta. Le rodeo el cuello con los brazos y él deshace la galleta en su boca, feliz—. Te echaré de menos, DD —susurro.

Se me llenan los ojos de lágrimas y siento un nudo en la garganta.

Me vienen a la mente imágenes de Vaughn moviéndose sobre mí. Casi puedo sentir sus dedos recorriendo posesivamente mi caja torácica. Y se me pone la piel de gallina cuando recuerdo cómo me pasaba la barba incipiente por debajo de la oreja o cómo se me encogían los dedos de los pies al llevarme al límite de forma implacable.

Pero bloqueo esos pensamientos. Rememorar esos días y esas noches no me lleva a ninguna parte, aunque me resulta imposible escapar de ellos. Cada vez que me revuelco en esos recuerdos, es como si me zarandearan las olas durante una tormenta. Así que necesito aferrarme a algo, a lo que sea, hasta que me doy cuenta de que no hay nada que me salve. Que estoy destinada a hundirme en las aguas oscuras.

Vuelvo a cepillarlo. Probablemente sea el último día que pase con DD antes de que se marche a las instalaciones de Stefan Dalca, y no voy a desperdiciar esas horas pensando en ese hombre.

Prefiero pasarme la tarde explorando con DD los senderos que rodean el rancho, relajándome con el suave balanceo de su caja torácica bajo la silla de montar. Disfruto del cálido sol en la espalda, en la cara, y me maravillo de lo relajado que está DD mientras pasea por los senderos con la cabeza baja y moviendo la cola.

Le rasco la testuz. También me echo sobre su cuello fibroso para abrazarlo. Hago todo lo posible para no llorar, pero las lágrimas silenciosas me resbalan por las mejillas cuando volvemos a subir hacia el establo. Se me hace un nudo en el estómago a medida que nos acercamos. Ha llegado el momento.

Hasta la vista.

Me he despedido de muchos caballos a lo largo de mi carrera. Pero con él es diferente. Y es todavía peor porque mi relación con Vaughn también ha saltado por los aires. Todo ha sido rápido, nuevo y emocionante. Cuando estábamos juntos, parecía que teníamos un futuro. Hemos pasado meses conociéndonos, hablando, intercambiando secretos, compartiendo momentos tranquilos. Nuestras miradas contenían palabras no dichas y nuestras caricias se prolongaban hasta el infinito. No es de extrañar que los demás se dieran cuenta de lo que ocurría mientras nosotros seguíamos en Babia.

Lo nuestro fue un choque frontal que ninguno de los dos vio venir.

No puedo evitar preguntarme si estaré tomando la decisión equivocada. ¿He exagerado? ¿Merece la pena mirar hacia otro lado para estar al menos con uno de ellos? Al menos así no me quedaría sin nada.

Se me escapa un suspiro. No. Mi orgullo no me lo permite. He comprometido mi dignidad demasiadas veces para encubrir el escándalo de un hombre poderoso. Me he sentido sucia, comprada..., barata. Prefiero tener el corazón roto a revivir esa sensación.

Incluso si eso significa perder al hombre al que amo.

He pasado mucho tiempo negando mis sentimientos por Vaughn Harding. Protegiéndome, bromeando al respecto, ignorando las señales. Pero aquí estoy, viviendo la prueba de que estoy muy enamorada de él. Ni siquiera me he dado cuenta hasta que lo he perdido.

Quizá debería habérselo dicho. Sigo dándole vueltas. ¿Él habría actuado de otra manera si lo hubiera sabido? Pero, si me quisiera, no habría hecho esto, ¿verdad?

Si me quisiera, no habría vendido a DD para limpiar la reputación de un muerto a mi costa.

En el picadero de DD, lo colmo de besos y deslizo las manos por su sedoso pelaje. Le acuno la cabeza y miro sus grandes ojos negros, que me recuerdan a los iris oscuros de Vaughn.

—Pórtate bien con tu nueva familia. —Mi voz se quiebra y las lágrimas se precipitan, imparables. Le doy un golpecito en la testuz, y parpadea rápidamente, confundido—. Gánalo todo por mí, hombrecito. ¿Me oyes? — Sus orejas puntiagudas se echan hacia delante y yo me pongo de puntillas —. Corre con todo tu corazón —susurro—. Que los demás muerdan el polvo.

Luego me siento en la tierra y dejo que los sollozos que he estado conteniendo toda la tarde sacudan mi cuerpo.

El sabor floral de la ginebra se extiende por mi lengua mientras miro el concurrido local. El Neighbor's Pub es la quintaesencia de los bares de mala muerte de pueblo. Camarero canoso, moqueta sospechosa en el suelo, cantidad de lugareños y gente que va o viene de Vancouver. La terraza es básicamente un aparcamiento lleno de mesas de pícnic.

Me encanta.

Violet ha decidido que necesito una noche de chicas. Al parecer, encontrarme llorando en el suelo del picadero de DD fue demasiado incluso para ella. Así que aquí estoy, en un bar de pueblo, sentada al sol, tomando un *gin-tonic* con Violet y mi veterinaria favorita, Mira Thorne. Las dos me miran como si fuera una bomba de relojería.

—Por Dios, cabronas, como no dejéis de mirarme como si fuera a romperme, os tiraré la bebida a la cara. Estoy bien.

Mira, la reina de hielo, sonrío.

—Eres muy graciosa.

Violet clava en mí sus ojos de cervatillo asustado, con la preocupación grabada en sus delicados rasgos.

—Billie, solo quiero asegurarme de que estás bien. Me entristece que vayas a dejar el Gold Rush Ranch, pero, más que eso, estoy preocupada por ti. Siempre eres la que ve el vaso medio lleno. Y ahora no es así, y me está estresando.

—Vivi. No te agobies por cosas que no puedes controlar. Estás a punto de ser una de las *jockeys* más codiciadas del negocio. Dalca no va a cambiar una combinación ganadora. Puede tener muchos defectos, pero no es estúpido.

Mira resopla mientras bebe un buen trago de su cóctel.

Ladeo la cabeza hacia ella.

—¿Le importaría explicarse, doctora Thorne?

Se muerde los labios y dirige sus astutos ojos hacia mí.

—Ese hombre es como una maldita víbora oculta en la hierba. Pero tienes razón en que no es estúpido.

—No sabía que lo conocieras.

—He pisado muchas pistas. Lo sé todo sobre todos. Los rumores, las conexiones, los acuerdos ocultos. Me ha intentado convencer para que trabaje para su rancho en exclusiva.

Arrugo la nariz con desagrado.

—Qué asco.

Las mejillas de Violet adquieren un tinte rosado.

—Bueno, no es asqueroso. En realidad es bastante cuqui —dice.

—¿Cuqui, Violet? ¿De verdad? ¿Cuántos años tienes?

Los ojos de Mira se iluminan con diversión.

—¿Quieres decir follable, Violet? —Violet se sonroja y Mira ríe a carcajadas.

En cuanto a Stefan Dalca, la rabia no me permite verlo de esa manera. A pesar de sus atributos físicos, lo lanzaría al cubo de la basura y cerraría la tapa.

—Las dos estáis jodidas de la cabeza. —Me giro hacia Mira—. Cuidado con él: es tan manipulador que asusta.

—No lo sé —dice, echándose hacia atrás con un suspiro—. No puedo cerrarme puertas. Debo encontrar algo más estable que lo que tengo. Correr el riesgo de quedarme sin trabajo durante la temporada baja no es lo ideal para pagar los préstamos universitarios. Ni para otras cosas. —Pasa el dedo con delicadeza por la condensación del vaso que tiene delante. Mueve la cabeza—. No es suficiente.

—Habla con Hank. Estábamos hablando de contratar a un veterinario fijo. En Ruby Creek no hay clínica veterinaria, y sabe de primera mano lo fatal que podría haber resultado el cólico de DD si no hubieras estado ahí.

Mira se acaricia la barbilla y reflexiona.

—Puede que tengas razón. Estoy harta de desplazarme al centro. —Resopla—. Y también estoy harta de vivir con mis padres en la granja. Necesito un cambio.

Casi las ducho a las dos con ginebra mientras lucho por contener mi asombro.

—¿Todavía vives con tus padres?

Aparecen unas manchas rosadas en sus pómulos.

—Es una larga historia.

—Es genial, chicas. —Levanto el vaso para aplaudirles—. Oír hablar de vuestras vidas de mierda me está haciendo sentir mejor. —Violet, la protectora, me lanza una mirada de desaprobación, pero Mira esboza una sonrisa seductora y brinda conmigo. Esa mujer rezuma sensualidad por todos los poros, sin siquiera intentarlo. Belleza y cerebro, ¿a quién no le gustaría? La ginebra se me sube a la cabeza después de días sin comer bien—. Si no me gustaran tanto las pollas —digo sin filtro—, me gustarías tú, Mira.

Violet se atraganta con la bebida y se pasa la mano por el pecho, totalmente escandalizada. Pero Mira me guiña un ojo.

—No lo critiques hasta que lo pruebes.

—Hablando de pollas, Vi..., ¿qué te pasa con G. I. Joe?

Mira ladea la cabeza, intrigada.

—Me refiero al hermano de Vaughn —explico—. Se comportan de una forma rara de narices el uno con el otro. No necesito ser ingeniera para darme cuenta. —Vuelvo a mirar a Violet, que ahora está pegando unos sorbos muy poco femeninos a su bebida.

¡Vaya! Parece que he dado en el clavo.

Inspira hondo y mira hacia el concurrido patio, evitando el contacto visual.

—Me acojo a la quinta enmienda.

—¡Oh, Dios! Eso tiene que ser muy interesante, Vi. Me estás matando.

Mira sonrío y le da a Violet una palmada en el hombro.

—Al final todo saldrá bien, Violet.

Ella se vuelve hacia la otra mujer con los ojos muy abiertos.

—En este caso, mejor que no —dice.

La noche continúa más o menos igual. Muchas risas, muchas bromas y buena compañía. En muchos aspectos, me siento más asentada que nunca. Pero también podría ser por culpa de la ginebra.

Más tarde, esa misma noche, cuando entro en la cabaña vacía y miro hacia el oscuro prado, ni siquiera lloro.

31

VAUGHN

Miro sin ver la pantalla del ordenador. Lo único que llena mi mente como un bucle repetitivo y devastador del que no puedo escapar es la imagen de Billie cabalgando hacia el establo.

Cuando la he visto ir hacia allí con DD he pensado que estaba muy guapa con los arreos puestos, cómoda y a gusto. No muestra ni rastro de afectación cuando está con un caballo. Sus caderas se balancean en perfecta sincronía con el lánguido paso del animal y el sol brilla en la larga trenza castaña que reposa en un hombro por debajo del casco.

Me he quedado embelesado mirándolos hasta que le vi la cara. Estaba llena de lágrimas que brillaban en sus preciosos pómulos.

Por mi culpa.

Hundo la cabeza en las manos y me las paso por los ojos, con la esperanza de que eso me ayude a saber qué camino seguir. No puedo dejar de preguntarme si he tomado la decisión correcta. Vuelvo a mirar la pantalla que tengo delante y el contrato que Stefan Dalca me envió ayer. El que llevo casi veinticuatro horas evitando firmar.

Veinte millones de dólares.

Es una cifra disparatada, sin duda. Pero ¿vale la pena? Sé que es cierto lo que dijo Billie: puedo conseguir más dinero alquilándolo como semental si gana el campeonato. La gente paga incluso un millón de dólares por montas de sementales ganadores. Y si produjera ganadores, aún más.

Sé que es una estupidez, pero en este momento no me importa el dinero. Tengo más del que necesito. Ni siquiera me importa DD ahora mismo. Es un buen caballo, pero hay muchos caballos buenos.

Sin embargo, solo hay una Billie.

Amo a Billie, y la he perdido por mis acciones. Me lo contó todo sobre su familia. Sobre sus sentimientos. Me dijo con absoluta claridad qué tipo de comportamiento no podía tolerar. Y luego me di la vuelta e hice justo lo que me había pedido que no hiciera.

Sigo esperando que se me ocurra la forma de hacer que lo entienda, de ponerla de mi lado. La manera de quedarme con ella y limpiar el nombre de mi abuelo al mismo tiempo. Alguna manera de tenerlo todo. Normalmente, puedo resolver este tipo de cosas. Tiro de encanto y presento un plan atractivo para todas las partes involucradas. Pero eso no me está funcionando. Por mucho que me esfuerce, estoy en blanco.

Billie no encaja con ninguna de las etiquetas que suelo ponerle a la gente. Es un canguro psicópata que salta sin ton ni son. Y la amo por eso.

Qué puto desastre.

En lugar de quedarme aquí sentado como un tonto enamorado, contemplándola a través de la ventana, debería hablar con ella. Pero no sé qué decir o qué hacer para arreglar esto. Me falta experiencia.

Hank pasa por delante de la puerta de mi despacho sin detenerse.

—Eh —lo llamo—. Eh, Hank, ven aquí un momento.

Un momento después, asoma la cabeza con cara de mala leche.

—¿Qué pasa, jefe? —Coloca la mano en el marco de la puerta.

—Es que... —Mi resolución vacila. ¿Qué puedo decirle?—. Necesito un consejo.

Gruñe a modo respuesta y entrecierra los ojos sin dejar de mirarme.

—Deja que te diga algo. —Da unos pasos hacia el interior del despacho y cierra la puerta, lanzándome una mirada francamente aterradora—. Billie es lo más parecido a una hija que he tenido. Y ahora mismo está ahí fuera, llorando en el picadero de ese caballo. Sé que los caballos siguen adelante. Billie también lo hará. Pero esto no tiene que ver con el caballo, sino contigo.

Levanta el dedo índice en mi dirección y por un momento veo en Hank a un estereotipado padre granjero sentado en la mecedora del porche delantero con una pistola enorme en el regazo.

Y yo soy el pobre tonto que le ha roto el corazón a su hija.

—Escucha, Vaughn. Estoy orgulloso de trabajar en el Gold Rush Ranch. Te respeto. Pero adoro a Billie. Así que ahora mismo, viendo cómo se rompe el corazón de esa chica, no puedo decir que me caigas muy bien. Lo superaré. Ella también lo hará. Pero tú... —Niega la cabeza de forma solemne—. Bueno, me temo que entrarás en razón demasiado tarde y no podrás arreglarlo. Lo único que te quedará será más dinero, que no necesitas, y el recuerdo de un hombre muerto que solo quería lo mejor para

ti.

La silla cruje cuando me reclino y me paso la mano por el pelo.

—Gracias, Hank —digo con un suspiro entrecortado. Me ha quitado todas las excusas de la cabeza.

—A tu servicio, jefe.

Me recuerda a cuando de adolescente recibía un pelotazo en el pecho. Eso es lo que siento: un dolor agudo y profundo que me deja sin aliento. Seguido de vergüenza. Una vergüenza que me envuelve con fuerza y rapidez, como una bola de demolición que amenaza con derribarme. Me agarro al borde del escritorio para no caer. El dolor me parte en dos.

Es por mi culpa.

Pero esto es demasiado complicado. Dejo caer la cabeza sobre el escritorio y miro el suelo bajo mis pies, intentando atar cabos. Me he centrado solo en arreglar la reputación de mi familia. Pienso en mi madre, en mi hermano..., en *mi padre*. Todos ellos merecen algo mejor que lo que mi abuelo nos dejó. La oportunidad de arreglarlo está a mi alcance.

Pero ¿a qué precio?

Pongo la música a todo volumen y conduzco el coche al centro de Vancouver, directo al despacho de mi hermano. Llevo días aplazando repasar las finanzas con él, y me parece la actividad perfecta para mí en este momento. Y con la persona perfecta. Cole es un exmilitar, así que no se va a poner a hablar de mis sentimientos. Mencionará los números y responderá a mis preguntas con gruñidos y miradas malhumoradas.

Que es exactamente lo que necesito.

Atravieso las puertas de cristal del vestíbulo, saludo con la mano a Mack, el veterano guardia de seguridad, y me dirijo a la planta superior.

En las oficinas centrales todo el mundo se alegra de verme, no como en el rancho. Sonríen. Me saludan. Incluso recibo un par de apretones de manos seguido de algún «¡Me alegra de verte!».

Sus amables muestras de afecto me incomodan.

No merezco esa bienvenida. ¿Tienen idea de lo que he hecho? ¿En qué clase de persona me he convertido?

La culpa se apodera de mí e intento sacudírmela de encima mientras atravieso las modernas oficinas en dirección al despacho de mi hermano.

Entro sin llamar. Sé que le molestará, pero los hermanos pequeños

tenemos que seguir tocando los huevos, tengamos la edad que tengamos. Meterme con él todavía puede hacerme reír como un niño, aunque ahora para mis adentros, no en voz alta. Además, me siento como una mierda. Tengo que distraerme como pueda.

La cabeza negra y perfectamente peinada de Cole se levanta al oírme entrar.

—Claro, Vaughn. Pasa. Cómo voy a estar haciendo algo importante...

Me dejo caer en la cómoda silla que hay frente al gran e imponente escritorio. Se me dibuja una sonrisa en la boca.

—¿Qué podrías estar haciendo aquí que requiera intimidad?

—Tal vez mi secretaria me la esté chupando ahora mismo debajo del escritorio —sugiere. Cole casi nunca hace bromas, y cuando las hace, son chocantes y están pensadas para que te sientas incómodo.

Aunque conmigo no funcionan.

—Genial. Le haré saber a mamá que su hijo, el asceta, está un paso más cerca de darle uno de esos nietos que tanto desea.

Sacude la cabeza y apila las páginas delante de él.

—Vengo a repasar esas finanzas por las que me has estado molestando —añado, sabiendo que lo tengo medio mosca.

Cole no dice nada mientras sigue organizando la parte superior de su escritorio con precisión militar. Es como si lo hubiera limpiado con un cepillo de dientes o lo que sea que los obliguen a hacer en el Ejército. A diferencia de mi escritorio, al que a veces me gusta referirme como «espacio creativo», su oficina está impecable y neuróticamente organizada. No hay nada fuera de lugar.

Un par de minutos después sigue haciéndome el vacío, lo que me obliga a quedarme aquí sentado, mirándolo en silencio. Nunca sé si a Cole no le molesta el silencio o lo hace a propósito para tener ventaja. Es como si supiera que me pone nervioso.

Doy golpecitos con los pies mientras él organiza metódicamente su espacio y me ignora. No me gusta nada cuando intenta demostrar que está en una posición de poder. Me hace sentir como si estuviera en el despacho del director. Supongo que este es mi castigo por no haber llamado a la puerta.

Resoplo, exasperado.

—Cole, ¿vamos a ver esos números o qué?

Me lanza una mirada de desaprobación, pero esta vez no aparta la vista. Me mira de verdad, y trago saliva ante la intensidad de sus iris. Sus astutos ojos grises recorren mi cara y bajan hasta el cuello de mi camisa y hasta mis vaqueros. Después de que Billie me hubiera regañado bastantes veces, por fin he renunciado a llevar traje en el rancho, y Cole no pasa por alto este cambio. Me está analizando, y es muy desconcertante.

—¿Sabes cómo me mantuve vivo en Irak?

—¿Aburrirte a tus enemigos hasta matarlos? —bromeo, tratando de distender el ambiente. Casi nunca hace referencia a su estancia en Irak. Pero no muerde el anzuelo.

—Prestando atención. —Sus ojos se entrecierran y me apunta con el dedo—. Y tú, hermanito, estás actuando y vistiendo de una forma muy rara.

Dejo escapar un resoplido sarcástico y miro hacia otro lado.

—Estoy bien.

—¿Esperas que me crea que te has presentado aquí dispuesto y ansioso por repasar el estado financiero de la empresa? ¿En vaqueros? Normalmente tengo que perseguir al niño bonito y obligarlo a analizar estas cosas conmigo. Deja de mentirme.

Un profundo suspiro que ni siquiera sabía que había estado conteniendo se escapa de mis labios. Me paso los dedos por el pelo y miro al techo.

—Es ese puto caballo.

—¿El de los veinte millones de dólares?

—El mismo. —Pongo las manos debajo de la barbilla y miro a mi hermano—. Es complicado...

—¿Por qué? —Su tono se llena de suspicacia.

—Puede que me haya olvidado de mencionar que había un plus en su compra. Uno que Billie conoce y que no le impresiona en absoluto. Ahora estoy dándole muchas vueltas y tengo un montón de dudas. —Niego con la cabeza—. Por una mujer.

—Vaughn, los dos sabemos que Dalca no sigue las reglas. ¿Cuál es la condición?

El corazón me late descontrolado en el pecho. Decirlo en voz alta es diferente a saberlo sin más. Presentarle la idea a uno de los hombres con más sentido moral que conozco me hace sentir sucio.

—La venta es por veinte millones y a mayores me facilitará las pruebas de que el abuelo no amañaba carreras.

Cole me fulmina con la misma mirada que me lanzaba cuando éramos niños, justo antes de darme una paliza. La forma en que su cuerpo tiembla ahora me hace pensar que podría volver a hacerlo, y aunque le saco un par de centímetros, sé que no tendré ninguna oportunidad.

Su voz es tranquila y sus palabras son claras y pronunciadas a la perfección cuando por fin habla.

—¿Por qué coño harías un trato así con una serpiente como Stefan Dalca?

—Para limpiar el nombre del abuelo, nuestro apellido.

—Ese sentido del honor es absurdo.

Gimo y me reclino en señal de derrota. Nadie parece estar de acuerdo conmigo; esa es la única constante en la ecuación, así que tal vez el problema soy yo.

Y cada vez estoy más seguro de ello.

—Quítate las gafas de color de rosa, chico. —Su voz es más alta ahora, más áspera—. Es hora de dejar de vivir en el país de los cuentos de hadas, donde todo acaba bien. Todos queríamos a Dermot, pero la cagó. Tomó malas decisiones a sabiendas. ¿Acaso crees que me he pasado años en Operaciones Especiales y no he investigado un poco lo que hizo? Es culpable. Simple y llanamente.

—Lo sé —murmuro.

Lanza una carcajada incrédula.

—¿Me estás diciendo que sabes que es culpable, pero aun así te has lanzado de cabeza a un trato turbio para fingir su inocencia? ¿A cambio de un montón de dinero y de lo único bueno que le ha ocurrido a ese negocio, y a ti, en años? —Ahora niega con la cabeza, incrédulo ante mi confesión—. Sé que has pasado años puliendo el brillante barniz de la reputación de esta familia, pero, por Dios, Vaughn, esto es la vida real, no un tema de relaciones públicas.

Joder.

—Si lo pones así... —me interrumpo. ¿Qué coño he hecho?

Cole debe de extrañarse de mi cara de estupefacción, porque sigue regañándome.

—¿Vas a echar a perder la única relación auténtica que has tenido en toda tu vida adulta para montar una farsa? —Se ríe con crueldad, y en ese momento lo odio por tener razón—. Puede que Billie Black sea la mujer más loca e irritante que he conocido en mi vida, pero al menos su brújula

moral está intacta.

—Joder. —Me agacho y hundo la cara entre las manos—. Joder, joder, joder...

—Sí. —Cole se echa hacia atrás en su sillón de cuero, todavía negando con la cabeza, como si no pudiera creer lo idiota que he sido. Se ríe a carcajadas—. Creía que tenía acaparado el mercado en lo que a ser emocionalmente atrofiado se refiere. Deja de meterte en mi terreno, hermanito. Se supone que tú eres el perfecto.

—Muy gracioso. Graciosísimo... —Pero lo único que oigo es el sonido de la sangre latiendo en mis oídos.

¿Qué he hecho?

—¿Qué hago?

—Romper el contrato y humillarte.

Después de que Cole me dé esa paliza verbal, me obliga a revisar las finanzas del rancho con él como el bastardo sádico que es.

Cuando me aventuro a entrar en mi apartamento en la ciudad, pensando que podría pasar la noche allí, todo me parece demasiado moderno y estéril comparado con la madera y los viejos electrodomésticos de la casa del rancho. No encajo. Esto es demasiado para una sola persona. Ya no pertenezco a este lugar. Así que me voy. Es tarde, pero no me importa. Tengo que hablar con Billie y disculparme con ella.

Pero antes me detengo en el panel de los buzones. Hace meses que no paso por aquí, desde que fui a esconderme en el rancho, y me han mandado un aviso de que han empezado a dejar mi correo en conserjería. Abro el buzón y gimo al ver lo lleno que está.

Retiro el montón de sobres con las dos manos y me dejo caer en el banco del vestíbulo para revisarlos antes de irme. Hay publicidad, facturas, la invitación para la boda de alguien a quien apenas conozco..., y de pronto me detengo. Un sobre con la letra de mi abuelo dirigido a mí es lo último que veo.

Me tiemblan las manos. De repente me parece demasiado pesado para sostenerlo y demasiado desalentador para abrirlo. Apoyo las manos en las piernas y muevo los pies, paralizado por la indecisión. ¿Por qué iba a enviarme una carta mi abuelo? Hablaba con él por teléfono todos los días.

Me planteo tirarlo a la basura, cortar por lo sano y olvidar lo ocurrido. Y

luego sigo adelante: rasgo el sobre mientras niego con la cabeza por haber estado a punto de portarme como un maldito cobarde. Saco el papel doblado y lo abro con una mano temblorosa.

«Vaughn:

Siempre se me ha dado mejor explicarme por escrito. Así que allá voy.

Verte crecer ha sido una de las mayores alegrías de mi vida, y formar parte de tu historia, un honor. Adoro los años que hemos pasado juntos, los dos solos, sin importar las circunstancias que nos condujeran a ello.

Admiro el hombre que has llegado a ser. Veo mucho de tu padre en ti, las mejores partes mezcladas en un niño muy bueno. Cuando murió, convertirme en tu cuidador fue mi salvación. Y cuando tu abuela Ada murió, el rancho fue mi vía de escape, mi objetivo. Una meta. Ella siempre soñó con ganar grandes premios con sus purasangres. Derbis, copas, medallas, y en sus sueños más imposibles ansiaba ganar la Northern Crown. Aún recuerdo la noche en que, tumbados en la parte trasera de mi vieja camioneta, le prometí que lo conseguiríamos. Que si trabajábamos lo suficiente y nos manteníamos unidos, podríamos conseguirlo todo.

Pero, como sabes, el cáncer tenía otros planes. No llegó a ver realizados sus sueños. Una verdadera lástima, en mi opinión; un crimen. Y aunque ella ya no estaba, yo me pasaba los días trabajando para que sus sueños se hicieran realidad.

Veía cómo se me escurría el tiempo entre los dedos. El tiempo para cumplir la promesa que había hecho en la camioneta hacía tantos años se deslizaba al suelo desde mis manos como arena. Me asusté, y lo peor es que dejé que mi miedo me llevara a tomar decisiones que han traicionado su memoria más que honrarla.

Supongo que por eso no sé cómo decírtelo a la cara. Supongo que soy demasiado cobarde, y no quiero estar presente para ver la decepción en tus ojos o escucharla en tu voz. Porque lo que he hecho es una traición.

En las próximas semanas vas a ver mi nombre, el nombre de nuestra familia, en las noticias. He tomado algunas malas decisiones, Vaughn. He estado involucrado en asuntos turbios mucho tiempo. Pensaba que el dinero podía protegerme, solucionar cualquier cosa. Pero esto no. Y aunque pudiera, no sería lo más honorable.

Mi delito ha sido intentar jugar a ser Dios con el deporte que amo, el que amaba mi querida Ada. Pronto descubrirás que algunas de las grandes carreras de los últimos años fueron amañadas. Aposté, y me beneficié. Aunque no lo suficiente como para que ese lapso moral valiera la pena. No hay nada por lo que merezca la pena sacrificar así la dignidad y la reputación de nuestra familia, y lo lamento profundamente.

No sé si alguna vez podrás perdonarme, pero te pido que te tomes un tiempo, días, semanas, lo que necesites, y luego, por favor, ven a visitarme al rancho. Quiero verte, explicarte mis actos en persona. Darte un abrazo si aún me lo permites.

Mi puerta está siempre abierta.

Siempre te querré, Vaughn.

Tu abuelo.

Dermot».

Cuando llego, la cabaña de Billie está a oscuras. O está dormida o no está en casa, pero me acerco a la puerta y llamo de todos modos.

Tengo que hablar con ella.

Vuelvo a llamar.

—¡Billie! Soy Vaughn. —Cuando se enciende una luz, la esperanza bulle en mi pecho. En el silencio de la noche, oigo sus pasos bajando las escaleras. Pero no abre la puerta.

—¿Qué quieres?

Me duele el corazón por la necesidad de abrazarla. De estrechar su esbelto cuerpo contra mí. Porque Billie necesita protección. Ha habido demasiados gilipollas en su vida, y me estoy fustigando por haber sido uno de ellos. Incluso aunque haya sido por unos días.

—Abre la puerta, cariño. Necesito hablar contigo. —Mi voz sale estrangulada y me hormiguean los dedos por la necesidad de tocarla. Pongo la palma de la mano sobre la puerta de pino, deseando atravesarla.

Se queda callada unos instantes.

—Deberías irte.

—Billie —mi mano se convierte en un puño y me apoyo en la puerta—, quiero explicarte... Quiero disculparme. Quiero que... nosotros...

No responde, pero oigo su llanto al otro lado de la puerta, y doy golpes en ella con el puño.

—Mierda. Por favor, abre la puerta. Abre la puerta. No me gusta oírte llorar. Lo siento mucho, joder.

—No es suficiente. No puedo volver a caer. Me prometí a mí misma que no lo haría. No puedes meterme en esto otra vez ahora que por fin soy libre.

—Suelta un sollozo desgarrado que acaba en jadeo—. Es demasiado cruel.

Mi deseo de consolarla es tan fuerte que me pregunto si habrá alguna forma de arrancar la puerta de cuajo para llegar hasta ella. Me desplomo sobre el porche: quiero quedarme con ella aunque nos separe la plancha de madera.

—Dime cómo arreglar esto. Haré lo que sea.

—No puedes arreglarlo. Has destrozado mi confianza. Sé que esto debe de ser difícil de entender para alguien como tú, pero, a veces, cuando rompes un juguete no puedes salir corriendo sin más a comprar uno nuevo.

—Solo quiero tener la oportunidad para demostrar lo mucho que me importas, Billie.

Se ríe con tristeza.

—Si te preocuparas por mí, no venderías mi caballo. No aceptarías ese

trato. Por algo dicen que dos errores no hacen un acierto.

Las luces se apagan. Ni siquiera sé qué responder a sus palabras de despedida, así que me siento en el porche, mirando el prado vacío de DD.

Para mí es mucho más que un juguete. Pero tampoco se equivoca; no estoy nada acostumbrado a no conseguir lo que quiero. Precisamente por eso no voy a rendirme.

Le envió un mensaje a Hank mientras corro hacia el coche.

32

BILLIE

Estoy comportándome como una gruñona, y lo sé. Hank me ha estado insistiendo toda la semana para que vaya a la carrera y yo sigo dándole largas, negándome a ir.

No sé nada de Violet desde ayer. Imagino que estará concentrada en preparar la competición de su vida. Y tampoco sé nada de Vaughn desde que se presentó en mi casa hace casi dos semanas.

Imagino que estará revolcándose en veinte millones de dólares en efectivo.

Se me dibuja una mueca en los labios al pensarlo. Con respecto a la ruptura, he pasado oficialmente de la fase de llanto a la fase de amargura. Casi me alegro de que nadie se haya acercado a mí los últimos días, porque ahora mismo no soy buena compañía.

Mira me llamó una vez para ver cómo estaba. Fui sarcástica con ella, y me dijo que no estaba hecha para la maternidad y que la llamara cuando dejara de comportarme como una niña. Luego colgó.

El comentario me hizo gracia y le envié un mensaje para disculparme.

Me estaba dando de plazo hasta que la carrera hubiera terminado. Una vez que DD ganara la competición, podría dejar de lado ese sueño. Aquel en el que yo era la entrenadora de un caballo que optaba a la Northern Crown, la carrera de purasangres más prestigiosa de Norteamérica.

Quería verlo, sentir cómo se me escapaba entre los dedos, dejarme embargar por las emociones y luego superarlo.

Así podría empezar de cero.

Otra vez.

Y lo haré. No voy a rendirme. Soy fuerte. He llegado hasta aquí, y no voy a dejar que un hombre guapo con un traje caro me haga retroceder. Caeré de pie; siempre lo hago.

Pero ahora mismo... Ahora mismo estoy sentada mirando el picadero vacío de DD, bebiendo un café tras otro, profundamente triste. Patética.

Por eso, cuando oigo que llaman a la puerta, ni me molesto en levantarme. Es el día de la carrera. Todo el mundo debería estar ocupado haciendo otra cosa.

—¡Billie! Deja de llorar y trae aquí tu escuálido trasero.

Salvo Hank. El puto Hank es como un viejo sabueso siguiendo un rastro. No tiene botón de apagado, no sabe cuándo rendirse.

En el fondo, le agradezco que no lo haga. Pero sigo sintiéndome mal. Quiero revolcarme en mi desdicha, no lidiar con ese viejo insistente.

Cuando abro la puerta, me ofrece una sonrisa que se le escapa al mirarme. Voy vestida con un chándal. A diferencia de Hank, que va muy elegante con un traje azul marino.

—Billie Black... —Su tono es de advertencia—. Esta no es la joven que yo crie. Y sabes que te crie, así que no empieces. Tu caballo está a punto de correr la carrera más importante de su vida, de tu vida, y tú sigues aquí, deprimida, como si fueras la personificación del burrito de Winnie the Pooh.

Resoplo ante esa imagen mental y me miro. *¡Hasta voy de gris!* La idea me hace soltar una risita, pero Hank se limita a mirarme como si estuviera loca. No importa, ya me he acostumbrado a que la gente me mire así. Me gusta pensar que forma parte de mi encanto.

—Vamos. Vístete. Ir en coche a la ciudad un sábado va a ser una pesadilla. —Es obvio que Hank no valora mis encantos.

Subo las escaleras a regañadientes. Hank es un caballero hasta la médula, pero también sé que es de la vieja escuela, y muy capaz de levantarme y sacarme de aquí con mi chándal gris del burrito de Winnie the Pooh.

Veinte minutos después, estoy lista para salir. Me pongo unas cuñas de cuero marrón ya en la puerta, para compensar la elegancia de mi atuendo. Puede que no sea la chica fina que mis padres educaron, pero este es un deporte que me encanta, una tradición que adoro.

Una no se presenta en el derby vestida como una sin techo.

En honor a esa tradición, he combinado unos pantalones anchos de color crema con una blusa de encaje. Elegante y sexy a la vez, pues se pueden ver leves pinceladas de mi piel a través de los calados del encaje estampado. No es un vestido, pero se parece bastante.

Tengo el pelo limpio, toda una hazaña esta semana. Solo me ha dado tiempo a secármelo de cualquier forma, por lo que han aparecido mis ondas

naturales, que caen por encima de mis omoplatos. Me he maquillado con sencillez, sobre todo para disimular las ojeras, y lo que no haya conseguido con el corrector lo arreglaré con unas buenas gafas de sol. Hace un día precioso y soleado en Vancouver, así que puedo esconderme fácilmente tras unas lentes oscuras.

Es el día perfecto para un derby.

Hank aparca cerca de los establos asignados al Gold Rush Ranch y yo me alejo de allí lo más rápido que puedo.

Probablemente sea un gesto infantil, pero muy necesario.

Llevo una semana trabajando en el hipódromo todos los días. He agachado la cabeza, me he levantado al amanecer para hacer trotar a todos los caballos del rancho que están estabulados aquí, he trabajado con los jinetes, mozos de cuadra y entrenadores junior, y he asistido a todas y cada una de las carreras en las que ha participado alguno de los nuestros. No me he puesto a escuchar cotilleos y dramas, me he limitado a hacer mi trabajo para luego irme a casa.

Y esa es otra cosa que tendré que abordar en algún momento. Hank me ha dicho que puedo quedarme todo el tiempo que necesite. Estoy segura de que Vaughn le ha transmitido ese mensaje.

Pero no puedo quedarme mucho más tiempo. La encantadora cabaña está llena de recuerdos. Demasiados recuerdos. Si miro por la ventana, veo a DD comiendo un gran saco de heno verde en su pequeño oasis privado. Todavía puedo ver a Vaughn dentro de la casa, sentado en la isla de la cocina, descalzo y feliz, despegando la etiqueta de una botella de cerveza en lo alto de las escaleras; puedo ver su oscura mata de pelo entre mis piernas. Todavía lo huelo en mis almohadas. Aún puedo sentir cómo se desliza dentro de mí.

Me escuecen los ojos.

No, hay demasiados recuerdos en esa cabaña.

He hecho mi trabajo a la perfección durante las dos últimas semanas; nadie podrá reprocharme mi profesionalidad en ese aspecto, aunque la mayoría de la gente piense que estoy como una cabra por haber presentado la dimisión por la venta de un caballo.

Estar aquí, en Bell Point Park, el día por el que he estado trabajando los últimos meses... pesa. Es como si me estuvieran asfixiando. Sigo

diciéndome que esa sensación de agobio tiene que ver con mis sueños profesionales frustrados. Pero, en el fondo, sé que se trata de algo más.

En el fondo, sé que es por Vaughn.

Siento su ausencia como si me faltara un miembro. A pesar de mis esfuerzos por mantenerlo alejado, ha logrado derribar mis muros. Si echo la vista atrás, ni siquiera estoy segura de haberme dado cuenta de que me estaba enamorando de él. ¿Sucedio cuando me trajo a propósito el café equivocado? ¿Cuando nos enfrentamos en uno de nuestros combates verbales? Vamos, ¿qué clase de mujer se excita con ese tipo de mierda?

¿Quizá fue una de esas noches acogedoras en las que cocinamos juntos y hablamos durante horas? ¿Cuando se sinceró conmigo con respecto a la muerte de su padre o la muerte de su abuelo? ¿O fue la noche en que paseó a DD en círculos durante horas para que yo pudiera descansar?

Ya no sé cuándo me enamoré de él; siento como si lo hubiera amado desde siempre. Como si nuestros corazones hubieran estado entrelazados durante tanto tiempo que separar el suyo del mío me estuviera desangrando. Así que salgo a toda prisa de los establos, paso por la zona de preparación con la esperanza de no encontrarme con él y me uno a la multitud que se agolpa junto a la línea de meta.

Quiero estar entre los aficionados cuando DD gane, porque no tengo ninguna duda de que así será. Quiero sumergirme de lleno en esa tensión. En esa emoción. Concentrarme en cada curva con todos los que me rodean. Quiero disfrutar de esta carrera como lo haría cualquier aficionado, no como alguien que tiene interés en ella.

Quiero sentir algo más que tristeza.

Pienso en Vaughn, que probablemente esté de cháchara en la sala vip. Y en Violet, que parecerá un cervatillo nervioso mientras se prepara. El mensaje que le envié ayer estaba lleno de consejos. No pude evitarlo. Ella respondió: «*Gracias, B. Nos vemos en el círculo de ganadores*».

Puse los ojos en blanco cuando me llegó ese mensaje. Me mantendré lo más lejos posible del círculo de ganadores. Lo celebraré con Vi otro día, en otro lugar.

Me obligo a ir hacia el frente de la multitud, a mantenerme firme cuando me agarro a la barandilla blanca que tengo ante mí. Envuelvo los dedos alrededor del poste y cierro los ojos. La suave luz del sol de verano me inunda por completo. El siempre reconfortante aroma de los caballos flota

en la suave brisa, mezclado con el olor de los puestos de comida rápida y de la cerveza derramada. La gente habla animada a mi alrededor y en los altavoces del patio interior resuenan viejos temas musicales.

Se me dibuja una sonrisa en los labios. Sí, este es el día de la carrera.

La voz del locutor crepita por el sistema de sonido, desgranando las probabilidades de cada caballo y el marcador refleja los números cambiantes.

Veo a Double Diablo ahí arriba. Sale con el número ocho, lo que lo sitúa en la posición perfecta para un «cerrador», el tipo de caballo al que le gusta correr en la parte trasera del pelotón. Un número más alto lo encajonaría contra la barandilla, justo donde odia estar.

Todo es casi demasiado bueno para ser verdad. El clima perfecto, la posición perfecta. No puedo evitar negar con la cabeza. El universo está trabajando hoy a nuestro favor.

A su favor, me recuerdo, justo cuando vuelve a sonar la voz del locutor.

Las apuestas son peores de lo que deberían ser. Nueve a dos, lo que significa que por cada dos dólares que alguien apueste le van a pagar once.

Niego con la cabeza. No es un horror, pero tampoco es bueno. Siguen subestimando a DD. Una *jockey* inexperta y un caballo relativamente nuevo al que le gusta remontar en el último momento, ¿quién podría culparlos?

Pero los apostadores se equivocan. Si alguien le ha echado pelotas, hoy va a ganar un montón de dinero.

El altavoz crepita en lo alto de un poste.

—¡Cinco minutos para la carrera!

Los caballos salen en fila a la pista. Me llevo una mano al estómago para calmar los nervios que siento y me asomo a la valla, esforzándome por ver al pequeño caballo negro que atraviesa trotando a la pista. Veo los colores de Stefan Dalca, negro y verde lima.

Son perfectos para una víbora como él.

Pero el caballo es un bayo llamativo. Cuerpo marrón, patas blancas. ¿En serio tiene más de un caballo corriendo hoy? Menudo capullo.

Por último, veo cómo guían a DD con tranquilidad. A algunos caballos les gusta galopar rápido antes de la carrera, pero con DD es importante mantener la calma y la estabilidad. Tiene suficiente nervio y necesita mantener esa energía para la explosión final. Es tan brillante que parece una mancha de aceite, casi púrpura y azul bajo la luz del sol.

Y viste de negro y amarillo.

33

BILLIE

Parpadeo con rapidez; no puedo creer lo que ven mis ojos e intento averiguar por qué Violet lleva las sedas doradas del Gold Rush Ranch. Ese maillot que luce tan bonito sobre un caballo negro como el carbón, en lugar del otro, de un verde brillante.

Los altavoces vuelven a sonar.

—Señoras y señores, hemos tenido un cambio poco convencional en la alineación de hoy. —Me palpita el pulso en el cuello y me llevo la mano hasta ahí para sentir cómo late bajo mis dedos, mirando la pista con ansiedad—. El número ocho, que antes corría bajo el nombre de Double Diablo y era propiedad del Gold Rush Ranch, acaba de presentar un cambio de nombre y de propiedad.

¿Qué coño...? Creía que eso ya estaba hecho.

—Por favor, anoten en sus programas que el número ocho está ahora registrado bajo el nombre de «Mister Black». —Se me seca la boca, noto la lengua como papel de lija. Es el nombre que le dije en broma a Vaughn hace meses. ¿Qué broma de mal gusto es esta?

—Y el potro es ahora propiedad de la señorita Billie Black y está entrenado por ella.

A pesar de todo el ruido y de la gente que me rodea, lo único que escucho es el sonido de mi respiración. Y no puedo hacer otra cosa que quedarme aquí, mirando cómo mi caballo se dirige hacia su puerta, congelada, en estado de *shock*, mientras el mundo sigue girando a mi alrededor.

Tiene que ser una broma.

Noto humedad en la mano con la que me rodeo el cuello cuando me giro para mirar a mi alrededor. Quiero contárselo a alguien; tengo miles de preguntas. Pero aquí nadie me conoce. Nadie a mi alrededor entiende lo que acaba de pasar.

Al volverme hacia la pista, siento un escozor familiar en el puente de la nariz. Resoplo y frunzo los labios.

«Es ahora propiedad de la señorita Billie Black y está entrenado por ella».

Debe de ser un error, porque estoy segura de que no he comprado ningún caballo de veinte millones de dólares últimamente. ¿Cómo ha podido suceder? Incluso aunque hubiera accedido a mi fondo fiduciario, olvidado hace mucho tiempo, no habría podido conseguirlo. Ni me habría acercado.

Siento calor, aunque el aire bajo la sombra de la tribuna es fresco. No puedo apartar los ojos de la salida mientras los caballos se colocan unos junto a otros. Es como si todo sucediera a cámara lenta. Como si fuera una especie de sueño alocado del que voy a despertar en cualquier momento.

¿A quién quiero engañar? A mi subconsciente no se le habría ocurrido un escenario así ni en su mejor día.

El público se queda en silencio y yo sigo aturdida cuando suena la campana y se abren las puertas.

—¡Y salen!

Me mantengo en pie, tensa, agarrada a la barandilla blanca, mientras miro a la bala negra en la que he invertido la mayor parte del año pasado. Se retira de la línea de salida, como siempre, huyendo de los sonidos y de los caballos más grandes que lo rodean.

Los doce equipos pasan con un estruendo atronador, y veo que los dedos enguantados de Violet le ofrecen una caricia tranquilizadora en el cuello mientras encuentran el paso hacia la parte trasera del pelotón. Está tranquila sobre los estribos de una forma inusual en una *jockey* novata.

Han empezado con buen pie.

Se quedan atrás en la curva del club y avanzan en el segundo tramo. Pero luego se atascan. No hay camino por el medio del pelotón y los caballos corren a lo ancho, luchando por una posición en la recta.

—Joder —murmuro. No hay ninguna vía. Ningún sitio por el que puedan ir. A menos que...

Violet está de pie en los estribos y desplaza su peso de forma casi imperceptible hacia la izquierda. No se le habrá ocurrido que vaya delante, ¿verdad?

DD mueve una oreja hacia atrás mientras avanza hacia delante como una flecha en respuesta al cambio de equilibrio. Ve el hueco que ella le ha mostrado, y ya se dirige hacia allí. Acelera. Directo hacia la barandilla.

Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Está completamente encajonado,

y la ansiedad me obstruye la garganta. No tiene más opciones, pero no es lo ideal, ni mucho menos.

En la curva más lejana hay cuatro caballos delante de él, que corre a tres cuerpos de distancia, y el pelotón lo sigue. Me muerdo el labio inferior y tamborileo en la barandilla. Se va a quedar atrapado ahí, hasta la línea de meta. *Joder.*

No me gusta.

Pero en cuanto empiezan a doblar la segunda curva, Violet se echa hacia delante y lo empuja. Pisa el acelerador. Mi instinto me dice que es demasiado pronto, pero nada en esta carrera ha ido como esperaba desde un punto de vista estratégico.

DD aplana las orejas como un pequeño pero poderoso caballo de guerra y se lanza desde esa esquina como un cañón, hacia mí.

Levanto la mano para reprimir un grito ahogado cuando pasa volando junto a los caballos que tiene a su lado. Violet pasa entre los cuatro primeros. Le ha costado algo de terreno dejarle vía libre hasta la línea final, pero, siempre que no se quede sin fuerzas, debería ser capaz de dar un esprint en la recta.

Llevo la mano izquierda a donde tengo la derecha, sobre mi boca, mientras veo a DD volar por la pista.

El llamativo caballo alazán de Stefan Dalca va en cabeza. Pero DD le está ganando terreno con rapidez. Mientras los demás caballos empiezan a cansarse, la fogosa actitud de DD lo empuja con más fuerza. Más rápido.

Los gana a todos de calle.

Él y Vi vuelan hacia la línea de meta, sincronizados, ambos unidos. Con los ojos muy abiertos y decididos.

El suelo tiembla bajo mis pies cuando pasan junto a mí. El *flash* de la cámara me ciega momentáneamente.

¡Lo han conseguido!

El siguiente caballo más cercano entra un par de segundos por detrás. Violet y DD han superado al resto en todos los aspectos posibles.

Dios mío. ¡Ha ganado!

Me duele el pecho y el escozor de la nariz vuelve con toda su fuerza. Pero esta vez viene acompañado de la humedad que me recorre la cara y me cubre las manos que aún tengo pegadas a la boca.

El público explota. Algunos lanzan vítores y otros abucheos, pero eso no

me impide oír un «¡Felicidades, señorita Black!».

Me doy la vuelta para enfrentarme a la voz que conozco tan bien. Profunda y suave. La voz que he reproducido en mi cabeza y que me ha perseguido en sueños.

—Tu caballo ha hecho una carrera magnífica —continúa Vaughn, absolutamente apetecible con su traje gris.

Suelto las manos y las mantengo abiertas, en estado de *shock*.

—Pero... ¿cómo?

—Te lo he vendido —dice, acercándose. Como si fuera lo más obvio del mundo.

—No tengo tanto dinero, Vaughn.

Me sonrío, arrogante.

—Encontré un dólar en tu baño. Me lo he quedado a modo de compensación.

—¿Me has vendido al ganador del derby por un dólar? —La incredulidad se filtra en mi voz. *¿Está loco?*

Se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los talones.

—Sí.

Me quedo ahí, boquiabierta. Totalmente desconcertada.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

Da otro paso hacia mí, casi rozándome.

—Me dijiste que no podría arreglar lo nuestro a menos que no vendiera tu caballo. Y eso es exactamente lo que he hecho... o lo que no he hecho. Da igual. Lo esencial es que es tuyo. —Emite un suspiro cansado—. No me atreví a firmar el contrato. Sabía que, aunque ya había perdido tu confianza, no tenía por qué romperte el corazón vendiendo tu caballo.

Alarga la mano hacia mi cintura, pero se lo piensa mejor y la retira. Su mirada baja antes de encontrarse con la mía.

—Te quiero. Y eso no tiene precio. El dinero, el caballo, nada de eso importa mientras me des la oportunidad de volver a ganarme tu confianza.

Resoplo, poco dispuesta a dejar que gane tan fácilmente.

Se pasa los dedos por el pelo oscuro, con ese gesto nervioso que tanto me excita, y suspira.

—Te amo, Billie. Y soy idiota. No sé mucho sobre nada, pero sí que ambas afirmaciones son ciertas.

¿Acabo de oír bien?

—Tú... —le señalo— me amas a mí. —Y me señalo a mí misma.

Lanza una carcajada de incredulidad.

—Sí. Te quiero. Estoy bastante seguro de que te quiero desde el día que entraste en el rancho, me echaste la bronca y luego exigiste un sueldo más alto por tener un culo estupendo.

—Mmm... —digo, apoyando las manos en las caderas. Sinceramente, no tengo palabras. Nos miramos el uno al otro en un silencio incómodo durante varios segundos—. No me puedo creer que le hayas puesto a mi caballo «Mister Black» —suelto finalmente—. Me hace parecer una loca.

Parpadea lentamente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Es tan guapo y parece tan desconcertado en este momento... Es una combinación irresistible. No puedo evitar la sonrisa que me curva los labios mientras desvío la mirada hacia la multitud.

—Bésame, jefe —digo.

La mano con la que él no sabía qué hacer hace un momento sale disparada hacia mi cintura y me lleva hacia él. Ahora no hay vacilación. Y es como el sol: no puedo evitar sentirme atraída hacia su órbita.

Me acaricia la mandíbula con el pulgar y me rodea el cuello con los dedos. Suspiro y me dejo llevar por la sensación de sus manos sobre mi cuerpo. Incluso en público, con la ropa puesta, siento unas chispas que bailan sobre mi piel.

Cuando agacha la cabeza hacia la mía, me relamo los labios, humedeciéndolos, y siento su aliento bailando sobre mi boca mientras se acerca.

Cuando está lo bastante próximo como para poder hablarle en privado, cuando me refugio tras sus anchos hombros, susurro mi propio secreto contra su boca.

—Yo también te amo, Vaughn Harding.

Los bordes de sus labios sensuales y perversos se curvan hacia arriba en señal de satisfacción. Y entonces me besa. Con una mano en el hueso de mi cadera, y deslizándola la otra por mi cuello, vierte todo su amor dentro de mí. Puedo sentirlo en cómo se mueve contra mí. Sus labios acarician los míos de una forma deliciosa, con cuidado. De una forma que hace que me ardan las mejillas y que me obliga a apretar los muslos. De una forma que me produce escalofríos y hormigueos entre las piernas.

Me aferro a las solapas de su chaqueta como si mi vida dependiera de ello. Dejo que su pasión calme mi alma torturada como un bálsamo. Como un antídoto. Y pienso que ojalá estuviéramos en un lugar más íntimo ahora mismo. Que no tuviéramos que acercarnos al círculo de ganadores.

Porque mi caballo ha ganado el derby. Que alguien me pellizque.

Cuando por fin se retira un poco, me abraza y apoya la frente en la mía. Los dos estamos un poco sin aliento cuando me mira a los ojos.

—Siempre apostaré ti, Billie —promete.

Y sonrío.

Porque le creo.

Después del torbellino que supone el círculo de ganadores y las interminables entrevistas, me siento como si estuviera borracha. Es el tipo de embriaguez en el que la vista se nubla y el tiempo vuela porque te sientes como si estuvieras girando en círculos, conociendo a gente y hablando. Ni siquiera puedo repetir lo que he dicho.

Lo ocurrido a lo largo del día ha hecho que me explote el cerebro. Estoy hecha papilla.

Por eso, cuando Vaughn desliza una cálida mano por mi antebrazo y luego entrelaza mis temblorosos dedos entre los suyos, no protesto. Dejo que me aleje de aquel circo mediático, de la multitud de gente y los periodistas que merodean por ahí. Espero que me lleve a la abarrotada sala vip, pero gira a la izquierda, hacia los establos asignados al Gold Rush Ranch. Dibuja con pulgar pequeños círculos tranquilizadores en la palma de mi mano mientras me acompaña por el pasillo hacia el lugar donde suele estar DD.

Saca una paca de heno rectangular de una pila y la coloca justo delante del establo de mi caballo y luego la señala.

—Siéntate.

Estoy demasiado aturdida por lo ocurrido como para discutir con él. Doy un par de pasos con las piernas temblorosas antes de sentarme en el fardo y soltar el aire. Bajo la cabeza entre las rodillas, inspiro hondo e intento orientarme un poco. Me siento como en una puta dimensión desconocida.

—Toma. —Levanto la vista y veo que Vaughn me tiende un papel doblado con una mano temblorosa.

—¿Qué pasa?

—Léelo. —Su voz es suave y vulnerable, aunque parece destilar

masculinidad pura plantado delante de mí, con su traje hecho a medida.

Frunzo los labios, cojo el papel y lo abro sobre mi regazo. Y empiezo a leer.

Me llevo una mano al pecho mientras leo la carta de Dermot Harding. Básicamente es una carta de amor a su familia. Muy personal, intensa y reflexiva. Se me hace un nudo en la garganta y se me humedecen los ojos al recorrer las hermosas palabras que ese hombre escribió a su nieto, la intensa tragedia que destrozó su vida. Es casi más de lo que puedo soportar cuando ya me siento tan vulnerable.

—Vaughn... —Miro a los ojos del hombre al que amo y me paso la mano por el cuello.

Le tiembla la mandíbula y parpadea con rapidez, tratando de borrar la emoción que se acumula en su mirada. Me levanto y me pongo a su lado para ponerle una mano en cada mejilla y mirar directamente sus insondables ojos color chocolate.

—Vaughn. Sé que no llegué a conocer a tu abuelo, lo cual es una maldita lástima, pero puedo decirte dos cosas. —Le hago una gesto tranquilizador con la cabeza—. Dermot Harding era un buen hombre y te quería mucho. Eres increíblemente afortunado.

Vaughn no dice nada. Sus ojos brillantes buscan los míos, como si pudiera encontrar todas las respuestas del universo en ellos. Como si yo fuera un tesoro y no tuviera igual.

—Te quiero, Billie Black —dice, y me envuelve entre sus brazos. Un abrazo fuerte, como el apretón de manos que me dio el primer día que nos conocimos. Como si nunca me fuera a soltar.

Todavía estamos abrazados en el concurrido pasillo de los establos cuando se acercan Hank, Mira y Violet con un DD recién bañado.

—Atrás, Harding, es mi turno —bromea Hank; Vaughn se ríe y me empuja hacia él.

Hank me felicita y me dice que está orgulloso, Mira me da un informe completo sobre el estado de salud de DD después de la carrera antes de felicitarme con rapidez, y cuando Violet y yo nos abrazamos, chillamos y luego lloramos por las hormonas que nos dominan ahora mismo. Veo que Mira pone los ojos en blanco, lo que me hace reír.

Metó a DD en su box y lo colmo de elogios y besos mientras los demás hablan. Le acaricio la orejita puntiaguda y me agacho hacia Hank.

—Lo hemos conseguido, chico —susurro—. Les hemos enseñado a todos lo que es bueno. —Hace una mueca y mueve la cabeza antes de empujarla a mi costado para buscar golosinas en los bolsillos.

Hay cosas que nunca cambian.

Cuando salgo del establo, Vaughn se ha hecho con una botella de champán y unos vasos rojos de plástico. Descorcha la botella y nos sirve una copa a cada uno antes de llevarme a rastras hasta a la paca de heno para sentarme a su lado.

Ladeo la cabeza hacia su oreja, sin querer interrumpir la historia que Hank está contando.

—Vamos a cumplir la promesa que hizo tu abuelo, ¿sabes? —le susurro—. Vamos a ganarlo todo.

Me estrecha más contra él con los labios curvados.

—Lo sé —afirma—. Vas a conseguir todo lo que te propongas. —Me levanta la mano y me da un suave beso en el dorso, como si sellara la promesa que acabamos de hacer.

Me recuesto contra el calor de su cuerpo, apoyo la cabeza en su hombro y bebo un sorbo de champán. Escucho a mis amigos comentar la carrera; todos sonrían de oreja a oreja. Están felices, y me doy cuenta de que yo también lo estoy. Más feliz de lo que he sido en mucho tiempo; posiblemente, más feliz que nunca. Puede que por fin haya encontrado lo que buscaba.

Esta gente. Este lugar. Ese caballo. Estar sentada en una bala de heno junto al hombre que amo. ¿Qué más podría pedir?

EPÍLOGO

VAUGHN

Billie me ha despertado subiéndose encima de mí y susurrándome al oído: «*Necesito tu polla, Gran Jefe*», pasándome los dientes por el cuello, y me ha encerrado en su puño con rudeza.

Tengo una verdadera relación de amor-odio con ese apodo.

Pero esta mañana me gusta.

Se sienta a horcajadas sobre mí y contonea las caderas de forma seductora. La luz dorada de la mañana llena la habitación y resalta como un halo las mechas de su pelo castaño. Contemplo los movimientos de su cuerpo mientras se acaricia los pechos con las manos.

Joder. Me gusta ver cómo se toca mientras me cabalga. Es como un ángel. Un ángel con boca de camionero, y eso me encanta.

—Ven aquí, nena —digo con la voz ronca, instándola a echarse hacia delante. Cuando lo hace, le rodeo el cuello con la mano y ella gime y cierra los ojos.

No puedo evitar sonreír mientras estrecho los dedos un poco alrededor de su esbelto cuello, como sé que le gusta.

Se abalanza con más fuerza sobre mi cuerpo y una gota de sudor me baja por la nuca mientras intento no apartar los ojos de ella.

Cuando subo la otra mano para rodear su sensible clítoris, sus jadeos empiezan a sonar más como gemidos.

—Oh, Dios, Vaughn. Me voy a correr.

Me introduzco en su calor húmedo, moviendo los dedos, excitado por ver cómo se corre. Nunca me canso. Esta mujer podría seguir haciendo esto durante el resto de mi vida, que nunca me cansaré.

Cuando aprieto el delicado manojito de nervios, grita y se retuerce sobre mí. Separa un poco los labios, y el pelo suelto se le pega a la frente húmeda. Esa visión, unida a la forma en que palpita a mi alrededor, es demasiado, así que me dejo llevar por el orgasmo.

—Tómalo todo, nena. Hasta la última gota —gruño.

—Sííí... —sisea, y cae sobre mi pecho.

Nos quedamos tumbados y juntos, durante varios minutos, esperando a que se calme nuestra respiración agitada y a que se normalicen nuestros latidos. Los momentos de tranquilidad que pasamos juntos siguen siendo algunos de los más íntimos que compartimos.

Por fin, me da un suave beso sobre el corazón.

—Gracias. Ahora, café, por favor.

Me río cuando se me quita de encima y se deja caer en el colchón con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Solo me quieres para eso. Para follar y para que te traiga café.

Se muerde el labio inferior con un brillo travieso en los ojos.

—No te olvides de tu lengua.

Niego con la cabeza, me pongo un chándal, le lanzo una mirada dolida por encima del hombro y bajo corriendo las escaleras. Si mi chica quiere café, le llevaré café. Con leche. Con la cantidad justa de leche. Exactamente como a ella le gusta.

En la cocina de la cabaña, pulso el botón de la cafetera y me pongo unos zapatos para salir.

DD relincha cuando oye abrirse la puerta del porche trasero. Imagino que está diciendo algo así como: «¡Esclavo, trae mi heno!».

Así que eso es lo que hago. Lo que el rey quiere el rey lo consigue.

Meto algunas de las mejores briznas que tenemos en una red y se las lanzo por encima de la valla antes de darle unas palmadas sonoras y negar con la cabeza.

El caballito que lo logró.

El caballo con el que nadie quería trabajar. El caballo que me salvó, que me devolvió a Billie. Nunca podré pagárselo. Por lo tanto, tendrá el mejor heno que el dinero puede comprar y unos caramelos de menta de vez en cuando durante el resto de su vida.

De vuelta en el porche, me doy cuenta de que alguien ha dejado allí un periódico. Hank o Violet, es difícil decir quién. Entro en casa, lo abro y leo el titular.

«EL SEMENTAL LOCAL SE LLEVA LA NORTHERN CROWN EN OTRA
IMPRESIONANTE VICTORIA».

El orgullo me bulle en el pecho. No puedo atribuirme el mérito de nada de

esto. Lo ha conseguido Billie, y no podría estar más orgulloso de ella. Su ética de trabajo, su empuje, su pasión. Siempre he sabido que es una mujer inspiradora, una fuerza con la que contar.

Una fuerza que tengo toda la intención de conservar a largo plazo. Me palpo el pantalón de chándal para asegurarme de que la cajita negra sigue ahí, donde la puse anoche.

Vuelvo arriba con el café en la mano. Billie está tumbada en el soleado dormitorio con mi camiseta, en la encantadora cabaña que ambos hemos llegado a adorar y a llamar hogar en los últimos meses. A estas alturas, mi apartamento en Vancouver es un lugar deshabitado.

Dejo los cafés en la mesilla de noche y la beso en la frente, intentando ocultar el temblor de mis manos.

—Traigo café para mi amor. Como a ella le gusta.

Se ríe alegremente y se sienta, apoyando la espalda en las almohadas.

—Me sorprende que no lo hayas traído solo con la única intención de cabrearme.

—Yo nunca haría eso —digo en tono neutro.

—Mmm... —Me mira, acusadora.

Me paso una mano por el pecho como si fuera a hacer un juramento. Pero con la otra saco la cajita de terciopelo del bolsillo y se la tiendo.

—Prometo hacerlo como a ti te gusta durante el resto de tu vida.

Mueve la cabeza como si estuviera comprobando su visión y luego señala mi mano extendida.

—¿Eso es...?

Caigo de rodillas junto a la cama.

—Billie Black, apuesto por ti. Una y otra vez. Todas las veces. —Mi voz se quiebra por la emoción, pero sigo adelante—. ¿Quieres casarte conmigo?

Tiene los ojos vidriosos, y en sus mejillas luce el color rosa más bonito del mundo mientras me mira con una expresión intensa. Me parece que pasan minutos cuando en realidad son solo segundos.

—Vaughn Harding, yo también apostaré por ti cada puto día.

—¿Eso es un sí?

—Es un puto sí —susurra, y una lágrima le recorre la mejilla.

Me abalanzo sobre ella en la cama, abrazándola. Empapándome en su tacto, en su olor.

Apenas puedo creerlo. Lo he logrado.

Para siempre.

¿Cómo coño he tenido tanta suerte?

Resopla y se acurruca en mi cuello.

—¿Ahora tenemos que llamar «señor Harding» a DD? —pregunta.

No puedo evitar reírme, y me echo hacia atrás para mirarla.

—Estás loca, ¿lo sabías?

Ladea la cabeza y sonrío con timidez.

—Sí, pero te encanta.

Y sonrío.

Porque es verdad.

AGRADECIMIENTOS

Lo he conseguido: mi primera novela. Y no habría llegado a la meta sin la ayuda de mucha gente.

En primer lugar, la de mi marido, que pacientemente me ha visto escribir esta historia (y, de acuerdo, a veces llorar con ella), aunque no incluya dragones ni sables láser. La de mi hijo, que es el mejor alivio para mi cerebro de escritora. No hay nada como jugar a los dinosaurios cuando no puedo deshacerme de la niebla. Y la de mis padres, que llevan años diciéndome que debería escribir. Os quiero. ¡Y mirad! Después de todo, y de suspender Lengua en el instituto, ha salido bien.

A mis lectoras beta: Amber, Amy y Erica. Gracias por el tiempo que habéis dedicado a leer, reflexionar y responder a mis incesantes preguntas. Este libro no sería lo que es sin vuestros comentarios.

Paula, eres como mi hada madrina. Has convertido una calabaza en un carruaje digno de una princesa. Estaría perdida sin tus agudos ojos y tus críticas reflexivas. Vivo prácticamente para tus notas al margen.

Casey, estoy casi segura de que me has dejado hacer más cambios y ajustes en esta portada de los permitidos, así que... gracias por tolerarme. Y aún no has tocado techo: ¡no lo permitiré! Más que nada porque necesito que sigas haciéndome unas portadas tan bonitas.

Por último, Melanie Harlow: no sé cómo podré pagarte tu amabilidad, generosidad y comentarios. Tus bombas de la verdad siempre caen en el lugar adecuado, en el momento oportuno, y no podría estar más agradecida por ello.

Gracias a todos por leerme. De verdad, no puedo creer que haya publicado un libro.

Que alguien me pellizque.

GANAR A TODA COSTA

SINOPSIS



Vaughn Harding es mi nuevo jefe. Tiene negocios familiares en Vancouver, pero también es el propietario de este rancho, en el que cada vez pasa más tiempo.

Disfruto de nuestros combates verbales, pero hace tiempo me autoimpuse alejarme de este tipo de hombres. Estar cerca de Vaughn puede ser un suicidio en mi trayectoria profesional como entrenadora de caballos de carreras. Soy la nueva responsable del rancho y de un caballo con problemas que he prometido convertir en todo un ganador.

Tengo muchos planes, y no voy a permitir que un hombre me distraiga. Por mucha electricidad que haya cuando nos miramos o por mucho que mi

cuerpo entre en combustión cuando nos rozamos. Vaughn es un vívido recuerdo de cada tío que he tenido alrededor mientras crecía: guapo, rico y privilegiado.

Pero hay cierta tristeza en él a la que me es imposible dar la espalda. Un lado sensible bajo ese cuerpo perfecto. Burlarme de él a ratos es una cosa, ¿pero entregarle mi corazón?

Debería haberlo pensado antes...

Mantener una relación profesional con mis empleados nunca ha sido un problema. Hasta que Billie Black se presenta en mi propiedad.

Billie tiene talento, no sabe mantenerse callada y es jodidamente tentadora. No podemos dejar de retarnos desde el momento en que nos conocemos. Y aquí es difícil mantener las distancias. Y todavía es más difícil evitar que esa fricción se convierta en fuego.

Billie lo tiene todo, es una mujer inteligente con un cuerpo con el que fantaseo a todas horas, y posiblemente la única mujer que puede salvar mi negocio... y a mí. Me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra. Deseo sus labios, su confianza, su alma... Lo quiero todo.

Pero ¿cuál será el precio que tenga que pagar por ello?

Porque, de repente, no solo quiero que mis caballos ganen carreras: también quiero conquistar a esa chica.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Elsie Silver es una autora canadiense de novelas románticas que adora a los novios de novela y a las heroínas descaradas que los ponen de rodillas.

Vive en las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y tres perros, y lee vorazmente novelas románticas desde mucho antes de lo que se suponía que debía hacerlo. Le encanta cocinar y probar nuevas recetas, viajar y pasar tiempo con su hijo, especialmente al aire libre.

Elsie también disfruta levantándose a las cinco de la madrugada, que es la hora a la que suele escribir. Afirma que en ese momento puede tomar una taza de café caliente y soñar con un mundo ficticio lleno de historias románticas que compartir con sus lectores.

elsiesilver.com

IG: [authorelsiesilver](#)

TW: [AuthorElsie](#)

FB: [authorelsiesilver](#)

TT: [authorelsiesilver](#)

*Otros títulos
en
Phoebe romántica*



MI GUARDIÁN

SINOPSIS



Soy el mejor en mi trabajo, y prueba de ello es que he sido contratado por personas tan relevantes como presidentes, empresarios, actrices, modelos... Mi éxito me ha llevado a viajar por diferentes partes del mundo y a asegurarme de que nada les suceda a quienes protejo.

Siempre he tenido claras mis normas:

-Proteger en todo momento al cliente.

-No involucrarme sentimentalmente con el cliente.

Sin embargo, nada me había preparado para conocer a Violet Stonehouse, mi nueva protegida, una joven bailarina de ballet de la que me es imposible permanecer alejado. Todo en Violet me vuelve loco, desde su forma de recogerse el pelo y mostrar su cuello hasta su enorme y sensual sonrisa cuando me ve todas las mañanas.

Nunca antes he roto esas normas, pero ahora ya no estoy tan seguro de ello...

Vivo en una jaula de oro. En un principio esto puede no ser un problema a ojos de los demás, pero cuando eres la hija del empresario más famoso y rico del Reino Unido, tu lista de obligaciones es más larga y pesada que la de tus derechos, así que mi vida no era tan perfecta como parecía. Ahora, además, un acosador ha comenzado a seguirme día y noche...

Ahí fue donde conocí a Bruno Schoenaerts, mi nuevo guardaespaldas. Alto, fuerte y con un par de ojos azules tan fríos como el hielo, supe desde el primer momento que no dejaría que nada me sucediera, a pesar de odiarme con todas sus fuerzas por algún motivo que desconozco.

Sin embargo, cada vez que estamos solos, siento que todo aquello que nos separa nos hace estar más unidos, y no puedo evitar sentir una intensa atracción por ese hombre que vive bajo mi mismo techo...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mi guardián



ALTA SOCIEDAD LOUISE BAY



Lo primero que vi de Madison Shore fue su ropa interior cuando ella se tropezó con mi silla en una boda y acabó cayendo encima de mí. Aunque pude ver mucho más de ella a lo largo de esa noche.

La segunda vez que coincidimos fue en mis oficinas de Londres; resultó que era la periodista que iba a escribir un artículo sobre mí.

Para mantener el control de mi empresa después de sacarla a bolsa, necesito convencer a la junta directiva de que me tomo los negocios mucho más en serio de lo que sugiere mi reputación de *playboy*, por lo que Madison tiene mi futuro en sus manos.

La ironía es que necesito convencer a una mujer con la que me fui a la cama el pasado sábado por la noche de que no soy el mujeriego que todo el mundo piensa...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Alta sociedad

